ISABELLA MARÍN

Tu y OTROS ERRORES



Tú y otros errores

Isabella Marín


Tú y
otros errores
ISABELLA MARÍN

~ INDICE ~

Lucy
Daniel
Rita
Adriana y Enzo
Richard
Ashley y Elijah
El trío malvado
Rituales de reproducción en el alto Manhattan
Todos los males de este mundo empiezan con…
El impacto de volver a verla
Confesiones aterradoras
Adornando la verdad
Esperanzas rotas
Sábado de atracones, domingo de arrepentimientos
El mundo tal y como lo conocíamos se ha acabado para siempre
¡¡Mercurio en retrógrado!!
La chica del motel
El libro sesudo de Lucy
Redes, arma del Diablo
La granja
Las casitas de la pradera
Spaghetti western
¡¿Qué está pasando en Montana?!
Reparto de habitaciones
Conozcamos a la competencia
La oferta que no pude rechazar
Redes, arma del Diablo
Una chica de acción
Choque de titanes
Cómo fastidié a vuestra madre
Redes, arma del Diablo
La Batalla de las Carretillas
Redes, arma del Diablo
Amigos y otras maldiciones
Una de cal, una de arena
Donde las das, las toman
Extrañas alianzas
Y las luces se apagaron
Redes, arma del Diablo

Cuando volvió a salir el sol
No se lo digas a nadie
Masculino y feroz
Redes, arma del Diablo
La penetración es importante
Iniciativa y creatividad
Redes, arma del Diablo
Una confesión extra grande
La chispa que encendió la brecha
Dulce como la mermelada
Charlas con amigos
Redes, arma del Diablo
Y ahora, ¿qué?
El encanto de la granja
Halloween
Redes, arma del Diablo
No subestimes el poder del lado oscuro
Redes, arma del Diablo
Romance en la granja: parte 1
Redes, arma del Diablo
Romance en la granja: parte 2
Tenemos veredicto
Redes, arma del Diablo
Confesiones finales
Redes, arma del Diablo
Vuelta a la realidad
Navidades alrededor del país
Por si te has quedado con ganas de más…
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Bienvenidos a *Granjeros*, el *reality* show que lo va a petar

Lucy



En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Buenas noches, América, y bienvenidos a *Granjeros*, el *reality show* que lo va a petar esta temporada.

Aplausos de rigor, sonrisa agradecida por parte de nuestra presentadora y cambio de cámara, para mayor golpe de efecto.

—Soy Georgia Heller y hoy nos acompaña una de nuestras concursantes, la escritora de novela rosa, Lucy Carrigan. Perdona, Lucy, ¿has dicho algo, cielo? Tienes que usar el micrófono.

—Lo siento. He dicho romántica, no rosa.

—¿Qué diferencia hay?

—Bueno, ya sabes, Georgia, que hay un desprecio inherente hacia los escritores de novela romántica, así como hacia los lectores. Al ser un género mayoritariamente escrito y apreciado por las mujeres, se le concede un aire despectivo. ¿Es rosa? Entonces, es basura. Poco original. Sin argumento literario. Porno para mamás. Pero he aquí una dolorosa y, lo confieso, muy satisfactoria realidad. Resulta que la novela romántica es la base de la industria editorial. Sin nosotros, no habría negocio, imagínate perder de repente los millones y millones de dólares que facturamos al año. Supondría el cierre de muchísimas editoriales. Lamento si nuestras desorbitadas ventas les molestan a algunos, los pseudo cultos que, en realidad, solo son pedantes. ¿Qué puedo decir? El amor está en todas partes, amigos. Vivid con ello.

—Vaya alegato feminista por parte de la escritora Lucy Carrigan, damas y caballeros. Será una temporada divertida porque, como bien sabéis, Lucy, junto con otros escritores que *no* escriben romántica, y probablemente cataloguen su obra como *porno para mamás*, pasará una buena temporada en una de nuestras granjas de Montana, enseñándonos las vicisitudes de un… ¡gran-jero! Ya sé que estáis muy emocionados por presenciar nuestro debut. Paciencia, mis pequeños saltamontes. Todo llegará a su debido momento. Lucy, te ha tocado compartir granja con Daniel Finn, un escritor que no es muy de tu agrado. ¿Qué opinión te merece?

—¿Cómo te lo diría, Georgia? Si esto fuera Hogwarts, yo sería clarísimamente una Gryffindor, mientras que Daniel sería un sucio Slytherin. Juntarnos no ha sido la más brillante de las ideas.

La sala entera estalló en aplausos y carcajadas.

—Uff, un golpe literario de los bajos. Auguro salseo. Vuestra rivalidad en el mundo de las

letras es legendaria. ¿Es cierto que te negaste a compartir caseta con él en la Feria del Libro del año pasado?

—Mmmm.

—Interpretaremos tu gruñido como un sí. Dime, ¿cómo valoras el hecho de tener que compartir casa con tu archienemigo durante los próximos tres meses?

Me acerqué el micrófono a mis labios pintados de fucsia, escruté con mucho detenimiento todos y cada uno de los rostros de la primera fila y después me volví hacia Georgia y, con mi sonrisa más dulce y encantadora, emití el veredicto.

—Alguien acabará muerto. Probablemente, Daniel.

Así es, yo lo tenía todo para convertirme en la protagonista de la tercera temporada de la serie *¿Por qué matan las mujeres?*

La respuesta correcta es: porque pueden.

—Uhh. Esto promete. Os recuerdo que la semana que viene se estrena nuestro *reality* y que ¡LO VAMOS A PETAR, LOS ÁNGELES! Ocho escritores. Cuatro granjas. Egos descontrolados. Juego socio. Ya habéis oído a nuestra primera concursante entrevistada. Alguien acabará muerto.

—Probablemente, Daniel.

—Te oí la primera vez, querida.

—Solo quería asegurarme.

—Una última pregunta, Lucy. —Pausa teatral, para jugar con las emociones del público—. ¿Cómo has acabado metida en esto?

—Ah, esa es fácil, Georgia. Como bien sabes, todos los males de este mundo empiezan con un hombre.

Daniel



En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Daniel.

—Georgia.

—*Daniel...*

—¿Geo…? ¿Georgia? —balbuceé, confuso. ¿Por qué susurraba mi nombre como si estuviera acariciando cada sonido con la punta de la lengua?

—Lo siento, no puedo dejar de mirarte. Soy una admiradora, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea. Pero te doy las gracias por leerme.

—Oh, no, no me refería a tus libros, querido. No soy amante del *thriller*. Demasiado suspense para mi gusto. Me refería a ti.

—¿A mí?

—Eres un hombre tan… tan… TAAAN…

Más que un hombre, me sentí como si fuera un suculento bistec expuesto en un bufé libre. Su forma de devorarme con la mirada era obscena. ¿Dónde me había metido?

—¿Te encuentras bien, Georgia?

—Perdona, mis jefes me están pidiendo por esta cosa diminuta que llevo en la oreja que vaya al grano de una vez, así que al grano que voy. Daniel, queridísimo, queridísimo Daniel, ¿cómo valoras el hecho de que tu exmujer sea una de las concursantes del programa y que tu compañera de granja piense que eres un *sucio Slytherin*?

Me atraganté con la carcajada que intentaba contener.

—¿Eso os ha dicho sobre mí? La verdad es que Lucy tiene un buen arsenal de insultos y si algo hay que reconocerle es que jamás repite uno. Es muy creativa.

—Parece odiarte.

—No sé yo… Sabéis que escribe *enemies to lovers*, ¿no?

—¿Y crees que acabaréis como los personajes de sus novelas?, ¿enamorados antes de que termine el programa?

—Bueno, yo soy irresistible. Y no es por haceros un *spoiler* ni por tirarme el rollo en la tele, pero estoy bastante seguro de que le gusto. Tiene un pequeño cuelgue por mí, es más que evidente. Soy su *crush*.

—¿Soy la única que piensa que Lucy está ahora mismo en su casa agujereando un muñeco de vudú mientras grita *muere, Daniel, muere*?

Esperé a que el público dejara de reírse y de aplaudir.

—Si alguien es capaz de hacerlo, esa es Lucy, desde luego. Es muy pasional. Respecto a Rita, la verdad es que no me explico cómo es que la habéis dejado participar en el programa. Es aberrante. Sabes que pidió una orden de alejamiento contra mí, ¿no? No puedo estar a más de quinientos metros, ni de ella ni del chucho. Lo cual es ridículo. ¿Por qué iba yo a intentar matar a su perro?

—Dice que los embestiste con el coche.

—¡Es una locura! Te diré lo que pasó para que puedas situarte en la historia. Yo iba conduciendo tan tranquilo por el bulevar, cuando vi de reojo a *mi* mujer, en la puerta de un restaurante, dándose el lote con *mi* mejor amigo. Imagínate la situación. Me quedé tan impresionado que, en vez de prestar atención al tráfico, les presté atención a ellos unos segundos más de lo prudente y, cuando me quise dar cuenta, un anciano con andador apareció de la nada y tuve que dar un volantazo para esquivarlo. Así fue como acabé empotrando el coche contra un escaparate de Prada. No hubo víctimas. Excepto las de la moda, que salieron despavoridas. Rita estaba a más de doscientos metros del lugar del siniestro. El problema es que es muy egocéntrica y cree que todo lo que hago gira en torno a ella.

—Interesante. ¿Y el perro dónde estaba, a todo esto?

—En el bolso de Rita. Entre tú y yo, estoy convencido de que se mea ahí dentro.

El público estalló en carcajadas como en una *sitcom*.

—De modo que no intentaste matar al perro.

—Nooooo —gruñí con hartazgo.

—Bien, porque aquí somos animalistas.

—¡Tampoco intenté matar a Rita!

—Supongo que ella ya no te considera una amenaza. Por si no lo sabías, retiró la orden para poder participar en el programa.

—Me da igual. Con orden o sin ella, no pienso acercarme a más de mil metros de su granja.

—Tu mejor amigo también participa en el *reality*.

—Lo habéis hecho aposta, ¿a que sí?

—Queremos arrasar, y ya sabes que el drama vende. Sobre todo, si hay un triángulo amoroso de por medio.

—Sabía que me arrepentiría de esto, aunque no imaginé que el arrepentimiento llegaría tan pronto.

—Déjame decirte que yo no me arrepiento en absoluto de tenerte en mi plató, Daniel.

—Georgia —correspondí a su coqueteo con una leve inclinación de la cabeza y una de mis mejores sonrisas.

—*Daniel* —enfatizó, tan pasional que arqueé ambas cejas. Más me valía salir por patas de los estudios de *Granjeros*, si no quería que la gran Georgia Heller me devorara en el intermedio.

—¿Georgia? —repuse, divertido, con la risa cosquilleándome en la garganta.

Rita



En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Intentó asesinarnos. ¡Y no solo a mí! También a *Princesa*. Mirad qué carita. ¿Qué clase de sádico querría matar a un chihuahua tan dulce e inocente? Solo hay que mirarla para derretirse.

—La verdad es que parece adorable.

—Y es inofensiva, te lo prometo.

—Daniel dice que se mea dentro de tu bolso.

—Daniel es un cretino. Se habrá hecho pis ahí una o dos veces como mucho. Es una perrita muy educada. Pero él la odia. ¡Intentó asesinarla!

—Me encanta que vaya vestida igual que tú.

—¿A que sí? Es mi bebé.

—Hola, princesita. ¿Cómo estás? ¿Puedo?

—Adelante. Es muy buena.

Princesa, desde el interior de mi bolso, gruñó a Georgia cuando esta se dispuso a acariciarla.

La presentadora retiró la mano un segundo antes de que mi pequeña le clavara los colmillos.

Compuse una sonrisa beatífica.

—Un animal encantador —le confió Georgia al público con sequedad—. Rita, tu exmarido asegura que no hubo intento de homicidio. Dice que solo fue un accidente.

—Sí, claro. Como si alguien fuera a creerse esa patraña. ¿Has leído sus novelas, Georgia? Escribe sobre perturbados, y se le da tan bien que resulta sospechoso. Seguro que guarda una caja de trofeos en alguna parte. Es como Theodore Bundy, guapo y encantador, pero te descuidas un segundo y ya te está estrangulando al perro. Mi pobre bebé. ¿Por qué querría matarla? Seguro que fue por celos. Es un ególatra.

—Por Dios, ¿qué huele tan mal en este plató?

—*Oopsie*. A veces *Princesa* se entusiasma un poco. Sobre todo, desde que intentaron asesinarla en plena calle. La pobre sufre *shock* postraumático. Vamos juntas a terapia, ¿sabes?

—No lo entiendo. Si fue tan traumático el suceso del atropello, ¿por qué retirar la orden de alejamiento contra tu exmarido?

Para ser honesta, no es que la retirara yo. La policía, tras comprobar las cámaras de seguridad de la zona, concluyó que lo de Daniel fue un vulgar accidente, no un intento de *perricidio*. Panda de incompetentes...

Sin duda, fue un conato de crimen pasional. Daniel me vio con Richie, perdió los papeles y se desató su locura. Es una satisfacción muy grande saber que por fin he encontrado algo que pudiera alterar a mi flemático marido.

—Quería formar parte del programa. ¿Cuántas cosas más me va a arrebatar ese hombre? He perdido los mejores años de mi vida con él. Fue muy duro estar casada con alguien como Daniel Finn.

—¿Y eso por qué, querida? Tu ex es uno de los solteros más codiciados de Nueva York.

—La gente solo se fija en lo guapo y célebre que es, pero Daniel es mucho más complejo que eso. Si te soy sincera, compadezco a la mujer que intente amarle. Mi exmarido es incapaz de implicarse en una relación a nivel emocional. Lo cual refuerza mi teoría de que sea un psicópata.

—¿Y no crees que tú o *Princesa* estéis en peligro, ahora que ya nada lo retiene?

—Puede que sea frío y calculador, pero no nos olvidemos de que Daniel Finn es un tío muy inteligente. No se atrevería a matarnos en directo. Me temo que, ahora mismo, Georgia, *Granjeros* se ha convertido en el sitio más seguro del planeta.

—Esto no tendrá nada que ver con tu popularidad, muy a la baja últimamente, ¿no?

—Por favor. No me insultes. La fría y calculadora de este matrimonio fallido nunca he sido yo.

—Me han chivado que tu último libro ha sido un desastre en ventas.

—Mi último libro es una obra maestra que mucha gente no ha comprendido.

—¿Estás llamando tontos a tus lectores?

—¡*Por supuesto* que no! Vaya ocurrencia. Como os gusta a los reporteros tergiversar las palabras. —Solté una risita encantadora—. Lo que pretendo decir es que mis libros solo atraen a personas de las más altas esferas intelectuales. A diferencias de *otros*, yo no escribo literatura de aeropuerto.

Adriana y Enzo



En directo desde los estudios de *Granjeros*

—¿Que si vendemos en el aeropuerto? Mi amor, cuando mi editora me dijo que me había conseguido una estantería entera en el aeropuerto, casi me caigo muerto.

—El verbo más adecuado, Georgia, no es vender. Es arrasar. —Miré a Enzo y él me miró a mí, después de lo cual volvimos a asentir, los dos la mar de satisfechos—. Arrasamos.

—Hay concursantes que piensan que lo peor que les podría pasar a sus novelas es acabar expuestas en un quiosco del aeropuerto.

—Mira, Georgia, yo soy un tipo educado. No voy a entrar en confrontaciones vulgares. Paso de meterme con las novelas de los demás.

—Sí... Y no es que queramos hablar del tema, que no queremos, pero sabemos a qué clase de escritores te refieres. Hemos ido a eventos y hemos conocido en persona a esos tíos que…

—Y tías —matizó Enzo.

—*Y tías* que a los escritores de tramas románticas nos consideran amas de casa sexualmente frustradas, tan calientes que, como no tenemos a nadie que nos eche un buen polvo, ponemos todas nuestras fantasías sucias encima de una hoja de papel y osamos llamarlo *literatura*. Estoy hasta las narices de esta rivalidad. Todos somos escritores. Quiero decir que… Nos dedicamos a lo mismo, ¿no? ¿Qué más da que yo escriba sobre intercambio de parejas y ellos escriban sobre…? ¿Sobre qué escriben exactamente?

Enzo se encogió de hombros ante mi pregunta y torció los labios con desdén.

—A mí no me lo preguntes, mi amor. No he tenido el gusto de leer a Rita.

—No os he proporcionado nombres.

—Ni falta que hace, Georgia. Mi amigo Sherlock y yo nos acabamos de cruzar con ella en la puerta y te aseguro que nos miró tan de arriba que le vimos toda la papada.

—Ja ja ja. Esa ha sido una crueldad muy vil, bombón.

—Lo sé. Puedes llamarme Cruella a partir de ahora.

Entrechocamos las palmas, complacidos por nuestra inocente maldad, y luego nos lanzamos besitos el uno al otro.

—Vosotros dos formáis un dúo de lo más divertido.

—Gracias. —Mi amigo hizo una reverencia cuando el público estalló en aplausos.

—Bienvenidos a *Granjeros*. Decidme, chicos, ¿por qué os habéis apuntado al programa?

—Lealtad. No podíamos dejar a nuestra pobre Lucinda sin apoyo moral —respondí yo—. ¿Una escritora de romántica, enfrentándose durante tres meses a tantas hienas sesudas? Mamacita, eso pinta muy mal. Así que hemos hecho las maletas y… ¡al campo!

El público estalló en aplausos por segunda vez. Enzo y yo los teníamos en el bote. Me sentí como la Chica en Llamas.

—Estamos en Los Ángeles.

—Pero en una semana nos iremos… ¡al campo! —gritamos Enzo y yo a la vez, entusiasmados y con ganas de comernos el mundo.

O, para concretar, los campos de Montana.

—Me pica la curiosidad. ¿Alguno de vosotros sabe algo del campo?

Mi amigo y yo intercambiamos una mirada confundida. Él se había criado en el alto Manhattan. Yo, en Miami. Los dos adorábamos Barneys, Starbucks, esos minúsculos bolsitos de Prada, tan coloridos que casi daban ganas de comérselos, y la porcelana Herend. También éramos usuarios de Tinder. Grindr, en el caso de Enzo.

—Bueno… —admitió mi acompañante como quien no quiere la cosa.

Levanté la mano.

—¿Adriana? —me concedió Georgia la palabra.

—Yo escribí sobre un rancho una vez. Había un montón de vaqueros calientes y descamisados por ahí.

—Uff, sí. Era como *Pasión de Gavilanes*. Me encantó ese libro tuyo.

—¿De veras? A mí me encantó el tuyo, el de *Muerte en el Met*.

—¿Lo dices en serio? ¡Es el libro del que más orgulloso estoy! Aunque la crítica dijo que el detective Morales era demasiado gay y que no tenía sentido que alguien tan afeminado se tirara a tantas mujeres.

—Bah. Ni caso a la crítica. ¡Hazme caso a mí, que lo devoré en una tarde! El libro fue un *bestseller*, Georgia. Batió récords de ventas en el aeropuerto. Ese Morales estaba muy caliente. Como Miami en ola de calor, mamacita —aseguré con un guiño provocativo.

—Mi amor… ¡Es la mejor crítica que me han hecho nunca! Creo que voy a llorar.

—Ay, ven aquí, tontorrón. No te emociones, que se te corre el rímel.

—¡Tienes razón! —se lamentó Enzo entre risitas emocionadas.

Nos abrazamos delante de las cámaras. El público nos adoraba. Me regocijé al comprender que la estirada de Rita no era rival para nosotros. ¿Por qué había triunfado *Harry Potter*? Exacto, porque giraba en torno a la amistad. Lucy, Enzo y yo éramos amigos de verdad. Rita solo era una adultera. A nadie le gusta el adulterio. A nadie iba a gustarle Rita. Era la villana del cuento.

—Al menos alguien de este programa formará equipo —le confió Georgia al público.

Enzo y yo intercambiamos una mirada cómplice, nos volvimos hacia ella y, alzando el brazo derecho como si fuéramos Superman a punto de despegar, gritamos:

—¡Al campo!

Richard



En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Yo estoy en el programa para arreglar las cosas con Daniel.

—Dice que te tiras a su mujer.

—Ya. Es cierto. Pero nuestra amistad está por encima de las tías. Somos como hermanos. Fui su padrino de bodas.

—Pero te liaste con su mujer cuando aún estaban casados.

—Pero él es mi mejor amigo.

—Pero ella era *su* mujer.

—¡Pero yo quiero arreglar las cosas!

—Mis jefes me piden que dejemos de decir *pero* todo el rato porque, por lo visto, cansa al público.

—Ya. Mi correctora dice lo mismo.

—Richie, bienvenido a *Granjeros*, el *reality show* en el que casi seguro que alguien acabará muerto.

—Espero que te estés refiriendo a los depredadores del campo, Georgia.

—Sí, me parece a mí que en ese campo va a haber unos cuantos depredadores, Richard. Y no estamos señalando a nadie.

Ashley y Elijah



En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Nosotros somos la pareja perfecta.

—Sí, se os ve, Ashley. Rubios, bronceados, guapos, con ropa de Ralph Lauren a juego…

—Ay, gracias por fijarte. Eres un sol. Es de la última colección para matrimonios chic.

—Fascinante. Decidme, chicos, ¿por qué estáis en el programa?

—Representamos la sociedad americana, Georgia —respondí yo. Le había pedido a Elijah que no hablara, a no ser que se dirigieran a él expresamente.

—¿En qué sentido?

—Ya sabes, defendemos los valores tradicionales americanos, el matrimonio entre hombre y mujer, el sentido de la comunidad y la moralidad, la necesidad de preservar el orden social y, por supuesto, la importancia de la religión como pilar fundamental de la sociedad. Nosotros nos sentimos muy orgullosos de ser americanos y de lo que eso representa, somos patriotas al cien por cien, y hemos venido para que la gente recuerde los auténticos valores de nuestro pueblo, ya que en esta era tan moderna algunos se han alejado de lo que verdaderamente importa.

—¿Qué representa para ti ser americano?

—Algunos te dirían que es un privilegio, pero yo prefiero hablarte de nuestro deber. Estados Unidos es un faro de luz para guiar al resto de naciones. Es nuestra misión liderar el mundo con integridad y ser un ejemplo para los demás. Por algo somos el mejor país del mundo. Que Dios bendiga América.

—¿Lleváis mucho tiempo casados?

—Siete maravillosos años.

—¿Hijos?

—Todavía no. Pero nuestro matrimonio está muy consolidado a pesar de no tenerlos.

—Insistes en la idea del matrimonio perfecto, cielo. Lo cual me recuerda a una cosa que dijo la gran Margaret Thatcher una vez. ¿Cómo era aquello? ¿Ser poderoso es como ser una dama, si tienes que decirle a todo el mundo que lo eres es porque no lo eres realmente? Puede que la esté parafraseando. ¿Tú qué opinas, Elijah? Estás muy callado.

—Mejor que hable ella. Es la portavoz. Pero sí, estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho.

Reforcé mi sonrisa. Como tenía ganas de agredir a mi marido, lo mejor que podía hacer era sonreír. Los trapos sucios nunca se ventilan en público.

—Conque valores tradicionales. —Georgia me sopesó, callada y pensativa. Si por un segundo creyó que la forma en la que encogía las pupilas menguaría mi sonrisa estaba muy equivocada—. Hacéis tarta de manzana los domingos, imagino.

Me rocé el collar de perlas con los dedos antes de responder.

—Yo, sí. Él es un tío. Se ocupa de cosas… ya sabes, masculinas. Como cambiarle el aceite al coche.

—A Lucy le vas a encantar. Auguro una larga amistad entre vosotras dos.

—Disculpa mi ignorancia, Georgia, pero Lucy no será la que escribe sobre… —bajé muchísimo la voz, era una vulgaridad lo que estaba a punto de decir— … ¿penes?

—Ya lo creo que sí. Aunque ella prefiere la palabra *polla*. Lo aclaró en una entrevista en *Elle*, dijo que pene es el término médico que se emplea al lado de la palabra sarpullido. Si es para acompañar el verbo follar, hay que usar *polla*. Un artículo muy educativo. Te lo recomiendo. Así te entretienes mientras se termina de hornear la tarta.

Me llevé una mano al pecho con aire contrariado.

—Santo Dios. ¿Se pueden decir tantos tacos en la tele?

—Bienvenidos a *Granjeros*, el programa en el que vais a encajar de maravilla con los demás concursantes.

—Eso ha sonado maléfico. ¿A que sí, Elijah? ¿A que ha sonado maléfico?

—Mejor que hables tú, cielo.

—¿Este chico sabe decir otra cosa? —me preguntó Georgia con las cejas en alto.

Solté una especie de risita.

—¡Pues claro! Sabe decir un montón de cosas. Es un amante de las letras, como yo.

—¿Y qué escribís vosotros exactamente?

—Él es poeta. Crea unos poemas preciosos, de una sensibilidad extraordinaria. Yo escribo literatura respetuosa y familiar. La familia es la base de todo, Georgia. Sin familias fuertes, las naciones se desmoronan. No hay ninguna necesidad de escribir guarradas. Nadie quiere leer eso.

—¿En serio? A mí me consta que millones de personas alrededor del mundo leen guarradas.

—No me explico por qué —espeté con frialdad.

Georgia se volvió hacia el público.

—Me encanta el cóctel molotov que hemos creado aquí.

Eso había sonado maléfico, ¿a que sí? Se lo hubiera preguntado a Elijah, pero… era mejor que hablara yo. Estaba castigado desde que le había pescado una revista pornográfica bajo unas cajas de zapatos.

Dios. Tenía que seguir sonriendo porque, de lo contrario, acabaría arañándole la cara a mi marido en la tele por cable.

Antes de *Granjeros*

El trío malvado



Dos años antes
Lucy

—Cuéntamelo todo, mi amor.

Casi pegué un gritito del susto que me dio mi buen amigo Enzo cuando apareció de la nada, con un traje de un naranja espeluznante, el pelo teñido de rubio, su barbita negra perfectamente recortada, enmarcándole el rostro, y se agarró a mi brazo.

—No hay nada que contar —me hice la ingenua.

Sus ojos marrones encogieron con sospecha.

—No mientas al maestro. Anoche tuviste una cita a ciegas. ¿Qué tal te fue?

—Ya sabes, como siempre. ¿Historias de amor? No para mí, gracias. Estoy a dieta.

—Ja ja. —Mi sarcasmo no le hizo gracia al maestro, a juzgar por el toque seco que capté en su remilgada voz.

Otro brazo apareció de la nada y se enroscó con el que me quedaba libre.

—Que no te escuche la prensa ni tus lectoras decir eso. Te recuerdo que vendes *el amor*.

Adriana. Todo un espectáculo para la vista.

Y de opiniones acertadas.

Entramos en el Starbucks de la esquina donde, como siempre, mi alta y escultural amiga que parecía una estrella de cine en la alfombra roja de Cannes causó sensación.

Luego la gente miró a Enzo, también atractivo, aunque nada convencional, volvieron a fijarse en Adriana, luego en Enzo, luego en Adriana —iban a acabar con tortícolis—, y entonces pusieron cara de: *oye, ¿de qué me suenan estos dos?*

Pues, señoras y señores, les suenan porque el año pasado protagonizaron un anuncio de lencería muy guarro.

Había centenares de vallas publicitarias por toda la ciudad, en las que se podía ver a una seductora Adriana, de perfil, con su cascada de ondas oscuras colgándole sobre el hombro desnudo, vestida solo con un conjunto negro semitransparente y arrodillada delante de un musculoso Enzo, que la sujetaba por el pelo mientras la observaba con la sonrisa lasciva de un tío que está a punto de devorarla enterita.

Él solo llevaba un par de bóxeres blancos, y ella, con una mano de uñas rojas apoyada contra la tableta de abdominales, que nadie sospechaba que Enzo tuviera porque en esa época él era

adicto a los cárdigan de cachemira y al café con nata, simulaba estar a punto de practicarle… pues sí, una felación.

Rinaldi. ¿Listos para pecar?

Todo un escándalo. Varias organizaciones ultra religiosas recogieron firmas para que prohibieran el *ofensivo* anuncio, pero, se siente, vivimos en un país libre y democrático en el que la gente puede simular todas las felaciones que les plazca.

(Para dictar sentencia, el juez empleó otras palabras).

El caso es que a los apasionados ciudadanos preocupados por conservar los valores morales de esta nación no les quedó otra opción que sabotear las vallas publicitarias. Escribieron —con letra escarlata, así de poéticos son— PUTA encima de la sonrisa lasciva de Adriana.

Típico de los fanáticos religiosos, echar la culpa a las mujeres de todos los males del mundo.

Y Enzo, ¿qué? Si hubiese sido tan venerable y libre de pecado, ¿qué hacía ahí, en paños menores, dejándose sobar por una diosa morena de perfectos rasgos latinos? Nadie se lo cuestionó.

Y como en esa foto él no parecía ni la mitad de gay que de costumbre, tampoco escribió nadie sodomita encima de su sonrisa. (¡¡Menos mal!!).

—Muak-muak.

Adriana no llegó a besarme, solo frunció un poco los labios porque no quería estropearse su perfecto labial morado.

—Muak-muak —la imité. Yo tampoco pretendía estropearme el mío.

Enzo nos consiguió un doble *espresso* para llevar a las dos.

—Mi príncipe. Gracias. —Le lancé un besito al recibir mi vaso.

—No hay de qué, mi amor. He leído en el periódico de esta mañana que el consumo diario de café reduce enfermedades como el Alzheimer y el Parkinson.

—Pues consumamos —concedí, divertida. Para respaldar la afirmación, brindé, después de lo cual tomé un sorbo súper largo.

Como si alguno de nosotros necesitara un motivo adicional para atiborrarse de cafeína.

Éramos adictos. No dormíamos lo suficiente, nunca trabajábamos cuando tocaba y luego sucumbíamos ante un frenesí casi histérico, y básicamente sobrevivíamos a base de café hasta que conseguíamos entregar nuestros respectivos manuscritos y lográbamos, una vez más, que nuestra editora (Demeter, como la diosa) no nos echara a la puta calle.

—Este café es mejor que un orgasmo —aseguré, deleitada.

—Depende del orgasmo. —Enzo me lanzó un guiño y brindó con su *cappuccino* al caramelo. Acompañé el brindis de una sonrisa traviesa.

—Tienes razón. *Depende* del orgasmo —me vi obligada a admitir con un gesto elocuente.

Me apuntó con el dedo y yo le sonreí.

Conocí a Enzo en mi primer evento literario. Es el único tío de la plantilla, aparte de Allistair, el pez gordo que fundó la editorial.

Yo estaba muy nerviosa, no conocía a nadie, y él fue súper majo y se sentó conmigo para que no me sintiera tan fuera de lugar.

Adriana fichó con *Morgana Books* unos dos años después. Acababa de dejar atrás los bancos de la universidad y aún era muy tímida —demasiado, para ser modelo de lencería—, pero Enzo y yo la acogimos bajo nuestra ala protectora y desde entonces éramos inseparables. El trío malvado de la editorial. Los tres Mosqueteros.

Tenía muchas más cosas en común con ellos dos que con el resto de mis amigos. Los tres llevábamos un estilo de vida desenfadado, sufríamos aversión al matrimonio y a cualquier otra

forma de compromiso, incluidas las hipotecas, y sentaba bien quedar con gente que te entiende y que va en la misma onda que tú, sin juzgar en secreto las elecciones que haces.

—Ahora que hemos conseguido cafeína, háblanos del tío, *mamacita*.

Suspiré con hartazgo.

—De acuerdo. Pero enfilemos hacia la editorial. Necesito mi cheque. Este mes he gastado más de la cuenta en zapatos.

—¡Yo también!

Adriana y yo miramos divertidas a Enzo, que nos enseñaba, orgulloso, sus zapatos de color naranja. Debía de haberle costado esfuerzo —y una fortuna— encontrar unos zapatos así de… llamativos.

Rituales de reproducción en el alto Manhattan



Lucy

Habéis presenciado la escena decenas de veces. Un restaurante elegante, de los que requieren reserva, mesa para dos, luz tenue, música suave de fondo…

Yo llevaba un vestido muy sexy, negro, a juego con mi recién estrenada manicura.

Él había hecho el esfuerzo de ponerse traje.

Una noche romántica en Manhattan.

Excepto por la conversación. Activemos el sonido para que podáis flipar.

—La cuenta que sea a medias, por favor. Es que no me gusta deberle nada a nadie.

—Apoyo completamente el feminismo.

—Oh, no me seas condescendiente, Jack. Me aburren los condescendientes.

—Es… Jacob —me recordó él, un poco cortado.

—No me interrumpas.

—Lo siento. ¿Decías?

Disparé otra sonrisita relámpago.

—Decía que, después de pagar la cuenta, *a medias*, iremos a mi casa, si te apetece. Te diré exactamente cómo va a acabar la velada. Echaremos un polvo espectacular, la clase de polvo que algún día contarás a tus nietos, y veinticinco minutos después te largarás y no quiero volver a saber nada de ti nunca más. Ni etiquetas en las redes sociales, ni memes de gatos, ni *ola k ase* por WhatsApp a las once de la noche... No es necesario que vuelvas a llamarme, a no ser que te diagnostiquen una ETS y yo figure en la lista de personas con las que te lo has montado. En ese caso, te agradecería que fueras un adulto responsable y me lo dijeras.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Si nos llaman la generación de la inmediatez es por algo. Lo conseguimos todo a base de *click*. La cena, el sexo, el último exfoliante facial que arrasa en TikTok...

—No estoy bromeando.

—¿Se trata de alguna broma de esas que salen en la tele? ¿Hay cámaras aquí?

Puse los ojos en blanco cuando se giró hacia atrás para escudriñar el restaurante. Ese tío llevaba mucho tiempo en el banquillo. Debía de haber salido de una relación súper larga. Como dirían los Guns N' Roses: *Welcome to the Jungle*.

—No. Nada de bromas televisivas —respondí, compasiva—. El mundo se ha vuelto frío e

impersonal desde la última vez que saliste con alguien. Nos aburrimos súper rápido. Ya ni siquiera las Kardashian nos mantienen interesados. Demasiados estímulos, tan poco tiempo… En fin. Entonces, ¿qué? ¿Te apuntas a mi plan o nos despedimos con un casto beso en la mejilla?

Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos.

Reflexionó, con expresión de estar llevando a cabo un arduo conflicto mental, y al final decidió que sí, que se apuntaba a un polvo fácil. Puede que incluso pensara que había ganado. Dulce corderillo. ¿Aún no había quedado claro quién poseía el control sobre la situación desde el principio? Exacto, la que se había puesto ropa interior a juego antes de salir de casa.

Mientras esperábamos a que nos cobraran —los dos habíamos ofrecido la tarjeta, como *millennials* civilizados—, aproveché para retocarme el pintalabios. No creo en las almas gemelas, pero sí en un pintalabios para toda la vida, y el mío, de color fucsia electrizante, lo era. Tenía intención de pedir que me enterraran con este pequeñín. Era así de vanidosa que necesitaba estar guapa incluso en la otra vida.

Apreté un labio contra el otro, comprobé mi aspecto una vez más —perfecto, estás que te sales, Lucy Carrigan— y cerré de golpe el espejo cuando el camarero dejó nuestras respectivas tarjetas de crédito sobre la mesa.

Ahora que lo pienso, creo que el personaje de Cruella lo habían inspirado en mí, aunque Adriana estaba convencida de que se habían inspirado en ella.

—¿Nos vamos, Jack?

—¿Hay alguna posibilidad de que te aprendas mi nombre en algún momento de la noche?

—Hmm. Será mejor que no nos comprometamos a nada. Odio los compromisos.

Lo dejé muy desconcertado.

A pesar de todo, me siguió. Ignoraba si yo era una acosadora, una psicópata, una de esas personas chifladas que te mandan enlaces de noticias conspiranoicas a las tres de la mañana por WhatsApp… —¡Los aviones nos están gaseando, amigos!— Pero me siguió. Siempre lo hacían.

Como solía pasar con las historias de amor que escribía, en un determinado punto de la trama se empezaba a intuir el final.

Eso no quería decir que los lectores no disfrutaban con el argumento.

*****

—¿Y qué tal vuestro fin de semana? —cambié de tema mientras, cafés en la mano, cruzábamos las puertas giratorias.

Pasamos por delante de los de seguridad con nuestros pases de *visitante* en alto.

El edificio alojaba a algunas de las empresas más importantes de Nueva York y por dentro era tan imponente como por fuera, todo mármol blanco, cristal y plantas naturales.

La sala de espera estaba siempre abarrotada de personas que esperaban para reunirse con algún alto ejecutivo.

—Yo he ido a un club de *swingers* —me respondió Adriana con su acento a lo Sofía Vergara.

Hice una mueca apreciativa.

—Interesante. ¿Y qué tal te fue? ¿Nos gustan los clubs de *swingers* o los odiamos?

—Lo sabrás cuando publique mi próximo libro. He hecho un gran trabajo de documentación.

Adriana era una maestra de la novela erótica. Le encantaba explorar las perversiones de la gente.

—Lo estoy deseando. ¿Y tú, Enzo?

—Yo he decepcionado a mis padres de maneras inenarrables… —se lamentó este con un suspiro que parecía salirle del alma.

Adriana y yo intercambiamos una mirada confundida por encima de nuestras respectivas gafas de sol. Después miramos a nuestro amigo, que exhibía una expresión de lo más aburrida mientras el ascensor nos trasladaba a nuestro destino.

—¿Y eso por qué? —se interesó Adriana al ver que entre los objetivos a corto plazo de Enzo no se incluía el de ampliarnos la información.

—Soy homosexual.

—Vaya. —Chasqueé la lengua—. ¿En serio? Ya decía yo que tu traje de color naranja no parecía demasiado masculino.

Enzo se echó a reír y me dio un empujoncito con el hombro.

—Cabrona.

Aún estábamos riéndonos de lo mal que lo pasó Enzo en su *brunch* familiar, cuando el ascensor nos escupió en la planta doce, sede de nuestra editorial.

Había cámaras por todos lados porque los de arriba pretendían tenernos controlados, no fuera a ser que hiciéramos el mal.

La verdad es que hicimos el mal unas cuantas veces antes de que aquello se convirtiera en *Gran Hermano*.

Durante una aburridísima reunión con la dirección de la editorial, en la que se trataban aspectos tan poco interesantes como los plazos de entrega que algunos autores *no* cumplen —ni idea de por qué nos miraron, insistentemente, a nosotros tres…—, Enzo pidió permiso para ir al baño, se encerró en el cuarto de la fotocopiadora y tomó unas cincuenta fotocopias de su culo peludo ¡en papel brillante!, el más caro que encontró.

Otro día que nos invitaron a venir, muy en contra de nuestra voluntad, por cierto, para asistir a otra reunión soporífera, Adriana cambió las sabrosas galletas de chocolate por otras que sabían a paja seca —si ella estaba a dieta, ¿qué derecho tenían los demás a atiborrarse como cerdos?—, y yo configuré el idioma del teclado de Allistair a chino, lo cual dio lugar al caos y a una serie de conspiraciones paranoicas sobre cómo intentan los chinos reemplazar a los blancos. Primero con las adopciones y los bazares. Ahora, con los ordenadores.

Allistair estaba convencido de que aquellas posaderas peludas que habían aparecido misteriosamente en el cuarto de la fotocopiadora pertenecían, cómo no, a un hacker asiático.

A todo esto, nosotros, el trío malvado, escondidos detrás de un seto, nos moríamos de la risa al presenciar las consecuencias de nuestras travesuras.

Hasta que nos cazó Demeter.

Aunque nunca pudo demostrarlo, ella sabía que éramos nosotros los que habíamos sembrado el pánico en la editorial, e hizo que colocaran cámaras en cada esquina. Demeter era lo que yo llamaría una aguafiestas.

—¿De qué va tu próximo libro? —me preguntó Adriana mientras pasábamos de largo el mostrador de recepción, intrigantemente vacío en aquel momento. Creo que era la primera vez que Jemima no estaba en su sitio. Qué cosa más extraña. Ella siempre estaba ahí, controlándolo todo con sus ojos bizcos. *Os estoy vigilando, malvados*—. No nos has contado nada y tú siempre nos lo cuentas todo.

No les había contado nada porque no había mucho que decir al respecto. Llevaba unas cinco mil palabras escritas, de las cuales cuatro mil ochocientas cincuenta no valían una mierda.

Claro que no estaba lista para admitir en voz alta que me había estancado. *Otra* vez. ¿Cómo escribir sobre el amor si tú no crees en su existencia?

—Darcy es una mujer moderna y empoderada que busca sexo en Tinder, pero nadie se le parece a su foto de perfil y va de una cita desastrosa a la siguiente. Resumiendo, acabará

enamorándose de su neurótico vecino, un cascarrabias tan hosco, frío y distante que hasta el capítulo diecinueve no queda claro si tiene o no pulso en las muñecas.

Lamentablemente, no llegaré nunca al capítulo diecinueve, aunque me abstuve de decirlo.

—*Tinder*. Uf. Entiendo a la pobre Darce. A mí me la han clavado muchas veces en Tinder. Cabrones.

Me gustaba el acento de Adriana, la manera que tenía de pronunciar las eses. *Cabronesss*.

—A todas, hermana. No sé cómo, pero algunos se las arreglan para engordar milagrosamente unos ciento cinco kilos después de tomar su foto de perfil.

—O se hacen una operación estética que los ha dejado irreconocibles —me dio la razón ella, torciendo el gesto—. Más bajitos, calvos, con la polla más chiquitita…

Enzo y yo estallamos en carcajadas.

—Lo de la polla nunca me ha pasado. Por lo general, no pregunto por el tamaño.

Adriana me miró pasmada.

—¿En serio? Yo, sí. Detesto las sorpresas.

—Yo estoy escribiendo sobre un crimen en el Barneys —se quejó Enzo con una mueca de disgusto. Pretendía convertirse en el próximo Truman Capote, aunque se conformaba con ser la próxima Cecily von Ziegesar—. Dos mujeres se pelean por un par de vaqueros *skinny* rebajados. Horas después, una de ellas acaba muerta, con una percha de Dolce clavada en el pecho, y el guapísimo inspector Asbury tendrá que encontrar al culpable.

—¿Y por qué pareces tan desconsolado? —se sorprendió Adriana.

—Porque el argumento hace aguas. Ya nadie compra vaqueros *skinny* hoy en día...

A aquella afirmación le siguió otro suspiro que le salía del alma.

Todos los males de este mundo empiezan con…



Lucy

—¡Hombres! —nos interrumpió el grito desgarrador de Jemima, que torció la esquina del pasillo a una velocidad que hubiera aterrado al mismísimo Correcaminos. Traía cara de perturbada. Más de lo habitual.

Detuvimos nuestra charla sobre… exacto, pollas, y la miramos extrañados.

Adriana se bajó sus gafas rojas con forma de corazón por la nariz.

Yo, que adoraba mostrar un glamuroso aire pijo muy a lo Blair Waldorf siempre que salía de casa, hice lo mismo con mis gafas ovaladas *oversize*; me bajé la montura dorada por la nariz con un gesto de estrella de cine juguetona y consentida, y evalué a Jemima con una ceja en alto.

—¿Qué pasa, Jemima? —preguntó Enzo, intrigado. Él no traía gafas de sol.

—*Hombres* —repitió Jemima en el mismo tono ferviente. Sus ojos azules estaban abiertos de par en par. El pelo, de un rubio paja, más ensortijado que de costumbre.

No sabíamos mucho sobre Jemima. Excepto que era extraña, muy religiosa y que estaba en ese rango de edad en el que no sabes muy bien si una persona se aproxima a los treinta y siete o a los cincuenta y dos.

Seguro que tenía fotos nuestras en un tablón de su sótano.

Creo que vivía sola, a no ser que contara el gato negro cuyas fotos ella había esparcido por todas partes, en su mesa de trabajo, en la pantalla del ordenador, en su taza de café, en su llavero... Incluso en las paredes del pasillo había láminas con el michi en pose arrogante, imitando a Napoleón.

—Eso ya lo hemos oído, cielo —intentó tranquilizarla Adriana con su sonrisa paciente—. Lo que queremos saber es qué pasa con los hombres.

—Hay hombres aquí —respondió Jemima, como diciendo *Aleluya, hermanas. Vamos a ser todas fecundadas. ¡Que nadie se salte el turno!*

A Jemima le encanta crear colas. Era su placer más exquisito torturarnos con lo de los turnos. Cuando tenía que repartir los cheques, primero nos entregaba un ticket a cada uno, para que nadie se saltara la vez. De esta forma, en vez de tardar cinco minutos, tardábamos quince.

—Claro que hay hombres aquí —le recordé con suma paciencia—. Está Enzo y está Allistair.

Los enajenados ojos de Jemima se dilataron aún más cuando vino hacia mí, me agarró por el cuello de mi vestido de lunares y arrastró mi rostro hacia el suyo.

Ay, Dios, podía verle los pelos del lunar, tan cerca estábamos la una de la otra.

—Hombres heterosexuales menores de ciento veinticinco años —aclaró en un tono que no habría sabido decir si era conspirativo o lunático.

Por si acaso, me eché un poco hacia atrás. Tenía cara de querer clavarme una percha de Dolce en alguna parte.

—Ah. En tal caso, ni Enzo ni Alistair encajan con la descripción —me vi obligada a darle la razón, lo cual hizo que Jemima me soltara y sonriera satisfecha, mostrándonos, por primera vez desde que la conocíamos, una hilera de dientes grisáceos y torcidos—. Sí que es raro —les dije a mis amigos—. Jemima, ¿puedes proporcionarnos más datos al respecto?

—*Hombres* —repitió como si fuera el monstruo de las galletas en el interior de una fábrica de Oreos. ¡Galletas! Ñamñamñam.

—Está en trance —sentenció Enzo que, aburrido del brote psicótico de la recepcionista, le volvió la espalda para centrarse en Adriana y en mí—. No sé vosotras, mis amores, pero yo me muero por saber qué cojones está pasando aquí y si esos hombres que tan trastornada han dejado a nuestra querida Jemima están de buen ver o no. Sobre todo, lo último.

—¡Hombres! —clamaba Jemima mientras corría hacia las escaleras con los brazos en alto.

En Contabilidad estaban a punto de averiguar las estremecedoras noticias.

Enzo, Adriana y yo nos echamos a reír al verla tan desquiciada y, decididos a resolver el misterio de una vez por todas, cruzamos la sala con la firme intención de averiguar qué demonios estaba sucediendo en aquella editorial.

—Parecemos los Vulturi —dije con sorna al fijarme en la forma en la que avanzábamos por el pasillo, los tres al unísono.

—Yo quiero ser Aro —exigió Enzo con aspavientos de niño malcriado.

—Pues con ese pelo te pareces más a Jane —lo acalló Adriana.

—Ja ja. —A Enzo no le hizo gracia. Quería ser Aro a toda costa—. ¿Hoy es el día de fastidiar a las minorías o qué? Ay, Dios mío, ¡sí que hay hombres aquí! —profirió, tan emocionado que se cubrió la boca con las palmas en un inútil intento de ahogar un gritito de júbilo—. ¡Tías! ¡Hombres apuestos en nuestra editorial! Gracias, Buda. *Namasté*. Me pido al alto.

—¡Serás avaricioso! —me indigné al ver a quién señala mi descarado amigo—. Al alto ya me lo había pedido yo. Qué cuerpazo. Mirad esos hombros tan anchos y cómo se le ajusta la chaqueta. Ese va al gimnasio todos los días. ¿Qué estarán haciendo en el despacho de Allistair?

—Puede que sean demonios y hayan venido a cobrarse por fin su alma.

Una teoría… interesante.

—Ay, Enzo. Eso te encantaría, ¿verdad? —se rio Adriana.

—Me fascinaría —admitió él, embebido en la escena que se desarrollaba al otro lado del cristal.

Dos de los tíos trajeados se habían puesto de perfil y estaban para mojar pan. Solo nos faltaba verle la cara al tercero, el alto al que ninguno de nosotros conseguía quitarle los ojos de encima. Nos había dejado idiotizados.

Nadie se relajaba en presencia de Allistair, y ahí estaba él, con las manos en los bolsillos de los pantalones, despreocupado, comportándose con perfecta normalidad, como si el gran hombre fuera un colega más.

—Esto es raro de narices —murmuré, absorta.

Allistair se echó a reír por algo que le dijo el desconocido alto y, con suerte, apuesto (¡y soltero!, ya que estamos confeccionando la lista de deseos…)

Adriana dejó escapar un bufido, antes de volverse de cara a mí.

—Vale. ¿Quién es ese tío y qué está haciendo? Allistair nunca ríe.

—Chicas, el viejo carcamal no sabe lo que es una sonrisa y ¡acaba de soltar toda una carcajada! Estoy preocupado.

Mis labios dibujaron un gesto escéptico.

—No te pongas en plan dramático otra vez. Seguro que no es nada.

—Ah, ¿sí? —me espetó Enzo—. A ver cómo explicas eso.

Me volví justo a tiempo de ver cómo nuestro desconocido le ofrecía la mano a Allistair.

—Oh, venga ya. Seguro que Allist…

Los tres soltamos una exclamación de espanto cuando el viejo carcamal se la estrechó.

—¿No era misófobo? —susurró Adriana, horrorizada.

—Puede que nosotros le diéramos asco —me atreví a sugerir. En voz muy bajita.

—O puede que ese tío sea un dios —repuso Enzo—. Alguien tan fascinante y magnético que ni el mismísimo Calzones de Hierro puede resistirse.

Enzo propagaba por la editorial la extraña teoría de que a Allistair le habían colocado unos calzones de hierro en su infancia, allá por el 1523, y que la nodriza había perdido la llave, motivo por el cual el pobre Alli no había conocido jamás el placer carnal. Lo cual, a juicio de nuestro creativo y conspiranoico amigo, explicaba perfectamente por qué andaba siempre tan de malas pulgas.

—Cuidado, que se gira —murmuró Enzo con voz chillona—. Qué emoción. Cogedme de la mano, chicas. Esto es como la *Voz*.

Me eché a reír y me dispuse a agarrar la mano que me ofrecía, pero entonces el dios alto y moreno se volvió de cara a nosotros y sus luminosos ojos azules se cruzaron con los míos durante unos tres segundos a través de la pared acristalada de Allistair.

—Gracias, Madre Naturaleza, por este espécimen tan follable —dijo Adriana al mismo tiempo que un grito de terror nacía en lo más profundo de mi garganta—. ¿Qué pasa? —volvió a decir, ahora con aire preocupado—. ¿Te has olvidado de tomarte la píldora?

Volví a gritar. Estaba bloqueada, como Jemima. Ella solo podía decir *hombres* y yo solo podía gritar.

—¡¿La píldora del día después?! —se horrorizó Enzo, que de inmediato me tomó el pulso. No sé para qué…

Miré primero a uno y luego al otro mientras intentaba reunir suficiente valor como para volver a mirar de frente.

No podía ser cierto. No, claro que no.

Solo era un espejismo, una estúpida ilusión óptica. En cuanto le echara un segundo vistazo, me daría cuenta enseguida de lo equivocada que estaba; de que el rostro de aquel desconocido no era ni la mitad de impresionante que el del tío del motel; de que sus ojos no eran tan profundos ni sus labios tan masculinos. Era imposible que lo fueran, porque aquel hombre de ahí no era *él*.

No podía ser él, ¿verdad? La gente no dejaba de repetir que el mundo era un pañuelo, pero a mí siempre me había sonado a exageración.

No, era una idea absurda e imposible, y solo necesitaba mover la cabeza unos centímetros para comprobarlo. En breve me daría cuenta de lo ridículo que era todo aquello y me echaría a reír. En serio.

«¿Y por qué no lo haces?»

¿No es irritante que tu propio subconsciente intente sabotearte? Vaya tontería, insinuar que *yo* tenía miedo.

«Vamos, Luce. Échale ovarios».

Tomé una inhalación rápida para calmarme y volví a mirar.

Nuestras miradas se adhirieron la una a la otra a través del cristal, y fue un contacto tan eléctrico que se me dispararon las pulsaciones.

Lo cual me hizo gritar horrorizada por tercera vez.

—Lucy, me estás preocupando, mi amor. ¿*Qué* te pasa?

El perplejo rostro de Enzo se interpuso entre esa mirada que parecía perforarme y mi propia vista.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—¡¿El qué?! —rugieron mis amigos.

Me sentía como si estuviera soñando, con la cabeza embotada.

Aunque sabía que no podía tratarse de ningún sueño. Solo había una opción posible.

—Es una pesadilla —decreté, convencidísima—. Son los fantasmas. Dios Santo. ¡Soy Connor Mead[1]!

—Lucinda, ¿estás bien?

Adriana incluso se había arrancado las gafas de sol y ahora tenía sus intensos ojos verdes clavados en los míos, llenos de preocupación.

O todo lo preocupadas que podrían parecer unas lentillas verdes.

—Soy Connor Mead. Son los fantasmas.

—Lucy, como no salgas del trance, te voy a pellizcar —me avisó Enzo, exasperado.

Miré a mis amigos con cara de perturbada —todas las mujeres experimentamos la misma reacción después de toparnos con él— y tragué saliva, aunque la garganta me escoció como si, en vez de saliva, hubiese tragado ácido de baterías.

Puede que mi cuerpo hubiera decidido autoenvenenarse. Activando protocolo de emergencia. Repito. Activando…

—Lucy, ¿*qué* pasa? —me sacudió Adriana, colmada su paciencia.

—Ahora sé lo que sintió Dios cuando la serpiente se le coló en el jardín —les dije con la misma expresión de desequilibrada mental que Jemima.

Ambos retrocedieron, perplejos.

—Hay que resetear su disco duro. Creo que ha vuelto a los valores de fábrica.

—Puede que le hayan pegado la sífilis —se atrevió Enzo a sugerir.

Adriana le propinó un golpecito en el brazo.

—Ay —se quejó Enzo—. ¿Por qué me zurras?

—Porque…

—¿Lucy?

Mis amigos dejaron de empujarse como las hermanastras de Cenicienta y se giraron a la vez hacia el dueño de aquella voz, masculina y estremecedora.

—Eres tú… —murmuré, sin abandonar mi estado catatónico.

—¡¿Conoces al buenorro?! Serás *zorri*…

Enzo estaba en *shock*, y noté que Adriana también nos observaba de lo más intrigada.

Ni Daniel ni yo contestamos a la pregunta. Parecíamos incapaces de dejar de mirarnos. Teníamos una conexión tan absoluta que era como si todo lo demás hubiera desaparecido de repente. Mis amigos, la editorial; todo se había disipado. Joder, era devastador.

Percibí un atisbo de sonrisa en sus labios al decirme:

—Vaya… No puedo creer que seas tú.

Yo no podía creerme *na-da*.

—¿Qué haces aquí? —conseguí farfullar, Dios sabe cuánto tiempo después.

—Asuntos de trabajo. ¿Y tú?

—Asuntos de trabajo —logré entonar con vocecilla estrangulada.

—Así que… ¿trabajas aquí?

Seguí mirándolo a los ojos, me sumergí hasta que empecé a ahogarme con los recuerdos que me había esmerado en borrar de mi mente, él y yo riéndonos en la playa, su boca cubriendo la mía en el ascensor, caliente, enloquecedora, sus manos en mi cuerpo, mi pelo, mis labios, buscando, acariciando, descubriendo sensaciones que yo todavía no conocía.

El pasillo empezó a darme vueltas, y eso que estaba sobria.

Me entró de pronto el pánico, un pánico atroz porque no creí posible volver a sentirme así nunca más. Después de él, nada volvió a ser igual. Ahora todo era mejor. Ya nadie podía hacerme daño. Jamás. Me había asegurado de ello.

—¡Finn! —gritó uno de sus acompañantes—. ¿Nos vamos o qué?

Daniel se volvió hacia él y levantó el dedo índice para pedirle que esperara unos segundos.

Por debajo de la chaqueta azul marino del traje, llevaba una camisa blanca almidonada que le sentaba de miedo y un reloj de aspecto caro le brillaba en la muñeca. Parecía un hombre de negocios. ¿Me había dicho a qué se dedicaba? No lo recordaba.

Yo sí le había hablado de mi deseo de convertirme en novelista. Estaba trabajando en mi primera novela cuando lo conocí. Por eso el libro se convirtió en un éxito. No puedes ser un buen escritor si no te han roto el corazón.

Cerré los ojos por unos segundos y respiré hondo. Me exigí calmarme, expulsarle de mi sistema.

—Solo un segundo. ¿Lucy? ¿Trabajas aquí? ¿Eres escritora?

—No…

—Sí —le respondió Adriana, con punzante exasperación.

Daniel frunció el ceño.

—Iba a dejarlo —expliqué, al ver tantas miradas desconcertadas clavadas en mí.

—¡¿Ibas a dejarlo?! —gritó Enzo, angustiado. Adriana le dedicó una miradita de lo más elocuente, que él debió de interpretar bien, ya que cuadró los hombros para parecer más alto, se recolocó su bolsa de Prada sobre el hombro y le dedicó a Daniel una sonrisa que aseguraba que estaba al tanto de todo—. Sí, iba a dejarlo, pero… creía que lo manteníamos en secreto.

Daniel no les prestó la menor intención. Sus ojos no se apartaron de los míos, y la electricidad que desprendían era tremenda. Sin duda, él también estaba rememorando el súper polvo que habíamos echado.

—Me gusta… tu aspecto —comentó con una sonrisa casi tímida—. Ya no llevas el pelo...

—¡Finn! ¡Venga, coño, que tenemos que cruzar la ciudad en hora punta!

—Hay que joderse. —Daniel tensó la mandíbula antes de volverse hacia su colega—. ¡Que ya voy! Lo siento, Lucy, tengo que marcharme, pero me encantaría volver a verte y ponernos al día. Espera, tengo una tarjeta de visita en alguna parte.

Estaba paralizada. Era un conejo en la carretera. Veía el coche, intuía el peligro, pero no era capaz de mover mis estúpidas patitas, y las ruedas estaban a punto aplastarme.

—No tiene tiempo para citas —lo puso Enzo en su sitio, con un tonito a medio camino entre pijo y malvado—. La señorita Carrigan es una mujer muy ocupada y, además, no sale con tíos que imprimen sus tarjetas de visita en papel cutre. ¿Cómo te atreves? Guárdate esa horterada en el bolsillo ahora mismo. Hace daño a la vista. Y ahora, si nos disculpas… Lucinda, vámonos.

Me agarró del brazo con su actitud de *somos demasiado buenos para esto* y me arrastró de ahí antes de que un boquiabierto Daniel consiguiera decir ni pio.

Yo, por mi parte, estaba tan bloqueada que no reaccioné, me dejé empujar dentro de un

cuartucho enano y oscuro, donde mis amigos, como hienas hambrientas de información, me acorralaron sin piedad.

—Desembucha —ordenó Enzo, el muy mandón—. ¿De qué conoces al buenorro ese? ¿Y por qué estás tan pálida? Pareces la chica de la curva.

¿Cómo no iba a estar pálida? Acababa de estar cara a cara con el desconocido del motel. Hay dos opciones: el corazón acabaría cavando un hueco en mi pecho o moriría de un infarto fulminante.

Mierda. ¿Cómo era posible que fuera todavía más guapo ahora que entonces? La madurez y aquella barba de dos días le sentaban de miedo. En mi mente estaba desnudo, mirándome todo el rato mientras se empujaba a sí mismo dentro de mi cuerpo. Se me había olvidado lo atractivo que era con el traje puesto. Imponía un aire autoritario que volvería loca a cualquier mujer.

Enzo me chasqueó los dedos, lo cual me sacó por fin de mi estado catatónico.

—Perdón, ¿decías?

—Yo la abofeteo, lo juro por *Dolce*.

—Tú cállate ya. Está conmocionada, ¿o es que no lo ves? Mamacita, ¿quién es ese hombre?

Una pregunta compleja. Menos mal que yo poseía la respuesta abreviada.

—Adriana. Lorenzo. —Los dos se espantaron al verme tan formal—. Ese, queridos amigos, era Daniel el cabrón.

Al formular su nombre en voz alta, estallaron rayos en alguna parte. ¿No olía de repente a azufre?

—¿Estás segura de que no es Daniel el pibón?

La tormenta cesó. Fulminé a Adriana con mi mirada de acero y ella simuló cerrarse los labios con una cremallera.

El impacto de volver a verla



Daniel

Jamás me había sentido así. Fue como si un rayo me hubiera fulminado ahí mismo. La chica del motel estaba al otro lado del cristal. No había margen de error. Era la misma persona. *Ella*. Lucy.

La sorpresa fue tal que dejé de respirar.

Me pareció increíble cruzarme con ella sin más. Después de tantos años, después de… todo, ahí estaba. Así de simple. La vida es muy puta.

—Yo también jugaba al pádel cuando era más joven —me dijo Allistair, sin percatarse de que yo ya había desconectado por completo de la conversación.

Tenía que hablarle. No podía dejar escapar la ocasión de saber por fin quién era. Ya no importaba ahora, claro, pero aun así necesitaba saberlo.

—Disculpadme un segundo.

Fui tras ella. No puede contenerme.

—¿Lucy?

Sus acompañantes, que parecían estar en medio de una pelea, se callaron al oírme formular su nombre.

Se apartaron, y entonces ella y yo acabamos cara a cara.

Y ya no tuve ninguna duda. Era mi chica del motel.

—Eres tú… —murmuró, igual de impactada que yo.

Alguien dijo algo. Ni idea de quién fue ni de lo que dijo. El sonido de mi propia sangre palpitándome en los oídos me ensordecía. No era físicamente capaz de dejar de mirarla.

Pasó muchísimo tiempo hasta que conseguí abrir la boca para decirle:

—Vaya… No puedo creer que seas tú.

Creo que estaba un poco en *shock*.

—¿Qué haces aquí?

—Asuntos de trabajo —me obligué a responderle—. ¿Y tú?

—Asuntos de trabajo.

—Así que… ¿trabajas aquí?

¿Qué era? ¿Editora? ¿Periodista? ¿Se había convertido en escritora?

Y, si así era, ¿por qué nunca había coincidido con ella en ningún evento, ninguna feria, ningún sitio? En el mundo editorial todo el mundo conoce a todo el mundo. ¿Cómo era posible

que yo no la conociera?

—¡Finn! —me llamó uno de mis colegas—. ¿Nos vamos o qué?

Hice un gesto para que me concedieran un momento más.

—Solo un segundo. ¿Lucy? ¿Trabajas aquí? ¿Eres escritora?

—No…

—Sí —me dijo la chica que la acompañaba.

Me descolocó la contradicción.

—Iba a dejarlo —me respondió Lucy al ver tanta confusión en mi rostro.

—¡¿Ibas a dejarlo?! —se escandalizo el chico del traje colorido. La otra chica le dedicó una mirada que todos podíamos interpretar. Incluso él, por lo que añadió—: Sí, iba a dejarlo, pero… creía que lo manteníamos en secreto.

Seguí mirándola como un gilipollas, sin prestar atención a nada ni a nadie.

—Me gusta… tu aspecto —le dije mientras la absorbía con la mirada—. Ya no llevas el pelo...

—¡Finn! ¡Venga, coño, que tenemos que cruzar la ciudad en hora punta!

—Hay que joderse. ¡Que ya voy! Lo siento, Lucy, tengo que marcharme, pero me encantaría volver a verte y ponernos al día. Espera, tengo una tarjeta de visita en alguna parte.

—No tiene tiempo para citas —me cortó el del traje naranja—. La señorita Carrigan es una mujer muy ocupada y, además, no sale con tíos que imprimen sus tarjetas de visita en papel cutre. ¿Cómo te atreves? Guárdate esa horterada en el bolsillo ahora mismo. Hace daño a la vista. Y ahora, si nos disculpas… Lucinda, vámonos.

¿Qué coño…? ¿Ese tío iba en serio?

Me quedé pasmado, porque sí, ya lo creo que iba en serio. Entre él y la otra chica, se llevaron a Lucy a rastras de ahí.

Lo único bueno era que había averiguado su nombre.

Se llamaba Lucy Carrigan.

Ahora por fin iba a poder resolver el mayor misterio de toda mi vida. Estaba a punto de descubrir quién demonios era ella.

*****

Lo primero que hice en cuanto llegué a casa fue teclear su nombre en el buscador de Google. *Lucy Carrigan, la nueva reina de la novela romántica,* rezaba un titular. Abrí el artículo de inmediato.

Más de dos millones de ejemplares vendidos.

Traducida a varios idiomas.

Licenciada en Periodismo.

Todos sus libros habían alcanzado los primeros puestos en las listas de los más vendidos.

De hecho, su último libro estaba justo encima del mío en el top del New York Times. Guau. Había estado muy a la vista todos esos años. ¿No era una crueldad?

—¿Quién es esa?

Bajé la pantalla del portátil de golpe al oír la voz de Rita a mis espaldas.

—Nadie.

—¿Y por qué reaccionas como si estuvieras viendo porno?

En cierto modo y por una vez, Rita no se equivocaba. Me estaba comportando de forma extraña. Podía haberle hablado de Lucy, de lo que pasó entre nosotros, de cómo la conocí. Pero no me daba la gana compartir esos recuerdos con mi mujer. Era algo privado. Era mío. Sí, ya sé

que en un matrimonio no debería haber nada *tuyo*, pero así estaban las cosas.

—Me has sobresaltado, eso es todo.

—Hum. Vale. Esta noche no ceno en casa.

Me volví con el sillón de mi escritorio. Rita estaba de pie en mi despacho y me miraba impasible mientras se cerraba un pendiente.

Iba vestida de blanco, con el pelo cobrizo recogido en un nudo en la nuca. Los labios de color burdeos que hacía mucho que no besaba no esbozaron gesto alguno, ni rastro de sonrisa.

Parecía sacada de una película futurista. Ideé de inmediato el argumento: los seres humanos han perdido la capacidad de experimentar cualquier clase de emoción y ahora se comportan como robots.

Ante esa idea, mi mente se despejó y de pronto lo vi todo muy claro: había algo muy frío en mi mujer. Un desapego, no sabía muy bien si hacia mí, si hacia nuestro matrimonio que hacía aguas o si, más bien, hacia la vida en líneas generales. El caso es que lo nuestro se estaba volviendo impersonal. Correcto, sin ninguna chispa.

—¿Con quién has quedado?

—Con una amiga.

No dio nombres.

Yo no pregunté.

—De acuerdo.

—¿Vas a quedarte hasta las tantas trabajando, como siempre?

La evalué en silencio. A veces tenía la impresión de que a Rita le molestaba mi éxito y que ese había sido el verdadero problema de nuestra crisis matrimonial. Que cada libro mío se convirtiera de inmediato en un *bestseller* no parecía alegrarla.

Los dos éramos escritores, pero estábamos casados. La competición no debería haber existido entre nosotros. Cuando ella triunfaba con una de sus novelas, yo me alegraba sinceramente.

Mi mujer, en cambio, se tiraba semanas enteras de malhumor cuando el éxito me tocaba a mí. A lo mejor solo eran cosas mías.

Lo que sí tenía claro era que nuestro matrimonio no pasaba por el mejor de los momentos. El futuro no pintaba bien.

—Sí, voy a trabajar esta noche. Tengo que acabar el capítulo en el que estoy —le respondí sin alterarme.

—Entonces me iré de copas después de cenar. De todos modos, tú no vas a hacerme caso…

—Rita.

—No, Daniel. No te disculpes. No me digas que tienes que cumplir un plazo. Eso ya lo sé yo. No pasa nada. No es un reproche. Solo te estoy diciendo que voy a llegar tarde.

Asentí despacio. Los dos sabíamos que sí era un reproche, pero para qué discutir otra vez.

—Bien. Diviértete.

—Ah, lo haré.

—Dale saludos a… a tu amiga.

—De tu parte.

—¿Saco a la perra?

Se volvió desde la puerta con una sonrisa helada.

—No. Se viene conmigo.

—Vale.

—No vaya a ser que te incordie. Adiós.

—Mm-hm.

Se marchó, no hubo besos ni abrazos como al principio de nuestra relación, y yo me giré con la silla y contemplé durante unos segundos la tapa bajada del portátil.

En un impulso, la abrí, y la foto de Lucy volvió a asomar en mi pantalla. Se me dibujó una sonrisa en el rostro y noté que algo cálido se me asentaba sobre el pecho. Supongo que ella me recordaba a otra época, cuando todo era más fácil; mejor.

Seguí leyendo, un artículo, y luego otro, y luego miré sus redes sociales y le di al botón de seguir...

No le estaba siendo infiel a Rita ni nada por el estilo. No tenía intención de acercarme a Lucy con intenciones amorosas. Yo no era de esos. Solo quería ser su amigo. Nada más.

Y por supuesto que puedes ser amigo de la chica con la que has tenido el mejor sexo de toda tu vida. ¿Quién dice lo contrario?

Confesiones aterradoras



Lucy

Hicieron falta unos diez minutos, además de una infusión de tila de la máquina expendedora, para hacerme volver en mí.

Reencontrarme con un fantasma de mi pasado —un fantasma tan jodidamente buenorro que debería haber estado calvo a esas alturas para hacerme sentir mejor— me había dejado patidifusa.

Ahora estaba un poco más serena, aunque explicar lo que acababa de sucederme ahí fuera me resultaba complicado.

Una parte de mí aún conservaba la esperanza de poder hacer borrón y cuenta nueva, fingir que no había pasado nada, que no me había puesto a chillar como una histérica en mitad del pasillo, pero me enfrentaba a dos sabuesos experimentados que no estaban dispuestos a dejar de perseguir a la presa, el pobre cervatillo que era yo.

Los semblantes amenazadores de mis amigos dejaron claro que me obligarían a proporcionarles la información al completo, sin importar los medios.

—Luce.

Puse cara de cachorro abandonado. Enzo encogió las pupilas. Ay.

Adriana decidió seguir otra táctica, ser un poco más diplomática, en vista de que aquel *Luce* vibrante no me había hecho cantar.

Así pues, compuso una de sus sonrisas compasivas y se inclinó hacia mí.

—Lucy, es evidente que ese tío y tú tenéis un pasado, y juro por Versace que no queremos cotillear, pero…

—¡Claro que queremos cotillear! ¿Quién es ese tío? —la cortó Enzo con impaciencia.

—Daniel… —respondí, con carita de no haber roto nunca un plato.

—¿Y este Daniel es…? —me apremió Adriana.

—Daniel... ¿el cabrón? —probé suerte de nuevo.

Enzo y Adriana intercambiaron una miradita hastiada.

—Vas a tener que darnos más datos, *mamacita*.

Tragué saliva y la miré suplicante. Maldita fuera. No funcionó. Su rostro se mantuvo imperturbable, y aquella perfilada ceja marrón aseguraba que no iba a salirme con la mía tan fácilmente.

Entorné los párpados con exasperación y solté un soplido enojado.

—Está bien. ¿Habéis oído alguna vez esa leyenda urbana que dice que yo, antes de ser...?

—¿Una sirena que arrastra a los marineros a la perdición? —me propuso Enzo, con una sonrisa insinuante, que desapareció de inmediato de las comisuras de sus labios.

(Lo debió de aterrar mi expresión asesina).

—Una mujer moderna y liberada que no se traga el timo del amor —lo corregí con tajante dureza.

—Lo tenía en la punta de la lengua —aseguró mientras se revolvía inquieto bajo la fulminante fuerza de mis ojos.

—¿Quieres dejar de interrumpirla todo el rato? Me muero por saber quién es ese tal Daniel el buenorro.

—Daniel *el cabrón* —recalqué con mirada huraña.

—Eso quería decir. Me he hecho un lío con el inglés —aseguró con una risita inocente en la que no confié ni por un segundo.

—Te criaste en Florida —le recordé.

—Pero soy hija de padres inmigrantes.

—Tu padre es la quinta fortuna del país. Naciste en Miami en un casoplón con vistas al mar. Tuviste una *nanny* británica. Te educó Mary Poppins.

—¡Ve al grano ya!

—Al grano. Vale. Pues que yo, antes de ser así, era… diferente.

—Es más enrevesada que los horóscopos —le dijo a Enzo.

—Quiero decir que hubo una época en la que yo… Bueno, que yo…. Pese a mis traumas de la infancia, yo…

—Tú, tú, tú, ¿qué? —me presionó Harry el sucio desde el interior del cuerpo de Adriana.

—Creía en el amor.

Enzo soltó un gritito al mismo tiempo que se llevaba una mano al corazón.

—Mi amor, ¡tú, no! —exclamó, repugnado por la idea.

Adriana, inclinada sobre mí, encogió las pupilas.

—Creías… ¿mucho, poco, regular? —inquirió, de lo más intrigada.

—Mi película favorita era *Love Actually* —aclaré, para poner fin a todas sus dudas.

—¡Ay, Dios Santo! —profirió, echándose hacia atrás como si lo mío fuera contagioso.

—También me gustaban los cachorros.

—No sigas. No podré tolerarlo —suplicó Enzo, melodramático como de costumbre.

—Los arcoíris, las almas gemelas, los unicornios, el matrimonio, las norias… —enumeré, desatada como nunca.

—¿Las norias? —se extrañó Adriana.

—Es donde me dieron mi primer beso —les expliqué con sonrisa nostálgica.

—Ah.

—Qué horror. Pero tú ya no eres esa, ¿no, mi amor?

Mi sonrisa nostálgica se esfumó de inmediato.

—¿Eh? No —aseguré en un tono tan poco convincente que los dos fruncieron sus respectivos ceños—. ¡Para nada! Yo ahora tengo una coraza de hielo y sabéis que odio, detesto y me repugna todo lo relacionado con esa abominable palabra que empieza por la letra *a*. Por favor, soy Lucy la infame. Me he currado a base de bien mi reputación. Solo quiero saber qué se le habrá perdido a Daniel el cabrón en nuestra editorial, eso es todo. No pienso acercarme a él. Para nada. Os lo prometo.

—Por si acaso, pondremos un cordón sanitario entre ese tío y tú. Y pensar que yo me lo

quería ligar…

Adriana y yo le dedicamos una mirada cejijunta cuando le oímos deshacerse en un suspiro melancólico.

—Tenemos que averiguar qué trama y por qué se ha reunido hoy con Allistair —les dije, haciéndome cargo de la situación—. No se me ocurre ningún motivo que sitúe a Daniel el cabrón en una editorial femenina. Y mi sentido arácnido me dice que algo malo está pasando. Hay que dispersarse e investigar. Seremos como el equipo de Scooby Doo.

—Pero antes tendremos que conocer al enemigo.

Miré a Adriana con las cejas en alto.

—¿Eh?

—¿Cómo vamos a destruir a alguien que no conocemos?

Parte de lógica tenía.

—Muy bien —concedí mientras me cruzaba de brazos y apoyaba la espalda contra las cajas de cartón apiladas en la estantería detrás de mí—. ¿Qué queréis saber?

—To-do.

—Sí. ¿Por qué no? Háblanos de tu primero, tu último, tu toooodo...

Por el tonito rencoroso de Enzo, diría que no le hacía demasiada gracia que yo me pusiera a rememorar cómo había conocido a Daniel el cabrón.

Le preocupaba que, al estar retratándoles la historia, volviera a sucumbir ante el embrujo de sus ojazos azules y, si no recuerdo mal, su perfecta tableta de abdominales. ¡Ja! ¿Acaso se le había olvidado que yo ahora era una princesa de hielo y que nadie, repito, nadie, y mucho menos Daniel el cabrón, podría hacerme creer de nuevo en el amor?

Eso había pasado en otra vida y, si me había quedado en *shock* al verle no era por no haberlo superado, que lo había hecho, con creces, sino porque me había pillado desprevenida, habían pasado muchísimos años y…

En fin, que no esperaba yo encontrarme a Daniel el cabrón en mis dominios. Eso es todo. Lo juro por mi bolso Miu Miu.

—Lo conocí en una fiesta en la playa. Una boda, en realidad. Ya sabéis, la típica historia. Yo era la chica guapa y popular. Daniel era un pardillo.

Adornando la verdad



Lucy

—¡Muérete! —le ladré al gilipollas que me acababa de decir que yo bailaba peor que un pato mareado.

Ya sabía yo que bailaba peor que un pato mareado, gracias.

Me temo que el relato que proporcioné a mis amigos no era del todo verídico. La pardilla de la historia era yo.

De hecho, era tan pardilla que había ido a esa boda solo porque mi amiga Rachel quería que le hiciera de carabina.

Ahora Rachel estaba dándose el lote con un fulano y yo deambulaba de un lado al otro, incapaz de relacionarme con nadie. El único tío que me había hecho caso en toda la noche acababa de llamarme pato mareado. Qué desastre.

Y eso que había estudiado periodismo y se suponía que alguien recién graduado en una carrera relacionada con la comunicación no debería tener motivos para no poder *comunicarse*.

Pero ahí estaba yo, el paradigma de la misantropía, mirando a la gente sin saber cómo actuar.

No había escogido la ropa más favorecedora del mundo, y ya ni menciono el maquillaje, palabra prácticamente inexistente en mi vocabulario. Me había puesto un vestido rosa de gasa sin fu ni fa y tacones. *En la playa*. *Con la arena*. ¿Me seguís?

En cuanto al pelo, lo llevaba tal y como me lo había concedido la madre naturaleza, ensortijado; una maraña castaña en medio de la cual asomaba mi rostro pálido —con ojeras profundas por culpa de los exámenes finales—. Menos mal que se me había caído una lentilla en la arena y me había visto obligada a ponerme las gafas después de la ceremonia. Los cristales reflectantes disimulaban un poco el pánico impreso en mis retinas. Era un cervatillo en una fiesta de cazadores.

Fui a la barra a por una Coca Cola *light* y regresé, nadando entre dunas de arena, a la zona en la que había dejado a Rachel. Fue un alivio descubrir que seguía en el mismo lugar, morreándose con el fulano. Habíamos venido en su coche y, si la perdía de vista, ya no tendría forma de volver a la civilización.

—¿Y tú quién eres?

Me sobresalté tanto que parte de mi Coca Cola *light* acabó encima del vestido. Siempre sufría algún accidente. Era el colmo de la torpeza.

—¡Mierda! —exclamé al ver cómo avanzaba la mancha marrón—. Venga ya.

—Lo siento. No pretendía asustarte. ¿Estás bien?

Me volví, cejijunta, con la intención de decirle un par de cosas al tío que acababa de pegarme un susto de muerte.

Lo primero que vi fueron sus labios. Estaban a la altura de mi mirada y eran decididos, carnosos y tan tentadores que algo se agitó dentro de mí, como un latido en el estómago. ¿Mariposas? Parecía difícil de creer.

Y, sin embargo, el cosquilleo era innegable. Ese tío hubiera estado monísimo con un antifaz. Así, en plan Batman en una fiesta elegante.

—Hola —me susurró, divertido al verme tan descompuesta.

Unos ojos azules me atraparon al instante. Me quedé sin respiración.

Él era lo suficientemente alto y fuerte como para hacerme sentir incómoda, pero había algo en el cruce de nuestras miradas que hacía palpitar mi pulso en las muñecas. Una atracción inmediata, difícil de explicar, se apoderó de mí. Yo siempre había sido inmune a los tipos como él. Hasta esa noche.

Lo conocía, claro. O sea, que ya me había fijado en él en la ceremonia porque era el tío más guapo del convite. Parecía muy buen amigo de los novios. A lo mejor un familiar cercano. Nadie me lo había presentado. Nunca me presentaban a los guapos…

Y ahora estábamos cara a cara y él me observaba con tanta atención que me confundía.

Empecé a respirar más deprisa, como siempre que tenía que tratar con gente fuera de mi círculo social, e hiperventilé tanto que conseguí que se me empañaran las gafas.

—Esto es… por la humedad del mar —me justifiqué casi en un tartamudeo.

Intentando no sonreír, me quitó las gafas con delicadeza. Di un respingo al sentir su contacto, el roce de sus dedos en mis mejillas, la energía estática.

—¿Mejor?

No lo sé. Estaba de nuevo bajo el embrujo de su mirada. ¿Era bueno sentirse tan atraída por alguien? Me sentía como si me hubiera quitado el escudo que me protegía de él; me había desarmado y ahora estaba indefensa y vulnerable.

—Sí, gracias —murmuré, avergonzada por la situación y lo pavisosa que podía llegar a ser.

Me pareció ver el esbozo de una sonrisa en su expresión. Sin embargo, no llegó a materializarse. Me ofreció las gafas y yo me las colgué del cuello del vestido. No quería arriesgarme a que se me volvieran a empañar.

—Daniel.

Miré la mano que me ofrecía y al final se la estreché mientras murmuraba mi nombre.

—Lucy.

—Lucy —repitió, impresionado—. Me gusta. Clásico y sencillo.

—¿Crees que soy clásica y sencilla?

—No lo sé. ¿Lo eres?

—No…

—No pareces demasiado convencida.

Me mordí el labio por dentro y Daniel se apoyó contra la mesa que teníamos detrás. Parecía muy tranquilo, casi indiferente, con las manos cruzadas sobre el pecho y rostro imperturbable. Yo, en cambio, estaba tensa y parpadeaba casi al ritmo de los desquiciados latidos de mi corazón. ¿Estábamos tonteando, o solo estaba siendo amable?

—¿Ese es tu novio? —me preguntó de pronto mientras señalaba con un gesto al ligue de Rachel.

—¿Qué? No.

—Menos mal. Es un cretino.

—Ah, ¿sí?

—Mm-hm. Si no es tu novio, dime, ¿por qué lo estamos mirando como psicópatas?

—Ella es mi mejor amiga —aclaré con una pequeña sonrisa.

Daniel apretó los labios en un gesto incómodo.

—Maldición. Entonces olvida lo que acabo de decir sobre su novio.

—No sé si voy a poder.

Sonrió para sí y, aunque yo quería que me mirara, su intensa mirada se mantuvo clavada en la acaramelada parejita.

—Claro que sí, Lucy. Si le dices a tu amiga que ese tío es un cretino, dejará de ser tu amiga.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

—¿Cómo lo sabes? —repuse mientras mi mirada fisgona recorría su perfil, definido y elegante, y se arrastraba por el contorno de sus labios. También estaba monísimo sin antifaz.

—Lo sé porque, antes, ese tío era mi amigo. —Me dedicó una mirada breve por debajo de las cejas arqueadas, y volvió a abstraerse en la escena que estábamos analizando.

—¿Y qué pasó?

—Un día le dije: *tío, eres un cretino*. Y ahora ya no nos dirigimos la palabra.

—¿Qué? —me eché a reír—. ¡Eso no es lo mismo!

—Claro que sí —aseguro él con total inocencia—. Es la misma situación.

—Para nada.

Sonrió de lado.

Me lanzó una miradita socarrona.

Y yo me convertí en protagonista de novela victoriana, aunque con menos corsé y más torpeza.

—¿La novia o el novio?

—¿Eh?

—¿Eres amiga de Lisa o de Oliver?

—De ninguno, en realidad.

—¿Te has colado? —repuso, divertido.

—¿Qué? ¡No!

—Te has colado. —Me apuntó con el dedo mientras se reía—. ¿Es por la tarta? No te avergüences. Yo me colé en un par de bodas para comer tarta gratis.

—Nooo. ¿Lo dices en serio?

No podía dejar de reírme. Era un tío muy simpático.

—Claro que lo digo en serio. ¿Y qué más haces en la vida, aparte de colarte en bodas?

—Pues… acabo de licenciarme.

—No me digas. Eres más joven de lo que había calculado, entonces.

—Hmmm.

—¿Y en qué te has licenciado, si puedo preguntar?

—En Periodismo, aunque no creo que sea lo mío.

—¿Lo has decidido justo después de graduarte?

—Ya. No es muy inteligente por mi parte, ¿verdad?

Me gustaba su sonrisa. No era amplia, sino medida y controlada, con la dosis justa de encanto como para engancharte. Sus labios apenas se curvaban. Era como si él supiera algo que tú no. Y las dos arrugas verticales que se arqueaban a ambos lados de su boca eran, sencillamente,

irresistibles.

—Yo no he dicho eso. Creo que las mejores ideas son las espontaneas. —Me sopesó, con una mezcla de interés genuino y diversión en las pupilas, y luego volvió a mirar de frente.

—Pareces saber algo del tema. Ilumíname con tu sabiduría.

Me puse un poco tensa cuando le oí soltar una especie de risa oxidada y grave que pareció retumbar dentro de su poderosa caja torácica.

—Digamos que yo, de forma muy espontánea, claro, dejé la carrera de arquitectura para vivir la vida. En la playa. Lo cual fue muy decepcionante para mis padres. Esperaban que su único hijo siguiera con el negocio familiar.

—Vaya. ¿En serio?

—Mm-hm.

—¿Y alguna vez te arrepientes?

—Solo cuando los turistas borrachos orinan en mi puerta.

Solté una risita incrédula.

—Nooo.

—Ya lo creo que lo hacen, los muy cabritos. Tengo que echar agua con lejía a diario. Y tú, ¿qué? Si no quieres ser periodista, ¿qué quieres ser?

—Escritora.

Le vi contener otra de esas sonrisas enigmáticas.

—No me digas. ¿Y qué escribirías?

—Novelas.

—¿Sobre…?

—La vida. El amor. La amistad. Qué sé yo.

—Qué sé yo suena bien. Abarca un sinfín de posibilidades. Oye, Luce. ¿Puedo llamarte Luce? —preguntó, inclinándose sobre mí hasta que su nariz casi rozó mi mejilla. Sus ojos me recorrían con la suavidad de una caricia, y yo dejé que me atravesaran, y me derritieran.

—Puedes.

—¿Qué haces esta noche? —susurró sobre mi boca. Había algo entre nosotros, una corriente silenciosa que encendía mi piel. Tenía la sensación de que el aire que nos separaba se había electrificado. En serio, yo no era la clase de chica que sintiera esa especie de atracción insana por nadie. Era como si mi cuerpo entero estuviera bajo sus órdenes y no las de mi cerebro.

—Asistir a un banquete.

—*Después* de eso —enfatizó, entornando los párpados.

—Mmm… ¿nada?

Escondió una sonrisa al escuchar lo insegura que había sonado mi respuesta.

—¿Qué tal si sales conmigo? ¿He mencionado que puedo conseguirte el teléfono de la mejor editora del país?

No sé qué pesaba más, si su encanto o su jeta.

—¿Me estás chantajeando para que salga contigo? —repuse, divertida.

—Es más bien un incentivo —aseguró con gesto inocente.

No pude evitar reírme.

—¿Necesitas incentivos para que las chicas digan que sí?

No parecía probable. Estaba súper bueno. Seguro que era un fulmina-bragas de mucho cuidado.

Daniel examinó mi rostro muy de cerca. Su boca estaba casi encima de la mía. Quería que me besara, y seguro que él también lo deseaba, pero no movió ni un solo músculo, se limitó a pasear

la mirada entre mis ojos y mis labios. Dios, él era un hombre y yo solo había salido con chicos. Había dos posibilidades: que todo fuera un desastre o que todo fuera maravilloso. Ojalá fuera la segunda opción.

—Necesito que *tú* digas que sí —respondió, con una seriedad que me confundió todavía más.

Sondeé los ardientes ojos azules que se cernían sobre los míos y mi ritmo cardíaco empezó a cambiar de cadencia. Creo que mi joven corazón se saltó unos cuantos latidos.

—¿Por qué?

Me pasó el pulgar justo por debajo del labio inferior y una pequeña sonrisa de lado se dibujó en su apuesto rostro cuando abrí la boca, una clara invitación para que me besara.

—No tengo ni idea. Pero, al verte hoy en la ceremonia, tropezando con un florero, algo ha hecho *click* en mí. ¿Sabes a lo que me refiero?

Lo pensé unos segundos.

—Te quedaste como si te hubiesen pegado con una pala en la cabeza.

Daniel soltó una risa y asintió despacio mientras me miraba como si intentara contenerse a sí mismo para no besarme.

—Me gusta tu sentido del humor. ¿Qué me dices, Luce? ¿Nos fugamos de la boda?, ¿aunque no sin antes robar un poco de tarta? Los novios ni se darán cuenta.

Esperanzas rotas



Lucy

—Una buena pieza. El novio que todo padre querría para su dulce hijita. Encantador, descarado, irresistible… ¿Qué pasó? ¿Por qué rompisteis?

La pregunta de Enzo me arrancó un suspiro teatral.

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Qué pasó? ¿Te dejó por tu mejor amiga?

Rechacé la pregunta con un gesto.

—¿Tu mejor amigo, quizá? —me propuso Enzo, que, renovadas sus esperanzas, apartó a Adriana de un empujón para acaparar el primer plano.

—¿Qué? —Me eché a reír—. ¡No!

Su entusiasmo se desinfló de golpe.

—Entonces, ¿qué demonios pasó? Y no me digas que se apagó la chispa, porque ahí fuera parecíais a punto de provocar un cortocircuito de los que dejan sin electricidad a todo un estado.

¿En serio? ¿Enzo había notado eso? Entonces, yo no era tan de hielo como me empeñaba en aparentar.

—Digamos que… no pasó.

Las cejas de Adriana se arquearon en un gesto interrogante.

—¿Qué no pasó?

Mi mirada se situó, ausente, sobre los estantes que tenía detrás. Usé el dedo índice para limpiar unas motas de polvo.

—Lucy…

—Lo nuestro. No salimos. Nunca.

—Pero… ¿no os fugasteis de la boda después de destrozar la tarta nupcial?

—¡Sí! —me irrité, dirigiendo mi furia hacia Enzo—. Fuimos al motel en el que se alojaba, nos acostamos y él salió a comprar tabaco. Dos horas después, me quedó claro que no tenía intención de volver.

—Ay, *mamacita*…

—¡Deja de ponerme esa cara! Me dio igual. Ni que hubiera sido mi primera aventura de una noche.

—Lo era, ¿verdad?

Me enfrenté a Adriana con ojos encendidos.

—¿Y qué si lo era? Tampoco es que yo quisiera salir con él.

—¿Así que ese tío es el culpable de que tú seas ahora una bestia sin sentimientos?

—¡No soy una bestia sin sentimientos! —me indigné ante las acusaciones de Enzo—. Solo que, después de esa noche en el motel, comprendí tres cosas. La primera: el amor no existe. La segunda: los tíos son de uso único. Lo siento, planeta, pero aquí no hay reciclaje que valga. Y la tercera: la que posee el control siempre soy yo.

—Sí que es Connor Mead —le susurró Adriana a Enzo.

—Te he oído—. Me señalé los ojos con dos dedos y luego la apunté a ella con el índice para que supiera que la estaba vigilando—. ¿Y bien? ¿Cuál de vosotros dos va a ir a interrogar a Jemima?

—Ay, no. A Jemima, no. Odia a los gays. Una vez la oí decir que hay tantas mujeres solteras en el mundo porque algunos tíos escogen egoístamente acostarse con otros de su misma especie. A ver si ahora voy a tener yo la culpa también de su halitosis, no te jode.

—Venga, Enzo. Hazlo por mí —supliqué, entrelazando los dedos por debajo de la barbilla.

—No. Tiene pelos en el lunar, como las brujas, y me pone de los nervios mirarla a la cara.

—Porfi.

Se cruzó de brazos, estoico ante mis pucheros. Es más, ni me miró.

—No —se empecinó como un niño consentido.

—Está bien—. Exhalé con irritación—. Entonces, solo veo una solución posible.

—¿Cuál?

—Echarlo a piedra, papel, tijera —respondí con dulzura a la pregunta de Adriana.

—Muy maduro —bufó Enzo.

—Te ofrecí la opción diplomática y pasaste de mí.

—La opción imperialista, querrás decir —repuso, todavía reticente a mirarme.

—Cuando pones esa cara te pareces a la hermanastra de Cenicienta. La más fea de las dos.

—¿Serás cabrona? —se indignó, lo cual me hizo soltar una risita malvada y olvidarme por un momento del fantasma de los polvos pasados.

*****

Mi editora, Demeter, me miró con las cejas en alto y ese par de ojos suyos, azules y traslúcidos, que solían atormentarme incluso en sueños. (Sobre todo, cuando no cumplía con el plazo de entrega de alguna novela).

—Perdona, ¿has dicho *hombres?*

—Eehh, sí. Tres para ser exactos. ¿Sabes por qué estaban aquí?

—No. Y no me entusiasma no saberlo.

Se levantó de la silla, se alisó su ajustadísimo vestido blanco de corte lápiz sobre las caderas y echó a andar hacia mí, haciéndome retroceder.

Demeter me ponía nerviosa. No sé qué imponía más, si su mirada fría, su inexistente sonrisa o el aspecto aséptico y profesional que ofrecía siempre. El caso es que yo parpadeaba demasiadas veces cuando la tenía cerca. Y tragaba tanta saliva que luego me pasaba los siguientes tres días bebiendo infusiones de jengibre.

—¿Te importa?

Me di cuenta de que lo que pretendía era cruzar la puerta que yo estaba atascando y me hice a un lado para dejarla salir.

—Perdona.

Me lanzó una mirada glacial por encima del hombro antes de alejarse por el pasillo.

Mierda. Mi plan consistía en sonsacarle alguna información a Demeter, pero si ella no estaba

al tanto de nada me quedaba sin opciones.

Deseé que el despacho de Allistair no fuera de cristal. No era viable pegar un vaso a la puerta para escuchar la conversación...

Ni siquiera podía pasar por delante sin que él o Demeter me vieran. Solo me quedaba esperar que Adriana o Enzo hubieran tenido más suerte que yo en sus pesquisas.

*****

—Nada.

—¿Nada? —me horrorizó la respuesta de Enzo. Habíamos quedado en los ascensores y ahora ya estábamos bajando, con nuestros valiosos cheques en la mano.

—Na-da.

—¿Y tú?

Adriana negó e hizo un gesto de impotencia con las manos.

—No me puedo creer que no hayamos averiguado nada.

—Yo averigüé algo. Algo escalofriante.

Le arqueé una ceja a Enzo.

—Pero si acabas de decir que no sabes nada.

—Nada sobre Daniel el pibón.

—El cabrón.

—Eso. Pero poseo otra información que os va a dejar patidifusas.

—¡Pues suéltalo ya! No me seas dramático —se impacientó Adriana.

Enzo miró a su alrededor con aire conspiranoico, lo cual era ridículo porque estábamos solos en el ascensor.

—Calzones de Hierro ha echado un polvo —nos susurró por lo bajini.

—¡¿Qué?! —rugimos Adriana y yo a la vez—. ¿Con quién? —dije yo.

—¿Cuándo? —aulló Adriana.

—¿Cómo?

—¡¿Por qué?!

Enzo, harto de mover la cabeza de un lado al otro y sin tiempo para contestar el torrente de preguntas que no dejábamos de rugir, nos agarró a cada una por el lóbulo de una oreja y nos amonestó con la mirada para que nos callásemos de una vez.

—Ay —protestamos Adriana y yo al unísono.

—Callaros ya. La cuestión no es esa. La cuestión es que el fruto de ese polvo decadente es… ¡Jemima! —Las dos nos echamos hacia atrás, aterradas por la escalofriante revelación—. Así que imaginaros cómo debe de tener los soldaditos el viejo.

—Ugh.

—Parecéis las gemelas Olsen. ¿Podéis dejar de hablar y gesticular a la vez?

—No —le respondimos Adriana y yo, a la vez, para fastidiar.

Enzo nos puso mala cara, después de lo cual se quedó elucubrando, hasta que finalmente formuló su siguiente perla.

—Siempre pensé que Jemima era fruto del incesto.

—Hala, otra teoría conspiranoica —le dije a Adriana, que me dio la razón con un gesto resignado.

*****

—Puede que lo de hoy no tenga nada que ver con la editorial.

Enzo y yo centramos toda nuestra atención en Adriana, que nos ignoraba, absorta en su móvil.

—¿Qué quieres decir? —la apremié con las cejas en alto.

—Pues que cabe la posibilidad de que Daniel el cabrón y sus compinches hayan ido a ver a Allistair por otra cosa —me respondió ella, sin dejar de teclear un mensaje.

El camarero nos trajo los sándwiches, recién horneados y tan apetitosos que se me dilataron las pupilas.

Intenté no babear ni abalanzarme sobre el almuerzo como una salvaje. En casa solo comía sopas de sobre y tallarines, así que un sándwich era un banquete para mí.

—¿Qué otra cosa? —repuso Enzo, miembro destacado de la generación de la inmediatez y la impaciencia.

Adriana dejó de teclear durante un momento para ponernos cara de exasperación.

—¡Yo qué sé! Algo personal, algo ajeno a la editorial y a nosotros tres. Si Allistair ha sido capaz de echar un polvo, imaginaros qué otra cosa habrá hecho. Deudas de juego, un pacto con la mafia…

Fruncí el ceño, me eché hacia atrás en la silla y lo sopesé durante unos quince segundos.

—Tiene sentido —admití al final—. Si Demeter no sabe nada, y a ninguno de los presentes se nos ocurre ningún motivo que justifique la presencia de esos tíos en la editorial, puede que realmente no tenga nada que ver con el trabajo, sino con la vida personal de Allistair. De la que no sabemos nada. Excepto lo de Jemima, que es… escalofriante.

—Tendré pesadillas esta noche. Entonces, ¿nos relajamos con lo de Daniel?

—Supongo —le respondí a Enzo—. Mantendremos las antenas desplegadas, por si acaso, pero de momento, al menos en lo que a mí respecta, actuaré como si no hubiera pasado nada.

Y, satisfecha con la resolución, agarré mi sándwich con doble de queso y le di un buen mordisco. Cómo crujía. Hmmm. Era mejor que el sexo. Sin duda. A no ser que se tratara de sexo con Daniel el cabrón.

TEMA EN EL QUE TÚ NO VAS A PENSAR, LUCINDA.

—Ay, ¡¿será borrego?!

La exclamación de Adriana me hizo intercambiar una mirada divertida con Enzo.

—¿Qué te pasa? —preguntó este.

Ella le plantó delante de las narices la pantalla de su móvil. Enzo emitió una especie de silbido apreciativo. Intrigada, alargué el cuello para cotillear, pero no pude ver nada hasta que Adriana giró la pantalla hacia mí.

—Hay un tío en pelotas —constaté, divertida.

—Ya sé que hay un tío en pelotas. No soy estúpida.

—¿Quién es? —inquirí mientras procuraba no reírme de su cabreo.

—Lo conocí el sábado y ahora no deja de mandarme fotos guarras.

—Eso te pasa por darles tu número. Nada de datos personales. Primera regla. No querrás que tu ligue te añada a sus contactos de LinkedIn. Yo ni siquiera les digo mi apellido. Me llamo Lucy, a secas.

—Mira, si yo tuviera ese pedazo de manubrio, también os mandaba fotos guarras, que lo sepáis. *A las dos* —enfatizó Enzo, señalándonos con sus deditos—. El chico está orgulloso de lo que tiene ahí abajo. Dejadle que presuma.

Adriana le dedicó una caída de párpados.

—Pues va a ser que no. Lo acabo de bloquear.

Me eché a reír y le di otro mordisco a mi sándwich.

—¿Quedamos esta noche? —les propuse—. Iba a escribir, pero… Estoy un poco estancada.

Necesito ideas nuevas. Los *Americanos* me vuelven más creativa.

Adriana apenas estaba picoteado su sándwich, pero Enzo, al igual que yo, no dejaba de darle grandes bocados.

—No puedo, mi amor. Toca cena en casa de mis padres.

—¿Otra vez? ¿No tuviste suficiente con el *brunch* de ayer? —me mofé.

Enzo me puso mala cara.

—Más que de sobra. Pero, si falto, es posible que mi madre quiera desheredarme. Y necesito esa porcelana. Es exquisita.

—¿Solo quieres la porcelana?

—Tampoco pienso rechazar los millones —me respondió con un guiño.

—¿Cumpleaños familiar? —se interesó Adriana mientras tomaba sorbitos de su limonada, que apestaba a hierbabuena.

—Peor. Ascenso del hermano.

—Uf —me compadecí de él.

Sabía que Enzo estaba muy presionado por el éxito de su hermano. Marco no solo era un inversor financiero de gran reputación. ¡Encima era heterosexual y estaba prometido con la reina de la alta sociedad neoyorquina! Para sus padres, eso era lo más.

—Déjame a ese Marco un cuarto de hora y haré que tus padres lo repudien —intentó consolarlo Adriana—. Lo mancillaré de formas… ¿Cómo era esa palabra?

—Inenarrables —le respondimos Enzo y yo al unísono.

—Inenarrables. Me gusta cómo suena. Mancillarle de formas inenarrables.

Me eché a reír. La veía capaz. Pobre Marco. No volvería a ser igual después de una noche con la ardiente Adriana.

—Sí, y mi madre se las arreglaría para echarme a mí la culpa. No, gracias. ¿Qué vais a hacer vosotras dos esta noche?

Adriana y yo cruzamos una mirada, después de lo cual nos encogimos de hombros.

—¿Cualquier cosa? —respondí, con total indiferencia.

Pero lo que pretendía decir era: cualquier cosa que no me haga pensar más en Daniel el cabrón, fantasma de los polvos decadentes en moteles igualmente decadentes.

Fin.

Sábado de atracones, domingo de arrepentimientos



Lucy

Los domingos salía a correr con mi prima Kim.

Como a las dos nos pillaba casi de paso el Brooklyn Bridge Park, habíamos establecido una rutina dominguera de deporte matutino y café a orillas del East River.

Era nuestra forma de ponernos al día. Teníamos unos estilos de vida tan diferentes que habría resultado imposible vernos en otro contexto.

Kim estaba casada con su novio de la universidad, mientras que yo salía todas las noches y nunca hacía el esfuerzo de recordar los nombres de mis ligues. Vivíamos en mundos totalmente opuestos. Ella no entendía mi aversión al matrimonio ni yo comprendía su necesidad de emparejar calcetines ajenos.

Pero, como nos queríamos, pasábamos por alto todas las diferencias y nos veíamos una vez por semana.

Nunca había faltado a uno de nuestros encuentros.

Hasta ahora.

Aquel domingo no me apetecía en absoluto levantarme de la cama.

Después de deshacerme de un modernito de Williamsburg que había conocido en una app de citas y era tan plasta que ni siquiera quise llevármelo a la cama, me quedé hasta las tantas viendo la tele. Echaban *Casablanca* y, a pesar de ser yo el ejemplo más claro de lo anti romántico, siempre había tenido debilidad por esa película. Era la favorita de mi madre. La vi con ella muchas veces mientras luchaba contra la esclerosis en una residencia cutre de Milwaukee.

No eran recuerdos felices, pero tampoco tenía otros a los que aferrarme. No la recordaba preparándome el desayuno ni llevándome al parque a jugar con otros niños. Cayó enferma cuando yo tenía tres años, y murió antes de que llegara a cumplir los trece. No tuve a nadie que me enseñara cómo usar un tampón. Lo único que me recordaba a ella era una estúpida película que siempre me hacía llorar.

Estaba soñando con uno de esos días en los que me acurrucaba en un sillón junto a su cama, con la voz sosegadora de Rick Blaine de fondo, cuando sonó el cruel despertador para recordarme que eran las siete menos cuarto de la mañana, yo estaba en Nueva York, era adulta y… tenía que levantarme.

Una idea muy deprimente.

Gruñendo, agarré el móvil y le mandé un audio a Kim para cancelar nuestro encuentro. Con mi voz de mujer de las cavernas, colaba perfectamente que estaba mala. Puse la excusa de un dolor menstrual mezclado con gripe de la chunga, para que no insistiera, y volví a desplomarme sobre la almohada con la firme convicción de que el mejor plan para un domingo nublado era hacer el vago.

Deseé volver a soñar con mi madre.

A ser posible, sin la residencia cutre de por medio.

*****

—Luce.

Gruñí algo ininteligible y me aferré con fuerza al mundo ficticio de mis sueños, que, sin embargo, empezó a agitarse como la brisa del desierto al imponerse la realidad.

Kim acababa de abrir las cortinas de golpe. Renegué, me revolví en la cama y me tapé las orejas con la almohada. No me apetecía abrir los ojos para enfrentarme a ella porque percibía desde ahí las malas vibraciones que desprendía y era demasiado pronto para tanto drama.

Nota mental: quitarle la llave.

—Vamos, Lucy, despierta de una vez.

—No —farfullé, aferrada con las dos manos a la mullidita almohada—. Es muy temprano.

—A quien madruga, Dios le ayuda.

—Mejor que ayude a otro. A mí me va de perlas.

—Hablo en serio. Despierta. Tenemos que hablar.

Exasperada por la firmeza de su tono, aparté la almohada que me servía de escudo, abrí los ojos y me enfrenté, con cero ganas, a su adusta expresión.

—¿Qué?

—*¿Qué?* —repuso Kim, que estaba delante de mi cama, con los brazos en jarras y la misma cara que ponía su madre cada vez que yo hacía algo malo—. ¿Se puede saber qué pasa contigo? ¡Te conseguí una cita con un chico genial y lo trataste fatal! ¿Lo echaste de tu casa en plena madrugada?

—¿En serio? ¿Llamó al servicio técnico para quejarse del trato recibido por parte de uno de vuestros comerciales? ¿Qué les pasa a los tíos de hoy en día? Dios. ¿Cuándo se han vuelto tan blanditos? Estoy siguiendo su táctica. *Ya te llamaré, nena. Tú espera sentada.*

Mi aire aburrido solo sirvió para enfurecerla todavía más.

—¿Podrías al menos tener la decencia de fingir que te arrepientes de tratar a las personas como si fueran objetos de usar y tirar?

—Podría, pero… ¿por qué iba a hacerlo?

—¡Porque es lo decente!

—Oh, venga ya. No nos pongamos melodramáticas. Echamos el polvo de nuestras vidas. ¿Ves esa pared? Lo hicimos ahí mismo. Y fue muy intenso, te lo prometo. Ese chico sabe lo que hace. Fue mi mejor polvo en lo que va de año. Tengo un ranking, y a tu amigo le he dado cinco estrellas.

Kim miró la pared con cara de grima y ganas de echarle lejía, y luego sus ojos verdes me devolvieron toda su atención.

—¡No todo en la vida gira en torno al sexo, Lucy!

—Dices eso solo porque estás casada y el sexo se ha convertido en un bien que escasea.

Me di cuenta de que había metido la pata en cuanto vi la cara que puso, cómo abrió los ojos y de qué forma se separaban sus labios.

—No pretendía decir... —empecé a disculparme de inmediato.

—Eres una capulla —siseó Kim con expresión herida.

Me incorporé en la cama, levanté las palmas a modo de disculpa y la miré con ojos de cordero degollado y los dientes apretados en un gesto arrepentido.

—Lo siento mucho, Kim.

Soy una capulla, pero no con la gente a la que quiero.

Más que primas, éramos hermanas. Después de la muerte de mi madre, me fui a vivir con la tía Jane, y Kim y su hermano Hugh me acogieron como a una hermana. No eran ricos ni mucho menos, pero lo poco que tenían lo compartían conmigo.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

—Lo sé y te juro que estoy muy arrepentida. No iba en serio en absoluto.

Creo que la expresión de culpabilidad funcionó, porque Kimberly acabó soltando un suspiro y, con él, desapareció gran parte de su hostilidad. Se arregló la coleta rubia con las dos manos y me miró como si se hubiera dado por vencida conmigo.

—¿Sabes? Jacob es un tío realmente genial. Y eres la primera persona con la que se relaciona desde la muerte de su mujer.

Sus palabras cayeron sobre mí como una jarra de agua fría.

—¿Es viudo?

—Sí, ¿no lo sabías?

—¡¿Cómo iba a saberlo?! Si lo hubiese sabido…

—¿Qué? ¿Habrías permitido que se quedara hasta las siete? —me propuso, sarcástica.

Le lancé mi mirada más hosca.

—Muy graciosa. No. De haberlo sabido, no me hubiera acostado con él.

—Realmente no te entiendo, Lucy. ¿Qué es lo que pasa contigo y los tíos?

Soplé aire para apartarme el pelo de los ojos y la seguí con la mirada.

Kim se sentó en el borde de la cama, desde donde me observó en silencio. Ya no estaba cabreada, solo quería charlar, comprenderme, así que yo también dejé de estar a la defensiva y la miré impotente, como diciendo: *¿qué quieres que te diga?, ¿qué soy como todos esos tíos capullos de las películas románticas que devoras, con el pequeño detalle de que yo no voy a cambiar ni aunque se presenten aquí los tres fantasmas de Dickens?*

—Nada. No me pasa nada con los tíos. Solo que… no busco una relación.

«No busco a un tío que me abandone en una residencia cutre de Milwaukee». ¿No giraba todo en torno a esa historia? Los hijos estamos condenados a repetir los errores de nuestros padres y yo quería romper el patrón.

—Una cosa es no buscar una relación y otra muy distinta es echar a alguien de tu casa en plena madrugada y de manera tan borde. Ese tío llevaba algo así como… ¡una década! sin tener citas. Si metió la pata en algo es porque estaba nervioso.

Eso me encajaba bastante y explicaba un par de cosas que sucedieron durante la cita que llevó al súper polvo.

—Lo siento. Le mandaré un audio para disculparme.

—¿Tienes idea de la impresión que se ha llevado de las mujeres?

—Pues… ¿Sí?

Estaba arrepentida. Muy arrepentida, en serio. No por haber decepcionado a Kim, sino por no haberme dado cuenta de que el tío, Jack, Jacob…, no era un capullo. No le concedí ni una sola oportunidad, saqué conclusiones precipitadas y acabé haciéndole daño a alguien que no se lo merecía.

Si habló tanto sobre sí mismo fue por miedo a los silencios incómodos. No quería convertir la cita en un interrogatorio, y más teniendo en cuenta mis respuestas monosilábicas, ni quería que nos quedáramos callados, mirándonos sin saber qué decirnos.

Y yo había sido una auténtica bruja con él.

Pero la culpa no era mía. Evidentemente, era de mi padre. Había aprendido desde muy pequeñita que los hombres son lo peor. Mi madre acababa de caer enferma y él ya estaba exponiendo a su reemplazo en actos sociales. No tuvo la decencia ni de esperar a que se muriera.

—De verdad que no sé qué decir. Creí…

—¿Qué? ¿Que iba a emparejarte con uno de esos capullos con los que ligas tú en las apps de citas? Quería algo real, Luce. Quería que tuvieras la oportunidad de…

Negué con tanto convencimiento que mi prima se interrumpió en mitad de la frase.

—¿Qué? —graznó al ver la cara que le estaba poniendo.

—No digas la palabra.

—¿Qué tiene de malo el amor? ¿Por qué te da tanta fobia?

—El amor es un mito, Kim. —Lo más cruel es que estaba siendo honesta—. Algo que hemos inventado las mujeres. Los hombres no lo comparten. Ellos solo sienten atracción. Y cuando aparece una más atractiva que tú, se dan el pirro. Las relaciones funcionan así.

Odiaba ser tan cínica como para soltarle algo así a una mujer que supuestamente tenía montañas de amor en su vida, pero las cosas eran como eran. *Yo sabía* que el amor no duraba para siempre y que, al final, acababas sola.

Lo bueno de ser cínico es que ya sabes qué esperar de los demás y, por lo tanto, nunca esperas nada de nadie.

—El amor no es un mito —rebatió Kim, negando con la cabeza como si mis palabras le produjeran una tristeza infinita—. Y me da mucha pena que te cierres a él. Porque el amor, cuando es de verdad, es maravilloso, Luce. Te lo prometo. El problema es que tú aún no lo has vivido.

La evalué en silencio. Si Kim se percató del aire atormentado que ensombrecía mi mirada, no lo dejó entrever con ningún gesto.

—Mira, siento haberle hecho daño a tu amigo —me disculpé con la voz un poco rota—. Lo siento de veras. Pero necesito que comprendas que yo no estoy hecha para las historias de amor.

—Tenlo por seguro que no volveré a organizarte una cita a ciegas nunca más.

Por la cara que puso, me había perdonado. Le devolví la sonrisa.

—Vale. Pero lo quiero por escrito. Ratificado por un notario.

Kim se echó a reír y al final nos dimos un abrazo de hermanas que sentó bien. ¿Quién necesita a los hombres? Solo sirven para abandonarte en resistencias cutres o en moteles igualmente cutres. Los amigos, en cambio, siempre están ahí para lo que haga falta.

—Eres un monstruo sin sentimientos —me dijo al apartarse de mí.

—Lo sé.

—¿Nos vamos a correr?

—Solo si me dejas invitarte a un gofre después —repuse, guiñándole el ojo.

Su carcajada me hizo sonreír.

—Eso es contraproducente.

—¿Y qué? Es domingo y hace un día gris y deprimente.

—Está bien —cedió al final, sin demasiadas ganas—. Venga, ponte unas mallas. Te espero en la cocina. ¿Te has echado mechas?

—Un tío nunca se hubiera fijado.

—Ya estamos...

Se encaminó hacia la puerta, resoplando como una mártir, pero se detuvo justo antes de salir y se volvió para añadir algo. Me percaté de que se le habían redondeado las caderas y de que la sudadera azul marino se le pegaba demasiado al busto. Su cuerpo estaba cambiando. Me pregunté si estaría embarazada.

—¿De verdad te lo follaste contra la pared? ¿Como en las películas? —Hice un gesto travieso con las cejas—. Vaya… —silbó Kim, impresionada—. Yo nunca lo he hecho así.

—Es lo que tiene el matrimonio.

—No empecemos.

—Quería decir que es todo muy considerado.

—Querías decir que no follamos nunca.

—Seguro que sí. Con la tele puesta. Algún canal de finanzas para poneros a tono. *Mira, cariño, nuestro fondo a largo plazo está creciendo*. *Como esto.*

Ay. Sí que era un monstruo sin sentimientos. Pero me encantaba mi estilo de vida y no pensaba disculparme por ello.

Kim me dedicó una peineta que me hizo reír.

El mundo tal y como lo conocíamos se ha acabado para siempre



Lucy

—Algo huele a podrido en Dinamarca.

Elevé el volumen del auricular para oír mejor a Enzo. Su llamada me pillaba de compras. Menos mal que llevaba los cascos puestos. En esa boutique te arrancaban las perchas de la mano como te descuidaras un segundo.

—¿Por qué estás tan melodramático hoy, Marcelo?[2]

—¿No has recibido el *e-mail* de Demeter?

—¿Qué *e-mail*?

Yo tenía un talento nato a la hora de ignorar los *e-mails* de nuestra editora...

—El que mandó ayer. Esta tarde estamos todos convocados a una reunión súper importante.

—Ah, qué hartazgo. ¿Qué querrá ahora? Si estamos siempre convocados a reuniones y eventos, ¿cuándo da por hecho que escribimos los tres libros al año que nos exigen por contrato?

—Qué fastidio, ¿verdad? Porque tú ahora mismo estás escribiendo como una loca, ¿no?

Miré el vestido turquesa, monísimo, que sujetaba en la mano y mi rostro se abrió en una sonrisa. Era amor a primera vista. No buscaba nada serio, pero se cruzó en mi camino y no pude resistirme.

—Pues claro. Estoy trabajando duro como de costumbre. ¿No me escuchas teclear?

—Uy, sí. Y también te estoy viendo por el escaparate, Carrie Bradshaw. Parece de tu talla ese vestido.

Me volví y ahí estaba mi buen amigo Enzo, con un traje fosforito, saludándome triunfal, el muy cabronazo. Hice una mueca.

—No me juzgues. No tengo inspiración. ¿Qué iba a hacer?, ¿sentarme delante del ordenador sin más? Tengo el temible síndrome de la hoja en blanco, y lo que es aún peor: no sé cómo superarlo. Me he leído las tres partes de *El Diario de Bridget Jones*, que es algo así como la Biblia de los *chick-lit*, y aún no se me ocurre nada ingenioso, divertido o sarcástico que decir.

Enzo entró en la boutique y entonces colgamos la llamada.

—A ver, ¿qué te pasa?

—Soy demasiado cínica como para seguir escribiendo novela romántica. Le diré a Demeter que necesito un cambio de rumbo. Escribir novela anti-romántica, por ejemplo. Soy una mujer

adelantada a mi época. Inventaré mi propio género. Ya está bien de escribir sobre pollas y finales felices. Quiero escribir sobre pollas sin finales felices. No va con segundas, deja de reírte.

—Puedes aprovechar la reunión de hoy para exponer tus argumentos fálicos, Mary Shelly.

Gruñí.

—Pero yo no quiero ir a la estúpida reunión de Demeter —me lamenté como una niña pequeña cuyos padres la obligan a asistir al cumpleaños de su archienemigo del cole.

—Pues hay que hacerlo. Lo ha marcado como súper importante.

—No se me ocurre nada que vayan a anunciar. A no ser que echen el cierre… ¡Madre mía! ¿Crees que van a echar el cierre? Porque yo me estoy gastando el dinero que gano a una velocidad preocupante.

—Tres palabras, mi amor: fondo de inversiones.

—¿Tú crees?

—Hay que pensar en el futuro.

Chasqueé la lengua.

No me apetecía pensar en el futuro, pero ya tenía una edad. Quizá no fuera tan mala idea llamar al gestor de fondos de Enzo. O sea, a Marco.

*****

—Así que, ¡taa-chaan!, a partir de hoy, *Morgana* y *Harmony* se fusionarán en una sola editorial, que pasará a llamarse *Velvet Noir Editions.* ¿No os chifla el nombre? Se me ocurrió a mí—. Los pelotas de siempre la interrumpieron con sus serviles aplausos. Nosotros pasamos del tema—. Ya no nos dedicaremos solo al romance —prosiguió Demeter una vez calmados los ánimos—. También abrazaremos el misterio, el suspense, las emociones intensas del thriller. Seremos como los bombones *after dark.*

Intercambié una mirada hastiada con mis amigos.

Demeter continuó con su discurso, vendiéndonos como la buena comercial que era la nueva metedura de pata de Calzones de Hierro.

Como si concebir a Jemima no hubiese sido lo bastante terrorífico. ¿Ahora tenía que fusionar su negocio con el de Daniel el cabrón?

Oh, dioses del Antiguo Egipto, yo os INVOCO.

¿Nada? ¿En serio?

¿Ni una mísera plaga bíblica abatiéndose sobre Manhattan, lugar del pecado, el fornicio y las fusiones editoriales no consentidas?

Pues no. Estaba condenada a permanecer ahí sentadita, con la mirada abrasadora de mi ex ligue clavada en mí desde que el muy cabronazo se había sentado al otro lado de la sala.

¡¿Y por qué demonios no dejaba de mirarme?! Esta vez no había tropezado con ningún florero.

—Exploraremos un amplio espectro de historias —oí decir a Demeter cuando volví a conectar mis satélites. Sonaba tan enardecida que era evidente que le habían lavado el cerebro. Daniel y sus compinches eran una secta—. Pasiones arrolladoras. ¡Intrigas que nos mantendrán en vilo hasta altas horas de la noche!

Les hice a mis amigos el gesto de vomitar.

Cuando volví la cara hacia el escenario improvisando, me di cuenta de que Daniel intentaba contener la sonrisa. Me había pescado burlándome del discurso de la jefa. Porque NO DEJABA DE MIRARME. En serio, ¿eso no era acoso?

Y, si lo era, ¿dónde podía quejarme?

Lo fulminé con la mirada, pero no conseguí que entrara en combustión espontánea. Al contrario. Su sonrisa aumentó unos centímetros más.

—Seguiré practicando —mascullé para mí.

—¡Bienvenidos al futuro! —exclamó la doctora Frankenstein para concluir su casi orgásmico discurso.

Seguro que ahí fuera se desataba una auténtica tormenta de rayos para darle la bienvenida a este nuevo engendro editorial.

*****

—Uh, gambas —se entusiasmó Enzo.

Le di un golpecito en el brazo.

—Olvida las gambas. Céntrate. Necesito un DeLorean para volver al pasado y sabotear esta horrible fusión.

—No puedes hacer nada. Toma. Bebe champán. Te calmará un poco.

Le arranqué a Adriana la copa de la mano y la vacié de un solo trago. Tranquilos. No soy alcohólica. Era solo una copa medio vacía. En las fiestas de la editorial siempre tacañeaban con la bebida. (Yo, si fuera Enzo, no comería esas gambas).

—No puedo creer que el fantasma de los polvos pasados y yo trabajemos juntos ahora. Es terrible.

—¿El fantasma de los polvos pasados? ¿Así es como te refieres a mí en tu diario?

Me volví para pulverizar con la mirada a Daniel el cabrón. Algún día conseguiría que entrara en combustión espontánea. Lo juraba por Jane Austen.

—No tengo un diario. Pero, si lo tuviera, tú no te ganarías ni una mísera mención.

Puso una sonrisa engreída que tuve ganas de borrarle de un bofetón.

—Cualquiera diría que me odias, Lucy.

—¿Por qué iba a odiarte, *Daniel*? ¿Es que has hecho algo malo?

—No. Pero tú crees que sí, y por eso quiero que hablemos, para aclarar lo que pasó entre nosotros esa noche.

—Bizcochito, por fin te encuentro.

Arqueé una ceja con sorna cuando una mujer pelirroja apareció al lado de, sí, el fantasma de los polvos pasados.

Al vernos a Adriana y a mí, las dos atractivas y, lo admito, con buena delantera y sin miedo a lucirla, apoyó la mano en el fuerte bíceps de *su hombre* con aire posesivo.

«Tranquila, hermana. No somos unas vulgares roba novios. Mucho menos si tu novio es tan cabrón como este».

—*Bizcochito*, ¿por qué no nos presentas? —le pedí a Daniel con una dulzura que le hizo tensar la mandíbula, de por sí tensa.

—Lucy, ella es Rita —me contestó con educación.

—¿Tu *cupcake*? —me atreví a sugerir.

—Soy su esposa. ¿Y tú eres?

Confieso que me costó seguir manteniendo mi sonrisa ligera.

—Nadie, como Arya Stark. Ya sabes, la típica chica que siempre lo ha tenido todo claro en la vida y nunca ha necesitado *aclarar* nada —les solté, antes de largarme de ahí.

Mis amigos me siguieron, igual de indignados que yo. Ahora sí que éramos los Vulturi. Volveríamos, y no en son de paz.

—Qué contestación tan rara —oí que le susurraba Rita a Daniel—. ¿De qué la conoces?

Me habría encantado escuchar la respuesta, pero ya había hecho mi salida triunfal.

—Bien —resolví mientras nos abríamos paso entre la gente y evitábamos a toda costa a la hija del jefe, que se abanicaba en un rincón, acalorada por culpa de tanta presencia masculina en la editorial—. Ya sabemos por qué se largó. Está casado.

Enzo negó con aire censurador.

—Tíos. Son todos iguales. No puedes esperar nada bueno de ellos.

—Tú eres un tío —le recordó Adriana.

—Pero no soy como él. Llevo rímel de color azul.

—Y bien mono que estás, mi amor —lo piropeé yo. Enzo pestañeó y me lanzó un beso al aire.

De acuerdo, Daniel el cabrón estaba casado y su mujer era un monumento de tía. Y a mí, ¿qué? Si es que me daba igual.

Me importaba *tan* poco que agarré otra copa de champán y la vacié sin miramientos.

Insisto, no me afectaba en absoluto este giro dramático del guion. Es más, me sentía aliviada. Al menos ahora sabía que no había sido culpa mía. Se había largado porque ningún hombre casado puede pasar una noche entera fuera de casa sin despertar sospechas.

—Sucia sanguijuela miserable —gruñí por lo bajo cuando nadie me prestaba atención. Vale, quizá *igual* no fuera la palabra adecuada. Lo que me daban eran ganas de estrangular a ese capullo adúltero.

En mi creciente cabreo y, mientras despotricaba mentalmente contra la raza masculina en líneas generales, agarré otra copa de la bandeja de un camarero.

—Afloja, *mamacita*. Es la tercera en menos de cinco minutos.

—Quiero causar un agujero en las finanzas de la recién nacida *Velvet Noir* —le inyecté al nombre inventado por Demeter todo el sarcasmo que pude.

—En ese caso, toma. Dos copas más —me dijo Enzo entonces, simpatizando con mi causa—. Vuélvete loca.

—Estoy en ello.

—¿Una gamba?

—Uy, no. Pretendo mantener el alcohol *dentro* de mi cuerpo.

Enzo olfateó las gambas e, intentando contener las arcadas, le ofreció el plato a Allistair, que justo pasaba por delante de nosotros.

—Jefe. Un regalito.

Allistair las olisqueó y puso la misma cara de asco que Enzo… antes de dárselas a Jemima.

—Ten, cielo. Para ti.

Todos contemplábamos la escena con una mezcla de fascinación y grima.

—Y yo pensando que mi padre era malvado… —le susurré a mis amigos, que asintieron conmocionados.

Jemima se comió las gambas encantada mientras desnudaba a todos los hombres de la *soirée* con su mirada de depredadora sexual. Daniel estaba en su punto de mira. Deseé fervientemente que le vomitara en los zapatos. Por cómo olían esas gambas, no era un deseo imposible.

*****

—Es perfecto.

Le fruncí el ceño a Demeter. Acababa de colocarse a mi lado, con una copa de champán en la mano y la misma mirada que la Mofeta Amorosa (y acosadora) de los dibujos animados que tanto me gustaban de pequeña.

—¿El qué?

—*Quién*, querrás decir. Daniel Finn, el aclamado escritor de suspense, en nuestra editorial. ¿Te lo puedes creer?

—No. Pellízcame.

—Es perfecto —repitió Demeter.

Estudié a Daniel con ojo clínico. Ahí lo teníamos, moviéndose entre la gente con una elegancia y una seguridad en sí mismo que aborrecí de inmediato. Una cosa es que un hombre sea apuesto y otra muy distinta es que lo sepa. Saberlo los vuelve engreídos.

Pero para eso estaba yo, para bajar a los tíos de su pedestal.

—Bueno, perfecto, perfecto…

Los ojos de reptil de Demeter se volvieron de golpe hacia los míos.

—Dime un solo defecto suyo.

«Abandona a jovencitas ingenuas en moteles cutres. Y se le olvida mencionar que está casado».

Aunque no podía decirle a Demeter la acosadora que el *aclamado escritor de suspense* y yo le habíamos dado al fornicio porque, en tal caso, me habría pedido detalles y, maldita sea, a pesar de mis esfuerzos, aún no estaba lo bastante borracha.

Así que le solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—La proporción entre sus orejas y su cráneo no es la adecuada.

—¡Eso no es cierto!

—Un milímetro o dos. Lo justo como para cargarse la simetría.

—Te lo estás inventando todo.

—Tú obsérvalo bien. Con mucha atención. Estudia sus rasgos uno a uno. Sus labios, su nariz, sus pómulos… Y luego fíjate de golpe en las orejas.

Que Demeter se concentrara en Daniel me proporcionó la ocasión perfecta para escabullirme.

*****

—Deberíamos irnos. Estoy borracha y soy peligrosa.

Mis amigos me dieron la razón de inmediato.

—Sí. Marchémonos antes de que montes una escenita. —Enzo me quitó la copa de la mano y en su lugar encajó mi bolsito fucsia. Adriana me agarró por el otro brazo y los tres enfilamos hacia el ascensor.

—Hay que evitar a Daniel el cabrón a toda costa —les dije con gran sabiduría.

Los dos asintieron.

—¡Lucy! —oí que me llamaba el aludido desde alguna parte de la sala.

—Maldita sea. Es como Bitelchús.

Adriana y Enzo estallaron en carcajadas.

—¡Lucy! Eh, ¡espera! —Daniel se nos acercó casi corriendo—. ¿Podemos…? ¿Podemos hablar un momento?

—¿Es preciso? Estoy borracha y soy peligrosa.

—Por favor. Necesito hablar contigo. Solo será un minuto.

—Pues habla —concedió Enzo, punzante.

—Me refería a hablar a solas.

—Eso no va a pasar, machote. Si tienes algo que decirle a Lucinda, tienes algo que decirnos a nosotros.

—¿Este tío va en serio?

—Siempre vamos en serio, Daniel —le respondió Adriana, igual de punzante. Ahora que

sabían que estaba casado, los tres le habían hecho la cruz para siempre. Odiábamos a los adúlteros—. Somos como los Corleone. Si le faltas el respecto a uno de nosotros, le faltas el respecto a toda la familia.

—¿Qué les has contado sobre mí? Se están poniendo agresivos.

—Anda, el ascensor ya está aquí —anuncié alegremente—. Se acabó el tiempo, Danny.

—No me llames Danny. Jamás. En serio.

Me incliné sobre él. Olía de maravilla.

Sip, menudas feromonas desprendía ese tío. Así tenía a Demeter *cachondona*.

—Se acabó el tiempo, Daniel el cabrón —le susurré con dulzura.

—¿Me llama así a mis espaldas?

—Y a la cara, por lo que se ve —le respondió Enzo, divertido.

—No bromeaba al decir que está borracha.

—Tampoco al decir que es peligrosa… —le dejó caer Adriana como quien no quiere la cosa.

Daniel hizo una mueca antes de seguirnos al interior del ascensor. Alucinante.

—Escucha, Lucy. Ha habido un malentendido. Perdonad, ¿podéis al menos fingir que no estáis escuchando? —se exasperó al ver a mis amigos poner cara de circunstancias.

—Podemos. Pero no vamos a hacerlo —le aseguró Enzo.

Daniel respiró hondo, después de lo cual se centró en mí.

—Lucy. Quiero que sepas que yo no estaba casado cuando te conocí. Empecé a salir con Rita unos dos años después.

—No podría importarme menos, *Daniel*.

—Por favor, déjame que te aclare lo que pasó.

—¿Que me aclares el qué? Echamos un polvo en un motel.

—Tres polvos, en realidad.

—No significó nada para ninguno de los dos.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. Además, fue un polvo mediocre.

—Fueron tres polvos, insisto.

—No insistas tanto. *Tres polvos mediocres* suena peor que un polvo mediocre.

—¡Toma ya!

Adriana y Enzo entrechocaron las palmas para celebrar el punto que me acababa de marcar. Daniel les puso mala cara.

—Solo para que lo sepáis, no hubo nada de mediocre en lo que ella y yo compartimos esa noche. Tuvimos sexo del bueno.

—Mira, Danny, está claro que cada uno de nosotros tiene una opinión sobre lo que pasó. Y me temo que esas opiniones no concuerdan. La buena noticia es que da lo mismo. Han pasado años. ¿A quién le importa?

—Me importa a mí.

—Pues a mí, no. Y ahora déjame en paz. Lamento que el matrimonio te resulte tan aburrido que sientas la necesidad de rememorar los polvos del pasado, pero yo estoy en otra etapa ahora. Mi vida es fantástica. Fabulosa. *Supercalifragilisticaespialidosa*. Y tú me estás incordiando. Así que aparta.

—Lucy…

—No, en serio. Aparta. Por si no lo has notado, el ascensor se ha detenido. Me estás bloqueando la salida, colega.

Daniel contrajo la mandíbula y se pegó al espejo para abrirme paso. Parecía irritado, cabreado

y un poco herido, y me alegré. No merecía menos.

—Ya la has oído —remató Enzo al pasar por su lado. Si algún día hacían un remake de la película *Chicas malas*, él sería perfecto para interpretar a Regina George—. *Supercalifragilisticaespialidosa*.

—See. Lo he oído.

—Practica sexo como un hombre —le susurró doña Chismes—. Se deshace de sus ligues en plena madrugada. Lo aprendió de ti.

—¡Yo no practico sexo como un hombre! —exclamó Daniel, indignado.

Todas las conversaciones cesaron de golpe. La gente del vestíbulo se volvió hacia él. Me recordó a cierta escena de Van Helsing.

—Quiero decir que no me deshago de las mujeres en plena madrugada —les aclaró, dada la confusión general.

Mis amigos y yo estallamos en carcajadas. No era una competición. Pero, sin duda, habíamos ganado. Lo habíamos avergonzado en público. Punto para los Mosqueteros.

*****

—Desembucha.

—Tendría que haberme imaginado que un chocolate con nubes de azúcar no me saldría gratis. Sois unos chismosos.

Enzo no se dejó amedrentar por mi cara de pocos amigos.

—Desembucha.

—¡Que estoy bien!

—¿Con el fantasma de los polvos pasados merodeando por la editorial? —insistió Adriana, compasiva.

Se les había metido en la cabeza la estúpida idea de que era Daniel el cabrón quien me había convertido en un monstruo sin sentimientos. Lo cual era absurdo. Todo empezó con mi padre luciendo a mi nueva madrastra en el funeral de mi madre. Daniel solo agravó mis traumas infantiles.

—Con la cantidad de gente que hay en la editorial, estoy segura de que no coincidiré con Daniel el cabrón nunca jamás.

—Eso podría ser cierto —admitió Enzo—. Yo no conozco ni a la mitad de los escritores de *Morgana*.

—Ahí lo tenéis. No hay nada de lo que preocuparse. Si no conocemos a los escritores de romántica, ¿cómo vamos a conocer a los de otros géneros? Estoy segura de que Daniel no es de los que entregan tarde el libro. Nunca lo citarán para una de las famosas reuniones de Demeter. Que, a decir verdad, creo que las organizan solo para nosotros tres.

—Eso también podría ser cierto —reconoció Enzo, muy a su pesar.

Los tres asentimos, apenados. Éramos escritores brillantes, pero los plazos limitan la creatividad. ¿No?

—En serio —insistí al ver que todavía se resistían a relajarse—. Dejad de fruncir el ceño. Para mí, Daniel el cabrón está muerto y enterrado.

¡¡Mercurio en retrógrado!!



Lucy

El sonido de la alarma se materializó en medio de un placentero sueño sobre zapatos italianos, que viene siendo el sueño de toda mujer moderna, después de *tíos* italianos.

Precisé unos segundos para asimilar que no estaba en Milán, que eran las siete de la mañana de un sábado con evento literario convocado a primerísima hora por la buena de Demeter y que ya no podía hacerme la remolona mucho más.

Aunque eso no me suponía un problema.

A diferencia de muchos conocidos míos, yo empezaba el día de bastante buen humor. No estaba atada a una existencia miserable. Mi vida no era un interminable cúmulo de obligaciones, prisas y concesiones.

Más bien vivía como Dios. Soltera, glamurosa, con millones de libros vendidos alrededor del mundo.... ¡Era Connor Mead! Tenía el trabajo de mis sueños, buenos amigos y, exacto, no necesitaba a un hombre para llenar ningún vacío.

Por algo se habían inventado los vibradores y el chocolate.

Lo dijo Confucio: si eliges un trabajo que te gusta, no tendrás que trabajar ni un solo día en tu vida.

Un hombre sabio, el Confucio este. ¿Cuántas veces habéis escuchado a alguien decir que su vida es perfecta y que no cambiaría ni una sola coma? Pues aquí va mi hashtag.

#LaVidaDeLucyEsLoMás

Bostezando satisfecha, me estiré bajo mi colcha de felpa rosa, apagué el despertador y, volviendo a acurrucarme en mi lecho calentito, me quedé quieta unos momentos mientras planificaba lo que iba a ponerme para mi evento literario.

Un encuentro con los lectores siempre me entusiasmaba. Necesitaba estar perfecta.

Una vez decidido el atuendo —un vestido verde, extravagante, que le había copiado a Emily, de *Emily en París*—, encendí la pantalla del móvil y me puse a leer mi periódico digital favorito. Era mi manera de despejarme.

Estaba absorta en un artículo sobre los beneficios del limón, cuando recibí un mensaje de Adriana. Lo abrí. Se trataba de una captura de pantalla de nuestro horóscopo de aquel día. Las dos habíamos nacido bajo el signo de leo. Ella se tragaba todas esas bobadas. Yo, no.

Aun así, le eché un vistazo. Solían divertirme los horóscopos. Eran como las galletitas de la

fortuna. No había forma de saber lo que intentaban decirte. Un enorme rompecabezas. Si alguien sabe el futuro, ¿no podría decírnoslo de manera más clara? ¡Yo no tenía ni idea de qué significaba Mercurio en retrogrado!

Vale. Eso sí que lo entendía. Maldita sea. ¿¿¿Qué??? ¿Mis conflictos internos estaban a punto de afectar a las relaciones íntimas con mi pareja? ¡Qué espanto!

Ja ja ja.

Menos mal que tú y yo no tenemos pareja, le respondí.

Adriana me envió tres emoticonos. Berenjena, donut y vomitar. Suficiente para definir el amor moderno.

Me levanté de la cama con un suspiro satisfecho y busqué en el cajón de la ropa interior mis medias de fantasía favoritas, las beige con corazoncitos impresos, para acompañar mi vestido verde de diva.

Me saqué un *selfie* con la cara lavada y una sonrisa de oreja a oreja y, acto seguido, lo colgué en mi Instagram, acompañado del texto:

Nos vemos hoy en Central Park. ¡No faltéis a la cita! ¡¡Tengo muchas ganas de achucharos!! Bss

Me dejé la ropa preparada encima de la cama y bajé la escalera metálica que unía las dos plantas de mi *loft*.

No miré los cuadros colgados en la pared a mi derecha, aunque sabía exactamente el orden, la fecha y cuál era el titular destacado. Eran portadas de Vogue que coleccionaba desde que era una niña. Había hecho que las enmarcaran al mudarme. Me pareció la decoración adecuada para un *loft* bohemio y luminoso, con vistas al puente de Brooklyn.

Al pasar por delante del acuario en el que mi pez, Miley, nadaba feliz, aproveché para encender el equipo de sonido del salón y pasé un par de canciones del CD de Lana del Rey hasta que empezó a sonar *Brooklyn Baby*.

—Sí. Buenos días, Nueva York.

Os lo dije. Mi vida era perfecta. Sin una pareja que me estorbara. La taza del váter, siempre bajada. Tenía todo lo que deseaba.

Me contoneé por la casa mientras cantaba: *Well, my boyfriend's in a band, he plays guitar while I sing Lou Reed*; rodeé la enorme encimera de granito beige que separaba la cocina del salón y encendí la cafetera.

La luz del sol se colaba por todas las ventanas que me rodeaban. Había tanta luminosidad en la planta baja que me costaba mantener los ojos abiertos.

Aunque no era una queja. Me encantaba aquel lugar. Me enamoré de él en cuanto lo vi. Parecía polvoriento y abandonado, pero sabía que, con una buena reforma y la dosis justa de cariño, se convertiría en el sitio perfecto para vivir.

En una ciudad en la que los pisos parecían cajas de cerillas y la gente tenía que recurrir a las camas retractiles, yo vivía en una antigua fábrica de guías telefónicas, con techos de quince metros de altura, paredes de ladrillo avejentado y montones de ventanales.

Había heredado el edificio tras la muerte de mi abuelo. Mi padre había renunciado a él en mi favor. Toda una sorpresa, viniendo de un tío que, nada más morir mi madre, me aparcó en casa de la tía Jane y desde entonces le había visto el pelo en escasas y nada agradables ocasiones.

No esperaba que me regalara una fábrica en desuso, y por un momento pensé en no aceptarla, pero mi tía me acabó convenciendo y ahora me alegraba de que lo hubiera hecho porque no me veía en ningún otro sitio salvo aquí, donde mi bisabuelo había llevado su negocio durante cuarenta y cuatro años, y mi abuelo había conocido al amor de su vida. Era un sitio con historia y

ya era hora de que parte de esa historia la escribiera yo.

Volví a subir por la escalera, contoneándome y cantando feliz, entré en el cuarto de baño y dejé correr el agua unos treinta segundos, antes de empezar a quitarme mi pijama de Harry Potter.

Después de una ducha rápida, me puse el vestido que había escogido, me recogí el pelo en un moño ligero y me maquillé delante del espejo del baño. Todo muy sencillo, un poco de delineador negro para dar profundidad a mi mirada, una pasada de rímel y mi imprescindible pintalabios fucsia, lo único que llevaría a una isla desierta.

Eso y la plancha de pelo.

Froté un labio contra el otro, me di un repaso final con la mirada y decidí que ya estaba lista para comerme el mundo.

De nuevo en la planta baja, me serví una buena taza de café recién hecho y me acerqué a una de las ventanas del piso.

Soplé aire en la taza y bebí mientras mis ojos se perdían en el aspecto otoñal que exhibía la ciudad.

Las hojas de los árboles habían cambiado su exuberante verde por un amarillo rojizo de postal, y un viento más fuerte de lo habitual alborotaba los bajos de los abrigos de la gente que se apresuraba hacia la parada del metro.

Un señor de mediana edad, sentado en un banco con un café para llevar en la mano, hacía grandes esfuerzos para mantener abierto su periódico.

Sonreí. Me caía bien la gente que aún compraba periódicos en papel. Era como si se resistieran al progreso. Yo, lamentablemente, era de la era digital.

A las ocho en punto, ya acabado el café y mi galleta de avena, me enrosqué una bufanda multicolor alrededor del cuello, me puse un abrigo amarillo encima del vestido verde, agarré mis gafas de sol favoritas y el bolso bandolera morado en el que me entraba lo justo y necesario para sobrevivir fuera de casa unas cuatro horas, y apreté el paso hacia la puerta.

Estaba de mejor humor que nunca, quizá porque no dejaba de reproducir en mi iPod la misma canción una y otra vez.

Con cada repetición me contagiaba de más y más buen rollo.

No me agarré a la barra del metro para cantar a todo pulmón: *I'm walking on sunshine* de puro milagro.

(Y porque no parecía probable que la gente del apretujado vagón me respaldara con el estribillo).

Todos estaban de malhumor, como si odiaran su trabajo, su vida y a su pareja.

(Lo más probable era que lo hicieran. Tenían cara de estar pensando en cómo deshacerse de un cadáver…)

Si algo había aprendido en veintitantos años de vida era que ser adulto significaba aceptar que la existencia en líneas generales es una soberana gilipollez.

Por mucho que los psicoterapeutas intenten suavizarlo, la cruda verdad es que los seres humanos adultos vivimos en un mundo gris y deprimente, lleno de facturas que pagar y tareas que llevar a cabo en tiempo récord.

Menos yo, que: *I'm walking on sunshine, oh, oh.*

Lo siento. ¿Cómo resistir el embiste de tanta energía vigorizante? Tenía ganas de ponerme a bailar. Presentía que estaba a punto de pasarme algo bueno, grandioso; algo que iba a cambiar por completo mi rumbo en la vida.

«Mercurio en retrógrado, bienvenido seas».

*****

—No.Puede.Ser.

En el semblante de Daniel el cabrón apareció una sonrisa canalla al verme ahí parada, boquiabierta y tan colorida como una habitación victoriana.

—Llegas tarde. Mira la cola de fans que tienes esperando desde hace más de una hora.

—¿Qué haces tú en *mi* caseta?

—No es *tu* caseta. Es la nuestra. ¿No has visto las figuritas de cartón?

Salí al exterior para ver a qué se refería y expelí una especie de bufido. A la derecha, una foto mía tamaño real, con un vestido rosa de fantasía precioso. A la izquierda, una de Daniel, tamaño real también, vestido de negro y con la misma sonrisa de ligón que le estaba poniendo ahora a la señora que se había acercado a él en busca de una firma y, quizá, ¿su número de teléfono?

Ah, por Dios. Vendía libros solo porque era guapo.

Regresé, muy escandalizada, al interior de la caseta y puse los brazos en jarras.

—Me niego a compartir caseta contigo.

—Entonces puedes firmar tus libros junto al estanque.

—Sé buen chico y lárgate de mi caseta.

Sonrió de lado mientras le firmaba el libro a otra señora. Por favor. ¡No dejaba de coquetear con ellas! Me ponía de los nervios.

—Repito, no es tu caseta, es la nuestra. Y no pienso irme. Qué pasa, ¿te da miedo que vaya a vender más libros que tú?

Eso sí que me dejó escandalizada.

—Por favor. Soy la reina de la novela *chick-lit*. Tú jamás venderías más que yo, escritorillo del tres al cuarto.

Cerró la tapa dura del libro que acababa de firmar —¡¿yo por qué no tenía tapa dura en mis novelas?! ¡¡Exigía la dimisión de alguien de inmediato!!— y me miró divertido.

—¿Qué te apuestas?

Me señaló nuestras respectivas colas, ambas llenas de mujeres. Aunque Daniel tenía más clientela que yo. ¿¿¿Qué??? Ahora ya comprendía qué significaba Mercurio en retrógrado.

—¿Cómo es posible?

—No te rayes. Llevo más tiempo que tú en esto. Cuando me conociste, yo ya llevaba unos diez libros publicados.

—Pues no lo mencionaste mientras te metías en mis bragas.

A las lectoras de primera fila se les desencajó la mandíbula.

Daniel, al reírse por lo bajo, nos enseñó una hilera de dientes blancos y perfectos.

—No quería hablar de negocios esa noche, Luce.

Contuve un gesto de fastidio.

—A mí no me engañas, tío. Engatusas a las lectoras solo porque eres guapo. Por eso tu cola es más larga que la mía.

Volvió a reírse como el cabrón que era porque, lo admito, la frase sonó un poco rara.

—¿Tú crees?

—Mira lo que te digo, Danny. Seguiré la misma estrategia y ya verás cómo vendo más libros que tú.

Cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho y me echó una miradita guasona por encima de sus Ray Ban negras. Iba en vaqueros negros, con camiseta a juego y chupa de cuero. Tooodo de negro. Como Darth Vader.

—¿Es un reto?

—Puedes apostar que lo es.

Me quité el abrigo con resolución. Las lectoras se quedaron boquiabiertas. Daniel se quedó boquiabierto. ¡Yo misma me quedé boquiabierta cuando me di cuenta de por qué estaban todos boquiabiertos!

Resulta que, pese al débil sol que poco a poco asomaba entre una densa cortina de nubes bajas, estábamos a unos quince grados y, en fin, la naturaleza había hecho lo suyo con mis pezones. Me servían perfectamente para rallar cristales.

—Ponte el abrigo, Lucy. Hace frío.

—De eso nada. Si a Jennifer le funcionó marcar los pezones en *Friends*, a mí también me funcionará.

—Estarás bromeando.

—¿Tú crees? —lo imité, poniendo morritos.

—Señor Finn, ¿me firma ya el libro?

Daniel levantó un dedo para pedirle paciencia a su siguiente fan, se quitó la chaqueta de cuero y me la puso encima de los hombros.

Olía tan bien que me deshice de ella de inmediato.

Yo me consideraba una mujer joven y feminista.

Pero, dentro de la mujer joven feminista, estaba la mujer joven rencorosa que quería joder al capullo que la había abandonado en un motel cutre. Era la guerra, y en la guerra y en el amor no hay límites que valgan.

—¡Novelas calientes! —grité al ver a un grupo de tíos deportistas pasar por delante de nuestra caseta—. ¡Novelas *muy* calientes! ¿Alguien quiere que le firme un ejemplar?

En media hora, mi cola daba la vuelta al parque.

Daniel no dejaba de negar, aunque era evidente lo mucho que le divertía mi jeta.

—Estás usando tu sexualidad para vender más.

—Mira quién fue a hablar. ¡Siguiente! Mmm, hola, cariño. ¿A quién se lo dedico?

—A Cipote 25. Puedes encontrarme en Tinder, muñeca.

Daniel cerró su estúpido libro de tapa dura y evaluó, molesto, a mi acompañante.

—¿25 por el tamaño de tu… ya sabes, o por tu edad?

—Cállate, Daniel. Aquí tienes el libro firmado, Cipote.

—Gracias, muñeca. ¿Me das tu teléfono?

Daniel se acercó a mí con aire protector.

—No, de eso nada.

—¿Este vejestorio quién es? ¿Tu padre?

Al menos no me preguntó si era mi chulo…

—El que va a partirte la cara como no sigas andando.

Cipote pilló el mensaje. Levantó las manos para apaciguar a Daniel y de paso me guiñó a mí el ojo.

—Búscame en Tinder cuando tu padre no esté por ahí.

Respondí a su guiño con otro guiño.

Daniel negó, escandalizado.

—¿Lo ves? Tu actitud solo atrae a psicópatas y acosadores.

—Envidia cochina. Te estoy ganando.

Abrió otro libro de tapa dura y se puso a firmarlo.

—Y que conste que solo te saco diez años. No podría ser tu padre.

Mi rostro se abrió en una sonrisa.

—¿Y tú cómo sabes la edad que tengo?

—Ahora que conozco tu nombre completo, te busqué en Google. ¿Tú no me has buscado a mí?

—¿Por qué iba a perder mi tiempo contigo? Me resultas indiferente.

Cerró la tapa dura —maldita sea, quería una tapa dura porque hacía un ruido dramático fantástico cuando la cerrabas— y se me quedó mirando. Largo rato.

—¿De verdad que no has sentido curiosidad por saber quién soy?

—Ya sé quién eres, Daniel —respondí mientras firmaba otro libro y le sonreía al tío en mallas que me miraba las tetas con absoluto descaro—. Eres un capullo. No necesito un algoritmo para eso.

Negó para sí.

—Sigo pensando que deberíamos aclarar lo de esa noche.

—Y yo sigo pensando que me importa una mierda. Disculpad, chicos, voy a hacer una pausa para comer algo porque se me están bajando los niveles el azúcar.

El desánimo se apoderó de mis nuevos seguidores.

*****

Cuando volví, los tíos en mallas habían desaparecido. Ya no había nadie en la cola. Yo estaba buena, pero no tanto como para esperar media hora.

Daniel, sentado en una silla, hojeaba mi libro.

—¿Te inspiraste en mí para crear a Cam? Se me parece bastante.

—No seas egocéntrico. Son veintidós dólares con treinta centavos.

Me frunció el ceño. Yo estaba delante de él con la mano extendida. Me había puesto el abrigo. Hacía un frío de narices. El sol se había esfumado.

—¿Qué?

—Si quieres un libro mío, tendrás que pagarlo, colega.

Sonrió, su sonrisa sexy que me sacaba de mis casillas.

—Bien. Pero me lo firmas.

—Uy, lo siento. Se me ha acabado la tinta del bolígrafo con tantos libros que he firmado hoy.

Se sacó una estilográfica del bolsillo interior de la chaqueta y me la ofreció.

Hice una mueca antes de arrancarla de entre sus dedos.

—De acuerdo —gruñí entre dientes—. Firmaré el dichoso libro.

—Pon algo bonito.

—Faltaría más.

Firmé el libro y, no contenta solo con eso, estampé mis morros fucsia al lado de la firma.

Daniel, divertido, lo abrió para leer la dedicatoria. Soltó una carcajada ronca y me miró con algo parecido a la ternura; algo que aborrecí de inmediato.

—*¿Para el mayor capullo a este lado del Mississippi, con ningún cariño, Lucy?* Me gusta. Es ingenioso. Gracias. ¿Quieres que te firme el mío? No hace falta que lo compres. Te lo regalo.

—Ni gratis lo quiero, fíjate.

—Tú misma. Pero que sepas que es muy bueno.

—Solo un egocéntrico diría que su libro es muy bueno.

—No lo digo yo, lo dice la crítica.

Maldita sea. De mí solo decían que escribía porno para mamás y que usaba demasiadas veces la palabra que empieza por la p. Y no se referían a las piruletas.

Necesitaba conseguir mejores críticas. ¡Ya lo sé! Iba a escribir de inmediato un libro sesudo,

convertirlo en *bestseller* y destronar a Daniel Finn ante los críticos. Coser y cantar.

La chica del motel



Daniel

Como yo había llegado temprano, sabía que compartía caseta con ella. Había una foto suya tamaño natural ahí fuera.

Aun así, mi corazón se saltó un latido o dos cuando la vi llegar por el parque. Era inapropiado, lo sé. Ahora estaba casado. Muy mala idea sentirse *ligeramente* atraído por una mujer que no es tu esposa. Era evidente que nuestro tren había pasado. Solo podíamos ser amigos.

Me obligué a sonreírle a mi siguiente lectora mientras le firmaba deprisa el libro. Me pregunté si de verdad podía ser amigo suyo. Porque, en fin, conservaba bastantes recuerdos de esa noche y…

«Basta de tonterías, Daniel. La chica del motel es una compañera de trabajo ahora».

Me alegraba ver que había conseguido su sueño. En serio. Me alegraba por ella. Era genial y se merecía eso y más.

«Por favor, cállate. O pégate un tiro».

La marea de lectoras se apartó para dejarle paso y entonces ella también me vio a mí.

—No.Puede.Ser —gruñó entre dientes.

Sonreí sin poder evitarlo. Lucía un aspecto muy extravagante. Ropa colorida, gafas descomunales…

Había cambiado mucho. La chica del motel era la clase de persona que intentaba pasar desapercibida. No lo conseguía porque tropezaba con los floreros y entonces todos se fijaban en ella, pero sin duda lo intentaba. Ropa discreta, nada de maquillaje… No se sentía cómoda llamando la atención.

La mujer en la que se había convertido, en cambio, pisaba fuerte. No solo que atraía todas las miradas. Jugaba con la sensualidad a su favor. Era como Betty Boop.

Me obligué a mantener la cabeza despejada. Recordé que era un hombre casado. No felizmente, pero ¿qué importaba eso?

—Llegas tarde —le dije, sin desatender mis obligaciones—. Mira la cola de fans que tienes esperando desde hace más de una hora.

—¿Qué haces tú en *mi* caseta?

—No es *tu* caseta. Es la nuestra. ¿No has visto las figuritas de cartón?

Salió para mirarlas y luego regresó echando chispas.

—Me niego a compartir caseta contigo.

—Entonces puedes firmar tus libros junto al estanque.

—Sé buen chico y lárgate de mi caseta.

Sonreí divertido. Estaba muy concentrado en firmar libros, quizá para evitar sentir cualquier clase de atracción hacia una mujer que *no* era mi esposa. Como he dicho, era inapropiado. Mi matrimonio atravesaba un bache, pero habíamos ido a terapia de pareja para superarlo. Debía enfocarme en conseguir los objetivos que Rita y yo nos habíamos marcado.

—Repito, no es tu caseta, es la nuestra. Y no pienso irme. Qué pasa, ¿te da miedo que vaya a vender más libros que tú?

La oí soltar un bufido indignado.

—Por favor. Soy la reina de la novela *chick-lit*. Tú jamás venderías más que yo, escritorillo del tres al cuarto.

Cerré la tapa del libro que acababa de firmarle a una lectora y arqueé las cejas, tratando de no reírme de su cabreo. Aunque estaba mona cuando se cabreaba…

—¿Qué te apuestas?

Hice un gesto discreto con la cabeza y entonces ella miró nuestras respectivas colas y sus labios se separaron ligeramente. Juro que no le estaba mirando la boca. En absoluto. Por muy pintada de fucsia que la llevara y por muchos recuerdos que conservara de esos labios que había besado una noche, hacia muchísimo tiempo, cuando yo era otra persona y cuando ella también lo era.

—¿Cómo es posible?

—No te rayes. Llevo más tiempo que tú en esto. Cuando me conociste, yo ya llevaba unos diez libros publicados.

—Pues no lo mencionaste mientras te metías en mis bragas.

Joder. Y yo que intentaba olvidarlo.

Un recuerdo muy vívido apareció en mi memoria. Lo bloqueé de inmediato porque yo no era mi padre.

—No quería hablar de negocios esa noche, Luce —respondí con una sonrisa que la hizo apretar las muelas.

—A mí no me engañas, tío. Engatusas a las lectoras solo porque eres guapo. Por eso tu cola es más larga que la mía.

—¿Tú crees?

— Mira lo que te digo, Danny. Seguiré la misma estrategia y venderé más libros que tú.

Me crucé de brazos y le eché una miradita guasona por encima de las gafas.

—¿Es un reto?

—Puedes apostar que lo es.

Se quitó el abrigo. Hostia.Puta. Noté que palidecía. Porque toda la sangre de mi cuerpo empezaba a concentrarse en otras partes, no en las mejillas…

«Terapia de pareja, Daniel. Concéntrate en arreglar lo tuyo con Rita».

Me sentía incapaz de apartar mis ojos de sus pezones erguidos. Mierda. Eso sí que era inapropiado. «Venga, Daniel, no seas un capullo. Mírala a los ojos, joder. Si tiene unos ojos preciosos».

—Ponte el abrigo, Lucy. Hace frío.

—De eso nada. Si a Jennifer le funcionó marcar los pezones en *Friends*, a mí también me funcionará.

Le encantaba poner a prueba mi paciencia.

—Estarás bromeando.

—¿Tú crees?

—Señor Finn, ¿me firma ya el libro?

Le pedí a aquella mujer que esperara, me quité la chaqueta y se la puse a Lucy por encima de los hombros.

No se la dejó puesta ni cinco segundos.

—¡Novelas calientes! —gritó, para que la escucharan los tíos que estaban a lo lejos, practicando deporte—. ¡Novelas *muy* calientes! ¿Alguien quiere que le firme un ejemplar?

Todos se pusieron a la cola. Increíble.

Negué para mí y regresé con mis lectoras.

—Estás usando tu sexualidad para vender más —le dije al cabo de un buen rato, cuando conseguí que la sangre volviera a mi cerebro.

—Mira quién fue a hablar. ¡Siguiente! Mmm, hola, cariño. ¿A quién se lo dedico?

—A Cipote 25. Puedes encontrarme en Tinder, muñeca.

Venga ya. ¿De dónde salía toda esa gente?

—¿25 por el tamaño de tu… ya sabes, o por tu edad? —intervine con curiosidad en la conversación.

—Cállate, Daniel. Aquí tienes el libro firmado, Cipote.

—Gracias, muñeca. ¿Me das tu teléfono?

Me acerqué a ella con aire paternalista, lo admito, porque ese tal Cipote me daba muy mala espina. Repito: ¿de dónde salía esa gente?

—No, de eso nada.

—¿Este vejestorio quién es? ¿Tu padre?

—El que va a partirte la cara como no sigas andando.

Ya lo creo que lo decía en serio. Yo era escritor. Conocía bien el perfil psicológico de los asesinos en serie. Ese tío miraba a Lucy con ojos de asesino en serie. Podría haber sido también lujuria, pero lo más probable es que fuera sed de sangre. Si intervine es porque no quería que acabara descuartizada en un contenedor. No fue por celos. Eso creo…

—Búscame en Tinder cuando tu padre no esté por ahí.

Gruñí.

—¿Lo ves? Tu actitud solo atrae a psicópatas y acosadores.

—Envidia cochina. Te estoy ganando.

Firmé otro libro, sin prestar ninguna atención a la tarea.

—Y que conste que solo te saco diez años. No podría ser tu padre.

Vale, sí, estaba ofendido. No era tan viejo.

Vi de reojo que Lucy sonreía.

—¿Y tú cómo sabes la edad que tengo?

—Ahora que conozco tu nombre completo, te busqué en Google. ¿Tú no me has buscado a mí?

—¿Por qué iba a perder mi tiempo contigo? Me resultas indiferente.

¿Que si me sentí decepcionado? Pues claro. Yo la busqué a ella en Google de inmediato, en cuanto tuve un ordenador a mano. Sí, bien, estaba casado, y puede que fuera inapropiado (no, no iba a mencionarlo en terapia de pareja, joder), pero tenía que saber quién era la chica del motel.

—¿De verdad no has sentido curiosidad por saber quién soy?

—Ya sé quién eres, Daniel —contestó mientras coqueteaba con otro tío—. Eres un capullo. No necesito un algoritmo para eso.

Sus razones, tenía. Aun así, me dolió el comentario y que tuviera tan mala impresión de mí.

—Sigo pensando que deberíamos aclarar lo de esa noche.

—Y yo sigo pensando que me importa una mierda. Disculpad, chicos, voy a hacer una pausa para comer algo porque se me están bajando los niveles el azúcar.

Se fue, como siempre que yo intentaba abrir el tema. Sí. Huir se le daba bien.

*****

Como no había más lectores que atender, me senté en una silla y empecé a leer el libro de Lucy. Era lo primero que leía de ella. Me pareció muy divertido. Me reí varias veces. Tenía un sentido del humor un poco peculiar, una prosa cargada de sarcasmo, y aunque el *chick-lit* no era un género que yo leyera, me gustó.

—¿Te inspiraste en mí para crear a Cam? —le dije cuando volvió—. Se me parece bastante.

—No seas egocéntrico. Son veintidós dólares con treinta centavos.

La miré confundido.

Afortunadamente, llevaba el abrigo puesto.

—¿Qué?

—Si quieres un libro mío, tendrás que pagarlo, colega.

A duras penas conseguí contener la risa.

—Bien. Pero me lo firmas.

—Uy, lo siento. Se me ha acabado la tinta del bolígrafo con tantos libros que he firmado hoy.

Ja. No iba a escabullirse tan fácilmente. Le ofrecí mi estilográfica.

Me la arrancó de la mano con disgusto.

—De acuerdo. Firmaré el dichoso libro.

—Pon algo bonito.

—Faltaría más.

Después de firmar el ejemplar, presionó los labios recién pintados de fucsia contra el papel, al lado de la firma, como Bridget von Hammersmark en Malditos Bastardos. Me hizo mucha gracia su actitud seductora.

Más gracia todavía me hizo la dedicatoria. Me eché a reír en cuanto la leí, y luego me quedé mirándola en silencio, debatiéndome entre la diversión y algo que no sabía muy bien lo que era, pero que acababa de disparar una ola de calor por todo mi pecho.

—*¿Para el mayor capullo a este lado del Mississippi, con ningún cariño, Lucy?* Me gusta. Es ingenioso. Gracias. ¿Quieres que te firme el mío? No hace falta que lo compres. Te lo regalo.

—Ni gratis lo quiero, fíjate.

Me reí entre dientes.

—Tú misma. Pero que sepas que es muy bueno.

—Solo un egocéntrico diría que su libro es muy bueno.

—No lo digo yo, lo dice la crítica.

No era por tirarme el rollo, pero mis libros tenían muy buenas críticas.

Más Mercurio en retrógrado

Lucy

Por la tarde, el número de lectores que se acercaban a nuestra caseta para conseguir un libro firmado disminuyó considerablemente.

Daniel y yo llevábamos un buen rato a solas, él con el móvil en la mano y yo desarrollando el argumento del libro sesudo que, dado mi talento natural, escribiría en un plazo máximo de tres meses.

Ya estaba ensayando el discurso con el que le vendería mi cambio de rumbo literario a Demeter, cuando oí que Daniel soltaba una carcajada.

Lo miré mosqueada. Me estaba molestando, como siempre.

Mi móvil vibró encima del mostrador. Lo cogí, lo miré y me mosqueé todavía más. ¡¿Daniel Finn ha comentado tu publicación?!

—¿Me sigues en las redes sociales, como un acosador? —me sulfuré de inmediato.

—Oye, la que ha colgado una foto conmigo, sin mi consentimiento, por cierto, eres tú —me respondió, muy concentrado en lo que fuera que estuviera leyendo en el móvil en aquel momento. Algún artículo sobre la Viagra, seguro.

Está bien, me había sacado un inocente *selfie* en el que salía Daniel a mis espaldas, con las gafas de sol puestas, firmando uno de sus estúpidos libros de tapa dura, y lo acompañé de un post todavía más inocente que decía: *Vader y yo compartimos mesa hoy en Central Park.*

Por favor, ¡iba de negro! Me lo había puesto en bandeja.

—No necesito tu consentimiento. No se te ve la cara. Y deja de espiarme de inmediato, pervertido.

Sonrió, dejó de lado su artículo sobre la Viagra y me lanzó una miradita divertida por encima de las gafas de sol.

—No soy un pervertido. Soy un compañero de editorial con el que vas a coincidir a partir de ahora, te plazca o no. Seamos amigos.

—Preferiría ahogarme en el Mississippi.

—Qué fijación tienes con el Mississippi. Nos pilla muy lejos. ¿Por qué no en el Hudson?

—Yo me ahogaré donde me dé la gana, Daniel.

—Tú misma.

Regresó a sus quehaceres, lo cual me permitió proseguir con mi discurso mental.

—Oye, Luce. ¿No piensas seguirme?

Qué criatura tan molesta. No dejaba de inmiscuirse es mi súper discurso mental.

—¿Qué?

—En las redes.

—No. Yo soy popular. No sigo a nadie.

—Ah. De acuerdo. Bueno, ya te sigo yo a ti.

—Haz lo que te plazca, pero, por favor, cállate de una vez. Estoy muy ocupada.

—¿Haciendo el qué?

—No te concierne.

—Pues vale.

Y, regresó, tan tranquilo, a su artículo sobre los beneficios de los alargadores de pene. Digo yo que el de la Viagra se le habría acabado ya a esas alturas.

*****

Pasó una hora más, en la que yo perfilé el discurso y Daniel firmó otros dos libros a un par de ancianas enamoradas de él. Luego me informó de que se iría a comprar café.

Respondí con un gruñido, fingiendo estar muy liada, pero, en cuanto se marchó, aproveché para agarrar de inmediato un libro suyo. ¿Para hojearlo y deleitarme con su maravillosa prosa? Qué tontería. Me moría por toquetear la tapa dura. ¡Qué tacto! ¡Qué solidez! Casi tuve un orgasmo mientras deslizaba mis dedos por esa preciosidad. ¡Quería tapa dura de inmediato! Maldita sea. ¿Yo por qué no tenía tapa dura?

¿Y por qué no salía en la solapa de mis libros ninguna foto mía con cara de lista? Demeter estaba haciendo muy mal su trabajo.

—Te he traído un café.

Solté discretamente el libro antes de que Daniel se percatara de que estaba llevando a cabo un acto de perversión con algo que le pertenecía, y me volví sobre mis altos tacones con perfecta normalidad.

—Gracias. ¿Lo has envenenado?

—Neah. El veneno es arma de mujer.

—Cierto. Los tíos preferís los puñales por la espalda.

Puso una sonrisa cínica, brindó con su vaso de café y le dio un sorbo. Hice lo mismo. Mmmm, me encantaba el café con calabaza del Starbucks. Pero no se lo iba a decir a él. Ya estaba bastante crecidito con ese rollo suyo de soy guapo, listo y todavía no llevo peluquín.

—¿Qué tal Rita? ¿En casa, gestando a vuestro primer heredero?

—No exactamente. Nuestro matrimonio no pasa por el mejor momento ahora mismo.

—Eh, frena el carro. No soy tu consejera matrimonial, colega.

—Tú has preguntado.

—Para burlarme de ti. No seas tan literal. ¿O es que los escritores de *thriller* no entendéis el sarcasmo?

Hizo una mueca.

—Y tú, ¿qué? ¿Algún Don Perfecto en tu vida? Ah, no, espera, que tú practicas sexo como un tío.

Una sonrisa punzante ganó protagonismo en mis labios.

—Me gusta la diversidad.

—Hmm. ¿Y qué hay del amor?

—¿Qué amor?

—El amor sobre el que escribes en tus libros, Lucy.

—Pura ficción, *Daniel*.

—¿Me estás diciendo que tú nunca te has enamorado?

—¿Me estás diciendo que tú has asesinado alguna vez?

—¿Qué?

—Escribes sobre asesinos en serie. ¿Lo has puesto en práctica?

—Evidentemente, no.

—Entonces, no entiendo a qué viene la pregunta.

—Ya veo. Te dejé muy tocada, ¿a que sí? Eras muy joven cuando me conociste y te llevaste una mala impresión de los tíos. Es evidente.

Me acerqué a él hasta ser consciente de que tenía tres pecas adorables en la nariz. Sus ojos parecían más bonitos de cerca. Pero, vamos, que yo no me fijé en eso porque:

A) Estaba casado.

B) Era el cabronazo que me había abandonado en un motel cutre.

—Por favor, no te lo tengas tan creído. Fue un polvo mediocre.

—Tres —me recordó, con los labios peligrosamente cerca de los míos.

—De acuerdo. *Tres* polvos mediocres.

Sonrió de lado.

—Fueron tres polvos de la hostia, Luce.

—Eres un tío. Para vosotros cualquier cosa es alucinante. *Cariño, he aguantado dos minutazos* —me burlé, poniendo voz de tío.

Los ojos que se hundían en los míos estaban cargados de humor.

—Eres una mentirosa patológica.

—¿Tú crees?

—¿Os vais a enrollar, o alguno de vosotros me firma este libro?

Nos volvimos hacia el tío que se acababa de materializar en mitad de nuestro momento íntimo.

Quería un libro de Daniel.

Hice una mueca de aburrimiento y le dejé espacio para que se fuera a atender a sus fans. Podía haber conseguido esa venta, pero ya no me apetecía pelarme de frío y, además, estaba segura de haber ganado.

Lo cual no fue así.

*****

—Habéis vendido exactamente el mismo número de libros —me respondió Demeter después de inventariar los ejemplares restantes.

—¡¿Qué?! —me indigné—. ¡No puede ser verdad! ¡Pero si enseñé los pezones!

Demeter alzó la cabeza, horrorizada.

—¿Que hiciste el qué?

—Es cierto. Nos alegró la mañana a todos.

Fulminé a Daniel el cabrón con la mirada. Se estaba burlando como el idiota que era.

—Cuéntalos otra vez. Seguro que he vendido por lo menos dos libros más que él.

—No voy a contarlos otra vez, Lucy. Ya he hecho el inventario. Enhorabuena, habéis vendido un montón de libros.

—¡Pero tengo que haber vendido más que él!

Demeter hizo un gesto de desdén con la mano y se alejó por el parque. Su ayudante cargaba todos los libros que había que llevarse de vuelta a la editorial. Pobrecillo. Los de Daniel eran tochos y, además, tenían la estúpida tapa dura.

Me volví hacia mi archienemigo.

—Lo has conseguido gracias a los ancianos de la residencia que tenían hoy picnic en el parque. Te han comprado porque necesitan ideas para cargarse a los compañeros de habitación que roncan.

—¿Por qué no te alegras sin más? Hemos triunfado. Me duele la muñeca de tanto firmar.

—Como he dicho, eres un tío. Cualquier cosa os parece alucinante. Dos minutazos, cariño.

—Ja. Aguanté por lo menos ocho. Y a eso súmale los preliminares.

—Lo que tú digas.

No me volví para despedirme. Me alejé taconeando por la avenida, consciente de que él me seguía con la mirada. También sabía que nuestro pequeño enfrentamiento lo había hecho sonreír.

Creo que Daniel estaba desarrollando un pequeño cuelgue por mí. Me seguía en las redes sociales, se leía mi libro…

A los tíos les encantan las cosas que no pueden tener.

Y esa iba a ser mi venganza. Muajajajajajaja.

¿Por qué acabé en *Granjeros*?

El libro sesudo de Lucy



Tiempo después
Lucy

Se abrieron las puertas de la sala de reuniones, lo cual me hizo encoger en mi asiento, tragar saliva y recitar una plegaria.

Ahí estaba Demeter, la editora más hija de perra a este lado del Mississippi, envuelta en una nube de tabaco, Chanel 5 y me atrevería a afirmar que también azufre.

La muy *zorri* me había convocado de urgencia para *charlar*.

Lo cual era un eufemismo elegante de: *vas a diñarla, Lucinda, te asesinaré con mis propias manos de perfecta manicura francesa.*

Solo había pasado un mes desde el estreno de mi último libro. Yo ya había visto los tops y sabía que las noticias distaban de ser buenas, pero creía que Demeter esperaría un poco más de tiempo antes de afilar la daga. ¿Que yo vendiera más de dos millones de ejemplares y colocara a la editorial entre las empresas más solventes de Nueva York no servía de atenuante?

Vale que la había cagado al asegurarle que: *Demeter, te juro por mi primogénito nonato que este libro va a ser un bombazo*.

Pero, en mi defensa:

A) Había acertado dos millones de veces antes de eso. Que era mucho.

B) La culpa era suya por confiar en alguien que usaba a su primogénito nonato para negociar la publicación de un libro sesudo.

—Lucy, mi escritora favorita.

Ahí estaba la sonrisa aterradoramente encantadora. Que llevara pintalabios rojo luminoso lo volvía todo aún más escalofriante. Nunca me he fiado de la gente que usa pintalabios de color rojo. Es una fobia que tengo desde que vi *Ratched*. El rojo es para la gente diabólica.

—Demeter, la editora más… —«¿hija de puta?, ¿cabrona?, ¿odiada?»—… exitosa de la ciudad.

—Hmm. Qué ricura. Aunque ahora mismo el éxito se me resiste por culpa de cierto libro que batió récords de ventas *no* existentes. Gracias por venir.

—No, gracias a ti por… —«¿tener la amabilidad de afilar la daga antes de clavármela?»—invitarme.

—¿Un café?

Como bien había indicado mi archienemigo Daniel el cabrón, el veneno era arma de mujer.

Hagámosle caso por una vez.

—No, gracias.

—Bien, pues vayamos al grano. Tu libro es una mierda.

—Bueno, una mierda tampoco…

—*Una mierda* —me cortó con frialdad—. Solo lo habéis comprado tú y tus amigos.

—Entró en el top de Amazon, en el puesto 98, y se mantuvo ahí durante unas cuatro horas el día de estreno, Demeter —defendí a mi bebé recién nacido—. Alguien más lo habrá comprado.

—*Tú y tus amigos*. No me interrumpas.

—Perdón —farfullé, renunciando a defender lo indefendible.

—Dado el desastre al que has arrastrado a esta editorial con tu supuesto libro sesudo que nadie está leyendo…

—No es por defenderme, pero los libros sesudos no suelen triunfar hasta que el autor se muere.

—Que no me interrumpas.

—Lo siento.

—Ahora ya no sé qué estaba diciendo. He perdido el hilo.

—Dado el desastre al que has arrastrado a esta editorial con tu supuesto libro sesudo que nadie está leyendo... —recité con los ojos en blanco.

—Ah, sí. Pues eso, que dado el desastre económico que has causado con tus gilipolleces, solo veo una solución posible.

La culpa era mía, por darle ideas.

—Demeter, no tiene sentido que lo hagas. Eres joven. Malgastarías toda tu vida. ¡No valgo la pena! Y puede que no alcance la gloria ni aunque la palme... No hay garantías y, a decir verdad, es un poco malo ese libro. Todo hay que decirlo. No sé en qué estaba pensando cuando lo escribí. Bueno, sí, pensé en lo que los críticos querían leer y no en lo que yo quería escribir. Un error de novata. La cagué, y lo siento, pero, en serio, no lo hagas. El naranja no es el nuevo negro, digan lo que digan. Y… no te iría nada bien con tu tono de piel.

—¿De qué demonios hablas?

La miré con cara de ¿qué está pasando aquí?

—¿No vas a matarme para que triunfe mi libro *post mortem*?

—Aunque suene de maravilla y, por mucho que me apetezca hacerlo ahora mismo, no.

—¿Vas a rescindir mi contrato?

—¿Y que te vayas con la competencia, saques otro *enemies-to-lovers* y te hinches a ganar billetes? Querida, nuestro pacto es de por vida.

—Me siento como Fausto —farfullé con una sequedad que hizo que Demeter compusiera otra de sus sonrisas encantadoras.

—Vas a enmendar tus errores.

¿Enmendar mis errores?

¡Eso era peor que morirse!

Era como cuando te mueres, vas al Infierno y Lucifer te manda de vuelta a la Tierra para que traigas de vuelta al Anticristo, que, en un acto de rebeldía típico de los niños mimados, ha decidido dejar de lado sus responsabilidades infernales para convertirse en una estrella del cine en la ciudad de Los Ángeles. ¿No será más fácil estirar la pata que perseguir a un drogadicto que se le parece sospechosamente a James Dean, aunque con menos talento interpretativo?

«¿Y yo no debería escribir ese libro?»

—Por supuesto. Escribiré lo que me pidas. Incluso sobre el Anticristo. Tengo una historia

que…

—Olvídate de las historias por ahora. Harás algo mucho mejor. Serás la imagen de nuestra editorial. Nos colocarás en lo más alto de las redes sociales, para que la generación zeta se entere de que todavía existimos. Ya tienen edad para leer, pero la mayoría desconoce que los libros en papel aún se publican. Bueno, los libros en general. Sigo sin entender por qué a todos les chiflan los podcasts. ¡No te protegen del Alzheimer como la lectura! Asegúrate de decir esto en directo.

—Si buscáis una modelo, Adriana es bastante más guapa que yo y, además, protagonizó una campaña de lencería muy sugerente el año pasado y…

—No queremos una sesión de fotos, Lucy. He conseguido que vayas a la televisión.

¿La cagaba y encima me daban un premio? Creo que estaba atrapada en una realidad alternativa.

—¿En serio? Me gusta la idea. ¿De quién estamos hablando? ¿Jimmy Fallon? ¿Ellen DeGeneres? Oh, Dios mío, ¡¿es Oprah?! —La cara que me puso Demeter llegados a este punto enfrió un poco mi entusiasmo—. Ya sé que acabó *The Oprah Winfrey Show*, pero a lo mejor quiere entrevistarme en su canal privado y…

—A ver si te enteras, Lucy, que me parece que vas colocada de píldoras de idealismo y unicornios. Ahora mismo no eres nadie.

—Solo he fracasado con un libro.

—Lo cual te ha convertido en na-die. Oprah Winfrey *jamás* te entrevistará. No eres Michelle Obama. Eso, lo primero. Y, lo segundo, como no solucionemos tus problemas de popularidad lo antes posible, tu carrera se irá al traste, querida. Porque, si nadie te lo había dicho antes, *Lucy*, siempre habrá alguien más ingenioso, más inteligente y con más seguidores en Instagram que tú que está deseando decapitarte para conseguir tu corona. Y la única persona que puede evitarlo ahora mismo es Georgia Heller.

Mi ceño se frunció tanto que me empezaron a preocupar las arrugas de expresión.

—¿Georgia Heller? ¿Pero ella no hace…?

—¿*Realitys*? See.

—¿Quieres que forme parte de un *reality?* Como… ¿*Gran Hermano*?

—Quiero que formes parte *del reality*. Eso disparará tu fama, y estás lo bastante zumbada como para caer bien a los jóvenes.

Una cosa es que te entreviste Oprah, y otra muy distinta es que tengas que enseñar las tetas en la tele. (Todas acaban enseñando la mercancía tarde o temprano…)

—No sé si me convence la idea.

—Te convence, confía en mí.

—Pero ¿de qué va exactamente el *reality* de Georgia?

—Tendrás que llevar una granja durante tres meses.

Se me dislocó la mandíbula.

—¡¿Qué?! ¡Pero yo no sé nada de cómo llevar una granja! ¡Soy una chica de ciudad!

—Y por eso será muy divertido y enganchará a los jóvenes que, admitámoslo, no tienen ni idea de quién eres. Toda una generación de posibles lectores desaprovechada. Y, además, no puedes negarte. Porque, si te niegas, me aseguraré de que pongan tu próximo libro en el estante de abajo de las librerías.

—¡Eso es una crueldad! —exclamé con indignación. Demeter también tenía potencial para salir en el remake de *Chicas malas*.

—Lo sé —admitió, encantada.

—¿Puedo consultarlo con la almohada?

«¿O con un abogado?»

—No, no puedes. Aquí tengo el contrato. Firma para lavar tu deshonra, Lucy.

—Pero…

—¡QUE FIRMES!

Firmé. Todo aquello me recordaba a cierta escena de la película *Al diablo con el Diablo*. En un segundo Demeter pasó de ser la encantadora Elisabeth Hurley a convertirse en el mismísimo Satán. Ya lo creo que firmé.

—Estupendo. Solo una cosita más —me dijo, de nuevo candorosa y dulce.

—Por supuesto que tendrás a mi primogénito. En cuanto lo expulse por la vagina.

Hizo una mueca.

—Ugh. No, gracias. No aguanto a los mocosos.

—Hmm. Fíjate, eso me sorprende. Siempre me has parecido muy maternal…

Jajaja. «Tan maternal que te comerías a tus propias crías, D».

—Hay otro escritor de nuestra editorial a quien voy a pedir que participe en *Granjeros*.

—¿En serio? ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Sé que te negaste a compartir caseta con él el año pasado en la Feria del Libro, pero…

—OH, DIOS SANTO.

Demeter notó enseguida que estaba fibrilado y se dio prisa por atenuar la noticia. Me instó con las dos manos a que me volviera a sentar.

—Estoy convencida de que ni te enterarás de que está ahí. Las granjas están a muchos kilómetros de distancia la una de la otra y, aunque compartirás la tuya con otra persona, estoy segura de que no va a ser con Daniel. Harán un sorteo para organizar los equipos. ¿Qué probabilidades hay de que te toque precisamente con él?

—¿Con mi suerte? Bastantes. No voy a arriesgarme.

—No puedes echarte atrás. Has firmado el contrato.

—Me da igual. Me retracto.

—No puedes.

—Sí que puedo.

—No, no puedes. Porque, si te echas atrás, no podrás publicar ningún libro con otra editorial en un plazo de cinco años. Y yo colocaré tus libros en los estantes de abajo a partir de ahora. En cinco años la gente dirá *¿quién es esa Lucy? ¡No me suena de nada!* Imagínatelo, las secretarías de las editoriales pomposas tirarán tu manuscrito a la basura, tu cuenta bancaria estará en números rojos, el casero llamará a tu puerta para ver si sigues viva, puesto que te han cortado el gas y hay una ola de frío polar azotando la ciudad... Yo te convertí en lo que eres ahora. No te olvides de que puedo deshacerlo cuando me dé la gana.

Sí que era la mayor hija de perra a este lado del Mississippi. El Diablo aprendió de esta mujer.

—¿¿¿Qué??? ¡No puedes retenerme aquí durante cinco años en contra de mi voluntad!

—Claro que puedo. Lo pone aquí. En letra pequeña.

Lo comprobé.

Y sí, lo ponía.

Así me había acostado con Daniel el cabrón. No había comprobado la letra pequeña que traía cosida en el cuello de la camisa.

—¡Es abusivo y probablemente ilegal!

—Al igual que muchas hipotecas, querida, pero la gente firma de todas formas. Bienvenida a la edad adulta, Lucy. ¿O debería decir a la edad de la pérdida de la inocencia?

—Esto no es whartoniano. Es dickensiano. Dantesco. Kafkiano. ¡Mefistofélico!

Llegados a este punto, tuve que parar para respirar por la boca. La indignación me estaba dejando sin aliento.

—Qué gran uso de epónimos. Inclúyelos en tu próxima novela.

—¡¿Cómo voy a escribir otra novela si piensas mandarme a una estúpida granja en mitad de la nada?!

—Ni idea, pero me muero por verlo en la tele. Me declaro fan del programa desde ya. Uy, voy a poner esto en mi TikTok para despertar interés entre los zetas.

—No voy a ir. De ningún modo voy a ir. ¡Y no puedes obligarme!

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

¿Era tan fácil? ¿Dónde estaba el truco?

—De acuerdo —repitió Demeter, sin escupir culebras ni nada. Chocante—. No vayas. Dame solo un segundo, para que calcule el dinero que vas a tener que devolvernos.

Una calculadora salió de la nada. Creo que la llevaba en el bolsillo de su americana blanca.

—¿Dinero? —me horroricé—. ¿Qué dinero?

—El adelanto de tu último libro, más los gastos de imprenta, más los gastos de envío a las librerías, más los gastos de publicidad, uy, la peluquería y el maquillaje porque querías a los mejores estilistas, la sesión de fotos que te hicimos para promocionar este desastre, y que no sirvió de nada porque solo lo comprasteis tú y tus amigos, el alquiler de la sala en la que firmaste los escasos libros vendidos, el champán, que además era del caro, las gambas que tu amigo Enzo no dejó de engullir, los ejemplares, de tapa dura, por cierto, que mandamos a todos los blogueros y *bookstagramers* habidos y por haber, más los regalitos que acompañaron dichos envíos, la figura de cartón tamaño natural que pusimos en la entrada de todas las librerías de la ciudad…

Eché un vistazo a la calculadora y el corazón me dio un vuelco. Las cifras, desorbitadas, me dejaron sin aliento. Un importe imposible, absurdo, que se estiraba hasta límites que ni mi mente ni mi cuenta bancaría podían aceptar. ¿Eso era lo que costaba publicar y promocionar un libro sesudo? ¡Era una ruina!

—Ah, que no se me olvide el…

—¡Está bien! ¡Para de una vez! Iré, pero solo porque tengo todos mis ahorros en un fondo de inversión y me penalizan con un veinte por ciento si lo retiro antes de que se cumpla el plazo.

Cómo deseaba no haber pensado tanto en el futuro. La culpa era de Enzo. Tres palabras, mi amor: La Has Jodido.

Y así empezó la pesadilla…

Redes, arma del Diablo



Instagram de Lucy

¡¡¡¡Socorro!!!!
¡¡Me ha tocado compartir granja con Dexter Morgan!!
S.O.S.
Repito: ¡¡¡S.O.S!!!

Facebook de Daniel

@Bloodylucy
Las personas normales son tan hostiles…

Instagram de Lucy

Esa frase es de Dexter. ¡¡Y deja de etiquetar mi cuenta de Instagram, pirado!!

Facebook de Daniel

@todos
¿Lo veis? La danza de mi diablo con su demonio en la tumba del violinista está lejos de acabar.

Instagram de Rita

@Bloodylucy

Yo lo avisé. Es un psicópata.
Por cierto… ¿Qué ha querido decir con lo de la tumba de no sé quién?

Instagram de Lucy

@Ritalicious

Esa frase también pertenece al pirado de Dexter. Me está arrastrando a una guerra de frases. Pero va a perder porque yo veo muchas series y tengo muy buena memoria.

Mi memoria es MÁS GRANDE que la suya.
Tengo una frase para ti, Daniel: Avada Kedrava!

Instagram de Rita

@Bloodylucy

Ojo avizor. Intentó asesinarnos. Mira qué animalito tan adorable.

(aparece en la pantalla un selfie *de Rita con* Princesa*. Esta última lleva una diadema rosa en la cabeza y está enseñando los colmillos, como si estuviera gruñéndole a alguien…)*

Imagínate lo que te hará a ti.

Facebook de Daniel

@Bloodylucy

Yo sí que me lo estoy imaginando…

Instagram de Lucy

@DanielFinnBooks

¡¡Pervertido!! Deja de imaginarlo AHORA MISMO.

Instagram de Daniel

¡Ajá! Por fin me has etiquetado. Gran día para mí.
Pero prefiero el Facebook. No me recorta la cabeza en las fotos que cuelgo. Instagram es como Enrique VIII.

Instagram de Enzo

@Bloodylucy @Mamacitabuenorra

Sí que es un pirado. ¿Quién tiene Facebook hoy en día?

Instagram de Lucy

Jajaja.

Instagram de Adriana

JAJAJAJA.

Instagram de Daniel

Jejeje (con sarcasmo, entiéndase)

Instagram de Rita

¿Por qué se ríen todos? Yo no entiendo nada.

La granja



Presente
Lucy

Mis amigos se habían negado a viajar en el autocar oficial del programa (*todos se tiran pedos* —Enzo—; *todos vomitan* —Adriana), con lo cual, y para solventar sus respectivas rabietas, habíamos acordado que me recogerían en mi casa a las nueve de la mañana para viajar juntos, en coche, hasta Montana.

Que, por cierto, nadie sabía dónde estaba.

Éramos urbanitas acostumbrados al asfalto, a las tiendas y al ruido constante, y cualquier cosa más allá de Queens sonaba a un lugar vasto y remoto que nos ponía los pelos como escarpias. A saber hacia dónde nos dirigíamos, ¿la aventura o el completo desastre?

El sonido de un claxon en la calle me arrancó de mi ensoñación.

Me acerqué a la ventana y ahí estaba el descapotable turquesa que Enzo había sacado del garaje una sola vez, para llevarnos a Adriana y a mí a visitar a una amiga que se había mudado a la lejana Connecticut.

La carrocería brillaba bajo el sol de la mañana. Enzo, con gafas de sol de piloto sexy y el codo apoyado contra la ventanilla bajada, sonreía con ese aire despreocupado que siempre acababa metiéndonos en líos.

Adriana, sentada a su lado, saludó efusivamente y me hizo un gesto de impaciencia para que saliera de una vez.

Me apresuré a recoger mis maletas, a ponerme las gafas de sol y a cerrar la puerta del *loft* a mis espaldas con una mezcla de angustia y resignación.

Me había pasado meses quejándome por tener que participar en aquel absurdo programa —y más desde que me había enterado de que mi compañero de granja iba a ser Dexter Morgan—, pero la queja se había convertido más en un hábito que en una convicción.

El cosquilleo en mi estómago lo delataba. Por más que quisiera fingir lo contrario, había una parte de mí que sentía curiosidad ante la aventura en la que mis amigos y yo estábamos a punto de embarcarnos.

La anticipación que se disparaba, excitante, por mis venas cada vez que me paraba a pensar en la locura que estaba a punto de vivir tenía algo de agradable, lo admito.

Y luego estaba Dexter.

Vader.

Voldemort.

Con solo escuchar su nombre, me estremecía. Y no, malpensados, no en el sentido agradable de la palabra.

La buena noticia era que mis amigos se habían presentado voluntarios y los habían escogido para formar parte del reparto. Al menos no iba a estar sola. Tendría a mis fieles secuaces. El tío malvado haciendo de las suyas. Jack Kerouac y sus compinches siguiendo la carretera.

¡Oh, yeah!

Miré a mis compinches y el entusiasmo fue disminuyendo. No era así como me lo había imaginado.

—Tú pareces demasiado convencional —protesté mientras me instalaba en el asiento trasero del descapotable—. ¿Y tú de qué te has disfrazado?

—De tía chunga —me respondió Adriana, que en aquel momento se estaba sacando una gorra del bolso para ponérsela en la cabeza. Lo que le faltaba. Como si sus gafas de sol, doradas y horteras, no fueran lo suficientemente llamativas—. La primera impresión es la que cuenta, y así sabrán todos que no es buena idea meterse conmigo. Soy la zorra de Medellín.

—Naciste en Miami —le recordé, escéptica—. Yo diría que eres más bien la Barbie Malibú.

Enzo soltó una risita. Adriana dejó de echarse brillo en los labios y me fulminó con la mirada a través del espejo.

—Ellos no lo saben. Y tú deja de descojonarte. Mira las cadenas que llevo. Son de tía chunga.

—Vale, *Jenny from the block*. Lo pillo. Eres una guerrilla urbana. ¿Y tú por qué pareces tan heterosexual?

—Vamos a la América profunda. No sé qué esperar de este viaje, y todavía no estoy seguro de querer convertirme en la Rosa Parks[3] del movimiento LGTBI.

—Así me gusta, que nadie se ponga en plan dramático.

Los dos hicieron una mueca.

—¿Y tú qué? —repuso Enzo mientras conducía idílicamente, a veinticinco por hora, para desesperación de todos los taxistas—. ¿Nerviosa?

—¿Te has depilado?

—¿Por qué iba a estar nerviosa, y por qué iba a depilarme?

—Porque en cuanto lleguemos toca… —Enzo le guiñó el ojo a Adriana y los dos empezaron a cantar y a la bailar a la vez—: *El meneíto, el meneíto, el meneíto…*

No me cabía duda de que habían ensayado la coreografía antes de salir de casa.

—En primer lugar —los interrumpí con aire de sabionda— es el *meneaíto*.

—Mientras venga del verbo menear… —me respondió Enzo, guasón.

—Cierra el pico. Nadie meneará a nadie.

—¿Estás segura? —Adriana me lanzó una sonrisa picarona a través del retrovisor.

Me crucé de brazos, indignada.

—¡Pues claro que estoy segura! Tendría que congelarse el Infierno para que yo volviera a acostarme con Daniel el cabrón.

Los dos fruncieron el ceño, como siempre que abríamos el tema.

—Menos mal que me he traído el abrigo de plumón…

Le puse cara de conejo a Enzo, y ellos volvieron a cantar: *y ahí, ahí, ahí, ahí*, clara interpretación de alguien a punto de alcanzar el orgasmo.

—Cabrones…

Puse los ojos en blanco y negué para mí. *Autopista al infierno* se quedaba corto para definir

aquel viaje. Mis presuntos amigos se estaban encargando de arruinármelo.

—¿Y está muy lejos Montana?

—*MENEÍTO* —rugieron, atrapados en el bucle temporal de la gilipollez.

—Sería un buen momento para que nos embistiera un camión.

—No seas agorera, *mamacita*. Piensa en el…

—No lo digas, por lo que más quieras. Me tenéis harta.

—*ME-NE-Í-TO* —dieron palmaditas, incluso Enzo, que tuvo que soltar el volante—. *ME-NE-Í-TO*.

—Je-sús. Qué viaje me espera.

Dejé caer la cabeza hacia adelante y recé para que Montana no pillara demasiado retirado de Nuevo York. Está claro que la geografía no era lo mío.

*****

Montana estaba en el culo del mundo. Paramos en tres moteles diferentes hasta que conseguimos llegar.

Al final mis amigos se cansaron de darme la matraca con el *meneíto*. Los ánimos habían decaído un montón después de cruzar Pensilvania, un estado francamente interminable. Ni idea de cómo lo hicieron Kerouac y sus compinches.

A nosotros nos pesaba demasiado el viaje y la falta de café del Starbucks. ¡Es indignante que no haya ningún Starbucks en la autopista!

El café más decente que nos sirvieron sabía a agua de fregar. Que nunca la he probado, pero es así como imagino que sabe. En mi vida había empatizado tanto con los pobres camioneros, que se veían obligados a ingerir aquel brebaje nauseabundo a diario.

Cuando por fin llegamos al *País del Gran Cielo* —uno de los numerosos apodos de Montana, según *Enzopedia*—, estábamos cansados, irritables y no descarto que también sarnosos, a juzgar por el aspecto del último motel en el que nos habíamos alojado a falta de mejores opciones.

Pero ahí estaba la primera granja, mi nuevo hogar. Me bajé las gafas de sol por la nariz para verla mejor.

—Estoy emocionada, chicos —admití, mis codos apoyados contra los respaldos de sus asientos—. Nunca he ido de campamento.

—¿En serio? Yo, sí. Es donde me di cuenta de que era gay.

—Y yo, de lo fácil que era coger piojos... —Adriana soltó un suspiro nostálgico.

Me reí y negué para mí.

—Granja McGregor —leí en voz alta las palabras escritas en un letrero que colgaba torcido, como si alguien lo hubiera clavado a toda prisa y luego se hubiera marchado sin mirar atrás.

Las letras apenas eran visibles. Era como si la granja misma pretendiera olvidar su nombre.

Me recorrió un escalofrío nada más pensarlo.

Según avanzábamos por un camino polvoriento para acercarnos a la casa principal, una estructura de madera tan desvencijada que daba la sensación de que bastaría un soplo de viento para derribarla, mi entusiasmo empezó a decaer con preocupante rapidez.

Un aire casi macabro lo envolvía todo. Me costaba imaginar que alguien pudiera llamar *hogar* a un sitio como aquel. La cerca de madera que delimitaba el terreno estaba caída en varios tramos, y los restos de un viejo granero se descomponían lentamente a mi derecha, al lado de una cosechadora devorada por una gruesa capa de óxido.

Enzo silbó. Adriana soltó un *ay, mamacita*.

Y a mí se me erizó la piel porque no podía dejar de pensar en la novela *1922* de Stephen King.

¿Había en la propiedad un pozo lleno de ratas con el cadáver de Arlette en plena descomposición?

—Parece el escenario de un crimen —les susurré a mis amigos, con la mirada puesta en las ventanas de la casa.

—O el inicio de una película de los Warren… —añadió mi buen amigo Enzo, frase que *no sirvió* para calmar mis temores.

Detrás de las ventanas, colgaban cortinas de encaje que ¡¿se habían movido o era cosa mía?! Me estaba empezando a acojonar, lo digo en serio.

—Ah, ahí está el columpio siniestro —celebró Enzo, contento, a saber por qué. ¡Íbamos a morir todos! En cuanto cayera la noche.

—Madre de Dios Bendito —murmuré con un hilo de voz. El columpio daba escalofríos.

—¿Llevas crucifijo? —Enzo se giró hacia atrás para mirarme, lo cual me brindó la ocasión de ponerle mala cara.

Ya estábamos en línea a esas alturas. Los productores nos habían pedido que trasmitiéramos en directo nuestra llegada a la granja. El equipo de grabación viajaba en el autocar con los demás concursantes, así que, al llegar de forma autónoma, nos tocaba cooperar.

—¿Quién te crees que soy, Van Helsing?

—Te conseguiremos uno —me tranquilizó mi querido y supersticioso amigo—. Puede que a los antiguos propietarios se les olvidara alguno en la granja antes de salir por patas después del triple homicidio que cometieron ahí dentro.

—Y puede que ese crucifijo empiece a girar en cuanto entremos...

—No seáis estúpidos. Solo es una casa.

Tanto Enzo como yo miramos perplejos a Adriana, que por lo general solía ser la más supersticiosa de los tres.

—Sí, una casa en la que el tiempo se ha detenido justo después de un sacrificio en nombre de Satán —le solté, acojonada.

Ella chaqueó la lengua.

—Veis demasiado cine. Vale que la pintura caída revele trozos de madera gris y putrefacta, y que las ventanas tengan la apariencia de unos ojos que nos vigilan, y que los tablones viejos que sellan el sótano den la impresión de que algo ahí abajo necesite permanecer encerrado por siempre jamás…

A esas alturas, Enzo y yo estábamos horrorizados, ojipláticos y muy, muy acojonados.

—Pero no es más que una casa —concluyó Edgar Allan Poe con una sonrisa tranquilizadora.

—¡Arranca, arranca, arranca! —le grité a Enzo.

—Uy, no, que luego el mal nos persigue. La casa quiere cobrarse una vida y mejor que sea la tuya. Fuera del coche.

—¿Vais a abandonarme a mi suerte en la casa de los horrores? ¡¿Qué clase de amigos sois vosotros?!

—Mira, por ahí llega el autocar —me tranquilizó Enzo—. Daniel el buenorro te protegerá.

—Tiene buenos bíceps —alegó Adriana, motivo por el cual ambos se ganaron sendas miradas fulminantes por mi parte—. No frunzas el ceño. Es un dato positivo. A no ser que Daniel resulte ser el asesino. En cuyo caso, me temo que los bíceps van a suponer un problema para ti. Pero, tranquila, estoy casi segura de que no quiere matarte.

—Neah. Ese solo quiere foll…

Un helicóptero pasó justo entonces por encima de nosotros y menos mal que el ruido acalló al bocazas de Enzo. Estábamos en directo. En horario infantil. No se puede decir la palabra con f en

la tele. Todo el mundo lo sabe.

Las casitas de la pradera



En directo desde el Instagram de Rita

—Acabamos de llegar en helicóptero a la granja. Decid: *hola, chicos.* —Giré el móvil, pero ni el piloto ni el copiloto ni Richie dijeron *hola, chicos*—. Ah, son así de sosos. ¿Veis lo que he tenido que aguantar desde Nueva York? Y sin cobertura, que estábamos en lo alto. En fin, ¡hola, chicos! —exclamé con entusiasmo, acaparando de nuevo el primer plano con mi sonrisa de oreja a oreja y mi efusivo saludo—. Como os iba diciendo, Richard y yo hemos decidido viajar en helicóptero porque A) es más rápido y B) nadie espera que cantemos *La Cucaracha*. Me muero por ver nuestra granja. Estoy bajando del helicóptero ahora mismo. Richard, coge a *Princesa,* ¿no ves que estoy en directo? ¡Sí! Métela en mi bolso. ¡Que no te está mordiendo! ¡No seas quejica! Ah, ¿os lo podéis creer? Solo le ha mordisqueado un poco la punta del dedo. Si tuvieran que parir ellos, la raza se extinguiría. Ay, Dios, qué nervios. Estoy segura de que nuestra granja es un lugar… Pero… ¿Qué cojones…? ¡¿Qué es esta pocilga?! En mi contrato se mencionaba granja, no pocilga. ¡Exijo habar con Georgia ahora mismo!

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Vaya por Dios. Me temo que hemos perdido la Granja Vernon. Rita debe de estar llamando a su abogado. A ver si podemos establecer conexión con la Granja La Esperanza.

En directo desde el Instagram de Ashley

—¿Ha dicho la Granja de la Desesperanza? Porque yo he abandonado todas las esperanzas en cuanto he bajado de la limusina. Sí, hemos alquilado una porque, ya sabéis, te ofrecen agua y caramelos de menta. Hemos viajado con mucha clase y comodidad, hasta nos han dado un periódico, pero ahora mismo estoy muy disgustada, chicos, porque la granja, aquí la tenéis, no se le parece en absoluto a la coqueta casita campestre que yo estaba imaginando. Está todo seco y descuidado y… ¡Elijah!, ¡suelta esa criatura ahora mismo, a ver si vas a coger pulgas! No estamos vacunados porque ya sabéis que las vacunas matan a las personas.

—Solo es un gatito, Ashley, relájate.

—Un gatito pulgoso. ¡Y soy alérgica!

—Que no te gusten los gatos no te convierte en alérgica.

—Aaaaaaa… Acccc… ¡Achús! ¿Lo ves? Alergia.

—Je-sús...

—No tomes el nombre del Señor en vano. Y suelta esa cosa mugrienta antes de que me cabree y te mande a dormir al sofá. Lo siento, chicos, tengo que colgar. Mi marido planea meter un animal salvaje en casa.

—¡Que es un gato!

—¡Me da igual!

—¡Tiene hambre! ¿O es que no lo ves? Ya, bonito, ya, no llores más, ahora te doy un poco de leche.

—Increíble. ¡Lo ha metido dentro! Este se va a enterar.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—¡No cuelgues! Ha colgado. ¿Veis lo que pasa por no viajar en el autocar oficial? Nos estamos perdiendo el salseo. En la segunda temporada ya no permitiremos los viajes independientes. En un *reality* no puede haber nada privado. ¿Podemos contactar ya con el autocar? ¿Sí? Hola, Daniel. Miradle qué guapo está, mi niñito bonito que ha acatado las normas de la cadena.

—Hola, Georgia. Sí, parece ser que a nadie más le importa el medioambiente.

—¿Qué tal el viaje?

—Divertido. El equipo de grabación y yo hemos cantado *La Cucaracha.*

—Cómo desearía haber estado ahí. Sin el equipo de grabación, claro. Las cámaras, bien apagadas. Tus músculos, bien a la vista.

—Georgia…

—Tranquilo, mis jefes ya me han dado la charla del acoso. No puedo acosar sexualmente a ningún concursante. Al menos, no hasta que termine la primera temporada.

—Estás haciendo que me ruborice.

—Lo sé. Este coqueteo es escandaloso. ¿Y qué tal la granja?

—Un poco decadente. Voy a acercarme a saludar a Lucy.

—Seguidle, seguidle, seguidle. Por fin habrá salseo.

Spaghetti western



Daniel

—Lucy.

—Daniel.

El viento no silbaba a nuestro alrededor, aunque hubiera sido lo adecuado dada la frialdad de nuestro saludo. Mucho me temo que John Fitzgerald y Nikita eran más amigos que nosotros, incluso en octubre de 1962.

Le eché una mirada de arriba abajo y tuve que contener una sonrisa.

—¿Puedo preguntar de qué vas vestida?

—De granjera. ¿Y tú? No me lo digas, a ver si lo adivino. —Ella también me echó a mí una mirada de arriba abajo, después de lo cual curvó los labios en una sonrisita dulce—. ¿De gilipollas?

Hice una mueca por debajo de las gafas de sol.

—Siempre tan encantadora. Me alegro de verte.

—Así soy yo, Danny. Vete acostumbrando porque te esperan unos meses duros. Y yo no me alegro en absoluto de verte a ti.

—¿No habíamos acordado ya que nunca me llamarías Danny?

—Eso lo dijiste tú. Yo nunca di me consentimiento.

Negué con resignación. Qué tres meses me esperaban.

—Así que esta es nuestra granja —cambié de tema mientras los dos inspeccionábamos la casa principal con la mirada.

—*See*.

Evalué la propiedad entera con atención, para hacerme una idea de dónde nos habíamos metido.

—Parece el escenario de un crimen.

—¡Gracias! Eso mismo he dicho yo.

Contuve otra sonrisa.

—Menudo desafío convertir este sitio en una granja de verdad.

—Hum. ¿Es lo que tenemos que hacer? Anda. Cuántas maletas traes, ¿no? ¿Qué llevas ahí dentro, loción crece-pelo?

Crucé los brazos sobre el pecho con absoluta despreocupación.

—Lucinda, ¿por qué no me haces un favor y te vas a escribir otro libro sobre el orgasmo femenino?

No iba a quedarme atrás. Yo también podía ser un capullo si se me buscaban las cosquillas.

Se volvió hacia mí con una de sus sonrisitas punzantes. Me giré, mi sonrisa igual de afilada que la suya. Depredador contra depredador.

Mis pupilas se encogieron detrás de los lentes negros de mis RayBan.

Las suyas hicieron lo mismo, escondidas tras los cristales ahumados de sus gafas Chanel.

Arqueé una ceja, como si la estuviera retando a un duelo silencioso.

Ella arqueó otra.

El aire vibraba, cargado de tensión. Yo no estaba dispuesto a aceptar un empate técnico. Ella tampoco.

Seguro que los espectadores se preguntaban qué iba a suceder a continuación. ¿Íbamos a pelearlos o a enrollarnos? Porque, francamente, estábamos muy cerca el uno del otro. Mi pecho casi rozaba el suyo. El gato de Schrödinger estaba vivo y muerto al mismo tiempo. Todo era posible.

Sus labios se torcieron un milímetro o dos, el esbozo de una sonrisa provocativa.

Mi atención se desvió por un segundo hacia su boca. No fue más que una leve debilidad. Un pequeño lapsus. El pestañeo de una duda.

Ella, por el contrario, no titubeó. Siguió apuntándome con su mirada láser, digna de una película western; fija, calculadora, claro indicio de que no debía atreverme a mover un dedo. Estaba a punto de disparar, una frase, una patada en los huevos. A saber. Lucy era imprevisible.

—Verás, Danny —empezó con dulzura—. Lo haría, si supiera algo del tema. Pero resulta que los finjo siempre.

La mejor forma de joder a un hombre con el que te has acostado. Había que reconocerle ese mérito.

—Auch. Ha sido la patada en los huevos más dolorosa de la historia.

Su sonrisa era una mezcla perfecta entre la dulzura y lo hiriente.

¡¿Qué está pasando en Montana?!



En directo desde los estudios de *Granjeros*

Georgia

Las cámaras captaron un primer plano de Daniel, que, compungido, negaba una y otra vez con la cabeza.

Estaba muy decepcionado, el pobre. Y más atractivo que nunca, con el ceño fruncido, los brazos en jarras y unas venas marcadas bajo las mangas dobladas de la camisa. Qué ganas de que terminara la primera temporada para poder invitarlo a cenar.

—Daniel. Explícame ese *auch*.

Siguió negando.

—Bueno, Georgia. —Durante la deliberada pausa que hizo para aclararse las ideas, sus ojos se clavaron en los míos a través de la pantalla, lo cual inyectó dramatismo al momento y nos hizo estremecernos a todas las espectadoras heterosexuales. Aquel hombre tenía una mirada de lo más hipnótica—. Sabéis que ella y yo … intimamos, ¿verdad?

—Oh.Dios.Mío. Y juro que no pretendo imitar a Janice de *Friends*. Es que estoy en estado de shock. ¿Lucy? ¿Es eso cierto? ¿Te has acostado con tu archienemigo?

«Suertuda…»

Las cámaras enfocaron a Lucy en la lejanía. Su estilo mezclaba lo rústico con lo elegante, aunque no me pareció demasiado adecuado para lucirlo en una granja. Llevaba una falda vaquera midi que le ceñía la figura con gracia, camisa de cuadros en tonos mostaza y blanco anudada en la cintura, cinta de pelo amarilla a modo de complemento y botas altas, marrones, conjunto que la hacía parecer más bien una pija de Park Avenue posando para una revista de moda campestre.

Vale, era sexy con esas ondas marrones despeinadas por el viento y su pose despreocupada. Y era joven. Y tenía buenos pómulos. Y buenos labios…

Pero él era increíblemente delicioso. ¡Era injusto que ella lo hubiera catado antes que yo!

—Acercaros. Quiero su versión.

—¡Ah, venga ya! —se quejó la chica que lo tenía todo cuando los técnicos de sonido le pusieron el micrófono delante—. ¿En serio? ¿Vamos a hablar del incidente ahora? ¡Si ni siquiera hemos visto el interior de la casa de los horrores todavía!

—Lo siento, pero es que esta revelación es muy fuerte. Nadie se lo esperaba. ¡¿Sexo?!

Deberíais ver las redes sociales ahora mismo. Están que arden. Los fans demandan explicaciones. *Tigresa82* quiere saber qué tal es Daniel en la cama. Esa soy yo, por cierto.

Lucy hizo una mueca.

—Está bien, os lo contaré yo brevemente porque la prosa de Daniel es recargada, llena de florituras, y si tuviera que relataros él la historia, no acabaríamos nunca.

—Gracias por eso, Lucy —oímos la voz seca del aludido en alguna parte detrás de las cámaras.

—Ya no tienes la palabra, *Daniel*. Las cámaras me enfocan a mí. Verás, Georgia, y queridos espectadores. Hola a todos, por cierto. Resulta que conocí a Daniel el cabrón en una boda. Nos acostamos. Nada del otro mundo. Un polvo más bien mediocre.

Dios, esperaba que no. Pensaba invitar a cenar a ese hombre, y todo Los Ángeles sabía que para mí *cenar* significaba otra cosa.

—No es así como lo recuerdo yo, *Luce*.

—Eso es porque fingí descaradamente, Georgia. No estoy orgullosa. ¡Y tú deja ya de acaparar plano! El caso es que él se marchó en mitad de la noche con la excusa que ponen todos: voy a comprar tabaco, nena. Para sorpresa de nadie, jamás volvió.

—Oh.Dios.Mío. Sí que soy Janice —dije a la cámara de la izquierda, antes de volver a mirar la que tenía delante—. ¿Daniel? ¿Algo que añadir al relato?

Apareció en pantalla de inmediato, ya que todos los objetivos lo enfocaban. Había que admitir que el chisme era suculento.

—¿Para qué? Ella lo tiene todo muy claro.

—Como el agua. Evidentemente, que me abandonara en aquel motel COMO A UN PERRO…

—Oh, Dios mío…

¿Qué habíamos hecho? ¿De quién había sido la idea de juntarlos? Porque lo del sorteo, evidentemente, no pasó. Alguien, un iluminado de la cadena, decidió que esos dos concursantes daban juego y que era mejor ponerlos juntos. Bajo el mismo techo. ¡HABÍAN TENIDO SEXO, POR EL AMOR DE DIOS! ¿Quién me aseguraba a mí que no volverían a tenerlo? ¿Que el canario del tío bueno no volvería a entrar en la jaula de la pija sexy? Porque, antes, cuando se habían enfrentado en su guerra de miradas, la energía entre ellos era tan tremenda que nos había puesto cachondos a todos.

—No me afectó en absoluto —oí de pasada a Lucy mientras trataba de calmarme, de decirme a mí misma que él lo había superado y que por supuesto que cenaría conmigo porque yo era Georgia Heller y los hombres nunca me decían que no—. Pufff. Y a mí, ¿qué? Me había olvidado *por completo* de su execrable existencia. Pero por algún motivo su editorial se fusionó con la mía y… Demeter, el año pasado, me aseguró que clavarle un lápiz en alguna parte se iba a considerar agresión. ¿Os lo podéis creer?

—No, te aseguro que yo no puedo creerme nada de esto —conseguí decir, pálida como un espectro, lo cual no le sentaba nada bien a una mujer de cuarenta y dos años, por mucho ácido hialurónico que le pusieran en la cara.

—Pero, en fin, ahora estamos grabando este *reality show*, vamos a compartir casa, seremos un equipo y… juro solemnemente que jamás fantasearé con dejar el rastillo bocarriba para que lo pise de forma accidental y se haga un chinchón en la frente. A mí no se me pasaría algo así por la cabeza. Os prometo que soy muy civilizada.

—Ah, de civilizada nada. Tendríais que haber visto cómo se puso en la Feria del Libro del año pasado. Está resentida. Me odia a muerte. Puede que me asesine esta noche mientras

duermo. Si mañana aparezco tieso, ha sido ella. Detenedla.

—Ja ja ja. Por favor. ¿Se puede ser más presumido? El odio es lo opuesto al amor, y como yo nunca quise a este ser, Georgia, me resulta indiferente ahora. Es una mota de polvo en este infinito universo. Soy muy fan del budismo y de dejarlo todo en manos del karma.

—La dejé muy tocada, es evidente. Todavía le gusto.

—A la mierda el karma. ¿Pasa algo si lo estrangulo un momentito? Estamos en horario infantil todavía, ¿verdad? ¿Por qué no nos vamos a publicidad? Yo creo que es un momento excelente para anunciar colonias. Ahora volvemos. En serio, solo serán tres minutos. No cambien de canal.

—Ay, estate quieta. Si no tienes fuerza para estrangularme.

—Ah, ¿no? ¿Qué te apuestas? Ven aquí. Muy bien, pegaré brincos, pero te aseguro que te estrangularé, aunque sea lo último que haga.

Me quedé horrorizada al verlos forcejear como niños.

—¡Corten, corten, corten! ¿Qué está pasando en Montana y por qué se están estrangulando mis concursantes? El programa lleva en el aire solo veinte minutos, por el amor de Dios. Me va a salir una ulcera. Será mejor que contactemos con la granja Old Creek. Espero que ahí nadie esté estrangulando a nadie.

En directo desde la granja Old Creek

—¡Por la sangre de Cristo, sal de esta casa, espíritu maligno! —estaba ordenando a gritos Enzo cuando conseguimos conectar con ellos en directo.

Me desplomé en mi sillón. ¿Por qué no les habíamos hecho un test psicológico a los participantes antes de escogerlos para el programa? Preguntas básicas, del tipo: ¿ha intentado usted alguna vez exorcizar el rúter, que era justo lo que Adriana parecía estar haciendo en aquel momento?, sospecha que se convirtió en certeza cuando dijo:

—Por la sangre de Cristo, y por el santo wifi, que se arreglen todos los problemas de conexión de esta casa para que podamos ver Netflix tranquilos y, si no es mucha molestia, abrir las aplicaciones de Tinder, Grindr en el caso de Enzo.

Surrealista.

—Esto… ¿chicos?

—¡NO INTERFIERAS, GEORGIA! —me frenó el padre Enzo, que apuntó a la cámara con la ramita de perejil que no dejaban de blandir como posesos por toda la casa—. Estamos en pleno exorcismo.

—Ya lo veo, ya. Pero… ¿por qué? Si tenéis problemas de conexión, podemos mandaros a un técnico.

—Eso haría un *amateur*, querida. Nosotros hemos visto cosas.

—Hemos *oído* cosas —lo respaldó Adriana, que también hizo una pausa dramática y miró alrededor con gesto de sospecha—. Ruidos en el desván. Es un espíritu.

—O ratas —alegué yo.

Los dos retrocedieron con idénticas expresiones de espanto.

—Casi mejor que sea un espíritu —declaró Enzo, sin la intensidad dramática de antes.

—Estoy de acuerdo. Liberaremos estos muros de las fuerzas oscuras que los oprimen. Sobre todo, las fuerzas que están chupando el ancho de banda.

Miré a la cámara, levanté una ceja y dije:

—Esperemos que el seguro cubra los daños por actividad paranormal. Por cierto, ¿de dónde habéis sacado el perejil?

—Del jardín —me respondió Adriana—, pero creíamos que era albahaca…

Arqueé de nuevo mi ceja izquierda. En la derecha se habían pasado con el Botox y no tenía movilidad.

—Bienvenidos a *Granjeros* —dije girándome hacía otra cámara para conseguir un mejor primer plano—, el *reality show* que lo va a petar.

—Y… ¡fuera! —gritó el moderador en mi oído.

Me deshice en un suspiro. Esos locos iban a acabar con mi cordura, pero al menos el programa se convertiría en leyenda. Cosecharíamos millones de visitas en la plataforma en la que trasmitíamos en directo, 24/7, todo lo que pasaba en las granjas de Montana. Y, cuando esto acabara, yo me follaría a Daniel Finn y sería un polvo memorable. No aceptaba otra posibilidad.

—¡Quitadme ya todos estos micros! —me impacienté. Estaba deseando llegar a casa, servirme una copa generosa de vino y conectarme a la plataforma para espiar a mi queridísimo Daniel, que tarde o temprano se quitaría la camisa y entonces podría saber si tenía o no tableta. Había apostado con mis amigas que sí. Aunque ellas también…

—Georgia —me interceptó mi jefe cuando ya me estaba yendo—. La gran Georgia. Ha sido increíble. Un gran debut. Vamos a arrasar. ¿De verdad que no estaban siguiendo ningún guion?

—Qué va. La realidad supera la ficción, Charlie.

—Jefa, ¿has visto los hilos de Instagram?

Me volví hacia mi ayudante, exasperada, porque iba a perderme el momento *striptease* de Daniel como siguieran reteniéndome en el plató.

—Los veré en casa. Perdona, Caroline, pero tengo mucha prisa. Charles. Un placer charlar contigo, como siempre.

Este dobló los dedos para formar un corazón.

—Soy tu mayor fan, Georgia.

—Querido, ponte a la cola.

Le lancé un beso, era mi cuarto marido, al fin y al cabo, y salí por patas, antes de que nadie más me interceptara.

Reparto de habitaciones



Daniel

Entramos en el interior de la casa después de discutir y empujarnos en la puerta.

Según mi compañera, yo no estaba girando bien la llave dentro de la cerradura, lo cual es ridículo porque solo hay una forma de girarla.

Con Lucy, cualquier tontería era susceptible de convertirse en munición para una pelea y, al parecer, mi habilidad a la hora de abrir puertas era incorrecta.

Me arrebató las llaves de la mano, abrió ella misma y se jactó como si acabara de vencerme en una competición mundial de cerrajería.

—¿Lo ves? Ya estamos dentro.

—Sí. No sé qué hubiera hecho sin tu heroica ayuda.

Me lanzó una de esas miradas suyas que harían retroceder a una manada de lobos hambrientos, y yo sonreí con la satisfacción de quien ha encontrado una forma de fastidiar al otro.

Era nuestra dinámica habitual: ella lanzaba un golpe, yo lo devolvía, y el ciclo seguía, un continuo toma y daca. Casi reconfortante.

Casi.

Lucy y yo éramos una especie de tempestad en movimiento. Cada mirada que nos echábamos, cada choque, era pura electricidad, chispas agrupadas en la atmosfera, aguardando el momento oportuno para estallar en un rayo. Tenía algo de erótico, hacedme caso.

Eché un vistazo a mi alrededor y constaté que por dentro la casa no estaba tan mal como por fuera. En el aire flotaba un aroma a madera envejecida que me resultó acogedor. Había un sofá y dos butacas, mantas tejidas y una chimenea. Si tuviera que definirlo, usaría la palabra pintoresco.

El techo era alto y las vigas de madera le daban un aspecto tan rústico que, por un segundo, me olvidé de que estaba ahí atrapado con Lucy e imaginé que había alquilado la casa en Airbnb con la intención de aislarme del mundo para concentrarme en mi próxima novela.

Solo fue un segundo, porque entonces ella empezó a hablar.

—¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote o piensas hacer algo útil?

—Estoy considerando mis opciones. Por ahora, observar cómo te peleas con tus maletas me parece muy entretenido.

No me resistí a lanzarle una sonrisa descarada que ella, por supuesto, no me devolvió.

—Mientras lo hagas en silencio… —dijo, resignada, con ese tono que dejaba claro que me

consideraba una causa perdida.

—Oh, cariño, yo no lo hago en silencio y tú lo sabes bien.

A veces sospechaba que tenía alguna especie de vena autodestructiva porque, cada vez que Lucy se metía conmigo, mi impulso era pincharla. Como si recibir miradas fulminantes por su parte fuera mi forma favorita de pasar el tiempo.

Al soltarle esta nueva perlita, se detuvo en seco y se tomó unos segundos para procesar lo que acababa de escuchar.

Luego, se giró sobre los talones, me miró fríamente a los ojos y soltó un bufido que sonó a pura incredulidad.

Gracias a Dios, sus ojos no eran rifles porque, de lo contrario, a esas alturas me encontraría en el suelo, abatido como el pobre Billy Clanton en el O.K. Corral, el tiroteo más famoso del Viejo Oeste.

—¿De verdad? ¿De verdad acabas de decir eso?

—*Sip*. Y puedo repetirlo si quieres.

Le lancé una sonrisa ladina, disfrutando del brillo de indignación que crecía en sus ojos.

Respiró hondo, probablemente contando hasta diez en su cabeza, y volvió a atravesarme con la mirada, en cuyo interior ardía la furia más intensa que había visto nunca.

—Eres un cerdo, Daniel. Un cerdo insufrible, arrogante y creído, para ser exactos. —Se acercó a mí y por un momento pensé que iba a abofetearme, pero se quedó muy quieta, a escasos centímetros de mí, su pecho casi rozando el mío—. Te crees gracioso, pero, en realidad… No, no voy a perder el tiempo peleándome contigo.

—¿Por qué? Te encantan estos preliminares. —Me incliné sobre ella y sonreí hacia mis adentros al ver cómo se le encendían las mejillas—. Buscas cualquier excusa para pelearte conmigo porque te pone. Ahora mismo, por ejemplo. Esto —dije, señalándole con los dedos la escasa distancia entre nosotros— te excita.

—¿Sabes qué, Danny? —repuso, con una calma más peligrosa que cualquier grito—. Puede que estés convencido de que eres irresistible para las mujeres, pero permíteme que te aclare algo. No eres tan encantador como crees, y a mí me dejas fría, *colega*.

—Eres una mentirosa patológica —murmuré, mirándole los labios hipnotizado, como si me dispusiera a besarla en cualquier momento.

Al concentrarme en esa parte de su fisionomía, vi que esbozaba una sonrisa que se debatía entre la burla y la provocación. Estábamos tensando la cuerda para ver quién cedía primero.

Por mi parte, no tenía ninguna intención de hacerlo. Ella tampoco porque, aunque nunca lo admitiría, nuestra dinámica tormentosa la divertía tanto como a mí.

—Y tú eres tan… —Me miró con una mezcla de frustración y algo más, algo que no fui capaz de entender—. No, no voy a decirlo. A ver si lo adivinas tú solito.

Se dio la vuelta y, con pasos rápidos y decididos, se alejó por el pasillo, dejando detrás de sí el sutil aroma de su perfume.

La seguí con la mirada por la escalera, sintiendo una punzada extraña en el pecho.

No pude evitar sonreír cuando desapareció de mi campo visual.

Por más que me gritara, por más que me provocara, iba a quedarse y la idea me gustaba. Afrontar el *reality* sin que sus ojos marrones me fulminaran como si pretendieran que desapareciera de la faz de la Tierra no era un pensamiento agradable.

Sin duda, tenía una vena autodestructiva. Prefería pelearme con ella a no tenerla cerca.

*****

—Hay dos habitaciones —me informó cuando subí tras ella para inspeccionar la primera planta de la granja—. Me he quedado la grande.

—Qué amable por tu parte dejarme elegir. Ah, espera, que no lo has hecho.

A decir verdad, me importaba bien poco la habitación. Si no dejaba de chincharla era porque había algo en la forma en la que me atravesaba con la mirada que me hacía desear llevarle la contraria todo el rato. La rabia es pasión.

—Daniel, ¿podrías no hacer un drama de todo?

—Perdona, pero a ti te toca la suite *luna de miel* y a mí me acomodas en el armario de las escobas, como si fuera el puto Harry Potter. ¿Cómo esperas que me lo tome? Mira tu habitación, cama con dosel, vistas preciosas al campo, las colinas verdes extendiéndose hasta donde alcanza la vista, el sol otoñal, que lo tiñe todo de dorado aquí dentro…

—No te pongas en plan escritorillo cursi conmigo. Y deja de lloriquear. Te ha tocado la habitación con vistas al granero.

—Perfecto, siempre he querido ver cómo copulan las ratas por la noche.

A Lucy se le escapó una carcajada y durante unos segundos se quedó mirándome, su expresión atrapada entre la diversión, la nostalgia y algo que no sabría cómo definir.

Luego contrajo el rostro y resopló como si necesitara empujar algún pensamiento molesto fuera de su cabeza.

—Pues es lo que hay. Sé un caballero y acéptalo de una vez.

—Apelar a la caballerosidad de un hombre no es muy feminista por tu parte, que lo sepas.

—¿Y esto? —Me sacó el dedo.

—Eso es grosero.

—¿Y esto? —Me sacó dos dedos.

—Eso demuestra lo inmadura que eres —respondí sin alterarme, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Suspiró y puso los ojos en blanco mientras negaba exasperada. Reprimí una sonrisa. La tenía donde quería. Cuando se le agotaban las respuestas sarcásticas, el juego era mío.

Conozcamos a la competencia



Lucy

Me los quedé mirando a todos, preguntándome ¿cuál de vosotros cabrones vais a joderme?

Estaban todos ahí. Rita, glamurosa como una estrella de Hollywood, besando al chihuahua en el hocico. Richard, el típico hombre atractivo y seguro de sí mismo que sueles ver en anuncios de ropa para caballeros. Elijah, sumiso y cabizbajo, sin relacionarse con nadie. Ashley, su mujer, retocándose el pintalabios rojo en un espejito compacto…

(Los ojos de esta última se clavaron en mí al entrar y fui recorrida por un escalofrío porque pensé que parecía la típica arpía que sonríe dulcemente mientras te arranca la cabeza. Mi melodramático subconsciente empezó a tararear la canción *Tear you Apart*, del grupo *She Wants Revenge*).

Y luego le teníamos a él, Daniel Finn, sentado en la barra con aura de chico malo que ha roto demasiados corazones y le da igual. Era el único que no sonreía ni fingía interés.

Me lanzó una mirada perezosa, como si todo aquello lo aburriera, aunque tuve la sensación de que en realidad estaba absorbiendo cada detalle.

La organización había dispuesto una especie de fiesta de bienvenida en el bar del pueblo para que los concursantes pudiéramos interactuar en un ambiente social. Querían darnos la oportunidad de conocernos los unos a los otros. Quizá para poder cooperar a posteriori con Hércules Poirot en su investigación criminal cuando uno de nosotros apareciera muerto en condiciones inciertas, lo cual parecía muy probable.

—Somos los últimos en llegar —me susurró Adriana, que todavía no había renunciado a su look de tía chunga. Llevaba vaqueros negros, de corte pitillo, y, por debajo de la chupa de cuero, una camiseta sin mangas con el retrato de Tupac y un escote tan generoso que se encargaría de *endurecer* a la gente aguerrida del campo. Jijijiji.

Me di cuenta en ese punto de que la idea de que endureciera también a Daniel me disgustaba y entonces le subí un poco la camiseta como una madre puritana.

No nos volvamos locos, lo hice porque ver a mi mejor amiga con mi exligue no era un plato de fácil digestión.

Una frase para ti, Lucy: nunca se irá del todo, no mientras haya quien le guarde celos.

Vale, la adapté a mis necesidades. Harry Potter decía lealtad.

—¿Qué más te da? —le dijo Enzo, que todavía parecía heterosexual—. Eres la zorra de Medellín. Mejor que hagas tu entrada triunfal.

Daniel se levantó de la barra y echó a andar hacia nosotros con dos copas en la mano.

—Un zoológico de lo más elegante —me puso en antecedentes mientras me ofrecía una de las bebidas.

La otra se la dio a Adriana. Como ella la aceptó agradecida, decidí seguir su ejemplo y no rebelarme por una vez. No quería darle motivos a Daniel para que ligara con *Jenny from the block.*

—No conozco a los rubitos —le susurró Enzo en confianza. Vale que él fuera Daniel el cabrón. Dexter Morgan. ¡Lord Voldemort! Pero ahí dentro era uno de los nuestros. Los demás planeaban aplastarnos sin despeinarse.

—Son la pareja perfecta —le respondió Daniel a Enzo en susurros—. Y por ahí vienen.

—Hola, chicos. ¿Cómo estáis? Soy Ashley.

La de los morros rojos nos besó a todos en las mejillas y juro que los besos de Judas eran más honestos.

—Este es mi marido, Elijah —continuó la rubia que, a juzgar por la camiseta que lucía, con el eslogan: *¡mi país es el mejor y punto!,* parecía tener las opiniones tan bien delineadas como las cejas.

A su lado, Elijah asintió con una sonrisa forzada, casi mecánica.

—Encantado. —Él nos dio la mano a todos.

—Lucy. Mucho gusto.

—Cielos. —Ashley retrocedió, casi contrariada—. Eres la escritora de novela erótica.

—Nop. Esa soy yo. —Adriana, sonriente, sacó pecho—. Lucy tiene un dos sobre cinco en picante.

—¿Hay un ranking para puntuar lo picante en una novela? —se sorprendió la mujer.

—Sí. A los lectores les gusta saber qué van a encontrarse dentro de sus páginas.

—Vaya. —Ashley arrugó ligeramente la nariz, como si acabara de percibir un olor muy desagradable—. Perdona, cielo, ¿tú de dónde eres?

—De Florida. —A mi amiga se le debió de olvidar que era la zorra de Medellín. Ashley y aquella sonrisa que no alcanzaba sus ojos la debieron de poner nerviosa.

—Lo preguntaba porque tienes un acento… peculiar —dejó caer las palabras como quien arroja un pañuelo sucio— y hoy en día una ya no sabe quién es de aquí y quién no. ¿De qué parte de Florida?

Me recordaba a Lucius Malfoy.

—Miami.

—Ah, claro. Eso está lleno de cubanos. Las cárceles deben de ser un espectáculo en Miami, con tanta inmigración que hay en esa ciudad.

Elijah agachó la cabeza. Tuve la impresión de que su mujer le daba vergüenza ajena.

—Ya he oído bastante. —Daniel se marchó, negándose a ser partícipe del discurso xenófobo de Ashley.

Ahí se ganó un punto, lo admito.

—¿Y tú? —Ashley le sonrió a Enzo.

—Yo soy de Nueva York.

Como este no había mencionado su apellido y no tenía un *acento peculiar* porque su familia había llegado a Nueva York en 1914 huyendo de la Gran Guerra, Ashley se quedó más tranquila. La sonrisa casi le llegó a los ojos. Hasta que Enzo añadió:

—Y soy súper gay.

La inesperada salida del armario de mi amigo consiguió que la sonrisa de Ashley cayera al

suelo.

—En nuestra parroquia podrían ayudarte con eso.

Elijah se puso rojo, rojísimo.

—Ashley, por favor, para —gruñó por lo bajo.

—Ay, calla, cielo. A lo mejor quiere curarse, el pobre. Espera. Te daré la tarjeta de nuestro pastor.

—Ya hemos oído bastante —me indigné yo, llevándome a mis amigos de ahí de inmediato—. ¡Esa rubia es una arpía! —exclamé mientras me sentaba en la barra al lado de Daniel.

Este, al escucharme quejarme, sonrió de lado. Se había pedido un whisky y parecía disfrutarlo a solas, sin necesidad de que le hicieran compañía.

Giró el vaso lentamente entre los dedos, dejando que el líquido ámbar atrapara la luz antes de llevárselo a los labios, y luego se acomodó en la silla para estar cara a cara con nosotros.

—No le hagáis ni caso —nos dijo—. Solo refleja una parte de la sociedad. No todo el mundo piensa como ella.

Mis amigos asintieron.

Miré a Enzo.

—¿Qué fue del *no quiero ser la Rosa Parks del movimiento LGTBI*?

—Me pudo la indignación. Esa es una *zorri*.

Daniel volvió a sonreír de lado.

—Una buena forma de describirla. Venga, os invito a una copa.

Lo evalué con desconfianza.

—¿Y tú por qué estás tan simpático de repente? ¿Ya no te molesta ver copular a las ratas durante tres meses?

Se rio y su risa, suave y masculina, me resultó agradable.

—Verás. Ahí está mi exmujer. Y ahí está mi examigo, el que se tiró a mi mujer. Y luego está mi experro pedorro y, por supuesto, los de la supremacía blanca. Es evidente. Sois mis únicos amigos aquí.

Enzo y Adriana rieron entre dientes.

—Pues es simpático —me susurró Adriana.

—Sí, yo también lo pensaba antes de que me abandonara en un motel… —respondí, también en susurros.

Daniel asintió con fastidio.

—¿Qué vais a tomar?

—Yo quiero un whisky —respondió Enzo, soltando un suspiro exagerado—. Lo necesito. Esa casi me exorciza.

—Yo quiero lo que sea que llevara la copa que nos diste antes a Lucy y a mí. Estaba buenísimo.

—Era un *Old Fashioned*.

—Mira, como tú —me burlé yo.

Daniel me puso mala cara, pero era evidente que le había hecho gracia mi comentario.

—Ay, enterrad el hacha por una noche, chicos —se quejó Adriana—. Estamos rodeados de hienas. Hagamos piña.

—Yo no sé si puedo hacer piña con este.

—Tómate otro *Old Fashioned*, a ver si así lo consigues. Borracha es más maleable.

Le saqué la lengua a Enzo. Daniel esbozó una sonrisa traviesa mientras levantaba la mano para llamar al camarero.

—¿Tú por qué te apuntaste a esta locura? —lo interrogó Adriana, cuando los cuatro teníamos una copa en la mano—. A ella la obligó Demeter, nosotros lo hicimos para acompañarla… Pero, tú… Fíjate, no se me ocurre ningún motivo que justifique tu presencia aquí. Eres rico, tienes éxito, no eres sociable y, tío, no pareces en absoluto fan de las redes sociales ni de todo ese rollito zeta de la fama digital. No creo que lo hayas hecho para ganar seguidores en Facebook. Así que… ¿qué demonios haces aquí?

La oferta que no pude rechazar



Daniel

La pregunta de Adriana me presentó un dilema moral. Decir o no decir la verdad.

¿Por qué estaba yo ahí?

Admito que mi presencia en el programa no tenía demasiado sentido.

Al principio, me negué, como era de esperar. Le dije a Demeter que era una gilipollez. ¿Un *reality*? ¿Yo? Ni hablar. No tenía tiempo que perder con tonterías.

Pero ella jugó bien sus cartas. Dijo la palabra clave: *Lucy*. Lucy irá.

Y claro, de repente la idea dejó de parecerme tan ridícula. Su nombre bastó para hacerme cambiar de opinión.

No esperaba que fuera mi compañera de granja, aunque admito que fue un buen aliciente. Tampoco tenía la esperanza de que lo nuestro llegara más allá de un par de miradas furtivas por mi parte y pullitas hirientes por la suya.

Solo quería… estar.

Mientras sopesaba la respuesta, miré a Lucy de reojo y me di cuenta de que no podía admitir la verdad. Como diría el coronel Nathan R. Jessup: *no puedes manejar la verdad*. Así que improvisé una respuesta.

—Ya sabes, la promesa de aventuras, el desafío que supone la granja, un cambio de aires…

Los amigos de Lucy me observaron en silencio. Tuve la sensación de que no había conseguido engañarlos. Los dos me miraron como si supieran que la verdadera razón estaba justo ahí, degustando su *Old Fashioned.*

—Yo para eso me voy a la Polinesia —comentó Enzo con un tono que dejaba entrever su entusiasmo por la idea de unas vacaciones exóticas.

—Yu-hu.

Entorné los párpados al oír la voz cantarina de Rita a mis espaldas.

—Chicos —volvió a decir, esta vez dentro de mi campo visual—, sabéis que esta reunión va de juntarnos para conocernos mejor, no de formar dos grupitos como si esto fuera el instituto, ¿verdad?

—Yo tengo una orden de alejamiento. No puedo estar cerca de ti.

Rita sonrió y, como de costumbre, su sonrisa era una trampa bien disimulada. Si alguien podía hacer que un apuñalamiento resultara un acto de misericordia, esa era mi ex mujer.

—La retiré —me respondió con una dulzura que hizo que se me revolviera el whisky que acababa de ingerir.

—Me da igual. Me la impongo a mí mismo.

—No seas gruñón. Hagamos las paces. Ya te he perdonado lo del atropello.

—Por enésima vez, fue un accidente.

—Sí, sí, lo has dejado claro. Venga, ven a unirte a nosotros; estamos inmersos en un fascinante debate sobre el impacto de la literatura contemporánea en nuestra percepción de la realidad. Ha surgido el nombre de tu favorito, Murakami. Estoy convencida de que será una conversación muy estimulante para ti.

Con eso, pretendía insinuar que mis nuevos amigos no alcanzaban el nivel de los viejos.

Rita sabía exactamente cómo irritarme y, lo peor, se divertía mucho mientras lo hacía. Sospechaba que se había apuntado al programa solo porque su verdadero placer consistía en incordiarme, lo cual era absurdo porque la que había provocado nuestra ruptura era ella.

—Paso.

—Tú mismo. Si prefieres quedarte en la superficie, sin pasar de la primera capa de la literatura…

—Rita, ¿por qué sigues aquí? ¿No tienes a nadie más a quien torturar?

Se inclinó sobre mí, desafiando cualquier concepto de espacio personal, su perfume, caro y sofisticado, envolviendo el aire entre nosotros.

Sus labios rojos se acercaron a mi oído para que su voz fuera un ronroneo seductor.

—Cielo, si quisiera torturarte, ya estarías gritando tu palabra de seguridad.

Me obligué a sonreír mientras retrocedía y la ensartaba con la mirada.

—Será mejor que te busques otro juguete. La conversación que mantenemos aquí los cuatro me resulta muy estimulante.

—Francamente, lo dudo. Pero si prefieres un simple plato de pasta a una cena de gala…

—No me gustan las cenas de gala. Nunca sirven macarrones con queso, y son mis favoritos.

Mi comentario dibujó una sonrisa de fastidio en los labios de mi ex.

—Por cosas así fracasó nuestro matrimonio.

—¿En serio? Yo creía que había sido porque te tiraste a mi mejor amigo.

Rita hizo grandes esfuerzos por mantener una expresión serena. En lugar de chillarme, que es lo que le hubiera encantado hacer, volvió a sonreír, aquel gesto suyo que era una afilada cuchilla oculta en una fina capa de terciopelo.

—Te dejo para que disfrutes de tus vulgares macarrones.

Asentí con fastidio.

—Esa también es una *zorri*. —Enzo suspiró aliviado cuando Rita se llevó de vuelta su veneno a la otra esquina del bar—. ¿Qué le veías?

Alcé el vaso hacia mis labios, saboreando la intensidad del whisky, y luego me volví hacia él para decirle:

—Supongo que las mismas cosas que me irritan ahora. Suele pasar. Al final de una relación, lo que más te gustaba de esa persona acaba siendo lo que más te repugna.

Todos rieron ante mi comentario, menos Lucy, cuyos ojos se mantuvieron fijos en los míos. Era la primera vez que ella y yo nos encontrábamos en un ambiente distendido, en la barra de un bar, y su seriedad me descolocaba. No dejaba de atravesarme con la mirada, lo cual me estaba poniendo un poco nervioso. ¿Por qué no me lanzaba pullas?

—¿Qué? —la abordé, tratando de sonar ligero.

No respondió de inmediato.

Sin apartar la mirada de la mía, tomó un sorbo de su bebida y luego depositó el vaso sobre la barra con calculada lentitud.

—Nada. Solo me preguntaba si detrás de esta fachada tuya, ya sabes, las bromitas, el whisky, el *a mí todo me la suda*, se oculta un tío al que le han roto el corazón. ¿La querías?

Su tono era suave y, por una vez, cercano. Casi como si fuéramos amigos.

—¡Lucy! —se indignó Adriana—. Eso no se pregunta.

—Ya lo sé. ¿La querías? —insistió por segunda vez.

Contuve una sonrisa de fastidio.

Por un momento, el ruido del bar se convirtió en una cacofonía indistinta. Solo estaba ella y aquellos ojos oscuros que me atrapaban.

—¿Por qué quieres saberlo?

No apartó la vista y, según morían los segundos, lentamente, un pequeño rastro de sonrisa apareció en sus labios.

—Por nada. Solo intento adivinar si eres un tío que se hace el fuerte para no admitir que la ruptura todavía le duele, o solo un capullo.

—¡Lucy! —se escandalizó Enzo—. Lo siento. Nuestra Lucinda no está acostumbrada a asistir a eventos sociales sin soltar lo primero que se le pasa por la cabeza. Córtate un poco, ¿no, mi amor?

Lucy no se inmutó ni se disculpó. Quería su respuesta. Tuve la sensación de que el mundo se estaba convirtiendo en un escenario donde solo actuábamos ella y yo. Sus ojos no daban tregua. Nadie me había mirado nunca así, con esa mezcla de curiosidad y franqueza. Me desarmaba.

—Si tuvieras que jugártela, ¿qué dirías que soy? —planteé al final, con la voz más rasposa de lo que pretendía—, ¿un tío con el corazón roto o un capullo?

Lucy sonrió, un gesto leve que, aun así, le suavizó el rostro. No encontré indicios de burla en su sonrisa. Solo estaba intrigada, quería que me quitara la máscara casi tanto como yo deseaba que ella se quitara la suya.

—Quizá un poco de los dos —me respondió tras meditarlo—. Pero me gustaría saber cuál pesa más.

Adriana puso los ojos en blanco y suspiró con dramatismo.

—¿Vas a seguir con el temita, Lucy? Es un bar, no una sesión de psicoterapia.

Alcé el vaso y me tomé el último trago, con la esperanza de que el ardor del whisky me ayudara a encontrar las palabras adecuadas.

—¿Quieres la vedad? Sí, me dolió que se tirara a mi mejor amigo. Más de lo que estoy dispuesto a admitir la mayor parte del tiempo. ¿Contenta?

—Hala, ya estamos todos oficialmente incómodos. —Enzo se apoyó contra el respaldo de la silla con aire desbordado.

Lucy asintió despacio, ignorando a todo el mundo, pendiente solo de mí. Daba la sensación de haber comprendido algo que a sus amigos se les escapaba.

—Gracias por decírmelo —murmuró, con una sinceridad que me permitió entrever por un segundo a la chica del motel, la que era cuando yo la conocí.

—De nada, Luce. ¿Puedo llamarte Luce?

Su expresión se suavizó de nuevo, y vi que sus dientes blancos asomaban por debajo de la risita que soltó. Sabía que la pregunta hacía alusión a nuestra primera noche juntos.

—No, no puedes —me contestó en esta ocasión. La primera vez había dicho que sí.

Cabeceé, divertido, y volví a estudiar la chispa traviesa que acababa de encenderse en sus ojos.

Creo que estábamos coqueteando. Un poco. Sí, me parece que sí.

—Dios mío. No sé vosotros, pero después de esta tensión, yo necesito una copa —declaró Enzo, aliviado de ver que las aguas volvieran a su cauce—. Disculpa, ¿nos pones otra ronda de lo mismo?

—A mí, no —le dije al camarero, después de lo cual me volví hacia Lucy—. Te veré en casa.

Asintió, quizá un poco decepcionada.

—¿Piensas irte andando? —me preguntó Adriana—. El bus del programa no sale hasta las doce. Nosotros hemos venido en coche porque gracias a Lucy la tardona lo hemos perdido a la ida. Se ha pintado la raya del ojo izquierdo por lo menos diez veces.

Sonreí y la miré. Estaba haciendo una mueca.

—Doce. Las conté —aclaró Enzo.

—Pero ahora ha salido perfecta —se defendió Lucy.

—Antes también —rebatió Adriana.

—No, antes no —se empecinó Lucy.

Su amiga puso cara de exasperación.

—Si quieres, puedes volver con nosotros en el coche de Enzo —me dijo—. Si a los demás os parece bien, claro.

Lucy torció los labios en un gesto de indiferencia. Enzo asintió.

—Gracias, sois muy amables, pero me gusta caminar.

—Es de noche. ¿Y si te ataca algún animal?

La pregunta de Enzo me hizo reír entre dientes.

—Tranquilo. Los más peligrosos están en esa esquina. Creo que me las apañaré ahí fuera. Perdona, ¿me cobras las rondas?

—Oh, no hace falta que nos invites a las dos —me frenó Enzo.

—Insisto —le respondí, mirando a Lucy a los ojos. Me observaba de forma diferente desde que había admitido que la traición de Rita me había dolido—. Ahora estamos en el mismo bando.

Entonces, bufó.

—Por favor. Déjate de fantasmadas. Que no te asfixie mientras duermes no implica que seamos amigos.

Sonreí, disfrutando como siempre del tira y afloja.

—No sé de qué serie o película es eso, pero yo también tengo una frase para ti, Luce: *Amantium irae amoris integratio est.*

—Sí que es antiguo —silbó Enzo—. Sabe latín.

Le guiñé un ojo a Lucy, pagué la cuenta y me marché, consciente de que ella me seguía con la mirada. Su atención era como una especie de energía que me acompañaba y, mientras atravesaba la puerta del bar, me sentí extrañamente satisfecho de mí mismo.

Sabía que la había hecho sonreír con mi frase.

*****

Tardó unas dos horas en volver. Yo estaba en la sala de estar, leyendo a la luz de una lámpara un libro al que apenas prestaba atención.

No quería admitir que me había quedado despierto esperando su regreso, como un niño que aguarda la llegada de su padre. Me dije a mí mismo que lo hacía para asegurarme de que llegaba bien a casa, mentira que no me tragué ni por un segundo. Mierda, estaba ahí como un gilipollas porque quería verla, era evidente.

El silencio del campo se extendía a mi alrededor, y cada crujido de la casa me hacía levantar

la vista y ponerme tenso. La expectativa latía en mi pecho con una intensidad imposible de ignorar.

Cuando por fin se abrió la puerta, el pulso me iba a mil.

—Hola —se sorprendió al verme.

—Hola —murmuré, cerrando el libro de Khaled Hosseini, que exploraba el impacto de la guerra en Afganistán, un tema demasiado profundo, dado mi estado de inquietud.

—Sigues despierto —constató mientras colgaba el bolso del respaldo de una silla.

—*Sip*.

Se quitó la chaqueta. La repasé con la mirada de arriba abajo y tragué saliva.

Me pescó mirándola y la vi encoger las pupilas con aire de sospecha.

—¿Por qué tienes cara de culpabilidad? ¿Qué has estado haciendo?, ¿registrando el cajón de mi ropa interior como el pervertido que eres?

Sonreí con fastidio.

—Sí. Y he encontrado todos tus vibradores.

Se echó a reír mientras, sentada en el sofá —yo ocupaba la mecedora—, se quitaba los zapatos de tacón alto.

—Esa ha sido buena, cabronazo.

Me quedé mirándole los tobillos, recordando los sitios exactos en los que la había besado esa noche en el motel.

—¿Qué tal la velada de integración? ¿Te has hecho amiga de alguien?

—*Nop*. Pero les hemos puesto un apodo a Ashley y a su marido.

—¿En serio? ¿Cuál?

—Los amish.

Me reí.

—Tiene sentido. Parecen en contra de todo progreso.

—Sí. Menudas alimañas. Bueno, me voy a la cama —anunció, de pie, descalza delante de mí.

Alcé la mirada hasta encontrar la suya.

—¿Me lo dices porque quieres compañía?

Me puso mala cara y luego me dedicó dos bonitas peinetas. Intenté no reírme, pero acabé haciéndolo.

—Que descanses —le dije, guasón—. Inmadura.

—Disfruta de las vistas al granero —me deseó desde el pasillo—. Capullo.

Me giré hacia la cámara que sabía que tenía detrás y susurré:

—Soy su *crush*.

Redes, arma del Diablo



@kateandcoffee: Jajaja. Creo que tiene razón. A Lucy le gusta Daniel. ¿Os habéis fijado en cómo lo miraba en el bar? Parecían Damon Salvatore y Elena Gilbert en el baile de los fundadores.

@natalie123: ¿Y qué me dices de cómo la mira él? ¡La acaba de escanear con la mirada!

@josh.taylor: Si yo fuera Daniel, iría tras ella. Pero ahí está, tan tranquilo, con su libro. Este no va a comerse una rosca. Se pasará la noche entera viendo copular a las ratas.

@emma.rose: ¡¡Chicos!! ¿Qué es esa figura que se mueve en la oscuridad? ¡Mierda! Se está acercando a la casa de Enzo y Adriana.

@josh.taylor: Será el espíritu que les jode el rúter jajajaja.

@ben_the_fox: Lleva algo en brazos. ¿Qué es?

@kateandcoffee: Oh, Dios mío. Es un gato y… ooohhh, ¡¡lo está dejando en su puerta!!

@emma.rose: A ver si le veis la cara porque pienso denunciar. Abandonar a los animales es ilegal.

@ellie.lee: ¡Es la rubia!

@josh.taylor: ¿La que está buena?

@emma.rose: ¿Cuántas rubias hay?

@josh.taylor: No sé… No me fijé en su pelo.

@kateandcoffee: Pues se está yendo. Muy bonito. Tanto pastor y tanta iglesia, pero bien que deja al pobre animal a su suerte. Cena para los lobos.

@natalie123: Esa me cayó mal desde el principio.

@emma.rose: A mí también. Rita tampoco es santo de mi devoción...

@kateandcoffee: Chicos, deberíamos votar por nuestra pareja favorita. Yo soy *team* Lucy-Daniel. Acabarán juntos.

@ellie.lee: Pero si se estaban estrangulando hace un momentito...

@emma.rose: Pero ya has oído a Daniel: *Amantium irae amoris integratio est.*

@ellie.lee: ¿Y eso qué significa?

@emma.rose: Pues que las discusiones entre enamorados reavivan el amor.

@natalie123: Eso es cierto. Lo mismo me pasaba a mí con mi ex. ¿Cómo es que sabes latín, Emma Rose?

@josh.taylor: Yo tengo una pregunta más importante. ¿Lucy es la morena que está buena o la morena que está buenísima?

@kateandcoffee: Con gente así yo no puedo.

@tigresa82: ¡¡Hola, hola, hola!! ¡¡Ya estoy por aquí!! Mierda, ¿otra vez me he perdido a Daniel sin camiseta? Tengo que dejar de llegar tan tarde a casa. ¿Alguien ha hecho una captura de pantalla? ¿¿Nadie?? Sois lo peor. ¡¡Pero se os quiere!!

Una chica de acción



Lucy

Me desperecé, bostezando, en mi cama con dosel.

Había algo deliciosamente placentero en saber que Daniel, mi Will Wheaton personal, había pasado la noche en una cama individual, estrecha y, si el karma no era una patraña engaña-bobos, con chinches. Me sentí muy descansada.

Suspirando satisfecha, me bajé de la cama, me puse unas mallas y una sudadera descomunal que un tío se había olvidado en mi casa —no recordaba quién, ni cuándo…— y bajé las escaleras con el móvil en la mano, absorta en las notificaciones de Instagram.

Demeter no se equivocaba, mi popularidad se estaba disparando después de solo veinticuatro horas en el programa.

Comprobé mi último libro y vi que asomaba con timidez entre los más vendidos de aquel día. Era un puesto 95 que un año atrás hubiera desdeñado, pero ahora me hacía muy feliz porque era mucho mejor que un puesto 5.435.

La vida me sonreía de nuevo. Ya iba siendo hora de que recuperara mi estrella. El último año había sido muy duro, me sentía como si hubiera perdido la pata de conejo[4].

Por suerte para todos, y con todos me refiero a *moi*, mi vida se estaba encauzando, estaba superando todos los obstáculos y…

Algo sólido, caliente y ligeramente húmedo *obstaculizó* mi camino.

Levanté la mirada del móvil y tragué saliva al comprender qué aquel objeto contra el cual acababa de chocarme era Dexter. En toalla. Recién duchado y más atractivo que la tentación misma.

Ay.Mi.Madre.

Mis ojos viajaron por su esculpido pecho, aún salpicado de gotas de agua, se elevaron por su musculoso, aunque no demasiado, cuello y se detuvieron en los suyos.

—Buenos días, compañera.

Mis labios se entreabrieron de forma involuntaria. Se me estaba reiniciando el sistema operativo.

Aquellos iris azules siempre parecían listos para disparar algún comentario ingenioso o incisivo, pero esta vez reflejaban un brillo diferente, cálido y casi divertido.

Los estudié unos segundos más de la cuenta y él arqueó una ceja. Estaba cómodo, seguro de sí mismo, y creo que le encantaba la situación en la que estábamos, mi cara de pánfila y que no

fuera capaz de desprenderme de su hipnótica mirada.

Una sonrisa lenta, casi perezosa, se dibujó en sus labios. Me odié por comprobarlos de forma inconsciente.

Mis ojos parecían tener voluntad propia, no dejaban de deslizarse desde el nudo de la toalla hasta su boca y después hasta su mirada, como si estuvieran trazando una especie de mapa erótico.

—¿Te gusta algo de lo que ves? —se burló, con voz baja y ronca, disfrutando de la facilidad con la que me había dejado sin palabra.

Maldito Daniel. Estaba súper bueno y lo sabía.

Y si yo no recuperaba las funciones cognitivas de inmediato, le daría armamento para que me atacara durante semanas. No iba a permitirlo. Había que imponerse. El macho alfa aquí era yo.

Así que respiré hondo, me obligué a ignorar esos delineados abdominales y, haciendo caso omiso del brillo candente y juguetón que se reflejaba en sus pupilas, disparé una sonrisa relámpago y (si no había perdido mi don al mismo tiempo que las bragas) hiriente.

—Tranquilo, Daniel. No eres ni de lejos lo más interesante que he visto hoy. Una de las arañas de mi cuarto estaba devorando una mosca medio viva hace un rato. Un espectáculo digno de contemplar, te lo aseguro. Esto —señalé su compacta musculatura con un gesto desdeñoso— lo he visto decenas de veces. Vivo en Nueva York. La ciudad está llena de tíos buenos.

Sonrió, con su arrogancia natural, y yo añadí:

—Y como lamentablemente no poseo la capacidad de *des-ver* las cosas que se graban en mis retinas, te agradecería que en el futuro te pusieras algo de ropa encima de esa tableta antes de salir del cuarto de baño. Dejemos que el único *show* del día sea un arácnido disfrutando de su desayuno rico en proteína. Eso ya es lo bastante gore. No hay necesidad de ver también los huesos de tu pelvis.

Puso esa sonrisa suya irritante que decía: *sé que mientes, pero continua porque me entretienes.*

—Tomo nota para la próxima.

—Hazlo. Porque si vuelvo a cruzarme contigo en cueros por los pasillos, juro que te echaré espray de pimienta en los ojos. Luego no digas que no te lo he avisado.

Su mirada eléctrica recorrió mi cara de póker. Estaba demasiado cómodo, y yo hacía demasiados esfuerzos por mantenerme neutral, lo cual me cabreaba.

—¿Harías eso?

—¿Qué harías tú si a mí me diera por pavonearme en toalla por la casa?

Se inclinó sobre mí con una lentitud calculada, como si quisiera susurrarme un chiste privado al oído. Sentí su aliento cálido en mi piel y, por desgracia, también inhalé su olor. Olía de muerte, a algo limpio, fresco y masculino, que hizo que mi lógica se evaporara y mi resistencia se tambaleara un milímetro más.

—Soy un tío —me susurró, con voz baja y aterciopelada—. Créeme, rezaría para que se te cayera la toalla.

Retrocedí, con los labios separados en un gesto perplejo. Él se quedó ahí, tan tranquilo, con una media sonrisa que me retaba a replicar.

Encogí las pupilas para conseguir que entrara en combustión espontánea, pero la respiración se me volvió más pesada y el martilleo frenético de mi corazón me distraía de mis propósitos, además de delatarme.

Lo mejor era atajar el asunto de inmediato, antes de que él notara que mi cuerpo se sentía *ligeramente* atraído por el suyo. No era cosa mía, era un asunto de química, como cuando echas

levadura para que crezca el bizcocho. ¡¿Y por qué estaba pensando en cosas que podían crecer?!

—Mué-re-te —gruñí, temblando de rabia.

Satisfecho al comprobar el efecto que estaba causando en mí (lo adecuado hubiera sido el desdén, no la ira), me guiñó un ojo y se alejó por el pasillo con paso elástico y confiado, sin que la sonrisa engreída desapareciera de sus labios.

Odiaba que supiera jugar tan bien a ese juego, que dispusiera de todas las cartas ganadoras y que, al mirarme por unos segundos como si deseara devorarme entera, una parte de mí rezara para que lo llevara a la práctica. Era peor que aquella mosca que se había metido voluntariamente en las redes de una araña hambrienta.

—Ay, *mamacita*… —murmuré, tragando saliva.

Quedarme en la granja, con el fantasma de los polvos pasados pavoneándose medio desnudo por los pasillos se me hacía insoportable, así que se me ocurrió hacerles una visita a mis buenos amigos Adriana y Enzo. A fin de cuentas, los dos se habían apuntado al programa para brindarme apoyo psicológico gratuito.

*****

La granja Old Creek estaba a unos cinco kilómetros de distancia de la nuestra y, sin coche, no me quedó más remedio que recorrer el largo camino polvoriento a pie.

Había flechitas clavadas en postes de madera, señalando las distintas granjas de la zona, y yo las seguí como Dorothy en busca del Mago de Oz.

Aunque no había zapatitos rojos ni amiguitos entrañables. Durante toda la travesía, me acompañaron la imagen persistente de Daniel Finn y su maldita sonrisa súper sexy.

Ay.Mi.Madre.

*****

—A Enzo se le han quemado los huevos —me informó Adriana nada más abrirme la puerta.

Arqueé una ceja y repliqué, mirando a la cámara:

—Eso le pasa por no echarse protección solar.

—Ja ja —me replicó el aludido desde la cocina—. Hay tostadas y café. Sírvete.

—¿Qué te trae por aquí tan pronto? ¿Estás huyendo del insoportable buen aspecto de Daniel el buenorro?

—Daniel el cabrón —le recordé a mi insufrible amiga mientras me echaba café en una taza.

—Lo acabamos de ver en toalla. Créeme, es Daniel el buenorro —me provocó Enzo.

Hice una mueca, me senté en el sofá y aspiré el aroma del café recién hecho.

—Podría vivir sin sexo, pero no sin café.

Mis amigos intercambiaron miradas escépticas.

—No podrías vivir sin sexo. —Adriana arqueó la ceja derecha y luego me lanzó una sonrisa cómplice—. Siempre que sales de casa, por las calles suena *It's Raining Man* porque eres una depredadora. ¿Y por qué estamos hablando del infame acto a primera hora de la mañana? ¿No tendrá algo que ver con aquel que no debe ser nombrado?

—¡¿Cómo te atreves?! —clamé en un tono exagerado y altanero mientras me echaba hacia atrás con absoluta indignación—. Tendrían que darse unos acontecimientos apocalípticos para que *eso* sucediera. ¡Y ni siquiera entonces! Fijaos lo que os digo: si la vida de vosotros dos dependiera de que yo volviera a abrirme de piernas delante de ese tío, os dejaría morir sin piedad.

Mis amigos no se tragaron ni una palabra.

Afortunadamente, en aquel momento un gato negro salió de la nada, saltó al sofá y se

acomodó cual descarado en mi regazo. Fruncí el ceño al oír un suave ronroneo.

—Ostras. ¿Y este quién es?

—Lucinda, *Barnabas* —hizo Adriana los honores. Al ver que yo le arqueaba una ceja, aclaró —: Apareció en nuestra puerta anoche.

Lo acaricié y el gato ronroneó más fuerte.

—Parece simpático.

—Es un amor. Enzo y yo nos peleamos por ver quién dormía con él y al final dormimos los tres juntos en la cama con dosel.

—Eso sí que es un equipo.

—Ya te gustaría a ti dormir con Daniel el buenorro en la cama grande, cabrona.

—Ella no quiere dormir. Quiere profanarla —le dijo Adriana a Enzo con un codazo. Los dos se echaron a reír a carcajadas, sin importarles demasiado mi mueca de exasperación.

—Sabéis que él puede veros y oíros si se conecta a la web, ¿no?

Enzo se giró hacia la cámara y saludó con su sonrisa más coqueta.

—Hola, Daniel. Quién fuera una toalla.

—Ugh. No babees. Tampoco es para tanto.

—Sí, que tenga una tableta de abdominales como tallada en mármol tampoco significa nada, ¿verdad? —repuso Adriana con un guiño socarrón.

Enzo soltó una risita cómplice.

—Cualquiera puede conseguirla —les respondí con absoluta indiferencia—. Seguro que se chuta esteroides y desayuna huevos crudos para mantener una dieta súper proteica. ¿Y sabéis cuál es el problema de los esteroides?

—¿Que ya no se le levanta? —me propuso Enzo, cuya ceja derecha se arqueó en actitud juguetona.

—También. Pero, además, te dejan calvo. En un par de años tendrá la cabeza como una sandía. Y a ver si babeáis entonces, cuando pierda su súper mata de pelo. Calvo y con disfunción eréctil. ¿De qué sirve la tableta?

Los dos negaron como dándome por perdida.

—Eres imposible. —Enzo intentaba no reírse, se lo notaba en la voz—. ¿Tanto te cuesta admitir que ese tío está buenísimo?

En aquel momento llamaron al timbre. Salvada por la campada. Delante de mis amigos hubiera admitido que el episodio del pasillo me había dejado trastocada, pero nos miraba el país entero y, lo que era aún peor, el aludido.

—Puede que sea Daniel —conjeturó Adriana.

—A lo mejor ha venido para demostrarnos que aún se le levanta —nos soltó Enzo, esperanzado.

—Más quisieras —me carcajeé yo.

—Anda que tú no —me la devolvió, el muy *zorri*.

Le saqué la lengua. Adriana se fue a abrir la puerta.

—¡No es el empalmado! ¡Es el amish! —gritó hacia el interior de la casa.

Enzo y yo ahogamos una risotada. Nuestra amiga era única, sin duda.

—No somos amish —oímos balbucear al pobre Elijah.

—Pues lo parecéis. ¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar? Vengo a disculparme por el comportamiento de mi mujer. Anoche estaba un poco nerviosa y… dijo un par de cosas que…

Adriana, con un suspiro de mártir, se apartó para dejarlo entrar.

Elijah frunció el ceño al encontrarme ahí.

—Perdón, ¿vengo en mal momento?

Me di cuenta de que, cuando estaba lejos de la órbita de Ashley, era diferente. Sin la presencia dominante de su mujer, su postura se relajaba, y su mirada se volvía más franca y amable.

—Di lo que tengas que decir y lárgate —le soltó Enzo con frialdad.

—No seas maleducado —lo regañó Adriana—. El chico viene a disculparse. Te escuchamos.

Las mejillas del pobre Elijah se tiñeron de carmesí.

—Siento mucho la forma en la que Ashley… —Sus ojos cayeron sobre el animal que ronroneaba en mi regazo—. *¿Bigotes?*

—¿Te refieres a *Barnabas*? —repuso Enzo, desconcertado.

—Ese es *Bigotes*. Anoche desapareció de nuestra granja.

—Perdona, ¿estás diciendo que este es tu gato?

Elijah se volvió hacia Adriana, balbuceando.

—Bueno, estaba en nuestra granja y yo le di de comer y lo metí en el interior de la casa y…

—¡¿Lo quieres de vuelta?! —Enzo se cubrió el pecho con una mano como si le acabaran de amenazar con secuestrar a su primogénito.

Elijah observó al gato, que, ajeno a la batalla por la custodia, se desperezaba tan tranquilo en mi regazo.

—Bueno… —Con las orejas algo coloradas, se aclaró la garganta—. Parece que *Bigotes*, digo *Barnabas*, está mucho mejor aquí, ¿no? Se le ve muy… a gusto con vosotros.

Adriana le dio una palmadita en la espalda.

—Sabia decisión, Elijah. Te aseguro que aquí el amigo *Barnabas* vive como Dios. Sesiones de yoga, cenas gourmet, música de la buena…

—Esta noche vamos a leerle un libro para gatitos. Luego tendrá que irse a dormir porque Adriana y yo tenemos pensado ver *Sexo/Vida*, si el *poltergeist* nos deja, y esa serie no es apta para felinos de su edad. Y, por cierto, nosotros la estamos viendo por la trama. Que Adam Demos salga en pelotas todo el rato no tiene nada que ver.

Elijah soltó una risita nerviosa.

—Entonces, no se hable más. *Bigo.*.. o sea, *Barnabas* es oficialmente vuestro.

—Gracias. —Enzo estaba súper conmovido—. Puedes venir a verlo y jugar con él cuando quieras.

—¿De veras? Me encantaría.

Y así, las dos partes implicadas en el conflicto por la custodia del felino llegaron a un acuerdo satisfactorio.

*****

Cuando volví a casa, Daniel estaba en el patio.

Cruzármelo nada más entrar en la parcela me provocó una extraña mezcla de calidez y nerviosismo.

—Hola, tú.

—Hola —balbucí, con la mirada en cualquier sitio menos en la suya.

—¿Qué tal tus amigos?

Era su forma burlona de decirme que nos había espiado y que sabía que el tema principal de la conversación había sido su capacidad para seguir manteniendo o no la erección. Estupendo.

—Te mandan recuerdos.

—He arreglado la camioneta para que la próxima vez no tengas que irte andando.

Arqueé las cejas, sorprendida.

—Desconocía que tuvieras habilidades mecánicas.

Sonrió, encogiéndose de hombros, y su mirada se volvió un tanto traviesa.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Mi corazón dio un pequeño vuelco, afectado por el abanico de posibilidades que escondía aquella frase.

—¿Me acompañas al supermercado? —me propuso, esta vez sin coqueteo de por medio—. Deberíamos hacer la compra.

—Ah. Bien. ¿Puedo cambiarme de ropa primero?

—¿Por qué? Así estás perfecta.

Sentí el calor que desprendía el sonrojo que subía imparable por mis mejillas.

—No puedo salir de esta forma en público. Nunca se sabe a quién podrías encontrarte en un supermercado.

Una chispa de humor prendió en sus ojos.

—O a lo mejor quieres impresionar a algún granjero —bromeó, reprimiendo la sonrisa.

Mi sofoco desapareció en el acto.

—¿Sabes qué? Tienes razón, estoy perfecta. Y, solo para aclararlo, no hay ningún granjero al que yo quiera impresionar. Nop. Nada de granjeros. Ni de tíos en general. He llevado una vida muy promiscua y he decidido volverme casta. Estoy a dieta. Nada de carne.

Sus labios se torcieron en un gesto desdeñoso.

—Estupendo. Pero, si alguna vez cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme. Estaré ahí para lo que haga falta. Cualquier cosa.

Encogí las pupilas, lo cual hizo que su sonrisa se ensanchara.

—Eso pasaría solo en tu imaginación.

Dio un paso hacia mí sin que su mirada liberara la mía. Me estaba provocando.

—Sabes que seguiré imaginándolo, ¿no?

El aire se agitó con fuerza, alterado por la corriente de tensión que electrificaba el espacio entre nosotros. Me obligué a mantener la cabeza fría y las bragas en su sitio. Ya sabía cómo acababa nuestra historia. No me apetecía un *remake*.

—Tres palabras, Daniel. Espray.De.Pimienta.

Soltó una risa suave.

—Me gustan las chicas de acción.

—Te gustarán menos cuando te escuezan las retinas, confía en mí.

Se inclinó hacia adelante, con un brillo desafiante en las pupilas.

—¿De verdad lo usarías? Imagínate que de repente se me ocurre besarte. Así, en un impulso.

—Yo que tú me haría con un buen seguro oftalmológico. Los impulsos suelen salir caros.

Cabeceó, contrariado. Le sonreí, sin molestarme en ocultar lo mucho que estaba disfrutando de mi pequeña victoria.

Choque de titanes



Daniel

Lucy iba unos cuantos pasos por delante de mí en el supermercado.

Me hacía gracia verla moverse entre las estanterías, como si encabezara una expedición, los productos que escogía… Su dieta se reducía a cereales, patatas fritas y los semi preparados que suelen figurar en la lista de compra de alguien que acaba de independizarse y todavía no ha aprendido a cocinar.

En un determinado momento se giró hacía mí, a punto de preguntarme si yo necesitaba algo, pero se lo replanteó y, en vez de derrochar amabilidades conmigo, agarró un bote de mantequilla de cacahuete y lo lanzó al carro con gesto decidido.

La seguí con una sonrisa a medias. ¿Debía advertirla sobre los peligros de tanto ultraprocesado o limitarme a disfrutar del entusiasmo con el que apilaba cajas de galletas y bolsas de patatas fritas en el carro?

—¿No crees que nos falta un poco de verdura? —dije al final, más para provocarla que por otra cosa.

—¿Te preocupa que se te derrita la tableta? —repuso con falsa conmiseración mientras lanzaba una bolsa de chucherías encima de una bolsa enorme de gusanitos con queso—. Y ¡canasta!

Era una cría a veces.

—No puedes superar lo de mi tableta, ¿a que no? ¿Ya la has dibujado en tu diario?

Soltó un bufido.

—Haz el favor de no tenértelo tan creído.

—¿Creído? ¿Yo? Si soy la humildad personificada. Eres tú la que no deja de mencionar mis abdominales.

—Nunca los menciono en el buen sentido de la palabra, sino para recalcar lo obsesionado que estás contigo mismo. Tienes una tableta de narcisista. Eres un anuncio de gimnasio andante.

Sonreí para mí al ver que, a pesar de sus palabras, sus ojos hacían una pausa rápida, casi involuntaria, en mi abdomen y mi pecho antes de dispersarse sobre el pasillo.

Intentaba controlarse, mantener la postura de chica indiferente, pero aquel vistazo la traicionaba por completo. Por mucho que la cabreara el hecho en sí, yo todavía la atraía.

—No pasa nada si te sientes atraída por mí, en serio.

—Dame ese carro. No te aguanto. Coge otro para ti, para que puedas llenarlo de productos verdes y orgánicos.

Tras la típica mirada fulminante que solía significar *cómo desearía poder atizarte con algo contundente*, me arrebató el carro de las manos y lo empujó con una determinación implacable hacia el pasillo de las sopas instantáneas.

—Vale. ¡Pero no pienso compartir mis aguacates contigo! —grité tras ella.

Levantó un brazo por encima de la cabeza y me respondió con una peineta.

—Esa es la actitud que demuestra lo madura que eres.

Me gané dos peinetas.

Me reí al girar sobre mí mismo para buscar otro carro, pero mi euforia duró bien poco porque, nada más conseguir uno, tropecé de frente con Rita y su ahora pareja, quienes parecían sacados de un *reality* diferente. Con ropa de alta costura y pintas de neoyorquinos intelectuales y sofisticados, poco tenían de granjeros. Richard, con gafas, se daba un aire a lo Jude Law.

—Vaya, vaya, vaya. —Rita esbozó una sonrisa que desbordaba sarcasmo—. ¿Haciendo la compra como dos tortolitos?

—Sí, y encantado de veros, como viene siendo lo habitual.

Richard cuadró los hombros con aire incómodo. Más que amigos, habíamos sido hermanos. Hasta que se le ocurrió la genial idea de follarse a mi mujer. Me temo que la traición nunca se olvida y en la amistad hay límites que no se pueden ni se deben cruzar.

—¿Qué tal te va en el programa, Daniel? Ya he visto que intentas conquistar a la jovencita con tus músculos y tu encanto de chico malo.

—¿Y con qué conquistas tú a Richard? ¿Con tu veneno? —se la devolví de inmediato—. Supongo que a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que no es oro todo lo que reluce.

Richard miró al suelo, claramente incómodo. Encontré inspirador su silencio.

Rita esperaba que interviniera, que la defendiera de alguna forma delante de mí, pero él no lo hizo y pude ver el brillo de rabia que se encendió en sus ojos al volver la cabeza hacia atrás con la rapidez de un reptil para reprocharle su falta de lealtad. Era un espectáculo desgastante que no me apetecía presenciar.

—¿Qué, Richie? —lo provocó, como solía hacer conmigo cuando aún estábamos casados—. ¿Nada que decir al respecto?

—No veo qué sentido tiene seguir discutiendo.

—¿No le ves el sentido? —el tono de Rita destilaba perplejidad—. Claro, porque es mucho más cómodo dejar que los demás peleen por ti.

—Eres tú la que no deja de provocar peleas. ¿Por qué no dejas a Daniel en paz de una vez? Vuestro matrimonio acabó. Se divorció de ti. Supéralo.

La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Rita parecía una cobra a punto de atacar.

—¿Qué? ¿Ya tienes tu brócoli? —Lucy apareció por el pasillo con el carro rebosante de chucherías—. Dios, qué frío hace aquí. Esto parece Narnia. Ah, hola. No estaré interrumpiendo alguna reunión familiar, ¿verdad?

Su presencia relajó la tensión que endurecía mis hombros. De alguna forma que no terminaba de comprender, tenerla cerca lo mejoraba todo.

Rita, con la rabia todavía dibujada en el rostro, compuso una sonrisa punzante.

—Mira por dónde. Solo faltaba la nueva musa adolescente de Daniel.

Lucy no se dejó intimidar. Le aguantó la mirada de forma firme, dejando claro que aquel tono despectivo no iba a perturbarla.

—Y aquí está la ex resentida. Estupendo. Ahora que hemos hecho las debidas presentaciones, ¿qué celebramos, chicos? ¿El segundo acto de la obra *Cómo pasar página después de un divorcio*?

Rita separó los labios, visiblemente contrariada por el sarcasmo de Lucy. De haberse tratado de una *sitcom*, en este punto hubiéramos escuchado las risas pregrabadas.

Contuve la sonrisa, y me di cuenta de que a Richard le pasaba lo mismo. Hubo una pizca de complicidad en la mirada que intercambiamos.

—¿Perdona? —espetó Rita con petulancia, en un claro intento de recuperar el control de la conversación—. ¿Crees que sabes algo de mi matrimonio?

—Creo que, por desgracia, sé más de lo que me gustaría saber.

—Pues te equivocas. Yo sé más de tu *pseudo* relación con mi marido de lo que tú nunca sabrás de nuestro matrimonio.

—Exmarido —puntualicé yo, aunque nadie me hizo caso.

—¿De veras? Porque a mí no me lo parece. Me peleo con Daniel en las redes sociales y ahí estás tú, interfiriendo sin venir a cuento. Vamos a un programa y… *voilà!* Hay una cena en un bar y, para sorpresa de nadie, apareces de nuevo. Lo opuesto al amor, Rita, es la indiferencia. Solo para que te enteres. Lo tuyo es despecho de manual.

La mirada de mi exmujer pasó del cabreo a la incredulidad. Era evidente que no esperaba ser atacada con tanta contundencia.

—Ya veo. Crees que a él le interesas —arremetió de nuevo, en cuanto superó el impacto inicial—. Pero, permíteme que te diga que Daniel es un hombre de gustos sofisticados y tú eres muy… básica. Mírate. ¿De qué vas vestida, Universidad de Yale? ¿Fuiste a Yale, por lo menos?

Me dispuse a intervenir, pero Lucy alzó la mano para impedírmelo, dejando claro que yo no pintaba nada de aquel choque de titanes.

—¿Gustos sofisticados? Perdona mi ignorancia, pero ¿seguimos hablando del mismo tío?, ¿del que se casó contigo?

El jaque mate dejó a Rita sin palabras. Era como si alguien le hubiera apagado el interruptor.

Pestañeó mientras se le reseteaba el sistema operativo y el GPS que tenía en el pecho recalculaba ruta.

En directo desde la Granja Old Creek

—*Na-na-na, come on, come on, come on I like it, like it, come on, come on, come on.*

Enzo y Adriana decidieron celebrar la victoria de Lucy cantando y bailando (de forma muy sensual) una canción de Rihanna...

En directo desde la Granja La Esperanza

—La verdad es que a mí este numerito me parece de lo más patético. Es decir, rebajarse tanto como para tener una pelea en el pasillo de las verduras… Elijah, ¿puedes dejar de hacer ruido a propósito, por el amor de Dios? Lo siento. Nos peleamos por lo del gato y ahora me castiga con su actitud pasivo agresiva. Si tienes algo que decir, ¡sé un hombre y dímelo a la cara! ¿Lo veis? Me contesta con portazos. Es incapaz de decirme las cosas a la cara.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Buenas tardes, América, y bienvenidos a *Granjeros*, el *reality* que lo va a petar esta temporada. ¿Qué os parece? Pelea de gatas y solo es el segundo día. Ese hombre está que se sale. Perdonad, me están diciendo mis compañeros que la granja Old Creek intenta conectar con

nosotros en directo. Veamos de qué se trata. ¿Chicos? ¿Algo que añadir a vuestro numerito musical?

En la pantalla apareció Enzo, perreado, mientras Adriana le daba pequeños azotes. Los dos cantaban *na-na-na, come on, come on, come on, I like it, like it, come on, come on, come on.*

—Voy a tener que cortaros. Esto se está saliendo de madre. Y no estaría de más que dejarais de comeros las setas del jardín. Solo es una idea.

Cómo fastidié a vuestra madre



Daniel

Richard se esforzó por contener la risa, y yo no pude evitar sentirme orgulloso de Lucy.

Aunque, en realidad, el comentario debería haberme ofendido, ahora que lo pienso.

—¿Sabes qué? —Rita levantó la barbilla y disparó otra de sus sonrisas corrosivas—. No voy a rebajarme a tu nivel.

De eso, nada. A Rita le encantaban las peleas. Si se marchó fue porque no se le ocurrió nada ingenioso que replicarle a Lucy.

Richard por fin soltó la risa que llevaba un buen rato conteniendo, y yo me uní a él.

—Guau —le dijo a Lucy mientras la estudiaba con un brillo de admiración en las pupilas—. Te aseguro que eres la primera persona que consigue dejar a Rita en blanco. No nos han presentado todavía. Richard. Puedes llamarme Richie.

Entorné los párpados cuando le alargó su mano.

—Lucy. Puedes llamarme Lucy.

—Qué graciosa —respondió con su habitual sonrisa de ligón—. Es graciosa.

—Espérate a que nos casemos, Campbell, antes de empezar a tirarle los tejos.

Mi examigo me puso mala cara.

—Tranquilízate, tío. No intento ligar con ella. Es evidente que te gusta. Encantado, Lucy.

Su réplica me dejó confundido. ¿Insinuaba que mi mujer no me gustaba y por eso se la había tirado?

—Igualmente.

—Nos vemos por ahí.

Le guiñó el ojo, después de lo cual se fue tras Rita. El muy bribón.

—Bueno, ¿qué?, ¿tienes el brócoli o no?

Volví en mí con un leve parpadeo.

—Cinco minutos.

—Date prisa. Yo ya he terminado.

Esbocé una sonrisa de lado.

—Es lo adecuado. Las chicas primero. Pero, tranquila, que yo tardo poco.

Me pareció oír que me llamaba capullo, pero ya me había alejado por el pasillo de las verduras y con el chirrido del carro no podía asegurarlo.

*****

Montana, desde la ventanilla del coche, parecía salvaje, indomable y auténtica, un lienzo de un verde amarillento que se extendía en laderas hasta las montañas de riscos azules que parecían atravesar las nubes.

No le hice demasiado caso al paisaje. Estaba más pendiente de la mujer sentada a mi lado, absorta en algún pensamiento impenetrable, los labios tensos, la mirada puesta en el horizonte.

Esperaba algún comentario sarcástico después del incidente del supermercado, no el silencio.

Tras varios titubeos, decidí iniciar una conversación.

—Has estado… increíble antes —le dije, con la voz más ronca que de costumbre. Le hablé casi en susurros, creo que no quería perturbar la calma frágil que se había asentado entre nosotros.

El cumplido la tomó por sorpresa.

Me estudió entre incrédula y suspicaz, con ojos oscuros y serios, sin el habitual destello burlón que tan bien dominaba.

—Increíble, ¿en qué sentido?

Sonreí mientras conducía con una mano puesta sobre el volante y la mirada fija en la carretera que se extendía recta hacia las montañas.

—Te has enfrentado a la maestra de los enfrentamientos y has ganado. Ha sido muy sexy.

Ella también sonrió.

—¿Por eso se te caía la baba?

Hice una mueca y negué para mí.

—No se me caía la baba —rebatí, fingiendo indignación, aunque era evidente que trataba de contener la sonrisa.

Me arqueó una ceja con aquella mezcla de picardía y desafío que ya empezaba a resultarme familiar.

—Pues a mí me pareció que estabas bastante cautivado.

Puse los ojos en blanco, a pesar de la sonrisa que pugnaba por asomar en las comisuras de mis labios.

—Ver a dos mujeres peleando es la fantasía masculina por excelencia.

—Mira que sois simplones.

Le lancé una mirada guasona.

—¿Qué clase de fantasías tienes tú?

—Ya te gustaría a ti saberlo, pervertido.

Me reí por lo bajo, disfrutando como siempre de la tensión juguetona que se había creado entre nosotros.

—Algún día lo averiguaré.

—Soñar no cuesta nada —replicó con dulzura.

Solté una carcajada. Llamadme optimista, pero… era evidente que nuestra historia estaba lejos de acabar por muchos capítulos que hubiéramos cerrado.

*****

—He hecho pasta, por si te hartas de comer cereales como un crio de trece años cuyos padres lo han dejado solo en casa por primera vez.

El rostro de Lucy, y una sonrisa irónica de medio lado, asomaron por encima de la revista que estaba leyendo en el porche.

—Oh, qué atento eres, Daniel. ¿Quieres que te aplauda por saber hervir agua?

—Quiero que me aplaudas por la salsa.

—¿También sabes bailar? —repuso con sarcasmo.

Encogí las pupilas.

Ella sonrió con más dulzura.

Antes de despedirme con los dedos…

—Sí, lo pillo. Quieres seguir con tu dieta de gusanitos y sarcasmos.

—Un sabio consejo: jamás me molestes mientras leo el *Vogue*. Ni mientras te ignoro.

—Mis disculpas, alteza. No querría importunarla.

—Pues no lo hagas.

Podría no haberlo hecho, pero la forma en la que hojeaba las páginas de su revista, con una calma exagerada, consciente de mi presencia, pero sin dignarse a prestarme atención, me retaban a fastidiarla.

Así que me puse a desbrozar el patio porque era la actividad más ruidosa que se me ocurría.

Y, además, ahora éramos granjeros.

*****

—Daniel. ¡Daniel! ¡DA-NIEL!

Como la estaba ignorando con total descaro, su voz se elevó hasta convertirse en un grito. Seguí a lo mío como si nada.

—¡DAAAANIEEEEEL! —Esta vez, el grito llegó acompañado por un golpe de la revista contra mi cabeza.

Apagué la desbrozadora y me giré con la expresión más inocente que pude encontrar.

—¿Te pasa algo? —pregunté mientras me secaba el sudor de la frente con teatralidad.

Me miró con ojos de acero.

—Tengo una frase para ti, Dexter.

—¿En serio? ¿Cuál?

Se acercó a mí hasta que su nariz casi rozó la mía.

—Ha llegado la guerra a la Tierra Media.

Puse una sonrisa de lado y retomé mi tarea. Me encantaba ver lo mucho que la molestaba el ruido. Nada mejor que una desbrozadora para joderle la lectura a alguien.

*****

Por la tarde, Lucy ya no me dirigía la palabra. Suponía un problema porque Georgia había convocado una carrera de carretillas y, si no derrotábamos a los demás, no íbamos a poder comprar ganado.

Lo cual es importante en una granja. Éramos granjeros pobres.

—Lucy, sé que estás cabreada conmigo, pero hagamos un alto el fuego porque necesitamos el dinero del premio.

Silencio absoluto. Ni siquiera me miró.

—Tenemos que formar equipo —le insistí—. Lo siento, pero soy muy competitivo. Hay que ganar este *reality* como sea, y no podemos ser granjeros sin ganado, así que…

Sus ojos no se movieron ni un milímetro. Como si mis palabras no fueran más que el murmullo del viento.

—Vale, ignórame lo que quieras, pero no hagas que perdamos.

Redes, arma del Diablo



@emma.rose: Madre.Del.Amor.Hermoso. Entre los abdominales de Daniel y la pelea de gatas del supermercado, ¡¡mi jefe casi me despide!!

@kateandcoffee: Jajaja. Menos mal que estoy en el paro y puedo ver esto a todas horas. ¡Estoy enganchada!

@natalie123: ¿Habéis visto la pelea de Rita y Richard en la puerta del supermercado, o estabais siguiendo a Lucy y Daniel?

@josh.taylor: Esa Rita está buenísima. No me extraña que se los follara a todos.

@emma.rose: Que alguien bloquee a este tío ya.

@josh.taylor: ¡¡Amargada!! A ti no te pondría un dedo encima ni aunque me pagaran.

@kateandcoffee: Vamos a pagarte, sí, pero para que te calles de una vez porque no dices más que gilipolleces.

@josh.taylor: Estáis todas compinchadas en la *chichisfera*.

@natalie123: Perdón, mi jefe acaba de llegar y he tenido que desconectarme. Tío **@josh.taylor**, cállate ya. Vuelve a las cavernas de las que has salido.

@emma.rose: Jajaja. Bien dicho, Natalie.

@tigresa82: ¿Abdominales? ¿Alguien ha dicho abdominales? A Tigresa le gusta. Mierda, ¿¿llego tarde otra vez?? Mañana mis hijos tendrán que irse solos al colegio. ¡¡Es coña!! No tengo hijos. Estoy soltera y disponible. Por si alguien, y no me refiero a nadie en concreto, Daniel, se lo preguntaba...

@kateandcoffee: Tigresa, no pierdas el tiempo. A ese le gusta Lucy.

@tigresa82: ¡¿Tú crees?!

@kateandcoffee: Puff.

@emma.rose: Puffffff.

@natalie123: PUFFFFFFFFFFFFF.

@josh.taylor: Es que esa Lucy está buenísima.

@kateandcoffee: ¡¡¡FUERA, CAVERNÍCOLA!!!

@josh.taylor: A-mar-ga-das.

@natalie123: Gi-li-po-llas.

@kateandcoffee: ¿Qué sería internet sin un troll?

@emma.rose: jajaja.

@natalie123: Jajajaja.

@tigresa82: Pero a Lucy no le gusta Daniel, ¿no? O sea, ella lo odia porque la abandonó en

un motel.

@kateandcoffee: JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA.

@emma.rose: Lo suscribo.

@tigresa82: ¿Qué significa eso? No estoy familiarizada con el lenguaje de la generación zeta. Emoji, emoji, emoji… ¿Por qué hay tantos emojis? ¿Es que ya no sabéis escribir? ¿Hola?

La Batalla de las Carretillas



En directo desde los estudios de *Granjeros*

Georgia

—Buenas tardes, América, y bienvenidos a *Granjeros*, el *reality* que lo va a petar esta temporada. Soy Georgia Heller y espero que hayáis cogido las palomitas porque hoy, queridas y queridos amigos, nuestros concursantes se enfrentarán en una guerra épica, la Batalla de las Carretillas. Un terreno sembrado de obstáculos, barro y cuestas traicioneras; sin frenos ni misericordia porque, ya lo sabéis, son escritores y la competitividad es su pan de cada día. ¿Preparados? ¿Listos? ¡Corred, malditos, corred!

La acción se volvió trepidante. El sonido de las ruedas hundiéndose en el barro llenó el plató. No presté demasiada atención a la carrera porque le estaba contando los escalones del abdomen a Daniel. Con la camiseta blanca que llevaba puesta aquel día, se le marcaban perfectamente.

Solo sé que, en una curva traicionera, Rita aterrizó en un charco de barro y amenazó con demandar al programa. Que Adriana se rompió una uña y decidió retirarse *dignamente*, según ella. Y que Ashley no dejaba de gritarle a su marido que corriera como *un condenado*, que por algo se pasaba media vida en el gimnasio.

Fue entonces cuando las cosas se salieron de madre. Uno de los concursantes descarrilló.

—Pero… ¿qué…? Lucy, ¿qué estás haciendo? —grité, sin dar crédito a lo que veían mis ojos —. ¡Tienes que esquivar los obstáculos, no perseguir a tu compañero de equipo con la carretilla! —me apresuré a aclararle.

En vano.

Lucy, con una sonrisa desquiciada en la cara, aceleró en lugar de detenerse, lo cual obligó a Daniel a soltar su propia carretilla y a echar a correr cuesta abajo.

—¡Quieta! ¡Lucy! ¡Vamos a perder la carrera!

—¡Esto es por no dejarme leer el *Vogue*, cabronazo! —gritaba mientras lo perseguía como una demente.

Daniel saltó por encima de un obstáculo. Lucy lo rodeó.

—¡Para! ¡Estamos en el mismo equipo!

—¡De eso nada! Vas a morder polvo, Dex. ¿O debería decir barro? Muajajajaja.

—¡Lucy! ¡¡Lucy!! Está desatada. Que alguien la detenga antes de que… ¡Madre mía! —Yo, y

medio plató, nos pusimos en pie cuando Daniel cayó al barro de forma muy estrepitosa y quedó descalificado—. Pobrecillo. Eso debió de doler.

Daniel empezó a golpear el suelo en pleno ataque de frustración, sin importarle impregnarse de lodo todavía más. Le pesqué una palabrota muy fea. Me encantaba el lenguaje guarro.

—No se habrá hecho daño en los abdominales, ¿no? Sería una lástima echar a perder esa tableta.

Creo que el público compartía mis temores porque todos pidieron que Daniel se quitara la camiseta para comprobar que no se habían producido desperfectos en la mejor parte de su cuerpo.

Redes, arma del Diablo



@kateandcoffee: Diossss. Con lo cabreado que está, o le echa un polvo a Lucy o la estrangula.

@emma.rose: jajajaja. Espero que sea la primera opción.

@kateandcoffee: ¡Y yo!

@josh.taylor: Y me llaman cavernícola a mí.

@natalie123: ¿No le habíamos bloqueado ya?

@emma.rose: No podemos.

@josh.taylor: jijijijiji. Soy invulnerable, zorras.

@kateandcoffee: A todo esto, ¿quién ha ganado la carrera?

@josh.taylor: Enzo, después de descalificar a Elijah. Como no estoy pendiente de quién echa un polvo con quién…

@emma.rose: Pues será la primera vez.

@josh.taylor: Oye, Emma Rose, ¿sales con alguien?

@emma.rose: Qué plasta es, el pobre.

@kateandcoffee: Jajajaja. Emoji, emoji, emoji.

@josh.taylor: Yo tengo un emoji más grande que eso.

@kateandcoffee: ¡¡Y nadie quiere verlo!!

Amigos y otras maldiciones



Lucy

—Estarás contenta —espetó Daniel. Soltó sus llaves sobre la mesa con un golpe seco que resonó por toda la casa y me fulminó con la mirada—. Ahora no tenemos dinero para comprar ganado.

—Eh, ¡alto ahí, vaquero! —grité horrorizada cuando empezó a levantarse la camiseta cubierta de barro y los primeros escalones de su esculpido abdomen asomaron por debajo—. El estriptis mejor lo haces en tu cuarto.

Me lanzó otra mirada fulminante, se quitó la camiseta, tan pegada a su cuerpo que parecía una capa de yeso y, tras lanzarla al suelo para tensar la cuerda, se acercó a mí, acorralándome contra el respaldo del sofá y su perfecta pared de músculos. Tenía barro en el pelo y en la cara, y sus ojos azules ardían, provocativos.

—¿Por qué? ¿Te pone?

No, no estaba hiperventilando porque, por muy bueno que estuviera desnudo *y asqueroso*, ERA EL CAPULLO QUE ME HABÍA ABANDONADO EN UN MOTEL CUTRE. Me daba igual que exudara rabia y testosterona por cada poro de su cuerpo. Yo era inmune.

—Ja. Tengo una frase para ti, Dexter.

—¿Otra? —repuso, intentando contener la sonrisa—. ¿Y cuál es?

—Multiplícate por cero.

—Qué decepción. Creí que dirías algo ingenioso, como *¿a quién hay que tirarse para conseguir una taza de té y una galleta de chocolate?* Porque… yo puedo ofrecerte ambas cosas, Luce.

—Oh, sí, claro que diré eso. ¿Sabes cuándo?

Enfocó mis labios con tanto empeño que empecé a vibrar por dentro y a preguntarme cómo sería si yo no lo odiara tanto. ¿Qué haría? ¿Besarlo? ¿Enrollarme con él a pesar de estar cubierto de barro? ¿Seducirlo, tirármelo y abandonarlo cruelmente a la mañana siguiente? Había tantas posibilidades…

—¿Cuándo? —me provocó, con los labios cada vez más cerca de los míos.

Sonreí con dulzura hacia mis adentros mientras, en el mundo real, acercaba la boca a la suya como si me dispusiera a besarlo. La cercanía física afectó a Daniel más que a mí, sus pupilas se oscurecieron un tono o dos y su expresión facial se volvió pasional.

Incliné la cabeza hacia un lado. Él hizo lo mismo.

La electricidad que rugía entre nosotros era chispeante. Sin duda, su cuerpo *macizorro* —

palabra inventada por Enzo— ya no mandaba sangre a su cerebro. Casi podíamos sentir el beso. Entonces, sin dejar de enfocar sus labios, clavé el puñal.

—Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este —le solté mientras retrocedía con expresión satisfecha.

Daniel dejó caer la cabeza hacia adelante y soltó un gruñido de pura frustración.

—Eres diabólica.

—Lo sé. No juegues con tu cosita en la ducha —advertí nada más sentarme en el sofá. Abrí el *Vogue* y que empecé a hojearlo con expresión impasible.

Sabía que Daniel me estaba pulverizando con la mirada, pero me negué a prestarle atención para cabrearlo todavía más.

Jijiji.

Nadie pidió entrar en directo, pero no me cabía duda de que, en la granja vecina, mis amigos estaban cantando: *na-na-na, come on, come on, come on I like it, like it.*

Porque eso quedaba mucho mejor que decir ¡toma ya!

*****

En la cena —tallarines asquerosos para mí, filete con ensalada para él—, Daniel no me habló. Es más, ni siquiera me miró. Vivíamos en un hogar desestructurado.

No es que yo quisiera mantener una conversación con él —¡por favor!—, pero estábamos en mitad de la nada, el mundo ahí fuera era muy oscuro, Netflix perdía la cobertura todo el rato y yo no tenía otra cosa que hacer excepto iniciar una. Incluso siendo él mi enemigo oficial declarado, mi Will Wheaton personal.

—Nunca me contaste la historia de cómo empezaste a escribir. Te estoy lanzando una rama de olivo.

Me echó una mirada mitad huraña mitad desconfiada, pero debió de darse cuenta de que esta vez no tenía intención de provocarlo con alguna de mis maldades. Solo estaba siendo una persona normal.

Suspiró, resignado, y sus labios compusieron una pequeña sonrisa.

—No hay una historia. Pasó sin más. No lo planeé. Tenía muchas palabras en la cabeza pidiendo ser liberadas, demasiado ruido, y empecé a escribir para que se hiciera el silencio. Ya sabes que estaba estudiando arquitectura, tenía el futuro resuelto, iba a trabajar con mi padre, pero…

—Tenías que dar voz a los asesinos en serie.

—Sí —admitió con una risita ronca.

—¿Y por qué asesinos en serie? Me pica la curiosidad. Por qué no escribiste sobre… yo qué sé, ¿ogros?

Se quedó callado unos segundos, con la mirada en la mía, calibrando las palabras antes de liberarlas.

La luz de la lámpara que colgaba encima de la mesa del comedor era tan tenue que sus ojos parecían oscuros como pozos en cuyo interior cualquier idea podría ahogarse. Me estaba poniendo siniestra. La casa ejercía su poder malvado sobre mí.

—Porque, cuando te metes en la mente de un personaje así, ¿sabes qué es lo qué escuchas?

—No. ¿El qué?

Sonrió de lado, una sonrisa extraña, que encontré perturbadora en la penumbra.

—El silencio.

—Madre mía. Vas a sufrir la fiebre del encierro antes de Acción de Gracias.

Se echó a reír a carcajadas. Luego la risa se le cortó de golpe y me miró, todo serio.

—¿Eso crees, Wendy?

Retrocedí al vérmelas cara a cara con el mismísimo Jack Torrance.

—¡Deja de mirarme así! ¡Estoy acojonada!

Volvió a reírse.

—Tranquila, no voy a sufrir la fiebre del encierro porque me gusta estar encerrado.

—Qué raro eres.

—No soy raro. Soy original. Eso dice mi terapeuta… ¿Por qué empezaste tú a escribir?

Primero me reí de su chiste. Luego, sopesé la pregunta, y lo que implicaba la respuesta, y estuve un buen rato jugando con los tallarines. No tenía por qué decírselo. Era escritora, podía inventarme cualquier patraña. Incluso podía levantarme de golpe y marcharme a mi cuarto. No le debía explicaciones.

Pero, por algún motivo, me apetecía sincerarme con él.

—Por mi madre —admití, con los recuerdos a flor de piel—. Estaba enferma, y las novelas románticas se habían convertido en lo único que la mantenía a flote. Solo quería perderse en mundos donde siempre había finales felices. Solía leerle en voz alta cuando… cuando sus manos ya no podían sostener un libro. Y la forma en la que se iluminaban sus ojos, al menos durante un rato, me hizo comprender que las historias pueden ser el refugio de alguien. Las palabras tienen la capacidad de traer alivio y esperanza a la vida de una persona. Y, sí, también silencio —murmuré, ausente.

La mano que cubrió la mía me hizo regresar de golpe al presente.

Nos miramos unos segundos lentos. Él no dijo nada. Yo tampoco. Su mano era cálida y firme, y en ese momento sentí una conexión que iba más allá de toda comprensión.

Por una vez, las palabras sobraban.

Evalué su rostro, sin prisas, absorbiéndolo. La barba de tres días le confería un aire ligeramente rudo, en absoluta contradicción con el brillo de sus ojos, que revelaba un lado amable y accesible.

Quizá Daniel, a simple vista, pareciera fuerte y masculino, pero cuando llegabas a conocerle un poco, te dabas cuenta de que poseía la personalidad de un hombre que no necesita imponerse ni demostrarle nada a nadie. Tenía una presencia cálida, y a veces era vulnerable, lo cual lo hacía todavía más atractivo.

Al cabo de un buen rato, empujó hacia un lado mi plato de tallarines y me cedió su cena.

Su delicioso filete.

Y su apetitosa ensalada.

Y yo sentí que lo odiaba un poquito menos.

*****

A la mañana siguientes, mis amigos vinieron de visita. ¿De qué otra forma hubieran podido pavonearse y presumir de sus nuevos caballos?

—Este es *Dolce* —nos informó Enzo mientras daba palmaditas cariñosas en el lomo del animal.

—Y ella es *Gabbana* —añadió Adriana—. Son tan buenos...

—Y tan cariñosos...

—Y tan veloces...

—Y tan listos… *Dolce* me entiende cuando le hablo.

—*Gabbana* me entiende cuando le hablo en español.

—A ver si van a tener altas capacidades —dije yo, porque ya estaba bien de restregarnos la victoria.

—Yo no descarto nada —me respondió Enzo en tono relamido.

—¿Y qué tal las cosas por la granja *Lujuria*? —nos preguntó Adriana desde lo alto de su extremadamente inteligente yegua bilingüe.

—Os llamamos así después del episodio *spicy* de anoche —aclaró Enzo.

Daniel, a mi lado, entornó los párpados.

—No hubo nada de *spicy* en lo que pasó anoche. Sádico, sí, pero *spicy*…

—Tú no sabes lo que es el sadismo —le dije—. Pero tienes unos cuantos meses por delante para averiguarlo. Y vosotros, ya que habéis venido hasta aquí *solo* para vernos, ¿queréis pasar a tomar un café?

—Depende. —Adriana miró nuestra granja con expresión desconfiada—. ¿Recitaste el canto gregoriano que te mandé desde mi cuenta de YouTube? Espero que hayas seguido las instrucciones exactas. Había que recitarlo tres veces, y a medianoche.

—¿Canto gregoriano? —quiso saber Daniel, con la risa cosquilleándole en la voz.

—Para que el espíritu deje en paz vuestras almas.

—Ah. Yo de eso no tengo —la tranquilizó, restando importancia con un gesto.

—Yo, sí —dije—, pero ¿por qué iba a querer el espíritu apoderarse de mi alma viciada? Soy prácticamente Dorian Grey.

—Eso también es cierto —admitió Enzo con un gesto de convicción—. Bueno, supongo que no pasa nada por tomar un café con vosotros. Pero que lo prepare Daniel. No te ofendas, mi amor, pero tu café es espantoso.

—Pues sí que me ofendo, sí.

—Y mira lo desolado que estoy. —Me señaló unas lágrimas imaginarias.

Le saqué la lengua. Después miré a Daniel, que se encogió de hombros, pretendiendo decir algo así como: *qué se le va a hacer, ya hago yo el café.*

Al bajarse del caballo, Enzo me agarró del brazo y me retuvo a su lado mientras Adriana y Daniel entraban en la casa —mi amiga se santiguó tres veces y recitó sus cánticos, para estupefacción de Daniel, que me arqueó una ceja con cara de *¿esta tía va en serio?*

Hice un gesto de impotencia con las manos. Él cabeceó para sí.

—Vuestra comunicación no verbal me indica que estáis intimando.

—Ya verás el tortazo que te voy a intimar yo como no cierres el pico.

—Dime exactamente el número de escalones que tiene su abdomen.

—Qué obsesión tenéis todos con sus abdominales.

—¡Es que está muy bueno! No creía en Dios hasta que vi a Daniel en toalla. Ahora soy un devoto. Y, además, es inteligente. Y tierno. Y dulce. Después de la que liaste ayer, te dio su filete y…

—Me abandonó en un motel cutre después de follarme como si no hubiera un mañana. Fin del alegato, señoría —le cerré la bocaza antes de que siguiera ensalzando a Daniel, que no en vano se había ganado el apodo de *El cabrón.*

—Santa María, madre de Jesús. Cuéntame todo lo que te hizo.

—Sigue andando, si no quieres que les cuente a todos los fans de *Granjeros* que tu lista de reproducciones de *Spotify* solo incluye canciones de Brian Adams.

—Eso es cruel.

—¿Por qué ser una princesa cuando podrías ser la villana? —repliqué mientras me estudiaba las uñas con expresión impasible.

Enzo resopló y me siguió por el patio.

*****

—Y aquí está el video de cuando *Dolce* resolvió su primera ecuación de segundo grado. ¿Lo veis? Me está señalando con el hocico cuál la respuesta correcta.

—¡Ay! Enséñales el video de *Barnabas* y *Gabbana* jugando en el patio.

Daniel y yo intercambiamos la enésima mirada horrorizada.

Fuimos unos buenos anfitriones, a pesar de todo. Daniel preparó café y yo compartí mis Oreos, pero, en cuanto se marcharon, nos volvimos el uno hacia el otro y con solo una mirada nos pusimos de acuerdo sobre algo crucial:

—¡Hay que conseguir caballos! —exclamamos al unísono.

El primer consenso de la historia. Éramos una coalición. No estoy de acuerdo con nada de lo que representas ni defiendes, pero hagamos un frente unido por una vez. En vez de enemigos, seamos aliados porque hay opciones peores que tú.

Como, por ejemplo, que Rita o los amish acaben ganando el *reality*.

Porque, si mis amigos se pavoneaban así, no quería ni imaginar lo que harían los enemigos.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunté, ya que nunca está de más escuchar a otros y, además, no se me ocurría nada inteligente.

—Tendremos otra oportunidad el sábado en la feria. No la cagues otra vez.

Le di un golpecito en el dedo con el que me señalaba.

—Yo nunca la cago. Guárdate ese dedo antes de que te lo retuerza. ¿Qué feria?

Daniel me puso mala cara.

—¿En serio? Lo ponía en el e-mail.

—Nunca leo los e-mails. Hazme un resumen breve.

Resopló, entornó los párpados y se exigió a sí mismo calma.

—El sábado se celebra una feria de productos locales de las granjas. Tendremos que ir a vender algo para sacar dinero.

—¿Y qué tenemos nosotros, aparte de arañas y ratas copulando en el granero?

—No lo sé. No hemos inspeccionado la granja todavía.

—Tienes razón. ¡Hagámoslo!

Me había vuelto intrépida de repente. Era la fiebre de la competición.

—Puede que tengamos mermeladas o miel en el sótano.

Retrocedí, horrorizada. L0 de ser intrépida hasta volverme alocada tampoco era mi rollo, ¿eh? Yo era más de sopesar las cosas con tranquilidad y desde un sitio con luz natural. Y, además, la fiebre me daba escalofríos.

—Uy, no. Ahí entras tú, que eres el de los bíceps fuertes.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Daniel negó, desconcertado.

—Pues que, si hay un espíritu, podrás con él.

—Un espíritu es un ente incorpóreo —me recordó con indulgencia.

—¿Vas a poner pegas a todo?

—Está bien —cedió, resoplando—. Iré yo al sótano.

—Mi héroe. ¿Algún último deseo, por si acaso?

Se volvió desde la puerta que yo había bloqueado con una silla el primer día.

—Quítate esa camisa —me pidió, después de escanearme con la mirada.

Ja. Tendría que estar realmente moribundo para que yo le concediera tal capricho.

—¿Sabes? Tengo otra frase para ti —le respondí, con excesiva dulzura.

Sonrió, de lado.

—¿Cuál?

—*Hijo, la gente se muere así sin más. Tú mismo podrías aparecer muerto mañana.*

—Esa no me la sé. ¿De qué es?

—Los Simpson.

—Hum.

Y el muy insensato bajó al sótano.

Me volví hacia la cámara.

—¿Me pongo un vestido negro en su funeral o mejor un traje pantalón para que Daniel, desde el hoyo, no pueda mirar por debajo de mi falda? Todos sabemos que eso es algo que él haría.

Una de cal, una de arena



Lucy

Como no había mermeladas en el sótano y tampoco teníamos caballos, decidimos dar una vuelta a pie por nuestras tierras en busca de otros productos de la granja aptos para ser vendidos en una feria.

Daniel dijo que el terrero no admitía coche, y decidí hacerle caso por una vez.

Así pues, me puse unos vaqueros, una sudadera con capucha por si al final llovía y lo seguí por el prado.

El terreno detrás de la granja se elevaba en una pendiente que al poco tiempo me dejó sin aliento. Me tenía a mí misma por una persona en forma. Hacía deporte, salía a correr con Kim, pero, mira por dónde, era incapaz de subir una cuesta.

—¿Todo bien ahí abajo? —me gritó Daniel desde lo alto de la colina.

—Sí, sí. Solo estaba… olisqueando el campo —respondí, para justificar por qué, al girarse para comprobar por dónde iba, me había encontrado a cuatro patas.

Daniel siguió subiendo con sorprendente ligereza, dado que probablemente recordaba cuándo se inventó la imprenta...

La segunda vez que se giró, yo estaba todavía más encorvada. Me había dado cuenta de que era más fácil subir si usaba mis cuatro extremidades. Estúpido *homo erectus*. Seguro que ese vivió en una zona plana.

—Es que esta parte no la había olisqueado —expliqué al ver la cara de perplejidad que puso. Cierto es que la escena recordaba a Drácula, el de Bram Stocker, trepando por los muros del castillo, para estupefacción de un atónito Jonathan Harker.

Daniel tenía más o menos la misma cara, mitad grima mitad fascinación. Le vi negar mientras bajaba la cuesta con la misma facilidad con la que había subido.

—Venga.

—¿Qué haces? No necesito ayuda para… —Pegué un gritito cuando me levantó en brazos, sin el menor esfuerzo—. ¡Que puedo yo sola!

—Ya lo sé. Pero se trata de ir y volver antes del atardecer para que no se nos coman los…

—¿Vampiros? —propuse, agarrada a su musculoso cuello.

Sonrió y, a pesar de ser un cabrón, o quizá por ello, la sonrisa que me dedicó fue tan sexy que se me clavó en el corazón.

—Lobos.

—Ah. Eso es menos sexy.

—Imagínate nuestras tripas esparcidas por el prado.

—Ugh. Aunque no sé si los lobos tendrían suficiente fuerza en los colmillos como para atravesar esta tableta de acero.

Le di unos toquecitos en el abdomen, no porque quisiera tocarlo a todas horas, sino para burlarme. Ejem.

Daniel soltó una carcajada y negó para sí.

—Te lo digo en serio: estás obsesionada. ¿Soy el tío más bueno que conoces?

—Ah, cállate, capullo engreído.

En lo alto de la colina, había manzanos. Un montón de manzanos, llenos de apetitosas manzanas rojas que hubieran deleitado a la madrastra de Blancanieves.

—¡Venderemos manzanas! —exclamamos Daniel y yo al unísono.

Y nos abrazamos entusiasmados, olvidadas por un momento todas nuestras rencillas.

*****

Más tarde, ese mismo día, aproveché que Daniel se había metido en la ducha, y que el agua tardaba una eternidad en calentarse, para trastear con su portátil.

—Me pica la curiosidad por saber qué clase de porno ve Daniel —les expliqué a los fans, que seguro que me miraban perplejos en aquel momento.

Por lo poco que había visto de las demás parejas, Ashley se pasaba el día horneando bizcochos y limpiando la casa como si fuera el escenario de un crimen para que no pareciera tan evidente que su marido y ella ni siquiera se dirigían la palabra, Rita y Richard se peleaban a todas horas, y Enzo y Adriana tenían mejor cobertura que nosotros y, por ende, acceso a Netflix.

De modo que Daniel y yo éramos la comidilla del grupo y, en fin, alguien tenía que entretener al populacho.

—¿¿Qué?? Mirad esto. En su historial no hay pornografía ni una comparativa de las mejores lociones crece-pelo del mercado, que hubiera sido lo adecuado, dada su avanzada edad. Pero no, he encontrado algo mucho peor. ¡Me ha buscado en Google! ¡Varias veces! Oh, Dios mío. *Lucy Carrigan Wikipedia*. Mi Instagram… ¡Fotos de Google! Santo Dios. Chicos, la pornografía de Daniel ¡soy yo!

Miré a la cámara con los pelos como escarpias.

Donde las das, las toman



Daniel

Ya había visto a Lucy husmear en mi portátil, así que, al día siguiente, cuando se fue a visitar a sus amigos, me preparé un café ecológico cultivado a 800 metros de altura, sin herbicidas ni pesticidas ni fertilizantes químicos, y encendí su portátil. No tenía contraseña. Estupendo. Si ella violaba mi intimidad, yo violaría la suya.

Di un sorbo al café, hojeé su manuscrito y vi que estaba muy bloqueada. Activé el control de cambios y le hice unas cuantas sugerencias. Iba a odiarme por ello, pero la ayudarían a salir del callejón creativo en el que se había quedado encerrada.

Satisfecho con los consejos que le di, fui a buscar su historial de Google. Estaba intrigadísimo. ¿Qué clase de cosas buscaba ella en internet? ¿Videos de gatitos? ¿A su exnovio del instituto?

La realidad fue bastante más espeluznante.

Esa mañana, a las 09:35: *¡¿Cómo deshacerse de un cadáver?!*

Pero si ella no escribía sobre crímenes. ¿A qué venía esa búsqueda?

A las 09:32: *¡¿Cómo deshacerse de un cadáver de 1,87 m con abdominales delineados?!*

Giré el cuello lentamente para mirar a la cámara, horripilado.

—¡Planea asesinarme! Mirad esto. *¿Cómo hacer que los cerdos se coman a un tío atlético lleno de esteroides?* ¡Yo no me meto esteroides! ¿De qué va? Este historial me está inquietando mucho.

A las 09:30 había buscado*: Cómo conseguir un arma sin registrar en el estado de Montana.*

Estaba cada vez más horrorizado.

Hasta que llegué a la búsqueda realizada por la jovencita Norman Bates a las 09:25: *Tengo una frase para ti, Daniel: ¡zas en toda la boca!*

Miré a la cámara con expresión de pocos amigos.

—La cabrona sabía que haría esto. Su siguiente búsqueda es *muajajajajaja.* Odio admitirlo, pero es más lista que yo. Maldita sea. ¿Sabéis qué? Voy a cambiarle el fondo de pantalla. Le pondré una foto mía sin camiseta. Total, soy su *crush*…

*****

—¡Daniel! —rugió por la noche, nada más encender el portátil.

Sonreí a la cámara. Yo estaba sentado en el sofá, viendo la tele, y ella, a mis espaldas, instalada en la mesa del comedor para poder enchufar el portátil.

—¿Sí? —repuse, todo inocente.

—¿Por qué tengo una foto tuya medio desnudo de fondo de pantalla?

—Porque soy más guapo que Ryan Gosling.

—A ver si te enteras, capullo: nadie es más guapo que Ryan Gosling. Excepto Henry Cavill.

—Creía que no te gustaban los tíos llenos de esteroides.

—No me gustan. Lo de Henry es natural.

—Eso solo demuestra lo ingenua que eres.

—No vuelvas a tocar mi portátil nunca más, Dexter.

—Lo mismo te digo.

Continué viendo la tele, tan tranquilo. Ella siguió a lo suyo, hasta que gritó:

—¿CÓMO te atreves?

Volví a sonreír. Había descubierto mis sugerencias.

—Tocar mi… Espera. Esta no está mal. Uy, esta es muy buena. Sí, es exactamente lo que haría mi personaje.

Mi sonrisa se hizo más amplia al oír lo deprisa que tecleaba.

—De nada.

—Tranquilo, te podré en los agradecimientos. Para Daniel el cabrón.

Me reí, y ella tecleó sin parar durante la próxima media hora.

—Hace un poco de frío. —Me levanté del sofá y me estiré delante de ella. Mierda, me estaba poniendo cómodo, como si lleváramos cinco años juntos, cuando en realidad ni siquiera estábamos saliendo—. ¿Enciendo la chimenea?

«Cállate, Daniel».

Me miró como si fuera una especie de héroe.

—¿Harías eso?

El lado derecho de mi rostro se empeñaba en sonreír en contra de mi voluntad.

—Si es lo que quieres, sí.

—Sería estupendo. Gracias.

La observé un rato más largo de lo prudente.

—De nada —dije al final, un poco avergonzado por sentirme cómo me sentía.

Después de encender el fuego con la leña que me había traído esa tarde del cobertizo, abrí una botella de vino que había encontrado en el sótano y, después de olerla para comprobar que estaba en condiciones óptimas de consumo, serví dos copas. La primera se la di a ella.

—Esto es… —calló y me evaluó en silencio, con el fuego de la lumbre reflejándose en las pupilas. Conforme pasaban los segundos y solo se escuchaba el crujir de la madera, tuve la sensación de que Lucy empezaba a verme desde una nueva perspectiva—. Es muy guay. ¿Cómo es que se te da tan bien encender el fuego? Te ha salido bien a la primera.

—He practicado mucho. Mi casa de la playa no tenía otra calefacción excepto la chimenea del salón.

Dio un sorbo al vino y me miró sorprendida.

—¿De verdad tenías una casa en la playa? Creí que me habías contado una trola.

—No lo hice. Todo lo que dije esa noche era cierto.

—¿Incluso que yo era guapa y sexy? —repuso, coqueteando.

Me reí por lo bajo.

—Sobre todo, esa parte —admití, lanzándole un guiño seductor.

Su rostro se abrió en una sonrisa.

—¿Sabes qué, colega? Empiezas a caerme un poco mejor. En los agradecimientos pondré: *para Daniel el cabrón, con un ligero cariño, Lucy.*

Solté una carcajada y esta vez fue ella la que me guiñó el ojo a mí.

Y recuerdo que pensé que se equivocaba. Eso era más que *guay*. Era perfecto. Era como si algo acabara de encajar por fin. Estábamos ahí en perfecto silencio, con el vino y la chimenea y yo… digamos que no deseaba estar en ningún otro sitio.

*****

Una media hora más tarde, dejó de escribir y se sentó a mi lado en el sofá. Nadie dijo nada. La madera siguió crujiendo mientras los dos observábamos el fuego, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Tomé un sorbo de vino más largo de la cuenta para controlar el nerviosismo que me sorprendió de golpe al tenerla tan cerca de mí, en un silencio tan íntimo. Las chimeneas tenían algo de erótico.

Lucy me lanzó una mirada rápida, exploradora.

—Deberías enseñarme a encender fuego —sugirió en tono casual, pese a la chispa de curiosidad que ardía en sus ojos—. Por si al final se te comen los lobos o lo que sea que haya en el sótano. Tengo que estar preparada para sobrevivir sola en este lugar.

Sonreí de medio lado, divertido por la idea.

—¿Y qué gano yo con eso? —repliqué, con una seriedad que no era verídica.

—¿Qué te parece mi eterna gratitud, por no mencionar mi entretenida compañía hasta que tus tripas acaben esparcidas por el prado? O por el sótano…

Solté una risa rasposa mientras ella le daba un trago largo a su copa y me guiñaba el ojo con una mezcla de picardía y coqueteo.

—Creo que podré vivir con eso. —Me incliné un poco más hacia ella, sin dejar de estudiar sus ojos—. Confieso que se me está haciendo un poco raro todo esto, Luce.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—Que estemos los dos aquí, en una situación como esta, relajada, con el calor de la chimenea, el vino y… sin tanta pelea de por medio.

Lucy soltó una risita y, al hacerlo, algo en su expresión se suavizó. Por primera vez desde que nos habíamos reencontrado, las barreras parecieron desaparecer un poco.

—Supongo que puedo ser buena compañía, para variar —concedió, sin perder la sonrisa.

Callé unos cuantos segundos, resistiéndome a romper el contacto visual. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su respiración.

—No lo supongas. Lo eres —le respondí con voz baja, casi susurrante. No quería romper el hechizo temporal en el que nos habíamos quedado atrapados.

Su primera reacción fue sorprenderse. Luego me lanzó una sonrisa leve que atrajo mi atención hacia su boca.

—Sé que lo soy. Solo intentaba ser modesta porque hay cámaras y gente mirando.

Compartimos una risa corta y una mirada más larga de lo prudente.

Las llamas continuaban su apasionada danza en la chimenea, y creo que ambos comprendimos entonces, sin necesidad de palabras, que aquella noche algo sutil y a la vez profundo había cambiado entre nosotros.

Al día siguiente, Lucy se dejó la pantalla del portátil subida cuando salió al patio para atender una llamada personal y yo, al pasar por delante, vi que todavía no había quitado mi foto de su

salvapantallas.

Sonreí satisfecho, sorbí café y la espié a través de la ventana. No dejaba de dar vueltas por el jardín mientras, con el móvil pegado a la oreja, se retorcía un mechón de pelo sobre el dedo índice.

Me parece que estaba enamorándome de ella.

Extrañas alianzas



Georgia

La tarde caía perezosa sobre las granjas. El cielo, una perfecta fusión de tonos carmesí y morados, desafiaba la previsión meteorológica, que había augurado *agua por un tubo*. Irónicamente, no había ni una sola nube en el horizonte.

Nuestros concursantes estaban a punto de enfrentarse al segundo reto del programa: construir un corral.

El nerviosismo se palpaba en el aire, aunque no todo el mundo gestionaba las emociones con la misma eficiencia.

En algunas granjas, el silencio irreal del campo estaba siendo alterado por risitas cómplices. En otras, por peleas suculentas.

La que se había coronado como pareja favorita de los fans (a la gente le encababa la tensión sexual no resuelta que había entre ellos) estaba creando mucha expectación en las redes.

Un gran porcentaje de seguidores había apostado a caballo ganador desde que esos dos habían superado sus diferencias con una copa de vino y un fuego de chimenea.

Mi jefe estaba encantado con el giro romántico. Yo lo aborrecía porque, en fin, ese hombre ERA MÍO.

Pero, como era una profesional, tenía que dejar de lado mis deseos de apareamiento si pretendía llevar el programa hasta máximas históricas de audiencia. Tenía que conseguirlo porque necesitaba a toda costa destronar a Jerry Monahan, rey intocable de las noches americanas, imbatible en los *ratings* y en el corazón del público; un obstáculo súper sexy que era preciso superar, sin importar el cómo, porque me había acostado con él y no me había llamado desde entonces. Se la tenía jurada a ese capullo y, si había algo que deseaba más que a Daniel Finn en mi cama, desnudo y con una rosa roja entre los dientes, era mi venganza.

—Georgia, no sé en qué estás pensando, pero me inquieta tu expresión facial. Cambia esa cara. Vamos a entrar en directo en cinco, cuatro, tres, dos…

Sonreí a la cámara que me apuntaba y… aaaaa-cción.

—Buenas tardes, América, y bienvenidos a *Granjeros*, el *reality* que lo va a petar esta temporada. Soy Georgia Heller y hoy nuestros queridos concursantes se enfrentarán en el segundo desafío del programa: construir un corral. Todavía no tienen gallinas, pero por algo

habrá que empezar. Veamos cómo están arrancando las obras de desarrollo urbanístico en Montana.

En directo desde la Granja McGregor

Lucy, con los brazos en jarras y cara de no tenerlas todas consigo, estudiaba el montón de tablas y herramientas dispuestas a sus pies.

—¿Y dices que hay que construir un corral desde cero?

Daniel, con sonrisa divertida, inspeccionaba la madera como si supiera exactamente lo que había que hacer a continuación. Siempre he pensado que un hombre al cargo de la situación resulta muy sexy.

«Que se la quite, que se la quite, que se la quite…»

¿Por qué nadie más estaba coreando para que Daniel se quitara la camiseta? Teníamos un público muy soso.

—No es tan difícil. Un par de clavos y un poco de paciencia.

—¿Paciencia? Justo lo que yo no tengo.

—Tranquila. A mí me sobra. Lo haremos como en un quirófano. Yo soy el cirujano y tú, mi sexy ayudante.

—Ves demasiado porno, Daniel.

Él soltó una carcajada rasposa y miró a la cámara, negando en señal de rendición.

Parecían tenerlo todo bajo control. Al menos nadie estaba persiguiendo a nadie con el martillo. Y menos mal porque el seguro no cubría *accidentes* de esa índole.

—Clavos.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A una pieza larga y delgada, con cabeza y punta, que sirve para introducirla en alguna parte. Mierda, sí que ha sonado guarro.

—Ya sé lo que es un clavo, Daniel, gracias por tu explicación. Me refería a qué tipo de clavo quieres, porque los hay de varios tamaños.

—Ah. Pues… los de punta gruesa.

—Aquí tienes. Y deja ya el porno.

Daniel volvió a negar mientras incrustaba el primer clavo.

Bebí un sorbo de agua fresca. La conversación sobre puntas gruesas que se clavan en sitios me había puesto a cien.

En directo desde la Granja Vernon

Rita, con gafas de sol oscuras y una enorme pamela blanca, a juego con sus pantalones *palazzo*, sujetaba en brazos al chihuahua, que también llevaba algo en la cabeza, una especie de sombrerito para protegerse del sol poniente.

Richard parecía un poco exasperado mientras trataba de explicarle a su compañera de equipo el plan.

—¿Quieres que sostenga el qué? Richard, mis manos no están hechas para la carpintería rustica. Y, ya te lo he dicho, poner un corral aquí es un atentado contra el buen gusto. Además, no creo que *Princesa* pudiera encajar bien con las gallinas. Cogería piojos. Así que ni hablar. No vamos a construir nada ni vamos a tener gallinas. Exijo hablar con mi abogado.

Ellos no lo tenían todo tan controlado.

Y lo del abogado de Rita empezaba a irritarme. Cada dos por tres amenazaba con demandarnos.

Tomé la decisión de reducir su tiempo en pantalla para conceder protagonismo a otras parejas. Por si Rita no lo sabía aún, ahí yo era Dios.

Y, hablando del tema...

En directo desde la Granja La Esperanza

Alejados de la sorprendente camaradería que demostraban Lucy y Daniel en la Granja McGregor, Ashley y Elijah, la auto nombrada pareja perfecta del *reality*, se enfrentaban a un nuevo desafío marital.

Cualquiera hubiera dicho que solo se enfrentaban al reto del construir un corral, pero no, la tensión entre ellos era tan palpable que me daban calambres. Me recordaba a mi primer matrimonio.

También me recordaba al tercero.

Elijah, de pie, con el ceño fruncido, estudiaba el plano que había dibujado, mientras que Ashley, a una distancia prudente y cruzada de brazos, lo retaba a una batalla silenciosa.

—¡No podemos hacerlo así, Elijah! —lo soltó por fin, antes de que la idea le explotara dentro del cerebro.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo dices y punto? —repuso él sin mirarla.

Casi que mejor. Ashley lo asesinaba lentamente con la mirada. No parecía dada a las insubordinaciones.

—¡Porque no lo haces bien! Sigue las instrucciones. Es un corral, por el amor de Dios, no una de esas políticas modernas en las que cada uno hace lo que le viene en gana. Te comportas como un *hippie*. Tu madre estará avergonzada ahora mismo. Si estás viendo esto, Pearl, por favor, explícale a tu hijo que la anarquía no es para gente como nosotros. Nosotros.Seguimos.Las.Instrucciones.

Elijah cogió una tabla, la presentó y empezó a clavarla en el suelo con más fuerza de la necesaria.

—Relájate, Ashley. Todo tiene que ser un problema para ti. ¿Puedes confiar en mí por una vez?

—No es cuestión de confianza.

—TODO es cuestión de confianza. Desde lo de la caja de zapatos, no me quitas el ojo de encima.

Miré al público con expresión confundida. ¿Caja de zapatos? ¿Qué suculento chisme nos estábamos perdiendo?

—Ni se te ocurra, Elijah. NI se te ocurra —amenazó Ashley con voz vibrante—. Cierro ese capítulo para siempre. ¡Y haz el corral como Dios manda! Sé un hombre, para variar. Noé se las ingenió para construir un arca y salvar el mundo. Digo yo que tú podrás con un mísero gallinero.

Elijah dejó de ensañarse con los clavos y levantó la mirada hacia su esposa con una lentitud que a mí, personalmente, me puso los pelos de punta.

—Ya que nos estamos poniendo bíblicos, ¿quieres que te construya también tu propia versión del paraíso?

—Solo quiero que hagas esto BIEN. No pido tanto.

—Claro. Todo tiene que ser perfecto de cara a los demás. Como si fuera verdad.

Dicho esto, Elijah golpeó un clavo con fuerza excesiva, aunque no la suficiente como para amedrentar a su mujer.

—No te estoy pidiendo perfección. Solo te pido que seas un hombre.

—No dejas de repetirlo. Pero, tranquila, cielo. *Soy* un hombre.

—A ver si es verdad —espetó Ashley antes de irse a, sospechaba yo, hornear otro bizcocho.

Parecía la única forma que tenía de superar su crisis matrimonial. Nadie le había hablado de las terapias. O a lo mejor sí, pero consideraba que eran para *gente moderna*.

Su marido se quedó en el patio, incrustando clavo tras clavo. Cada golpe resonaba más fuerte que el anterior.

En directo desde la Granja Old Creek

Los Granjeros Poseídos, como se les solía llamar en las redes sociales, se lo tomaban todo a la ligera.

Enzo, con su entusiasmo característico, clavaba tablas mientras Adriana le daba indicaciones a gritos, cada una más extravagante que la anterior.

—¡Más a la derecha! No, no, ¡tu otra derecha! ¡Ay, Dios mío! ¡Ya tenemos la estructura! Chicos, estamos a punto de construir el corral más glamuroso de la historia.

—Cuando tengamos gallinas, pienso nombrarlas como a las modelos de Victoria's Secret —se le ocurrió a Enzo, cuyo martillo dejó de sonar por unos momentos para apuntar a su compañera.

—¡Me encanta! —Adriana empezó a pegar saltitos y a aplaudir.

Admito que eran mi pareja favorita. A Daniel no lo quería en pareja. Lo quería soltero.

Y, hablando del tema…

En directo desde la Granja McGregor

—¿Sabes lo que haces, o solo te gusta fingir que eres un tipo rudo del campo? —estaba diciendo Lucy cuando retomamos la conexión con ellos.

Daniel, en camiseta de manga corta que le marcaba los músculos y vaqueros desteñidos que le hacían un trasero estupendo, soltó una carcajada y, con una expresión de falsa modestia, respondió:

—Digamos que soy un hombre de múltiples talentos. —Le lanzó un guiño—. Si quieres aprender, tal vez pueda darte una clase práctica. ¿Qué tal ahora?

Lucy resopló.

Aun así, se acercó a él y tomó el martillo de su mano. A todos nos quedó claro que se estremeció cuando sus dedos rozaron los de Daniel, aunque ella, sin querer conceder importancia al asunto, clavo la mirada en las tablas.

—No parece difícil. Solo hay que dar golpecitos.

Levantó el martillo y, al primer porrazo, la tabla se tambaleó, desajustándose.

Daniel rio y sostuvo la madera firme para que ella pudiera golpearla. Ni idea de cuándo se habían convertido en un equipo. No me gustaba.

—Necesitas un poco menos de fuerza y un poco más de control. Así. —Sus manos guiaron las de ella con cuidado. Lucy puso cara de angustia al principio. Luego, su expresión quedó suavizada conforme lograba clavar la tabla sin problemas—. Lo estás haciendo genial —le dijo Daniel, frase gracias a la cual se ganó una enorme sonrisa.

—Lo admito, esto me divierte. Creo que ya lo tengo. Puedes soltarme.

—¿Seguro? Porque podría quedarme aquí, pegado a ti, un rato más. Y no mientas, sé que eso te gustaría.

—Tengo una frase para ti, Dexter —le respondió ella con una sonrisa de lado.

—¿Hagámoslo en los establos? —le propuso él con las cejas arqueadas en un gesto insinuante.

—*Tío, estás confundiendo la realidad con el porno otra vez.*

—Suele pasarme. ¿Cuál es la frase?

—*Esa* es la frase.

—¿Esa es la frase?

Daniel estaba súper guapo cuando ponía cara de confusión.

—Sip.

—¿De qué es?

—*Supernatural*. Sam y Dean.

—No la he visto.

—Pues deberías.

—A lo mejor podemos verla juntos.

—Si consigues que funcione el wifi…

—¿Probamos con el canto gregoriano que te mandó tu amiga? A ellos parece ser que les ha funcionado.

Lucy soltó una carcajada y golpeó otro clavo. Ya casi tenían el corral. Iban a ganar porque quedaban dos minutos y Richard había conseguido levantar el corral solo para que se desplomara unos tres segundos después, Elijah iba por la mitad y Enzo y Adriana habían clavado tablas sin ninguna lógica, hasta convertir el proyecto en arte abstracto e incomprensible.

Y las luces se apagaron



Lucy

La tormenta se desató con furia esa noche, un rugido primigenio que parecía salir de las mismísimas entrañas de la tierra.

—Espero que aguante el gallinero —le dije a Daniel, que estaba sentado en el sofá, absorto uno de esos libros suyos de portadas perturbadoras.

A mí me gustaban las portadas bonitas, coloridas, alegres, portadas *chick lit*, en definitiva, que anunciaban una novela fresca y divertida. A él le chiflaban las oscuras, con letras extrañas y dibujos tenebrosos.

Porque era Darth Vader.

Sin despegar la vista de la página, murmuró:

—Aguantará.

—Más vale. Porque, si no, no nos traerán las gallinas mañana.

—Tendremos gallinas. No te preocupes —murmuró mientras pasaba la página.

Con un suspiro, solté la cortina y me volví hacia él.

—Mis amigos y yo teníamos pensando ir al bar para celebrar que, por segunda vez, uno de nosotros les ha arrebatado la victoria a los amish, pero con el tiempo que hace, hemos cancelado el plan. Será mejor que me ponga a escribir un rato.

En cuanto lo dije, se fue la luz. Solté un grito y al instante una mano cálida rodeó mi muñeca.

—Tranquila, solo es un apagón.

—No puedo estar en esta casa si no hay luz. En la oscuridad pasan cosas. Cosas que se mueven, cosas que susurran… La oscuridad cobra vida.

Una luz blanca enfocó mis retinas. Daniel me estaba apuntando con la linterna del móvil. Y también con su mueca de exasperación.

—Cálmate, Stephen King. ¿Mejor así?

—No. Te vas a quedar sin batería y ¿cómo voy a llamar a emergencias cuando se te coma lo que sea que haya en el sótano?

—Me encanta tu optimismo.

Fui tras él. Ni de broma iba a quedarme sola en el salón en completa oscuridad. Todas las noches dormía con la lámpara encendida.

—¿Qué estás trasteando con el cuadro de luces? ¿Ahora eres electricista?

—Solo quiero asegurarme de que es un apagón.

—¿Y? —dije mientras tiraba de las mangas de mi jersey para cubrirme los dedos. Estaba helada y vulnerable.

—Lo es.

—Temía que dijeras eso.

—Es lo que hay.

Se marchó, y yo volví a seguirle como un perrito.

—¿Qué buscas? —pregunté cuando abrió el tercer armario de la cocina.

—Cerillas. Mechero. Dos piedras… Lo que sea que encuentre primero.

—Aquí. —Abrí un cajón, cogí una caja de cerillas y se la tiré. Él la atrapó al vuelo—. ¿Vas a encender la chimenea?

—*Sip.* Y las velas.

—¿Qué velas?

—Las de los candelabros.

—¿Qué candelabros?

La luz de la linterna lo enfocó a él. Quería que no me perdiera la expresión de irritación que se había apoderado de su rostro.

—Vale, dejo de hacerte preguntas, don Cascarrabias.

—Estupendo.

—Hola, soy Daniel y soy un viejo cascarrabias. Todo me molesta. ¿Qué modas son estas y por qué llevan todos…? ¡Espera! ¡No me dejes aquí sola mientras recito mi monólogo *danieliano*! ¡Tengo miedo!

Le oí resoplar. Un segundo después, su mano buscó la mía. Sonreí en la oscuridad. Si no me hubiera abandonado en un motel cutre, lo habría encontrado entrañable. Pero me había abandonado. Como a UN PERRO.

—Ten. Sujétame la linterna.

Obedecí y, unos dos minutos después, se hizo la luz. La de la chimenea, claro.

—Sí, mejor. Aunque sigo sin estar cómoda con tantos rincones oscuros.

—Espera. No he terminado.

Fue encendiendo los candelabros de uno en uno. Resulta que había un montón. A lo mejor los apagones eran habituales por ahí.

—Alto, ¡¿adónde vas?! —me inquieté cuando vi que se dirigía al sótano.

—A por otra botella de vino. La de la otra noche estaba bien.

—Danny, por tu madre, ¡NO BAJES AHÍ!

—No me llames Danny. Y tranquilízate, no va a pasarme nada. ¿Puedo decir que es muy mono que te preocupes por mí?

—No es mono. Y no me preocupo por ti. Me preocupo por mí misma. No quiero quedarme sola en este salón lleno de candelabros. Me hace pensar en la canción *Don't Fear the Reaper*. Lo cual me pone los pelos de punta.

Por cómo arqueó las cejas, deduje que pensaba que yo estaba en la parra por completo.

—¿Qué?

—*Y la puerta se abrió y el viento sopló. Las velas se apagaron y desaparecieron* —canturreé.

Daniel soltó una carcajada.

—Estás como una regadera. Vamos, acompáñame al sótano.

—¡¿Qué?! —me horroricé.

—O yo o la parca. Tú misma.

Fui tras él de inmediato.

La madera de las escaleras crujía de forma cada vez más siniestra conforme nos adentrábamos en las entrañas de la casa.

Yo iba canturreando la misma frase una y otra vez (*nena, no le temas a la muerte)* para envalentonarme e ignorar el olor a podredumbre y sepulcro que manaba del sótano.

—¿Dónde están las dichosas botellas? Y, por cierto, tenemos que hablar de tu alcoholismo.

—¿Qué? Yo no soy alcohólico.

—Lo eres si has bajado aquí en medio de un apagón.

No le veía la cara. A pesar de ello, sabía que estaba sonriendo.

—Ya tengo el…

—¡Aaaahhhh!

—Eh, eh, eh, ¿qué pasa? —preguntó Daniel preocupado mientras me estrechaba contra su pecho. Me acababa de lanzar a sus brazos como una histérica y su sentido primitivo de *machoman* lo había hecho rodearme en un abrazo para protegerme del peligro.

—Algo me ha… algo me ha…

—Respira. ¿Algo te ha rozado?

—Sí.

—¿Dónde?

—En los dedos —respondí, escondiendo el rostro en su cuello, raspándome sin pretender con su mejilla sin afeitar—. Ayyyy. Tenía un roce suave. Parecía la momia. Por Dios, ¿qué era eso?

Su fuerte mano me frotó la espalda con ademán tranquilizador.

—Una cuerda. Solo era una cuerda. Mira, hay una cuerda que cuelga del techo.

Miré hacia donde enfocaba la linterna y, efectivamente, había una cuerda colgada.

—¡Por Dios! Coge el puñetero vino y larguémonos de aquí de una vez porque hay una frase muy inquietante dando vueltas por mi cabeza.

—¿En serio? —se le notaba la risa en la voz—. ¿Cuál?

—*Flotan, Georgie. Y cuando estés aquí abajo, conmigo, tú también flotarás.*

Se estuvo riendo con tantas ganas que le propiné un golpecito en el brazo para que se callara de una vez.

—Ya, ¿no?

Pero siguió riéndose. Luego me dijo:

—Vamos, Georgie. Subamos.

*****

En el sofá, con una copa de vino en la mano y la chimenea encendida, arrojando un reconfortante calor sobre nosotros, se estaba mejor.

Empezó a entrarme la típica modorra que sueles sentir después de un ataque de nervios. Quería desperezarme como un gato, pero Daniel no dejaba de estudiarme con ojos oscuros y atentos. La mezcla de socarronería y dulzura que se insinuaba en las comisuras de sus labios me impedía relajarme del todo.

—¿Qué? —gruñí, exasperada.

Negó despacio. Se comportaba como si estuviera sopesando una broma o un comentario ingenioso.

—Nada.

—Algo te pasa, así que suéltalo.

—Me gustas —contestó con llaneza.

—Tú y yo jamás volveremos a estar juntos en una cama. Quítatelo de la cabeza.

Soltó una risa suave y rasposa.

—No iban por ahí los tiros, pero vale. Lo acepto.

—Pero jamás, jamás.

—Te oí la primera vez. No hace falta que metas el dedo en la llaga.

—Solo quería asegurarme. Oye. Quiero preguntarte una cosa —cambié de tema después de sorber un poco de vino. Hablar de sexo en un ambiente tan íntimo y romántico podía ser peligroso.

—Dispara.

Lo miré a los ojos. Estaba muy relajado, con el brazo extendido sobre el respaldo del sofá, las piernas separadas y esa sonrisa fácil, indicio de que nada en el mundo hubiera podido inquietarlo. El fuego se reflejaba en su anguloso rostro y, madre mía, era guapo de narices. Una parte retorcida de mi cerebro me proyectó una imagen de mí misma acurrucada en su regazo, a punto de besarlo. Esas neuronas descabelladas ya estaban tardando en hacerse el *harakiri*.

—¿Por qué te molesta tanto que te llame Danny?

Dejó que el silencio cayera sobre nosotros unos segundos. Luego se inclinó un poco más cerca de mí, con los ojos clavados en los míos.

—Cada vez que mi padre quería ridiculizarme me llamaba Danny. *Danny, ¿ya estás escribiendo poemas otra vez? Danny, ¿por qué no sales a hacer gamberradas como los chicos normales en lugar de leer esas porquerías? ¿Eres un niño o una niñita, Danny?* Cosas por el estilo, siempre con connotaciones negativas.

Noté que se me formaba una especie de tensión entre las cejas.

—Pero ahora estará orgulloso de ti. Por lo que he oído, harán una película de uno de tus libros, con Ben Affleck en el papel protagonista.

Me miró con atención, el tipo de mirada que me hacía sentir completamente expuesta.

—Bueno, mi padre no es un hombre fácil de impresionar. Si yo consiguiera la paz mundial, me diría que el problema no radica en la guerra, sino en las enfermedades, en la contaminación, en la pobreza, en otros tipos de violencia, en los desastres naturales, etc., y que hasta que aquello no esté solucionado, no tiene sentido darse palmaditas en el pecho ni colgarse medallitas.

—¿Sabes? Me parece que voy a llamarte Daniel a partir de ahora.

Sonrió y me lanzó un guiñó apremiante mientras chocaba su copa contra la mía.

Y, por segunda vez, yo sentí que lo odiaba un poquito menos.

*****

—Esto… ¿Daniel?

—¿Qué? —gruñó con la cara hundida en la almohada.

—Te parecerá una locura porque a mí me lo parece, sobre todo porque hace un rato te he dicho que jamás volveremos a estar juntos en una cama, pero… ¿te importa que durmamos juntos esta noche?

No solo abrió los ojos de inmediato, incluso se incorporó en la cama.

—Dormir, dormir ¿o…?

Entorné los párpados.

—Dormir, Daniel. Intento conciliar el sueño, pero todo es oscuro a mi alrededor y no dejo de oír ruidos extraños en el desván. No hagas que vuelva a mi habitación. Te odiaré más de lo que ya te odio.

Hizo una mueca y luego apartó la sábana para que me tumbara a su lado.

—Te lo advierto, mi cama es pequeña, de modo que mi cuerpo rozará el tuyo.

—Efectos colaterales. Lo soportaré. Mejor eso que oír a Stephen King susurrarme al oído: *los monstruos son reales, y los fantasmas también son reales.* No dejo de pensar en esa vieja espeluznante que sale de la bañera.

Soltó una risita a mis espaldas y después me pasó un brazo por el abdomen, pegó mi espalda contra su pecho desnudo y me envolvió en un abrazo. Me quedé paralizada. Estábamos haciendo la cucharita. En el motel no llegamos a tanto porque SE LARGÓ.

Y, aunque en medio de un apagón era fácil confundir la gratitud y la supervivencia con mariposas en el estómago, más valía que no se me olvidara jamás.

«Tengo una frase para ti, Lucy: como a un perro».

Redes, arma del Diablo



@emma.rose: ¡Madre.Mía! ¿Creéis que lo habrán hecho anoche?

@kateandcoffee: Maldito apagón. Nos hemos perdido lo bueno.

@josh.taylor: Claro que lo han hecho. Mirad a ese tío. Tiene cara de satisfacción. Y también de agotamiento. Mete, saca, mete, saca, mete, saca. Ñiqui ñiqui, ñiqui ñiqui, ñiqui ñiqui.

@natalie123: Este tío es lo peor.

@emma.rose: Jijijijijijiji.

@josh.taylor: A mamarla. No podéis bloquearme, zorras.

@kateandcoffee: Mejor ignorarle. Es un troll.

@josh.taylor: Tú sí que eres un troll.

@emma.rose: ¿Creéis que hablarán de lo que pasó anoche cuándo se despierten?

@josh.taylor: Los machos no hablamos. Los machos actuamos. Mirad los pantalones de ese tío. Tienda de campaña. Tendréis un remake.

@emma.rose: ¿He oído zumbar un abejorro?

@kateandcoffee: Jajajaja. Emoji, emoji, emoji.

@josh.taylor: Dejaros de emojis. La tía buena se está despertando.

@kateandcoffee: Chicas, fijaros en cómo mira Lucy a Daniel al darse cuenta de que la está abrazando. ¿Y esa sonrisa?

@josh.taylor: Han follado, fijo. Ella ya se ve casada y con hijos.

@kateandcoffee: Claro, porque es lo que queremos las mujeres siempre, ¿no?

@josh.taylor: Os pasáis la vida intentando atrapar a un tío.

@kateandcoffee: Menos a ti, que nadie te quiere ver ni en pintura.

@tigresa82: Que no cunda el pánico. No ha habido sexo. Repito: no ha habido sexo. Solo han dormido abrazados.

@emma.rose: ¡Eso es mucho peor!

@natalie123: ¿Cómo lo sabes, Tigresa?

@tigresa82: Tengo un dron. Y no hablemos ahora de legalidad.

@kateandcoffee: Ja ja ja. Como abogada que soy, te digo que es ilegal grabar a alguien cuando no sabe que le estás grabando.

@tigresa82: Sssssshhh. ¿Por qué es peor dormir abrazados que acostarse?

@emma.rose: El sexo solo es eso, sexo. Con los abrazos se crean vínculos.

@tigresa82: Esa palabra no me gusta. Retírala.
@josh.taylor: Un dron. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?
@kateandcoffee: Lo que nos faltaba: un pervertido tecnológico.
@josh.taylor: Tranquila. A ti no pienso acosarte. Seguro que eres fea y te pones bragas faja.
@kateandcoffee: Toma, Josh, una foto mía en bikini.
@josh.taylor: Hostia Puta. ¿Dónde vives, nena?
@emma.rose: Ja ja ja. ¡Esa es Kate Moss, borrego!
@kateandcoffee: JAJAJAJAJAJA. Pillado y hundido.
@josh.taylor: Amargadas.
@kateandcoffee: ¡¡Troll!!

Cuando volvió a salir el sol



Daniel

Dormida estaba preciosa.

Estuve a punto de tocarle el pelo con los dedos, pero retiré la mano a tiempo y me limité a observarla.

Su respiración era un ritmo suave que me hizo recordar el rumor de las olas que escuchaba desde mi habitación.

Echaba de menos la casa de la playa. El olor a salitre, sentarme en la terraza al atardecer con una copa de vino en la mano y observar el día que se retiraba y la noche que empezaba a extenderse...

En mi terraza, con el eco de las gaviotas de fondo y el clamor de la marea en su ir y venir eterno, todo tenía sentido.

Pero conocí a Rita y ella no concebía la vida lejos de Manhattan. Quería teatros y avenidas palpitando de vida a cualquier hora del día o de la noche, rostros indistinguibles y bullicio constante, cielos de neón y fiestas glamurosas.

Y yo se lo concedí. Por mucho que añorara ver la luna alzarse en mitad del océano, las noches tranquilas y la sensación de libertad salvaje que solo el viento salado trae consigo, intenté adaptarme. Me sentía como pez fuera de agua, pero deseaba encajar y me esforcé por hacerlo. Fui a simposios, a galerías de arte, a bares escondidos donde cualquier idea moría entre luces rojas y humo de cigarrillo.

Intenté encontrarle sentido al caos, a esa urgencia frenética de una urbe donde el mismísimo tiempo se movía a la velocidad de la luz, sin darle nunca un respiro a nadie.

Lo intenté de veras, pero, en el fondo, echaba de menos la sencillez del mar, la arena bajo los pies. Las tormentas que llegaban sin previo aviso, furiosas y salvajes, y luego se retiraban en un silencio solemne. Extrañaba la vida.

En Manhattan había más de un millón y medio de personas y a veces sentía que nadie vivía. Consumían o se dejaban consumir. Algo, alguien, cualquier cosa, y empecé a odiarlo. A detestar los simposios. A rehuir los bares. A responder a las frivolidades con silencio y más silencio. *Tendencia total. Última colección. La nueva moda. Comer aquí se ha convertido en una religión.*

¿Qué cojones? ¿Cuándo habíamos dejado de apreciar la vida? ¿Cuándo habíamos empezado a sustituirla con esa representación barata, ese espectáculo vacío que todos consideraban esencial?

Era como un juego de luces y sombras. El brillo artificial deslumbraba tanto que nadie se daba cuenta de que estábamos interpretando una coreografía sin alma.

Y mientras, poco a poco, me convertía en *el gruñón, el rarito, el inadaptado* (¿por qué tan serio, Daniel?, solían decirme con sorna los amigos de Rita), me preguntaba si alguien, en algún lugar, recordaba todavía lo que era un atardecer sin prisas.

Querer las mismas cosas en una relación es importante porque renunciar a lo que eres o lo que deseas te mata por dentro, y poco a poco tu amor y tu matrimonio se desvanecen con esa parte de ti mismo que intentas ahogar. No tiene sentido pretender ser lo que no eres. Nunca funciona.

Lucy se movió a mi lado, y yo cerré los ojos para que no subiera que me había despertado antes que ella y la había estado observando.

—Ya es de día, Daniel. Puedes dejar de meterme mano.

Sonreí, sin abrir los ojos, y me quedé ahí, tumbado a su lado, los dos despiertos, disfrutando de un amanecer sin prisas.

*****

—Quítate la camisa.

—Deseaba oírte decir eso, pero no en público, Lucinda. Hay niños delante. Contrólate un poco.

Me puso mala cara. Era sábado, día de feria, y los dos atendíamos el puestecillo de manzanas, aunque sin demasiado éxito.

—No quiero enrollarme contigo, borrego. Lo que quiero es vender manzanas para comprar caballos y poder pavonearme por el pueblo. Esto está lleno de mujeres. Venga, coquetea un poco.

—Yo no sé coquetear.

Me dispensó otra mirada irritada.

—Cuando vendes libros, bien que les pones ojitos a las lectoras.

—No es verdad.

—Por favor. Claro que es verdad. Mira, por ahí viene una posible compradora. Venga, pon ojitos.

Lo hice lo mejor que pude, pero solo conseguí que Lucy se sulfurara todavía más.

—¿Intentas coquetear o es que tienes conjuntivitis?

—Ya te he dicho que yo no sé coquetear.

Irritada, se colocó delante del puesto y me estudió a mí y a nuestras manzanas con ojo crítico.

—Lo que falla es la portada.

—¿Eh?

Admito que, a veces, no lograba entender a esa mujer, lo cual, debo decir, me atraía bastante. Los misterios siempre tenían algo de especial para mí. Desde niño me encantaban los acertijos y los puzles. Mi padre decía que era un niño raro.

—El interior es bueno, pero nadie lo sabe porque la portada los echa para atrás. Manzanas rojas. *Manzanas rojas* no tiene chispa, Daniel. Necesitamos un nombre molón.

—Tienes razón.

Cogí una manzana, la froté contra mi pecho para quitarle un poco de polvo y le di un mordisco.

—¿Intento sacarnos de la ruina y tú te entretienes zampando?

Le puse mala cara.

—Crujiente.

—¿Qué?

—Mi adjetivo es crujiente. Toma. Dale un mordisco y dime qué es lo primero que notas.

Obedeció, no sin antes fulminarme con la mirada para dejar claro que mi método creativo le desagradaba.

—Dulce.

—Bien. Dulce y crujiente es una buena combinación.

Se quedó elucubrando. Era muy mona cuando se quedaba elucubrando. Sonreí hacia mis adentros al comprender que ella siempre era mona. También era sexy. Y yo estaba perdiendo la concentración…

—¿Qué tal la *Sweet Crispy* de Montana, sabor y dulzura en un solo bocado?

Me saqué la estilográfica del bolsillo y se la ofrecí. Lucy negó resignada.

—¿Te has traído la estilográfica a una feria de productos de granjas?

—Soy escritor.

—Bah. Dame las llaves del coche y sigue espantando a las clientas con tu atroz coqueteo hasta que vuelva.

—Espera. ¿Adónde vas?

—Necesitamos caballos. Las llaves. Venga. Rapidito.

Con una mueca, hundí la mano en el bolsillo delantero de mis vaqueros y dejé caer las llaves de la camioneta en su palma extendida.

—Sabrás conducir —la tanteé con suspicacia.

—Puede que sí, puede que no.

—No rayes el coche. Ni dejes que se caiga por un terraplén. ¡Usa el freno de mano!

—Sí, papá.

La fulminé con la mirada y ella se marchó riéndose.

*****

Tardó por lo menos una hora en regresar y, cuando lo hizo, traía un aire satisfecho, además de un cartel enorme. Quitó el discreto cartón que anunciaba *manzanas rojas,* término nada atrayente, y colocó el nuevo con una sonrisa triunfante.

—¡Ta-chan!

Salí del puestecillo para ver de qué se trataba y por qué la gente de repente empezaba a prestarnos atención.

El nuevo cartel, hecho a mano, era un estallido de creatividad, con colores vibrantes y el encantador dibujo de una manzana roja. *En oferta. Sweet Crispy, manzanas frescas, llenas de chispa,* había apuntado, con letras grandes y llamativas.

Y más abajo, en cursiva, como toque final: *el auténtico sabor de Montana.*

—¿Qué te parece?

—Guau. ¿Lo has hecho a mano?

—Sip —me dijo, orgullosa.

—Es fantástico —admití, sonriéndole.

La gente empezó a acercarse al puestecillo. La promesa de algo auténtico, un sabor directo de la naturaleza, parecía atraerlos.

Lucy y yo nos pusimos a despachar de inmediato. Y nos pasamos todo el día despachando, hasta agotar la mercancía.

—¿Nos llega para comprar caballos? —me preguntó cuando terminé de contar el dinero.

—Nop. Pero sí que nos llega para unas buenas bicicletas.

El desencanto se apoderó de ella.

—Jo… Llevamos aquí todo el día de pie, vendiendo manzanas. ¿No ha servido de nada? Tenías que haber enseñado los pezones cuando te lo dije.

—Eh —la detuve, poniéndole una mano sobre el hombro mientras intentaba contener la sonrisa—, lo conseguiremos, aunque tenga que mandarle a Georgia una foto mía sin camiseta.

¿Cómo iba a saber yo que Georgia tenía un dron?

No se lo digas a nadie



Georgia

—Hola, hola, holaaaa.

—¿Georgia? ¿Eres tú?

—La mismísima.

—¿Cómo es que tienes mi número?

—¿Qué más da? Tengo un conocido, tú tienes un conocido, puede que lo robara de Administración… —sugerí con voz cantarina—. El caso es que a mamá le gusta el trato, Daniel. Mándame esa foto y te conseguiré caballos.

Cuando tenía veinte años, me dijeron: *Georgia, si quieres triunfar en el mundo de la televisión, tendrás que ser como los hombres.*

Y ahí estaba yo, veintidós años después, acosando sexualmente a alguien como si fuera el puñetero Roger Ailes. Estaba claro que me tomaba en serio los consejos de mis mentores.

—Bromeas.

—Nop. Esto es como en los *Juegos del Hambre*. Tú eres el tributo y yo la patrocinadora.

—¿Eso es legal? ¿Ético? ¿Moralmente aceptable?

—No, no y no. Y por eso nadie debe saberlo. Será nuestro sucio secretito. Haré que dos caballos salvajes aparezcan en vuestro prado, pastando tan tranquilos, y tú te encargarás de atraparlos. Me aseguraré de que sean dóciles. De ti depende que Lucy pueda ir a presumir como una amazona por las granjas vecinas. Y, entre tú y yo, Daniel, te gusta la chica, ¿verdad?

Colgué, para dejar que la pregunta hiciera mella en él, y me sonreí a mí misma a través del espejo del baño. Invertir en un dron era una de mis mejores decisiones después de la radiofrecuencia con microagujas.

Hablando de la radiofrecuencia… ¿Me había aplicado ya el colágeno o solo el *serum*? Maldita sea. En la frente se me empezaba a notar una arruguita. Necesitaba Botox de inmediato. Iba a competir contra una jovenzuela de falditas coloridas y piel tersa.

Necesitaba un completo.

Y más vitaminas.

Abrí el frasco que guardaba en el armario del baño y engullí unas cinco de golpe. No lo hacía solo por Daniel. También se trataba de mi trabajo. En cuanto te pones un poco mustia, te echan a

la calle. Las mujeres maduras no tienen cabida en nuestra sociedad. Los hombres de cuarenta y tantos son atractivos. Las mujeres de cuarenta y tantos, viejas. *Infollables*.

El chico de treinta y siete años fue rescatado con éxito tras tres días de búsqueda.

La mujer de treinta y dos años apareció muerta en su domicilio.

No había término de comparación. Así que ya lo creo que necesitaba un completo.

Masculino y feroz



Daniel

Me llevé a Lucy al bosque para poder comentarle en privado el trato que había hecho a sus espaldas.

Escogí el bosque porque pensé que era un terreno complicado para los drones. Aunque Georgia estaba lo bastante loca como para hacer volar uno entre los árboles, así que supongo que, en realidad, no estábamos a salvo en ningún sitio.

—¿Por fin has decidido asesinarme para conseguir la cama con dosel?

Me volví para fruncirle el ceño.

—No seas melodramática. Y sigue andando.

—Oye, *Hansel*, si lo que quieres son setas, estoy segura de que mis amigos tienen. Ayer me los encontré en el porche, abrazados por la cintura, cantando *High Hopes* de Pink Floyd. Algo se meterían porque estaban en plan: *hey, montemos una comuna hippie, tía*. *Vivamos todos en una ecoaldea*. *Compartamos nuestros perfectos cuerpos en una orgía multitudinaria.*

Me giré de nuevo para apuntarla con mi ceño adusto. Llevaba un peto vaquero cuyos tirantes no dejaban de escurrírsele por el hombro, el pelo recogido con un pañuelo de colores y zapatillas que parecían el mismísimo arcoíris. Estaba adorable.

—Tu mundo es perturbador. No voy a matarte ni quiero setas. Y jamás participaría en una orgía porque no es mi rollo. A mí me gustan los tangos, ya sabes, los juegos de dos. Te he traído aquí para decirte que he hecho un trato con Satán para conseguir caballos.

—¿Con Satán?

—Con Georgia, que viene a ser lo mismo.

—Ah. ¿Qué trato?

—Una foto mía en cueros. Pero no pienso quitarme el pantalón. Solo la camisa. Es mi última oferta.

—Qué mono. ¿Vas a prostituirte por la causa?

—No voy a prostituirme, y no soy mono. Soy masculino y feroz. Nadie se acuesta con un tío mono.

Soltó una carcajada.

—Nosotros dos no vamos a acostarnos de ningún modo.

—Ya lo sé. No iban por ahí los tiros.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque te necesito.

—¿Para?

—Alguien tendrá que sacar la foto.

—Noooo.

—*See*.

—¡No! —se indignó.

—Sí —afirmé con total convicción.

—Que no.

—Que sí. Venga, hagámoslo antes de que me arrepienta.

*****

—¿Estás marcando tableta?

—No.

—Pues deberías. Lúcete. Vamos, Finn, dámelo todo. La cámara te adora. Ven con mamá.

Le puse mala cara.

—¿Puedes dejar de burlarte y sacar la foto ya?

—¡Pero no frunzas el ceño! —se impacientó Lucy—. O sí... El caso es que estás mono cuando frunces el ceño.

—¿Qué te he dicho?

Entornó los párpados.

—Masculino y feroz —me concedió, en tono de burla.

—Mejor. Venga, saca la dichosa foto.

—Espera.

Dejé caer los brazos, un poco frustrado.

—Y ahora, ¿qué?

—Esa mujer se merece lo mejor, ¿no crees?

Se acercó a mí y, en un movimiento rápido, sin pensarlo demasiado, me despeinó un poco. El gesto fue tan espontaneo que nos sorprendió a los dos.

Mis ojos se detuvieron en los suyos unos segundos, y sentí las chispas que saltaban entre nosotros.

Me pregunté si ella sentía lo mismo que yo, la conexión que crecía entre nosotros, invisible, pero tan jodidamente imposible de ignorar.

Su mirada se concentró en mis labios, y ese gesto me sacudió por dentro porque dejó claro que ella también se sentía igual de atraída.

—Sacaré la foto —murmuró, aturullada, retrocediendo lo más deprisa que le fue posible.

Cerré los ojos unos tres segundos antes de seguirla con la mirada.

Se colocó a varios metros de mí y me apuntó con la cámara de su móvil.

—Pon cara de listo. Como en las solapas de tus libros. No me estás poniendo cara de listo, Daniel. Me pones cara de gruñón.

Resoplé y probé de nuevo.

*****

Lucy estaba de pie en el salón, revisando las fotos. Había sacado por lo menos veinte. Era toda una profesional. Me puse la camiseta y me acerqué a ella.

—¿Qué tal han salido?

—Genial, la verdad. Este móvil hace buenas fotos.

—Pásamelas. Se las mandaré ahora mismo. Acabemos ya con este asunto.

Apagó la pantalla del móvil y me sopesó en silencio. Conforme pasaban los segundos, la arruga entre sus cejas se volvía más y más pronunciada.

—¿Sabes qué? —resolvió mientras se guardaba el móvil en el bolsillo trasero del peto—. Vayamos a comprar ese par de buenas bicicletas. Conduces tú.

Fruncí el ceño, negué y abrí los brazos en un gesto de desconcierto.

—¿Y los caballos?

—A la mierda los caballos. De todos modos, no sé montar.

La seguí, riéndome y negando para mí.

Subimos a la camioneta y los dos nos enganchamos el cinturón.

Entonces, se giró en su asiento y me dijo:

—Y que sepas que lo de prostituirse por la granja ha sido un detalle muy mono por tu parte. Te lo tenía que decir —se justificó ante la cara de pocos amigos que le puse.

*****

—Hace un día fantástico. Vayamos a dar una vuelta en bici.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no sé montar.

—¡¿Qué?!

—No, no sé montar.

—Me estás tomando el pelo.

—Mi padre estaba ocupado con sus ligoteos. Mi madre estaba… con esclerosis. Nadie me enseñó a montar en bici.

Me pasé una mano por el rosto, como si de esa forma pudiera borrar mi expresión de perplejidad.

—Está bien. Venga. Levanta el culo del sofá, jovencita.

Cerró su revista y me miró exasperada.

—¿Qué quieres ahora?

—Te enseñaré a montar en bici.

—Estás de coña.

—No. Te espero fuera.

*****

—¡No me sueltes!

—Tranquila. Sigue pedaleando.

Ya podía practicar para cuando tuviera hijos… Creo que no se me daba mal ejercer de padre.

—Madre mía. ¡Voy a romperme los piños!

—No vas a romperte nada. Te lo prometo. Sigue.

—¡Pero no me sueltes!

—No. Tú sigue pedaleando.

—No estoy preparada para que me sueltes.

—Sí que lo estás. Por eso te he soltado hace dos minutos.

Soltó un chillido y casi volcó la bici.

—Te tengo —dije, riéndome mientras la atrapaba con el brazo en el último momento.

Lucy se enderezó despacio.

Nos miramos a los ojos, y la conexión fue tan instantánea que nuestros cuerpos tomaron el control. El espacio entre nosotros pareció estrecharse. Los segundos se alargaron. El aire se estaba volviendo denso. Estábamos tan cerca el uno del otro que notaba el calor de su cuerpo y que se le había alterado la respiración, al igual que a mí.

Joder, iba a besarla. Los dos lo sabíamos.

—Ah. Aquí estáis. Vengo a invitaros a una barbacoa. Tengo la sensación de que no hemos empezado con muy buen bien.

Los dos retrocedimos casi de un salto y miramos a Ashley con cara de perplejidad.

*****

—Creo que deberíamos llevar algo a la barbacoa —me dijo Lucy cuando volvimos al interior de nuestra granja. *Sin* habernos besado. Gracias a Ashley, se había esfumado la magia del momento. Ahora ya no tenía sentido besarla. Necesitaba que fuera especial.

—¿Algo como qué? —repuse confundido.

—Galletas, pastelitos, ensalada de col… ¿Qué sabes preparar?

—Nada de eso. Pero sé preparar sangría. Aprendí la receta en mi año sabático.

Me miró con esa expresión suya mitad juguetona mitad confundida.

—¿Te tomaste un año sabático?

—Por supuesto.

—Típico de los niñatos ricos.

—Oye, que yo trabajé para costearme la vida. ¿Cómo crees que aprendí la receta de la sangría? Fui camarero en un bar de Pamplona en plenos Sanfermines.

—Impresionante.

—¿Qué es lo más loco que has hecho tú en toda tu vida?

—Acosarme contigo —me soltó sin pensarlo.

Solté una risotada.

—Venga, en serio.

—En serio, acostarme contigo.

Me la quedé mirando un buen rato. Ella me sostuvo la mirada. Al final asentí.

Redes, arma del Diablo



@natalie123: Madre mía. Lo de la madre enferma y el padre ligón ha sido… Puff. No me lo esperaba.

@emma.rose: Y Daniel ha sido tan increíble y atento… Creo que la quiere.

@josh.taylor: ¡Venga ya, cuentitos de hadas! Ese solo quiere meterse en sus bragas. Iba a besarla cuando los interrumpió la beata.

@kateandcoffee: Calla, capullo. Ha sido un gesto muy romántico enseñarle a montar en bici. Soy *team* Daniel-Lucy totalmente. Están restando protagonismo por completo a las demás parejas. Son las estrellas.

@natalie123: Por cierto, ¿alguien sabe qué pretendía hacer Daniel con esas fotos?

@josh.taylor: ¿Venderlas en Only Fans?

@natalie123: Ni idea. Pero no creo que quisiera vendarlas en Only Fans. Es un tío serio.

@tigresa82: Nadie sabe lo que pretendía hacer Daniel. Ese hombre es todo un misterio.

La penetración es importante



Lucy

Reconocimos de inmediato la granja de Ashley y Elijah porque había una enorme bandera de los Estados Unidos ondeando en el jardín, no vaya a ser que a alguien se le olvidara en qué país estábamos.

—Hagamos América grande de nuevo —le dije a Daniel con sorna.

Él sonrió de medio lado.

—Vayamos a comprar rifles.

—Construyamos un muro.

—¡Vete a tu país!

—¡Vete tú al tuyo! —exclamé indignada.

Nos reímos como idiotas.

Tras aparcar al otro lado de la calle, Daniel cogió la sangría del maletero y me siguió hacia la entrada.

Nos habíamos cambiado de ropa, yo llevaba un vestido sesentero amarillo, con cinta de pelo a juego, y él, vaqueros y camiseta negra. Estaba guapo. Muy guapo. Tenía aspecto de chico malo, de los que hacen que las chicas como yo pierdan la cabeza. No digo que fuera a perderla, solo digo que él tenía potencial para conseguirlo. Ejem.

Llamé al timbre. Ashley abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja en la que no confié ni por un segundo.

—Chicos, cuánto me alegro de que hayáis podido venir. Ya estamos todos aquí.

—Qué bien. Esto es para amenizar la fiesta. ¿Dónde quieres que lo deje?

Daniel le señaló la sangría. La sonrisa de Ashley se volvió aún más aterradora. Debía de estar a favor de la ley seca. *Opsie*. Se nos había olvidado que el alcohol era un instrumento del Diablo...

—En la cocina. Acompáñame.

—Ahora vuelvo —me susurró Daniel antes de seguir a nuestra anfitriona. La punta de su nariz me rozó el pelo.

Esgrimí una especie de sonrisa temblorosa y salí al jardín trasero, siguiendo las voces y la música.

Mis amigos agitaron la mano para invitarme a unirme a ellos. Saludé a Elijah y a Richard que, ambos con delantales a rayas, preparaban la comida, y caminé por el césped hasta el grupito compuesto por Adriana, Enzo, Rita y *Princesa*.

—Hola —les dije, esbozando una sonrisa incómoda. Que estuviera ahí Rita me perturbaba, y más después de habernos enfrentado en el supermercado como dos verduleras.

Por supuesto, ella fingió tenerlo superado y me brindó una sonrisa encantadora.

—Lucy. Siéntate, te hemos guardado un sitio.

¿Que Rita me había guardado un sitio? Seguro que le había clavado chinchetas a la silla cuando nadie miraba.

—Gracias.

—¿Y Daniel? —me preguntó Enzo.

—Ha ido a la cocina a dejar la sangría.

—¿Sangría? —Adriana sonrió de oreja a oreja—. Este muermazo de fiesta acaba de mejorar.

—¿Es un muermazo? —pregunté con las cejas en alto.

—La organiza Ashley —me susurró Enzo.

—Estábamos hablando de literatura —me puso Rita en antecedentes, reclinándose en la silla de jardín con la suficiencia de alguien que piensa que todo lo que dice es inteligente y digno de atender —. ¿Cuál es tu libro favorito, Lucy?

—¿Quieres que elija uno? Es como pedirle a un pintor que escoja su color favorito.

—Ah, venga, siempre hay uno que te ha marcado. El que quieres que esté en tu mesilla cuando seas famosa y vengan a hacer un reportaje en tu casa.

—Si se dieran esas circunstancias, jugaría al despiste. Dejaría una enciclopedia, o un libro para colorear. Sí, lo más probable, eso último.

Mis amigos se rieron.

—Qué original —replicó Rita con un deje de burla—. Te encanta ser un enigma, ¿a que sí?

«No más de lo que te encanta a ti ser el centro de atención, querida», pensé.

Afortunadamente, llegaron Ashley y Daniel y la anfitriona cambió de tema.

*****

Comimos en el exterior, en un ambiente bastante distendido. Me senté al lado de Daniel y Enzo, y la conversación era animada.

—¿Cuál creéis que será el siguiente desafío? —Al formular la pregunta, Richard miró a Daniel unos lentos segundos, lo cual hizo que cesara nuestra conversación—. De momento, vosotros habéis desbloqueado el reto de las gallinas y vosotros el de los caballos. ¿Qué será lo siguiente para convertirse en granjero? ¿El de las semillas?

Dejé sobre la mesa mi vaso de sangría y me sumé al debate.

—¿En eso consiste el programa, en ir consiguiendo recursos poco a poco?

—¿No has leído las bases? —intervino Rita, con esa mezcla de incredulidad y condescendencia que yo ya achacaba a su personaje.

—Nunca lee los e-mails —le respondió Enzo encogiéndose de hombros—. Los contratos, menos.

—Qué *hippie*. ¿Y cómo te enteras de las cosas?

—No se entera —aclaró mi amigo, como si yo no estuviera presente.

—El programa consiste en superar pruebas relacionadas con habilidades agrícolas o el trabajo en equipo —me explicó Daniel, cuyos ojos brillaban con calidez al encajarse en los míos—. Cada prueba te da acceso a un recurso esencial para la vida en la granja.

—Se nos puntúa —me dijo Elijah—. Tienen en cuenta aspectos como la iniciativa, la creatividad, la imaginación…

—O, quizá, solo la eficiencia. —El tono de Ashley sonó casi tan frío como la mirada que le lanzó a su marido. Estaba claro que todavía estaba cabreada con él por no haber conseguido ganar ninguno de los desafíos.

—Hemos heredado unas granjas en ruinas y tendremos que convertirlas en un proyecto viable —terció Richard con la clara intención de suavizar el ambiente, bastante enrarecido por culpa de las miradas venenosas de nuestra anfitriona—. Todo lo que hagamos ha de tener sentido a largo plazo. Nosotros no llegaremos a ser granjeros, pero plantaremos las bases para que los de la segunda temporada lo consigan.

—Me encanta eso. —El destello ácido en los ojos de Ashley decía justo lo contrario—. Que nosotros seamos los conejillos de indias para que los próximos vengan a recoger los frutos de nuestro esfuerzo.

—O los frutos de nuestros errores —le recordó Elijah con resignación—. Si no hacemos bien el trabajo, no podrán cosechar mucho.

Rita dejó escapar una carcajada seca.

—Oh, venga ya, esto solo es un experimento social, chicos. Lo que cuenta es el drama y ganarnos al público. Lo hacemos por el *show*.

—Está claro que con esa actitud lo que vamos a dejar detrás de nosotros será tierra estéril —le respondió Richard mientras alzaba su copa de sangría a modo de brindis.

—No todo va de dejar un legado.

Al decir esto último, Rita miró a Daniel y pesqué cierto aire de provocación en su mirada.

—No todo el mundo es capaz de dejar un legado —le respondió él con desdén mientras me rellenaba el vaso de sangría.

Me di cuenta de que las atenciones de Daniel hacia mí molestaban a Rita.

*****

Por la tarde llovió y la fiesta se trasladó al interior de la casa. Ashley horneó galletas de chocolate en un abrir y cerrar de ojo. Elijah encendió la chimenea. El ambiente mejoró, probablemente por culpa de la sangría.

Enzo propuso un juego, y ahora todos estábamos enardecidos, gritando y riendo mientras intentábamos adivinar los gestos de nuestros compañeros de equipo.

Se habían formado dos bandos: Daniel, mis amigos y yo contra los demás. Todo el mundo se estaba entregando al frenesí del juego con una competitividad casi peligrosa.

Enzo estaba en su elemento, saltando de un sitio al otro como un niño travieso. Richard y Rita estaban picados. Elijah, sentado con aire distante, parecía preguntarse hasta qué punto el caos de la fiesta podría disfrazar la tormenta que se deslizaba por debajo de la superficie.

Daniel, de pie delante de la chimenea, intentaba comunicarse con nosotros a base de mímica.

—¿Es una película? —preguntó Adriana.

Daniel lo negó.

—¿Un libro? —dije yo, pero tampoco tuve suerte.

—¿Una canción? —propuso Enzo.

Daniel asintió y fingió echarse el largo cabello hacia atrás. Luego simuló un baile con pompones. Luego sorbió de un batido imaginario.

—Instituto —soltó Adriana, excitada. El calor de la chimenea se le reflejaba en el rostro. Estaba más guapa que nunca, y me di cuenta de que Richard no dejaba de mirarla cautivado. Uy.

Lo que le faltaba al programa, un lío entre granjas rivales.

—¡Animadoras! —gritó Enzo.

—Una adolescente —dije yo. Daniel me apuntó con el dedo y sonrió—. ¿*Sixteen,* de No Doubt? —Me hizo un gesto como si pretendiera indicarme que subiera la puja. Me lo pensé unos segundos—. ¿*Edge Of Seventeen*?

—¡Sí! —exclamó, brincando y levantando los brazos en señal de triunfo.

Riéndose, se dejó caer a mi lado en el sofá, cogió su vaso de sangría y, antes de beber, apoyó la palma contra mi rodilla con naturalidad y me dijo:

—Lo has hecho genial. Vamos a ganarles.

Me quedé mirando esa mano fuerte, preguntándome por qué un gesto tan simple me alteraba tanto. Daniel se debió de dar cuenta de que me estaba poniendo rara, porque la retiró de inmediato.

—Perdona. Lo he hecho sin pensar. Discúlpame.

No tuve fuerzas para decirle que, en realidad, me gustaba el calor que desprendía su piel.

Pero creo que lo comprendió de todos modos porque, al encontrarse nuestras miradas, los dos fuimos sacudidos por un ramalazo de atracción. Lo noté en sus ojos. La intensidad, el fuego, el deseo. Era casi doloroso, y los dos lo sentíamos.

*****

El juego se acabó convirtiendo en un baile a dos. Daniel y yo estábamos en nuestro máximo momento competitivo, y era como si el resto del mundo se hubiera desvanecido. Se nos daba bien leer la mente del otro. Estábamos tan sincronizados que les estábamos dando una paliza de muerte a nuestros rivales.

Cada vez que uno de nosotros hacía un movimiento, el otro respondía casi de inmediato.

Hacía rato que mis amigos ya no intervenían, solo observaban atónitos nuestra conexión, tan instantánea como inesperada. La mirada de Daniel, fija en la mía, era el combustible que necesitaba para seguir el ritmo.

Con cada ronda, nuestra ventaja aumentaba más y más. La puntuación final había dejado de importarnos, a esas alturas sabíamos que nadie podría alcanzarnos. Si lo dábamos todo era porque habíamos sucumbido a una competencia feroz en la que ya no se trataba solo de adivinar, sino de desafiar al otro a pensar más rápido.

Era un juego mental casi mejor que los preliminares.

Sus ojos azules se encontraron con los míos desde extremos opuestos de la habitación y por unos segundos me faltó la respiración. Acababa de comprender lo mucho que deseaba que su cuerpo se apretara contra el mío, sentir en mi pecho la calidez que debía de desprender el suyo, puro músculo; su aliento en mi cuello, mi nombre en sus labios. *Lucy,* un susurro ronco…

No, los preliminares eran mejores que el juego de las adivinanzas. Aun así, tenía que concentrarme en seguir jugando. Mientras asimilaba las otras opciones…

—¡Un tranvía llamado deseo! —exclamé al comprender que Daniel estaba imitando a Blanche.

—¡Sí!

Era la pregunta final, y estaba tan entusiasmada de ganar que brinqué del sofá directamente a sus brazos. Él, igual de excitado, me levantó por las caderas y empezó a girar conmigo pegada a su cuerpo por el salón. Sus ojos, cálidos y sonrientes, se mantuvieron clavados en los míos.

El aire se detuvo. Absolutamente todo estaba desapareciendo mientras, agarrada a sus hombros, giraba y giraba con una sonrisa de oreja a oreja.

El corazón me latía con fuerza. El enérgico calor que desprendían sus músculos me envolvió por completo. Y yo sentía que, lo que fuera que hubiera entre nosotros, se estaba trasformando en algo diferente.

—¡Hemos arrasado! —me dijo Daniel, eufórico. Aunque el brillo que capté en sus ojos no guardaba relación con nuestra victoria, sino con algo mucho más intenso que ni yo misma era capaz de ponerle nombre.

—¡Así se hace! —nos ovacionó Enzo, sin dejar de observarnos con esa sonrisa leve que daba a entender que estaba disfrutando de un buen chiste privado que nadie más era capaz de pillar.

De pronto, capté las miradas de los demás y sentí la necesidad de bajar al suelo, de apartarme de Daniel, de no hacer *eso* delante de ellos.

Él debió de interpretar la repentina incomodidad en mi rostro porque compuso una débil sonrisa y me soltó.

—Bien jugado, compañera —murmuró, sin dejar de recorrer mi fisionomía con la mirada abrasadora de un hombre que desea con toda su alma besarte.

—Lo mismo digo, compañero.

Me separé de él y el aire volvió a circular.

—*Mamacita*, ¡habéis estado súper compenetrados! —nos felicitó Adriana, abrazándonos a ambos.

—Uy, sí. La penetración es importante.

Me volví hacia Enzo para fulminarlo con la mirada y el muy cabronazo me guiñó el ojo con socarronería.

Seguí desmenuzándolo insistentemente con la fuerza de mis pupilas láser, y entonces él me sacó el dedo.

Que una parte de mí quisiera montárselo con Daniel tampoco significaba que fuera a hacerlo. Desear algo no es un delito.

Iniciativa y creatividad



Daniel

Estaba inmerso en mi próximo libro cuando Lucy plantó sobre la mesa del salón dos botes de pintura.

—¿Y eso qué es?

—¡Ta-chan! He usado el dinero sobrante de la venta de manzanas para comprar pintura. Vamos a pintar este chozo.

—¿En serio?

—Sip. Pienso dejarles a los siguientes concursantes la mejor de las granjas. Venga, Daniel, usa tus bíceps para algo más que para ligar en Tinder.

Le fruncí el ceño.

—No tengo Tinder.

—¿No tienes Tinder?

—No.

—¿Quién no tiene Tinder hoy en día? Quizá los perturbados. ¿Y cómo ligas? ¿Solo en bodas?

Solté una carcajada.

—También ligo en entierros. La viuda suele ser una presa fácil. Además, sé seguro que está soltera.

—Te crees gracioso, ¿a que sí?

Le sonreí mientras la seguía al exterior.

Ella estaba lista para la tarea, llevaba un peto vaquero algo desgastado, con una camiseta blanca por debajo, pero yo me había puesto mi camisa de cuadros favorita y no quería estropearla, así que me la quité.

—¿Qué te dije del estriptis y el espray de pimienta? —me increpó al girarse y encontrarme solo con los vaqueros y las botas.

Levanté las palmas para que no se pusiera agresiva.

—Lo siento, pero esta camisa y yo tenemos una historia juntos y no pienso arruinar nuestra relación solo porque a ti te haya brotado la vena competitiva.

—No sé de qué estás hablando.

—¿De verdad? Porque yo diría que estás demostrando iniciativa y creatividad para

posicionarte por delante de los demás concursantes en el ranking.

—¿Hay un ranking?

—Tú no sabes nada de este programa, ¿a que no? No tienes ni idea de cuáles son las reglas del juego.

Dejó de remover la pintura con energía y me sopesó pensativa unos segundos.

—Ahora que lo mencionas… Digamos que me limité a comprar petos vaqueros y cintas de pelo alegres. ¿Y cómo estamos posicionados?

—Somos los segundos.

—¡¿Somos los segundos?! ¿¿¿Por qué??? —gritó indignada—. ¡Si somos mejores que todos ellos juntos!

Estaba hablando su ego, no ella.

—Desbloquear el reto de los caballos llevaba más puntuación que el de las gallinas.

—¡¿Y por qué no me lo dijiste?!

—¿Disculpa? Te dije que soy muy competitivo, que había que ganar el *reality* como fuera y que no se puede ser granjero sin ganado. ¿Y qué hiciste tú? Embestirme con una caretilla.

—¡Estabas en mi camino!

—Lo que yo recuerdo es que me perseguiste cuesta abajo hasta que *acabé* en tu camino.

—Detalles sin importancia, Daniel. Lo que fue, fue, y lo que no pudo ser, no es. La cuestión es que vamos a ganar este *reality* como sea. Les demostraremos a todos esos escritores arrogantes que somos mejores granjeros que ellos.

—Hecho.

—Pues claro que está hecho. Ten. Un pincel. Yo me ocupo de esta parte de aquí y tú de esa de ahí.

Mandona era un rato.

—Bien.

—Al lío, Finn.

No pude resistirme. Hundí el dedo en el bote de pintura verde y le manché la punta de la nariz.

Lucy separó los labios en un gesto indignado, introdujo la mano derecha en el bote y me la estampó en el pecho como una cría que acaba de descubrir las pinturas en clase de plástica.

Bajé la mirada hacia el desastre.

—Estupendo. Ahora soy el increíble Hulk.

—Y no he hecho más que empezar.

—No.

Me puse firme, como hay que hacerlo con los niños. Un no categórico, que Lucy se pasó por el forro.

—Sí —me corrigió, con un brillo maléfico en las pupilas.

En alerta, retrocedí un paso, pero no sirvió de nada. Con un movimiento rápido, hundió el pincel en el bote de pintura y lo sacudió en mi dirección.

—¡Eh! ¡Que son mis vaqueros favoritos!

—Ya no —se jactó, riéndose mientras yo inspeccionaba el desastre.

Rechiné los dientes.

—¡Te vas a enterar!

La persecución comenzó en el acto. Lucy chilló y echó a correr por el patio.

—¡Me rindo, me rindo, me rindo!

—No acepto tu rendición. ¡Esto es la guerra!

No paré hasta devolverle el favor.

—¡Era mi peto favorito, cabronazo!

—Esto lo empezaste tú.

—¡Tú me manchaste la nariz!

—¡Tú me jodiste mis vaqueros favoritos!

—¡Por tu culpa tendré que tirar este peto!

—Y también la camiseta…

—¿Qué? ¡Te voy a matar, Daniel!

En esta ocasión, me persiguió ella a mí.

*****

Media hora después, los dos jadeábamos, cubiertos de pintura de la cabeza a los pies.

—Necesito sentarme —me dijo Lucy, fatigada de tanto correr.

—Sí, yo también.

Así es como terminan las guerras: no con una victoria, sino con dos bandos agotados que ya ni siquiera recuerdan por qué iniciaron el conflicto.

—¿Una limonada? —me sugirió de pronto—. El trabajo en la granja es difícil.

Asentí con pesar.

—Y eso que aún no hemos empezado...

—¿No hemos empezado? —Se giró hacia la pared gris y descorchada que teníamos detrás—. Mierda. No hemos empezado…

Me levanté del suelo y le ofrecí la mano.

—Anda, convirtamos esto en una granja de Instagram.

—¿Tregua?

—Tregua.

Tomó mi mano, con una sonrisa ladeada, y yo la ayudé a incorporarse. Un mechón de pelo le cayó sobre la cara y se le quedó adherido a un pegote de pintura. No pude resistirme, se lo colgué detrás de la oreja.

Lucy me evaluó con sus grandes ojos marrones. Yo tampoco podía quitarle a ella la mirada de encima. Tenía una de esas bocas carnosas hechas para besar, con un arco pronunciado que se curvaba cada vez que lanzaba un comentario mordaz, casi siempre dirigidos a mí.

Admito que llevaba días enteros fantaseando con la idea de besarla.

—¿Por dónde empezamos? —me susurró, con una pequeña sonrisa en las comisuras de sus labios.

Esa boca era magnética, cada gesto estaba diseñado para atraerte más y más. Tuve que respirar hondo para recuperar el autocontrol.

—¿Qué tal si no empezamos por el homicidio esta vez?

Me tendió la mano y yo se la estreché con solemnidad. Tal vez suene a locura, pero con ella todo era mejor, incluso en medio del caos.

*****

Bien entrada la noche, terminamos de pintar la parte de la fachada que nos habíamos propuesto.

—¡Ha quedado genial! —se entusiasmó Lucy.

—Tienes razón. Ha sido una buena idea. ¿Sabes? Hay más cosas que podríamos hacer.

Me miró con la atención de un niño al que le están contando algo súper interesante.

—¿Por ejemplo?

—Rehabilitar el cobertizo. Levantar la valla. Restaurar el columpio para que no parezca tan siniestro…

—¡Ah! —exclamó—. Tengo una idea. Pero te la voy a susurrar porque no quiero que se enteren los demás concursantes y nos la roben. Una vez me robaron el título de una novela y desde entonces me he vuelto muy desconfiada. El ser humano es vil y despreciable.

Contuve la risa como pude. Pasaba de ser dulce y adorable a ser oscura y vengativa como una villana de comic, lo cual me divertía bastante.

—De acuerdo. Susúrramelo.

—Me voy a arrimar a ti.

—Bien.

—Voy a invadir tu espacio personal, Dexter.

—Ajá.

—Mis labios se están acercando a tu oído.

Sonreí.

—Lo noto.

—No te pongas raro.

—La que se está poniendo rara eres tú.

—Allá va.

De puntillas, me susurró su idea y mi rostro se abrió en una sonrisa de oreja a oreja. Era una idea genial.

—Hecho —dije.

Retrocedió hasta que sus ojos se encajaron en los míos. Joder, estaba muy colgado. Habría hecho cualquier cosa que me pidiera.

—¿Hecho?

—Mm-hm.

Nos dimos la mano para cerrar el trato.

—Hecho.

*****

—¡¡¡Daniel!!!

Llevarnos bien era tan utópico que evidentemente no podía durar. Tras aquel grito de irritación, Lucy, en toalla, con el pelo lleno de champú, apareció delante de mí. Tenía un ojo abierto y el otro cerrado.

—Si planeas seducirme, no funciona si llevas champú en los ojos.

A ver, ella hacía cosas raras, pero eso era demasiado, incluso para alguien tan… peculiar.

—¿Seducirte? ¿Tú estás tonto? ¡Me he quedado sin agua caliente en la ducha! ¿Qué has hecho ahora?

—¿Por qué das por sentado que yo he hecho algo?

—Porque eres un hombre y todos los males de este mundo empieza con uno de los tuyos.

—Ese comentario es desafortunado y sexista.

—Te pondré tres ejemplos.

—Deléitame. —Me recliné en el sofá con actitud condescendiente.

—Robert Oppenheimer por crear el arma más devastadora jamás creada por el ser humano. Leo Baekeland por iniciar la era del plástico que algún día acabará con la vida en la tierra. Si el legado de Oppenheimer no lo consigue antes, claro. Y Donald Trump porque... ¿Hace falta que te diga por qué?

—Tus argumentos son irrefutables —admití sin más remedio—. Miraré el calefactor.

—Estupendo.

Solté el iPad, y también un suspiro, y fui a investigar el problema.

*****

—¡No funciona! —le grité desde el sótano. Ella se había negado a bajar. Estaba convencida de que ahí abajo había algo… ¿cómo lo llamó? Profano. Me gustaba la palabra y lo dramática que podía llegar a ponerse a veces.

—¡No me digas! —me gritó de vuelta—. ¡No me había dado cuenta!

Sonriendo, empecé a desmontar el cacharro.

Una hora después, subí. Lucy estaba en el sofá, todavía en toalla. Mientras tanto, había abierto el otro ojo.

—Lo he arreglado.

—¿En serio?

—Funciona. Hay agua caliente. Problema solucionado. Quieres abrazarme, ¿a que sí?

—No.

—Yo creo que sí. Ven aquí, Luce.

Abrí los brazos para que se acurrucara contra mi pecho. Ella me fulminó con la mirada.

—Me voy a la ducha.

—Tú te lo pierdes.

—¿Por qué me sigues? Ya te he dicho que no voy a abrazarte.

—No te estoy siguiendo. Voy a mi cuarto a cambiarme de camiseta porque esta ya está jodida. La he manchado de… ni yo mismo sé qué es esto.

Anduve detrás de ella hasta la escalera. Llegó al primer escalón, y ahí se giró y, de forma completamente inesperada, se abrazó a mi pecho.

—Gracias por arriesgar tu vida bajando al sótano.

La envolví entre los brazos, intentando no reírme.

Ni arrancarle la toalla…

Admito que la idea me tentaba. Yo era un santo.

—De nada, Luce.

—Voy a… voy a quitarme todo esto antes de que se me irrite la piel.

No pude contenerme, acaricié su hombro desnudo con el pulgar, saboreando la forma en la que se estremeció bajo mi caricia. Estaba desnuda entre mis brazos, y los dos nos volvimos conscientes de ello casi al instante.

Nos miramos a los ojos. Con deseo. Con ganas de mandarlo todo a la mierda. Sin ser capaces de respirar. El aire era denso, lleno de electricidad.

—Volví —le solté en un susurro.

Su mirada cambió de inmediato, pasó del ansia a la perplejidad.

—¿Qué?

—Esa noche. Yo no te abandoné. Volví. Pero tú ya no estabas.

—¿¿Qué??

Tensé la mandíbula y negué despacio.

—Dúchate. Luego te lo cuento todo.

Redes, arma del Diablo



@kateandcoffee: ¡Estoy en shock! ¿Daniel volvió? Entonces ¿todo el resentimiento de Lucy se basa en un malentendido?

@natalie123: Oigo campanas de boda.

@emma.rose: Ding Ding Ding.

@josh.taylor: Está muy buena en toalla. ¿A qué está esperando Daniel para arrancársela? Yo ya habría movido ficha a estas alturas.

@kateandcoffee: Ugh.

@natalie123: Doble ugh.

@josh.taylor: ¿Por qué no les están grabando en la ducha?

@tigresa82: Porque los del departamento jurídico dijeron que era ilegal.

Una confesión extra grande



Georgia

En directo desde la Granja McGregor

—Daniel. Cuéntanos exactamente lo que pasó aquella noche en el motel.

Los dos estaban sentados en el sofá, con los sentimientos a flor de piel. Me sentía como Oprah mientras los entrevistaba. Sin duda, ellos querían hablar del tema en privado, pero… estábamos en un *reality*. Nada de intimidad.

—No fui a por tabaco. En realidad, necesitábamos más condones.

Lucy entornó los párpados y negó para sí.

—Detalles sin importancia, Daniel.

—Busqué la tienda más cercana, cogí una caja de extra grandes...

—Por favor, ve al grano. —Lucy lo fulminó con la mirada llegados a este punto—. No seas presumido.

Él levantó las palmas para defenderse.

—No es por presumir. Solo quería describiros la situación para que podáis meteros en la piel de mi personaje.

—Y agradecemos el detalle, querido. Así que cogiste los condones.

«Extra grande. Grábatelo en la cabeza, Georgia».

—Sí. Fui a la caja a pagarlos y entonces la cajera se desplomó sobre el mostrador.

Sí que la impresionó lo de extra grande…

—Dios mío —dije en cambio, porque el público esperaba ver a una Georgia compasiva, no a una Georgia frívola e insensible. Oprah jamás era insensible—. ¿Un infarto?

—Sí. Llamé al servicio de emergencias, hice compresiones hasta que llegaron los paramédicos y luego la acompañé al hospital para asegurarme de que se recuperaba. Cuando volví al motel, Lucy se había marchado y yo no tenía ni idea de cómo encontrarla. No tenía su número, no sabía dónde vivía, ni siquiera me había dicho su maldito apellido. Pregunté a los novios, pero no les constaba ninguna Lucy en la lista de invitados porque se había colado.

—¡Yo no me había colado! ¡Era la acompañante de mi amiga Rachel!

—Ya, ¡pues yo no lo sabía! ¡No pude localizarte! Pero, joder, volví. Claro que volví.

—¿Lucy? Estás muy callada.

Negó despacio. Se estaba empeñando en mantener los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en cualquier otra parte menos en la cámara.

Se comportaba como una niña malcriada. Daniel no necesitaba a una niña. Necesitaba a una mujer. Y yo conocía a una que estaba casualmente disponible.

—Eso no cambia nada.

—¿Estás de coña? ¡Todo lo crees saber sobre mí es falso! Volví, Lucinda. Te busqué por todas partes. Pregunté a un montón de gente. Desapareciste de la puta faz de la tierra. Diste por hecho desde el principio que yo era un capullo que iba a decepcionarte y no me concediste la menor oportunidad de demostrarte lo contrario.

—Lo que fue, fue, y lo que no pudo ser, no es.

—Acojonante. —Daniel, incrédulo, se echó hacia atrás en el sofá y cabeceó una y otra vez. No era así cómo esperaba que se desarrollaran los hechos. Menos mal que me tenía a mí para consolarlo.

—Para mí esto no cambia nada. Creo que deberíamos zanjar el asunto y no hablar más de esa noche, Daniel.

—Sí. Por mí, genial. Me la resbala.

Fantástico, ahora los dos estaban cruzados de brazos, mosqueados el uno con el otro. Se respiraba la tensión entre ellos desde Los Ángeles.

Estupendo, porque se estaban acercando más de lo que me gustaba. La confesión de Daniel, lejos de cerrar heridas, las había abierto de nuevo, lo cual dinamitaba cualquier posibilidad de que tuvieran sexo.

Maravilloso.

Y sí, se me ocurrían más adjetivos para celebrar su ruptura.

—Ya lo veis, amigos. Ser un buen samaritano tiene sus consecuencias.

Recibí un toque de atención por hacer ese comentario. Siempre que me salía del guion, decía cosas inapropiadas. A Oprah se le daba tan bien fingir que le importaba la gente…

En directo desde la Granja Old Creek

—*Mamacita*… Se me está derritiendo el corazón con la confesión de Daniel. Hay que tener una charla con nuestra Lucinda de inmediato. A veces se comporta como un burro terco. ¿Te acuerdas de cuando conoció a aquel chef? Ese tío era perfecto. Dios, cómo se le marcaban los abdominales al andar… Pero Lucy dijo que su curry no era lo bastante picante y lo plantó así, sin más.

—¿Qué? Lo siento, no he oído nada después de lo de extra grande.

—¡Enzo! ¡Venga ya! Concéntrate.

—*Extra grande*, mi amor. Eso es así de grande. Créeme, soy un experto.

En directo desde la Granja Vernon

—¿Extra grande? Por favor. Hace mucho que somos amigos. Se la he visto varias veces en baños públicos y… vestuarios. No es para tanto.

—Bueno…

—¿Rita? —Richard se volvió en el sofá para encararla—. ¿Algo que añadir?

Ella abrió mucho los ojos e hizo un gesto con la cabeza.

—En fin… digamos que el tamaño no fue uno de los problemas de nuestro matrimonio —lo dejó caer Rita como quien no quiere la cosa.

En directo desde la Granja La Esperanza

—Por favor, ¿podemos hablar de otra cosa que no sea el miembro de Daniel? No me siento cómoda con esta conversación.

—Di que no te sientes cómoda con los miembros en general.

—Bueno, Elijah, siento si, a diferencia de ti, no tengo una fascinación por los penes.

—Más bien le dan repelús. Se niega a tocarlos.

—Bueno, pero a ti te encantan.

Estaba muy confusa. ¿Qué demonios pasaba con esta gente?

En los despachos de los jefazos de *Granjeros*

—Lo siento, Georgia, pero si seguimos con esos índices de audiencia, no va a haber una segunda temporada.

No podía ser cierto. ¡Necesitaba destronar al capullo de Jerry Monahan como fuera! Odiaba esa actitud de cabronazo engreído con la que se paseaba por la ciudad. Oye, Gigi, mi audiencia es más grande que la tuya. ¡Ni siquiera sabía por qué demonios me llamaba Gigi!

—Charlie, no puedes hablar en serio.

—Lo siento, pero el programa no tiene ni pies ni cabeza. No hay un guion, la gente no deja de improvisar y lo están haciendo de puta pena.

—¡Pero a los fans les encanta!

—A los tres chiflados amantes del drama les encanta. La gente que ve el programa por el desafío que supone llevar una granja dice que es, y cito textualmente, *una bazofia, una tomadura de pelo* y *¿por qué no lo han llamado* Tostón en la Granja*?* Es como una novelita rosa de las malas.

—Romántica.

—¿Qué?

—No es rosa. Es romántica.

—Me la suda. Escucha, Georgia, si no remontamos en dos semanas, cancelo el programa.

—Vamos, Charlie. Concédeme un poco más de tiempo. ¡Lo vamos a petar!

—No lo veo probable. Dos semanas. Ni un día más. Así que busca la forma de que sea un poco más dinámico. Quiero un maldito campamento. O el ejército. Me da igual cómo lo hagas, pero consíguenos audiencia. Hemos creado mucha expectativa en torno a este *reality* y ahora no estamos cumpliendo. La gente está decepcionada. Arréglalo.

Por cosas así fracasó nuestro matrimonio. Él era inflexible. Y yo también. Y, además, siempre me veía obligada a fingir los orgasmos.

La chispa que encendió la brecha



Lucy

—Sabes que puedo ayudarte con eso.

Me puse de espaldas a él y seguí intentando con todas mis fuerzas abrir el maldito tarro de mermelada.

Por Dios, ni que le hubieran echado pegamento. Lo abriría, aunque acabara con una hernia, porque yo no era la clase de mujer indefensa y patética que necesitaba a un tío para sobrevivir.

«Ya lo creo que no, Lucinda. Hay mujeres que expulsan a seres humanos por la vagina sin anestesia. Podrás con un maldito bote de mermelada».

Apreté las muelas y me esmeré más.

—Por el amor de Dios, vas a romperte un dedo. Me da angustia mirarte. Trae.

—No. Ya lo tengo.

—No lo tienes. Dámelo.

Forcejeamos como niños por el tarro de mermelada.

—¡Puedo sola!

—Ha quedado demostrado que no puedes. No seas cría. Yo te lo abro.

—¡No te necesito!

Con tanto forcejeo, el tarro resbaló de nuestras manos, chocó contra el suelo y se rompió en mil añicos. El ruido que llenó la cocina fue incluso más fuerte que la tensión que había entre nosotros desde su confesión.

—¡Deja ya de arruinarlo todo! —le grité, mi voz tan afilada que le hizo dar un paso atrás. Por unos segundos, sus ojos parecieron vulnerables.

—Lucy, yo… no era mi intención —balbuceó, alzando las manos como si de esa forma pudiera arreglar algo.

—Jo-der, ¡yo solo quería una puta tostada! —rugí, dándole una patada a un trozo de cristal lleno de mermelada que voló hasta el sofá.

Sentí que se me cerraba la garganta, pero no iba a darle el gusto de verme llorar. Ni siquiera sabía por qué de repente tenía tantas ganas de llorar. ¡Todo era una mierda! Me sentía como si hubiese estado congelada durante muchísimo tiempo y ahora, algo muy dentro de mí, un volcán de emociones, se hubiera despertado y estuviera rugiendo con una fuerza primigenia que me asustaba.

Daniel me miró fijamente a la cara, con esa maldita mirada azul que perforaba llena de arrepentimiento.

—Esto no tiene nada que ver con la tostada, ¿a que no? —me dijo al final, con una voz tan suave que hizo que mis lágrimas pugnaran por salir con más fuerza. Me estaba rompiendo, y no quería que pasara delante de él.

—Ni me hables —espeté, la frialdad de mis palabras lo bastante fuerte como para cortar el aire entre nosotros.

Agarré la sudadera del respaldo de la silla y me la puse con movimientos airados.

—Lucy…

Negué, con una sonrisa incrédula en las comisuras de los labios.

—Solo quería una tostada.

—Puedo… puedo ir al súper y traer mermelada. ¿De fresa? No hay problema. Voy ahora mismo.

—Se me han quitado las ganas.

—Lucy, lo siento mucho.

No volví a mirarlo. Cogí las llaves de la camioneta y salí de la cocina, dejando atrás los cristales rotos y a él.

*****

—¿Por qué demonios ha tenido que contármelo?

No era mi intención sincerarme con Richard, que conste. Iba de camino a la granja Old Creek para desahogarme con mis amigos, pero la dichosa camioneta me dejó tirada a medio camino y al poco tiempo pasó por ahí Richard en su reluciente descapotable de alquiler y ahora él me estaba comprobando el motor y a mí se me estaba soltando la lengua, sobre todo porque sabía que no había cámaras delante.

—Te lo dijo porque está enamorado de ti.

—No está enamorado de mí, y lo ha estropeado todo. Yo no quería saber eso. ¡Me pone furiosa saberlo!

—Piensa en por qué te pone tan furiosa.

Lo miré sin entender. Richard, con la camisa blanca arremangada y las gafas de sol enganchadas en el bolsillo trasero de los vaqueros, estaba inclinado sobre el capó y trasteaba con varias piezas que yo no tenía ni idea de qué eran ni para qué servían.

—¡No lo sé! —exclamé, frustrada.

—Yo creo que sí.

—Si sabes algo, dímelo ya. Déjate de enigmas. Soy de la generación de la inmediatez.

Sonrió y se enderezó para mirarme. Tenía una sonrisa bonachona. Me caía bien.

—De acuerdo. La confesión de Daniel te pone furiosa porque te has dado cuenta de que habéis malgastado un porrón de años. No estás cabreada con él. Estás cabreada con la situación. Él te gustaba, y lo vuestro podría haber sido serio, de no haber pasado lo que pasó.

—A lo mejor miente. A lo mejor nunca volvió. Seguro que se lo acaba de inventar porque quiere volver a acostarse conmigo. Es comprensible. Estamos en mitad de la nada, no le funciona el *Tinder* y yo soy la única soltera en varios kilómetros.

—Te llamaba la chica del motel.

Me quedé helada.

—¿Te habló de mí? —murmuré, al cabo de unos segundos.

—Joder, ¿va en serio? Lucy, no dejaba de hablar de ti. Estaba como loco por encontrarte. Yo

también fui a la boda, y te garantizo que nos interrogó. Me preguntó si yo conocía a una tal Lucy que se había graduado en periodismo.

—Vale, pero eso sigue sin cambiar las cosas.

Richard negó.

—Es cosa tuya. Tú sabrás. Lo que te puedo decir es que pasó muchos años pensando en ti y que le jodió mucho no poder localizarte.

Me quedé callada, moviendo una piedrecita con la punta de la zapatilla. Seguía teniendo ganas de llorar. También tenía ganas de gritar. Y de agredir a alguien.

—No puedo arreglar tu coche —sentenció al cabo de unos minutos—. Lo siento. No tengo ni idea de qué le pasa. A Daniel se le dan mejor los motores que a mí. ¿Te llevo a casa de tus amigos?

—Sí. No me apetece volver porque hemos roto un bote de mermelada y, si vuelto ahora, voy a tener que despegar cristales del suelo. Mejor que los recoja Daniel.

Richard soltó una carcajada.

—Chica lista. Venga, sube.

—Me encanta tu coche.

—Es mi crisis de los cuarenta.

—Ah —dije, divertida por la mirada socarrona que me lanzó por encima de las gafas—. ¿Ya has cumplido los cuarenta?

—No. Pero me gusta adelantarme.

Me hizo reír, y en un día como aquel, fue como una válvula de escape.

*****

Adriana estaba en el exterior, en bikini, tomando el sol, con el gato tumbado a su lado. (Si parecía una modelo de lencería es porque lo era).

Richard se quedó boquiabierto cuando mi amiga se levantó de la tumbona y se acercó a la valla con una sonrisa de oreja de oreja y un abdomen tan plano que me alegré de no haberme comido esa tostada.

—Ella también podría ser mi crisis de los cuarenta —me susurró.

Solté otra risita. Adriana frunció el ceño con suspicacia.

—¿Qué hacéis vosotros dos juntos y a qué viene tanta risita? ¿También te has liado con ella, Richard?

Mi acompañante le puso mala cara.

—Por sorprendente que te parezca, no me lío con todas las novias de Daniel.

—¿Te limitas a las esposas?

Me vi obligada a intervenir.

—Anda, chicos, que haya paz. No aguanto más conflictos. Nadie se ha liado con nadie. ¿Por qué estás en cueros? Estamos a dieciséis grados.

—Diecisiete —me corrigió Enzo desde lo alto de la escalera—. Y noto que me estoy acatarrando. ¿Alguien quiere una bebida caliente?

—A mí no me importaría —respondió Richard, con los ojos encajados en los de Adriana.

Ella torció los labios con fastidio al verle entrar en el patio.

Esperé a que el invitado sorpresa entrara en casa, y entonces agarré a mi amiga por el brazo y le susurré:

—Le gustas. Quiere darte un meneo.

—Es evidente. Pero tiene pareja.

—Espera. ¡¿A ti también te gusta él?! Si estuviera soltero, tú querrías…

—¿Mancillarlo de formas inenarrables? Ya lo creo. Está muy bueno.

—Por favor, no aguanto más tensión sexual.

—¿Tienes demasiada en casa?

—Voy a por esa bebida caliente.

—Vale. ¡Pero que sepas que el chocolate caliente de Enzo no mitigará tus deseos de tener sexo sucio e indecoroso!

—Estoy de acuerdo con eso. He probado el chocolate y no, no surte efecto.

Richard, desde el porche, brindó con su taza de chocolate caliente mientras seguía mirando con ojos lujuriosos a Doña Tentación.

—Je-sús... Yo solo quería distraerme un rato. Dime que tú no coqueteas con nadie, mi príncipe.

—Él no coquetea con nadie —me respondió Adriana por él—. Al menos, no en el granero.

Enzo abrió los ojos de par en par. ¿Qué me estaba perdiendo?

—¿Coqueteas con alguien en el granero? ¡Serás *zorri*!

—No digas gilipolleces. Aquí solo hay ardillas y tíos casados. ¿Con quién iba a coquetear?

—Yo estoy soltero —apuntilló Richard—. A ver, tengo novia, pero, vamos, que no es nada serio.

—Como te escuche Rita decir eso, verás la que se lía —vaticinó Adriana con un soplido resignado.

—Perdona, ¿con quién intentas ligar exactamente, conmigo o con ella? Solo para despejar dudas.

Richard se volvió hacia Enzo.

—Tío, no te ofendas, pero me van las chicas. Mi despertar sexual fue con Jessica Rabbit.

—Pues esa de ahí es más bien tipo Pocahontas —dijo Enzo, señalando a la susodicha, que los pulverizó a los dos con la mirada.

—No hay problema, chaval. —A Richard le resultaba muy divertida la conversación—. También me gusta Pocahontas.

—¡Te gustan todas! —gritamos Adriana y yo, escandalizadas.

—Son como las gemelas Olsen —le susurró Enzo, conspiranoico—. Hablan a la vez. Tranquilo, te acabas acostumbrando.

—Estoy convencido.

—Así que te gustan las mujeres que rompen estereotipos —le soltó Adriana en tono provocativo.

Richard se apartó la taza de chocolate de los labios para dedicarle una sonrisa encantadora.

«Ah, por favor, iros a un hotel».

—Entre otras cosas.

—¿Cómo, por ejemplo…?

—Algún día te lo contaré.

—Sigue soñando.

—*Ay, mamacita* —resoplé, desbordada. Todo el mundo se echó a reír—. Necesito chocolate.

—O sexo con aquel que no puede ser nombrado —añadió Enzo por lo bajo, comentario gracias al cual quedó nominado para recibir la mirada más fulminante del año.

*****

Richard me llevó a casa ya entrada la noche. Daniel estaba sentado en el porche, con lo cual me

vio bajarme del coche de su ex mejor amigo, y no le hizo la menor gracia, a juzgar por la forma en la que nos observaba.

Había arreglado media valla en mi ausencia, algo que encontré impresionante.

—Estaba preocupado. Ya veo que no tenía motivos. —Se levantó del balancín, con la mandíbula en tensión—. Solo estabas dando una vuelta con Richard en su súper descapotable.

—No estaba dando una vuelta con nadie. El coche me dejó tirada. Richard solo me rescató de la carretera.

Su expresión se suavizó un poco.

—Ah. ¿Estás bien?

—Me voy a la cama.

Todo era súper raro. Ojalá nunca me hubiera dicho que volvió. De alguna forma me las había ingeniado para fingir que esa noche en el motel no había sido real. Ahora, gracias a su confesión, lo era.

—He hecho cena, por si quieres…

—No —lo corté, aunque me arrepentí al instante, y entonces añadí, más suave—. Pero gracias.

Asintió despacio, sin dejar de sondearme con aire atormentado.

—Siento mucho lo de antes, Lucy. Lo de la mermelada. Fue culpa mía.

Me encogí de hombros.

—En realidad, fue mía. Tú solo querías ayudarme.

No respondió a eso, y yo tragué saliva.

—Bueno... —volví a decir, estirando los labios en una especie de sonrisa que solo delataba lo incómoda que me sentía.

—Bueno —murmuró Daniel, sin desviar la atención de mi rostro.

—He visto que has levantado media valla —comenté, quizá para distraerle. Sus ojos parecían más oscuros con el reflejo de la luna llena y me ponían nerviosa.

O puede que intentara distraerme a mí misma, porque la idea de acercarme a él y besarlo se me pasó por la cabeza y todavía no la había asimilado.

—Sí, he estado liado esta tarde. ¿Dónde dejaste el coche exactamente?

—Richard y yo lo empujamos fuera de la calzada. Está aparcado a unos dos kilómetros de aquí, entre nuestra granja y la de mis amigos.

—De acuerdo.

El momento se estaba prolongando, y ninguno de nosotros parecía tener intención de moverse. Estábamos atrapados en la mirada del otro.

—Buenas noches, Daniel —me obligué a decirle.

—Buenas noches, Lucy —murmuró con aquella sonrisa soñolienta suya que le daba un aire súper sexy.

—Sí —musité, antes de entrar en el interior de la casa.

—No vamos a hablar de ello, ¿no? —gritó a mis espaldas.

—*Nop.*

—Muy maduro.

Lo ignoré. Era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias.

Dulce como la mermelada



Lucy

Que Georgia decidiera meternos caña para recuperar audiencia me vino de perlas para evitar estar a solas con Daniel al día siguiente.

Nos asignaron la tarea de recorrer el bosque en busca de frutos silvestres para hacer mermelada, y él no estaba en mi equipo.

Ni siquiera lo vi por la mañana antes de irnos. Me dejó un cestito de mimbre muy mono en la mesa de la cocina —sospechaba que lo había encontrado en el sótano de los horrores—, un sándwich con una pinta suculenta envuelto en papel de cocina y una manzana *Sweet Crispy*.

Me estaba concediendo espacio, y yo se lo agradecía porque todavía no había encontrado la forma de enfrentarme a su confesión. La había bloqueado en mi mente hasta tal punto que fingía que negaba su existencia. Mis mecanismos de defensa eran fuertes. Ni siquiera había afrontado todavía el abandono de mi padre…

Llamaron al timbre y, cuando miré por el ventanal de la cocina, vi que Adriana, Richard y Ashley me esperaban en la calle.

Cogí los obsequios de Daniel, me los guardé en mi cestita súper mona y salí. La nuestra era la última granja antes del bosque. El sendero empezaba nada más salir de la parcela.

—Hola, chicos —saludé, animada ante la perspectiva de una caminata al aire libre con gente que no fuera Daniel Finn, mi peor pesadilla.

—Hola —me respondieron todos.

El desafío era el siguiente: los granjeros que conseguirían no solo hacer que la mermelada fuera comestible y nada tóxica, que ya era mucho a mi corto entender, sino venderla en la feria del próximo sábado, iban a ser recompensados con tres cabras.

Así pues, dos grupos de expedición, uno encabezado por Rita y el otro por Ashley, ambas *Girl Scout* en su juventud, se apoderaron de los bosques.

—Qué cestito tan encantador —comentó Ashley. Como siempre, la sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Gracias. Tu bolsa también es muy mona.

—Si tú lo dices…

—Hace un día fantástico para una excursión, ¿verdad, Lucy? —intervino Richard con una sonrisa.

—La verdad es que sí.

—A ver, equipo. —Ashley, la animadora jefa, dio palmaditas—. Prestadme atención. Esto es lo que vamos a hacer.

Creo que nadie le prestó atención.

*****

—Ha sido muy buena idea separarnos a Daniel y a mí —les dije a Adriana y al ex mejor amigo del aludido mientras paseábamos perezosamente entre los árboles.

Ashley estaba súper lejos, comprometida con su papel de exploradora jefa. No estaba para cuchicheos.

—Os han asignado grupos distintos como a los niños malos del cole, para que no la lieis —se carcajeó mi amiga.

—¿Creéis que vamos a encontrar algo para hacer mermelada? —cambié de tema.

—Estamos a finales de septiembre, así que solo podemos encontrar moras o grosellas. Ya no es época de frambuesas. Pero tenemos que llegar a un claro. Las moras no crecen en las profundidades del bosque. Aquí solo puede haber setas.

Adriana y yo intercambiamos una mirada perpleja, después de lo cual dirigimos toda nuestra atención hacia Richard, el pijo neoyorquino que, en vaqueros y camisa blanca, arremangada hasta los codos, caminaba tan tranquilo, ayudándose de un palo tan alto como él, que había encontrado al borde del sendero.

—¿Por qué me miráis como si tuviera monos en la cara? —nos dijo, con una sonrisa divertida.

—¿Qué tal porque llevas una camisa de *Dolce* y al mismo tiempo nos hablas sobre la temporada de los frutos del bosque y dónde encontrarlos?

—¿Qué sabes del tema, montañero? —lo chinché—. Escúpelo.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Me crie a pie de un bosque. Mi madre solía hacer mermeladas y yo siempre la acompañaba a recolectar la materia prima. Frambuesas, fresas, cerezas silvestres… Se me daba bien trepar.

—Mira por dónde. —Adriana estaba impresionada.

—¿A que ahora te alegras de que forme parte de tu equipo? —repuso él con jeta.

Lo cual me hizo pensar en Daniel. Solía tener la misma actitud de tío pagado de sí mismo.

«Alto ahí, Lucinda. No vas a pensar en Daniel otra vez».

—No, si presumido es un rato... —bufó Adriana para sí.

Richard nos deleitó con otra sonrisa seductora.

—Chicos, no sé qué estáis cuchicheando, pero las moras no van a recogerse solas —canturreó Ashley con su encanto de arpía.

—Como sigamos en este lugar, no habrá moras que recoger —protestó Richard—. Aquí solo hay musgo. ¿Lo ves? —Se lo señaló con el palo—. Musgo.

—Pues sigue andando y deja los cotilleos. Os oigo cacarear desde aquí.

—Ay, cómo me irrita esta tía —gruñó mi amiga entre dientes—. Yo me llevo mejor con los hombres que con las mujeres. Es un hecho.

—Conmigo te llevas bien —repuse.

—Porque eres casi un tío.

Richard se rio.

—¿Por qué dice que eres casi un tío?

—Porque practica sexo como vosotros —le respondió doña Chismes.

—No me digas. ¿Y cómo lo practicas tú?

—Con pasión y coraje —contestó ella para provocarlo—. Como si bailara un tango.

—Joder… —Richard estaba desbordado—. Y ahora yo tengo que fingir que no me lo estoy imaginando.

—Ah, id a un hotel —les solté, aburrida de tanto coqueteo.

—¡Chicos!

—¡Ya vamos! —le grité de vuelta a Ashley—. En cuanto a Richard se le baje la erección.

El mencionado individuo me puso mala cara, aunque tuve claro que el comentario le hacía gracia. Era más que evidente el esfuerzo que empleaba a la hora de contener la sonrisa.

—¿Has dicho *erección*? —se horrorizó Ashley desde lo alto de una piedra. Estaba oteando el bosque como un halcón.

—¡Ha dicho reacción! —le respondió Adriana, también a gritos—. A Richard le ha dado una reacción alérgica, pero ya está controlado. ¿A que sí, grandullón?

—No te creas. Mi *reacción* suele durar horas y horas.

—*Ay, Diosito* —recé, suspirando como una mártir—. Esto va a acabar muy mal. ¿Queréis que os deje a solas? Ahí tenéis un arbusto.

—No hace falta. Nunca me acuesto con tíos casados.

—No estoy casado.

—Pero tienes novia —rebatió Adriana con una sonrisa punzante en las comisuras de su obscena boca. Hasta yo la encontraba sexy. ¿Cómo iba a resistirse el pobre Richard?

—¿Y si dejara de tenerla?

Nos detuvimos los tres. Ellos, porque estaban negociando un posible *affaire*. Yo, porque era una chismosa.

—Si dejaras de tenerla, ¿qué?

—¿Saldrías conmigo? —propuso él mientras se apoyaba en el palo. Parecía un pastor súper guapo.

—No lo sé. Pregúntamelo cuando dejes de tenerla.

—Lo haré.

Abrí los ojos de par en par y, cuando Richard no me prestaba atención, le propiné un codazo a Adriana, que me respondió con su habitual expresión impasible de *y a mí, ¿qué?*

—¿Y qué clase de libros escribes tú, Richard? —se me ocurrió preguntar para desviar la conversación hacia temas más manejables. Ya estaba bien de tanto hablar sobre las erecciones. Parecía uno de mis libros.

—Ensayos reflexivos.

Adriana dejó de caminar y se lo quedó mirando. La conocía lo bastante como para saber que estaba impresionada.

—¿Y sobre qué reflexionas exactamente?

—Bah, nada fuera de lo común. La lucha entre originalidad e influencia, el fracaso como motor creativo, la soledad en la era digital, la nostalgia… ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué idealizamos el pasado y qué dice eso de nuestro presente? Yo, sí. Escribí un ensayo al respecto.

—No, si listo es un rato —me dijo Adriana con un codazo. Richard nos sonrió, encantado. Luego miró a Adriana.

—Sé que Lucy es escritora de romántica porque Rita no deja de repetirlo a todas horas, pero ¿sobre qué escribes tú?

—Follar.

Hala, directa al grano. Como debe ser.

—Hum. Pues tendré que leerme un libro tuyo, para estar preparado.

Se miraron, largo rato, a los ojos, desnudándose el uno al otro con la mirada.

Ugh. Odiaba hacer de carabina.

*****

Volvimos a casa con los cestos llenos de moras y grosellas, gracias a nuestro montañero que, harto de que Ashley nos llevara al fracaso, se puso al mando de la expedición.

Estaba charlando con Richard y con Adriana cuando llegó Daniel.

—Bueno, nos vemos, Lucy —se apresuró Richard a despedirse mientras saludaba a Daniel con un gesto hosco, al que este contestó con otro igual de antipático. Me costaba imaginar que a mis amigos y a mí nos fuera a pasar algo así algún día. Me dolería demasiado que nos tratásemos con tanta frialdad.

—Hola —me dijo Daniel al entrar en el patio.

—Hola.

—¿Qué traes?

—Moras y grosellas. ¿Y tú?

—Solo moras. Y vengo lleno de arañazos.

Solté una risita al darme cuenta de que se había hecho un arañazo enorme en la mejilla.

—¿Y esto? —dije, rozándole la piel justo por debajo de la herida.

Daniel me miró con ojos lánguidos. Creo que le gustó que le tocara la cara.

—Mejor no preguntes. ¿Tiene mal aspecto?

—No… Solo pareces un gato callejero que se ha peleado con otro macho en celo por el amor de una gatita.

Se le escapó una carcajada.

—¿Tan mal estoy?

—Creo que deberíamos desinfectarlo, por si acaso.

—De acuerdo.

—Venga, al baño.

—¿Vas a echarme alcohol en las heridas? —se burló.

—Tú me enseñaste a montar en bici.

—Cierto.

—Aunque no lo hago por eso.

—¿Y por qué lo haces?

Porque me estoy colgando por ti otra vez, hubiera sido la respuesta más adecuada, teniendo en cuenta que, pese a mis insistentes esfuerzos, no había pasado más de diez minutos seguidos sin pensar en él en todo el santo día.

—Porque soy una sádica —dije, en cambio.

Le oí reírse entre dientes mientras me seguía al cuarto de baño.

Lo obligué a sentarse en la tapa bajada del inodoro y presioné un algodón empapado en alcohol sobre su mejilla rasposa.

—¿Escuece?

Seguía mirándome con aquella expresión lánguida y anhelante y, por algún motivo retorcido no quería hacerle sufrir. Toda una novedad.

—*Neah.*

—¿Te estás haciendo el duro para impresionarme?

—Tal vez.

Sonreí.

—Una pregunta —dije después de unos segundos de silencio.

—¿Si podemos enrollarnos? —me propuso, con un descaro que me hizo dedicarle una exasperada caída de párpados—. Claro. Cuando quieras, Lucinda.

Mi cuerpo estaba encajado entre sus rodillas. Mis ojos, fijos en los suyos. Solo faltaban sus manos en mis caderas para que se nos fuera la olla.

Fingí que la idea no me entusiasmaba, y él fingió creerme.

—¿Qué sabes sobre mermelada?

—Que cuesta un huevo despegarla del suelo cuando se te cae un bote.

—Estupendo. Yo sé que las venden en los supermercados.

—Vamos bien. ¿Cómo lo arreglamos?

Dejé de presionar el algodón contra su mejilla y lo pensé durante un rato. Luego se lo susurré al oído, no sé si porque no quería que los demás concursantes nos robaran la idea o porque así, de paso, podía olfatearlo.

—Me parece buena idea. A lo mejor ganamos puntos por creatividad.

—Eso estaría bien —admití, apartándome de él.

Daniel permaneció sentado y noté que me seguía con la mirada.

—Gracias por la atención sanitaria.

—De nada.

—Ahora que lo pienso, tengo otro arañazo en el cuello.

Negué para mí.

—¿Luego me dirás que tienes otro más abajo, para que te toque donde tú quieres?

Sonrió como un granuja.

—Tal vez…

Con una mueca, cogí otro algodón, lo empapé en alcohol y me acerqué a él.

—A ver, ¿dónde está el arañazo?

Echó la cabeza hacia un lado como un niño bueno y ahí, por debajo del cuello de su camisa de franela, sobresalía un rasguño vertical.

—¿Lo ves? No me lo invento.

Presioné el algodón contra su piel y, aprovechando que él no me miraba, estudié su rostro compacto.

—Así que volviste —le solté en un impulso.

Vi que sus labios se movían en una pequeña sonrisa.

—Volví.

—Genial.

—*See*.

Me dispuse a alejarme de él.

Entonces, Daniel se puso de pie, me atrapó por la muñeca y me arrastró hacia su musculoso pecho. No tuve tiempo de preguntar qué pretendía. Todos mis pensamientos quedaron interrumpidos por la boca que se cernió sobre la mía, tórrida, pasional, con un matiz de urgencia que me volvió lo suficientemente loca como para devolverle el beso ahí mismo, en mitad del baño, delante de todo el mundo, porque la puerta estaba abierta de par en par y una de las cámaras del salón nos apuntaba de lleno.

Yo lo sabía, pero me dio igual.

Besé a Daniel Finn, mi Will Wheaton personal, y, francamente, lo disfruté. Durante unos veinte segundos.

Después, rompí el beso y salí corriendo para esconderme dentro de mi habitación. Tenía mucho que procesar.

En directo desde la Granja La esperanza

—Una sinvergonzonería, ¿qué queréis que os diga? Morrearse sin el menor descaro delante de las cámaras…

—¿Y a ti qué más te da? Si la gente quiere montárselo, que se lo monten.

—Desde que sale al campo a diario a *reflexionar*, mi marido se ha vuelto de una moral… relajada.

—Solo tenemos una vida, Ashley. Aprecio a los que tienen las agallas de vivirla.

—¿Qué intentas decir, que yo no vivo?

—Paso de peleas.

—¡No te vayas! ¡Vuelve aquí ahora mismo y dímelo a la cara, Elijah! Hala, otro portazo. Es como vivir con un adolescente lleno de hormonas. A ver si madura de una vez, que ya estoy harta.

En directo desde la Granja Old Creek

—Emmm… Sí, lo vimos venir.

—Ya lo creo. ¿Cuándo lo tuviste claro tú? Me pica la curiosidad. Nunca hemos hablado del tema, ¿sabéis?

Adriana lo pensó durante un rato.

—Creo que lo supe cuando empezó a chillar como una loca en la editorial. ¿Y tú?

—Cuando dijo que a ella le gustaba *Love Actually*.

—Ugh. Y los cachorros.

—¡Y los cachorros! —clamó Enzo en tono perplejo.

—¿Crees que ahora le gustarán los retretes?

Enzo se volvió hacia su compañera con cara de confusión.

—¿Eh?

—Se besaron en un retrete.

—Cierto. Pues conociendo a nuestra Lucinda, lo añadirá al lado de las norias.

—Es posible. ¿Crees que debería llevar tocado en su boda?

—¡¿Y tú crees que *yo* debería llevarlo?!

—No sé... Imagino que seremos sus damas de honor.

—¡Tienes razón! —Enzo parecía estar encantado con la idea—. Pero mi atuendo lo escojo yo, que ya sabemos que las novias son un poco *zorris*. No me fio.

En directo desde la Granja Vernon

—Ni hablar. A Daniel no le gusta Lucy.

—Pues yo diría que a cierta parte de la anatomía de Daniel *le encanta* Lucy.

—Richard, no seas vulgar. No estamos hablando de sus reacciones físicas cuando una jovencita mona le mete la lengua hasta la campanilla. Me refiero a la conexión.

—Y parecían muy conectados de cintura para abajo antes de que ella saliera corriendo.

—Me estás irritando.

—¿Yo, o que tu exmarido haya pasado página después de ti?

Mirada larga y asesina por parte de Rita.

Mirada indolente por parte de Richard.

Mirada obstinada de Rita y rechinar de dientes.

Sonrisa perezosa de Richard.

Mirada…

—¿Sabes qué, Richard? Paso de ti.

—Gano yo. —Richard miró a la cámara con expresión de complacencia—. Me encanta ganar. Me quedaría para regodearme, pero, lo siento, tengo que echarle azúcar a la fruta.

Charlas con amigos



Daniel

Entrar en el bar del pueblo y ver a Richard sentado en la barra no me entusiasmó. Aun así, me senté a su lado.

—Whisky, por favor —le pedí al camarero.

Richard sorbió de su copa. Se había pedido lo mismo.

—¿Mal día? —preguntó, sin mirarme.

—Y tanto.

—¿Lucy?

—Por supuesto.

—¿Quieres hablar del tema?

—Paso.

—Vale. Como quieras.

Sentados codo con codo, bebimos de nuestras respectivas copas.

Creo que estuvimos por lo menos cinco minutos en completo silencio, con canciones de Elvis de fondo.

—Ayer la besé —le solté a Richard de sopetón.

—Lo sabe todo el país.

—Hoy no le he visto el pelo en todo el día. Me evita.

—Lógico. La besaste.

—Ella me devolvió el beso.

—Eso también lo vimos. Rita está que trina.

—¿Por eso estás en el bar?

—*Sip.* Oye, Finn, ¿me odiarías más de lo que me odias si te dijera que estoy buscando el modo de cortar con ella? No quiero hacerlo mientras dure el programa. Estas cosas mejor hablarlas en privado.

Me volví en mi taburete y miré al que había sido mi mejor amigo durante los últimos quince años.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres dejarla?

Hizo girar el whisky en el interior de la copa y luego se lo acabó de golpe.

—Sí, eso creo.

—Qué fuerte. Aunque se veía venir.

—Supongo. —Plantó el vaso sobre la mesa, dejó dinero para ambas consumiciones y se puso la chupa de cuero—. Vamos.

Eché la cabeza hacia atrás para fruncirle el ceño.

—¿Adónde?

—Sé dónde está tu Lucy.

—¿Lo sabes?

—Están todos en el otro bar. Equipo de grabación incluido.

—¿Hay otro bar en este pueblo?

Richard me sonrió, indulgente.

*****

Había otro bar en el pueblo, mucho más bullicioso. Nos abrimos paso entre la mesa de billar y sillas desordenadas, esquivando granjeros más animados de la cuenta y a los jugadores de dardos con preocupante puntería.

Entonces, la vi. Estaba sentada sobre el pico de una mesa, con una copa de vino blanco en la mano.

El corazón se me aceleró de golpe, aunque solo tardó unos segundos en calmarse, en cuanto me di cuenta de que estaba charlando con un tío que se la comía con los ojos.

No sé qué le diría él. Debió de ser algo gracioso porque ella se echó a reír a carcajadas.

Justo en aquel momento nuestras miradas se cruzaron al vuelo. No esperaba verme ahí. Se quedó descolocada, su risa se apagó en el acto.

La angustia que capté en sus pupilas me hizo dar media vuelta y marcharme. No me despedí de Richard. No saludé a nadie. Lo único que quería era no joderle la noche a Lucy. Me había quedado claro que el beso no cambiaba una mierda. Para ella no había significado nada.

Redes, arma del Diablo



@natalie123: No quiero sonar dramática, pero… ¡¿POR QUÉ?!

@kateandcoffee: Ay, Lucy. Le acabas de romper el corazón.

@josh.taylor: Chica mala. A Josh le gusta ñam ñam ñam.

@emma.rose: ¿Alguien más piensa que el pobre Daniel está tarareando *never mind, I'll find someone like you* de camino a casa?

@josh.taylor: JAJAJA. Tú y yo deberíamos salir algún día, Emma Rose.

@emma.rose: Incluso ligarme las trompas me resultaría más divertido, Joshua.

@josh.taylor: Seguiré insistiendo hasta que digas que sí. Los dos sabemos que lo harás.

@natalie123: Lo tuyo tiene nombre, J. Se llama ACOSO.

@kateandcoffee: Volvamos a lo de Lucy, por favor. ¿Quién es ese tío? No me gusta para ella.

@natalie123: Se llama Cody. Es granjero de verdad.

@tigresa82: ¿Por qué estáis tan mustias? ¡¡Daniel vuelve a estar en el mercado!!

@josh.taylor: No es acoso, listilla. Soy perseverante.

@natalie123: ¿Es lo que piensas declarar ante el juez?

@josh.taylor: Paso de ti porque tienes el SPM.

@natalie123: ¿Qué es el SPM?

@josh.taylor: Síndrome pre menstrual.

@natalie123: Lamento decírtelo, pero se me quitó la regla la semana pasada. Busca otra excusa.

@josh.taylor: Entonces, tienes el otro SPM.

@natalie123: ¿Qué es el otro SPM?

@kateandcoffee: ¿Por qué le sigues el juego, Natalie? Si ya sabes que es un neandertal.

@josh.taylor: El síndrome POST menstrual.

@natalie123: O le sigo el juego o trabajo. Y, como comprenderás, esto me resulta más entretenido. Así que, según tu teoría, Josh, las mujeres tenemos dos fases: el síndrome pre menstrual y el síndrome post menstrual. Y estamos siempre de malhumor por culpa de la menstruación, no porque algunos seáis unos gilipollas que nos PONEN de malhumor. ¿Es así o te he entendido mal?

@natalie123: ¿Joshua? ¿Sigues entre los vivos?

@emma.rose: Te está haciendo un *ghosting* en toda regla, Natalie.
@josh.taylor: Pero a ti no, nena. Para ti estoy a cualquier hora.
@emma.rose: Puaj.
@natalie123: PUAJ.
@kateandcoffee: Lo suscribo.
@josh.taylor: Me gustaría saber a cuántos hombres discriminan en el mundo solo por ser hombres…
@emma.rose: Pregúntaselo a Ashley. Seguro que tiene las cifras.

En directo desde la Granja La esperanza

—Pues mira, sí. Se ha llegado tan lejos en la promoción de la igualdad de género que ahora se discrimina a los hombres para favorecer a las mujeres. Ha aumentado la tasa de suicidios entre los chicos, ¿lo sabíais? A los pobrecillos les espanta que cualquier loca les acuse, injustamente, de violación. Por favor, ¡si incluso a la pobre Barbie la han obligado a luchar contra el patriarcado! ¿Cuándo acabará este nazismo feminista? A mí eso no me representa.

En directo desde la Granja Vernon

—Dejadme que os diga que yo, como hombre, no me siento en absoluto amenazado. Duermo tranquilo porque ninguna mujer podría acusarme jamás de violación. Si hay algún tío por ahí preocupado, a lo mejor debería DEJAR DE AGREDIR A LAS TÍAS. Es una idea. Hay una palabra clave que estos sujetos deberían tener en cuenta. Se llama CON-SEN-TI-MIEN-TO.

—Por primera vez en semanas, estoy de acuerdo con Richard. A los hombres no se les acusa de violación, Ashley. A los *violadores* se les acusa de violación.

En directo desde la Granja La esperanza

—Pues ojalá Richard nunca se cruce con una loca…

En directo desde la Granja Old Creek

—*Diosito* de mi alma y de mi corazón. El discurso de Ashley me ha hecho envejecer unos cinco años.

En directo desde la Granja La esperanza

—Si no le gusta a la doña, que se vaya a su país. Seguro que ahí son todos muy feministas.

En directo desde la Granja McGregor

—Su país es Estados Unidos, Ashley. Es tan americana como tú, solo que menos rancia.

En directo desde la Granja La esperanza

—¿Y tú dónde estabas, Lucinda? ¿Abortando al bebé de Daniel?

En directo desde la Granja McGregor

—*See*. Es lo que hacemos las feministas cuando nos aburrimos. O nos sometemos a un aborto o vamos a pilates. Lo que sea que pille más cerca.

En directo desde la Granja Old Creek

—Jajajaja. *Na-na-na, come on, come on, come on I like it, like it, come on, come on, come on.*

En directo desde la Granja La esperanza

—Paso de vosotros.

En directo desde la Granja McGregor

—*Na-na-na, come on, come on, come on...*

En directo desde la Granja Vernon

—*I like it, like it, come on, come on, come on.* Sí, la unión hace la fuerza. Jajaja. Os dejo, chicas, no quiero que se me pegue la mermelada.

En directo desde la Granja Old Creek

—Richard, ¡espera! ¿Sigues ahí? Mierda, quería la receta de mermelada de su madre. Lucy, ¿tú sabes hacer mermelada?

En directo desde la Granja McGregor

—No, querida. Yo solo sé abortar.
—¿Has dicho *abortar*?
—Te dejo. Daniel está en casa. Ha ido a por la camioneta.
—Por si la necesitas para ir a ver a Cody…
—Ay. Ya estamos con lo de Cody.

En directo desde la Granja Old Creek

—*Mamacita*, no has colgado la videollamada. Os estoy viendo, y el lenguaje corporal de Daniel indica celos.

En directo desde la Granja McGregor

—No estoy celoso. ¿Por qué iba a estar celoso? Me da igual con quién quedes, Lucinda. Puedes quedar con Cody o con todo el estado de Montana, si te place. A mí me la resbala. Me voy a mi cuarto.

En directo desde la Granja Old Creek

—Uf, menudo portazo. Está que trina. ¿Piensas hacer algo?
—Sí. Colgar la dichosa videollamada.

Y ahora, ¿qué?



Daniel

Me incorporé en la cama al oír un suave golpecito en mi puerta.

—¿Qué? —bramé, porque mi humor no era el mejor aquel día.

—¿Puedo pasar?

Hice una mueca.

—Pasa.

Su cabeza asomó a través del hueco de la puerta. Al ver que yo estaba ahí, cruzado de brazos, exhaló vencida y entró. La forma en la que me miraba mientras avanzaba hacia mi cama me ponía un poco nervioso.

—¿Hablamos del beso?

Torcí el gesto.

—Cojonudo. El día acaba de mejorar.

Se sentó en el borde del colchón y me evaluó en silencio durante más de veinte segundos. Me sentí como si fuera el niño malo del cole, castigado en el despacho de la directora.

—Daniel, ¿por qué me has besado?

Se me disparó el tic de la mandíbula. Cerré los ojos, respiré hondo y, tras meditar la respuesta unos momentos, la atravesé con la mirada.

—¿Por qué me has besado tú a mí? Si me odias, ¿por qué no me frenaste?

Se encogió de hombros.

—No te odio.

La negativa me sorprendió.

—¿No me odias?

—No. Ya no.

La miré con intensidad.

—Vaya. No sé qué decir. Creo que no estaba preparado para esta respuesta —admití, un poco cortado.

Lucy sonrió, se inclinó hacia mí y, sin decir nada, juntó nuestras bocas y… me besó. Joder. Ella me besó y yo dejé de pensar con claridad.

Cogí su rostro entre las manos y le di un beso largo y ansioso. Luego la abracé con fuerza. Acto seguido, la besé con más intención mientras intentaba aplacar la necesidad de presionar mi

cuerpo contra el suyo. La deseaba desesperadamente y, cuando me empujó hacia atrás en la cama y se sentó en mi regazo, no me lo pensé dos veces. No hice preguntas tontas del tipo: y después, ¿qué?

Solo dejé que nuestros cuerpos tomaran la iniciativa y comunicaran con gestos lo que los labios no se atrevían a formular.

—Dime que tienes condones —murmuró encima de mis labios.

Me reí y le di otro beso hambriento antes de susurrarle:

—Tengo condones.

Arrastré las palmas por su espalda, primero por encima de la ropa y luego por debajo. Al oírla ahogar un gemido en el interior de mi boca, la agarré por el trasero con las dos manos y la presioné contra mí.

La forma en la que gimió al sentir mi erección, ese sonido sensual, dejado, me la puso todavía más dura.

—Lucy… Joder, Lucy.

El beso se volvió tempestuoso, más salvaje y carnal que antes. Nuestras bocas se fundían con un hambre que no atendía a razones. Mis dedos se tensaron en sus caderas.

Le di la vuelta en la cama hasta tenerla debajo de mí y apreté el bulto de mis pantalones contra ella.

Nos miramos. Nos acariciamos. Ella paseó el dedo índice por el borde de mi boca y yo me la comí a besos.

Intenté trasmitirle con los labios mi desesperación por estar con ella, y creo que lo comprendió porque se quitó la camiseta, la tiró al suelo y, con una expresión tan necesitada como la que probablemente mostrara yo, clavó los dedos en mi mandíbula y me devoró con un anhelo desenfrenado, loco y enardecido que desafiaba por completo mi autocontrol.

—Tengo muchas ganas de follarte —le susurré al oído al mismo tiempo que restregaba el pulgar por su carnoso labio inferior, esparciendo la humedad de nuestro último beso.

—Lo sé. Yo también.

Estudié sus ojos mientras mis manos se deleitaban con la tibieza de su piel. Me moría por estar dentro de ella. Los dos respirábamos muy deprisa encima de la boca del otro.

—Dime que no fue mediocre lo de la última vez. Necesito oírtelo decir.

Me puso los ojos en blanco. Luego, sus labios esbozaron una sonrisa traviesa.

—De acuerdo. No lo fue. Fue más bien supercalifragilisticoespialidoso.

—Bien —murmuré, aliviado.

La volví a besar. Primero en la boca entreabierta, jugando con su lengua sin prisas. Después, en el cuello. Al poco rato la giré y arrastré los labios por toda su espalda mientras me aferraba con las dos manos a sus pechos y los estrujaba entre los dedos.

Cuando la oí gemir y su trasero empujó contra mi erección, la volteé por debajo de mí, deslicé una de las copas de su sujetador hacia abajo y busqué su pezón con la lengua.

Lucy se abrazó a mí con fuerza e intentó acompasar la respiración.

Mordisqué y lamí, y noté cómo florecía en el interior de mi boca.

Cerró los ojos lentamente cuando metí la mano por debajo de sus bragas. La toqué y ella echó la cabeza hacia atrás y se perdió en mi caricia. Vi que se mordía el labio inferior y me entraron ganas de hacerle lo mismo.

—Eres la jodida cosa más sexy que he visto en toda mi vida —le dije, con una voz áspera que no parecía la mía.

Esperé a que estuviera muy húmeda, y entonces la toqué en el punto donde se concentraba

todo su placer. Y Lucy se retorció, se estremeció, tembló y me pidió que no parara.

No paré. Le di otro beso voraz y errático, y seguí jugando con su cuerpo hasta que supe que estaba a punto de correrse.

Entonces, me puse un condón y me deslicé despacio en su interior, disfrutando de cada segundo de conexión. Sentía que no era solo físico.

Nuestros ojos se encontraron. Con una sonrisa leve en las comisuras de la boca, le acaricié el pelo.

—Eres el primer tío con el que me corrí.

Mis dedos se detuvieron de golpe.

—Joder. ¿Va en serio?

Se pasó la lengua por los labios y yo gruñí al notar cómo me estrujaba su cuerpo.

—Sí.

Presioné su cuerpo desnudo y excitado contra el mío, me enterré lo más hondo posible en ella y, con la frente apretada contra la suya y sin dejar de retenerla con la mirada, volví a llevarla al punto en el que nos habíamos parado.

—Me vuelves loco, Lucy —le susurré—. Nadie me vuelve tan loco como tú. No sé si eres la chica de mis sueños, o la chica de mis pesadillas.

—¿Ambas?

Hundió los dedos en mi pelo, acercó mi boca a la suya y me metió la lengua dentro.

Casi pude sentir el orgasmo que se originaba en lo más profundo de su cuerpo. La besé más fuerte, nuestras lenguas resalaron, ávidas, la una encima de la otra, y entonces Lucy tembló por debajo de mí y se disolvió en un océano de sensaciones.

Sus gemidos y la intensidad carnal y oscura con la que me miraba me pusieron tan cachondo que no tardé más de medio minuto en correrme.

Solo cuando mi cuerpo se aplacó y la testosterona ya no estaba al mando de la situación, por fin pude preguntarme: *y ahora, ¿qué?*

*****

—Estás callado.

—¿Te arrepientes?

—¿Y tú?

Como no le contesté, echó la cabeza hacía atrás para encontrarse con mis ojos. Estábamos tumbados en la cama, vestidos a medias, y yo la abrazaba y paseaba distraído el pulgar por su brazo desnudo.

—Lo he preguntado yo primero —le respondí con una sonrisa.

—Y yo, después.

Mi sonrisa se hizo más grande.

—No, no me arrepiento, Lucy —murmuré, con la vista vagando sobre la ventana.

—Pero estás callado.

—Porque me pregunto qué pasará ahora.

—Ahora me iré a comprar tabaco y no volverás a verme el pelo.

Estalló en carcajadas al encontrarse de nuevo nuestras miradas.

—Tendías que verte la cara.

—No tiene gracia. Pero ni puta gracia, Lucinda.

—¿Por qué? ¿Quieres que sea tu novia? Me estás mirando como un psicópata, Dexter.

—¿Y por qué será?

—Contesta a la pregunta.

—Sí, quiero que seas mi novia. Si a Cody le parece bien, claro. No quisiera molestarle.

—Qué pesado estás con lo de Cody. No salgo con él.

—Tú no sales con nadie. Practicas sexo como un tío.

—Sabría que saldría a colación mi pasado sucio algún día —se lamentó con un suspiro.

Me reí y la besé en la boca.

—Me ha gustado mucho follarte —le susurré.

Ella cerró los ojos y hundió los dedos en mi camisa.

—Joder, Daniel. Nadie me dice estas cosas.

—Mejor. Que sea algo nuestro. También me ha gustado saber que soy el primer tío que consiguió que te corrieras.

Me puso los ojos en blanco.

—Típico de los hombres.

Le sonreí.

—¿Por qué? —volví a susurrar mientras intentaba descifrarla con la mirada.

—Por qué, ¿qué? —repuso, confundida.

—¿Por qué ha pasado lo que acaba de pasar?

Lo pensó unos segundos, en los que yo intenté dominar la tensión que me embargaba.

—Porque volviste —murmuró, con los labios cada vez más cerca de los míos.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Anoche hubo que apagar las cámaras porque *cierta* pareja convirtió este programa en una película pornográfica. La buena noticia es que el esperado coito subió de golpe los índices de audiencia y adivinad quién es ahora la nueva reina de Los Ángeles. Exacto, Monahan, a morder polvo, cabronazo. Anda, justo me está llamando. Se lo cogería si la llamada no llegara unos dos años tarde.

En directo desde la Granja Vernon

—¿Es que también nos graban por la noche? ¡Es indignante! ¡No se nos puede grabar por la noche! ¡Es una clara intromisión en nuestra intimidad! Ahora sí que voy a llamar al abogado.

—Sip, lo está llamando. Está muy cabreada porque anoche la grabasteis tirándose un pedo.

En directo desde la Granja Old Creek

—Jajajajajajajajajajajajaja.

En directo desde la Granja McGregor

—Opsie. Creo que *Princesa* no es la única que sufre shock postraumático…

En directo desde la Granja Old Creek

—JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA.

—Lleva así un cuarto de hora. No sé qué hacer. Estoy preocupado. Creo que se le ha estropeado el disco duro.

—Jajajajajajajajajajajaja.

—¿Lo veis? Es como vivir con el Joker.

En directo desde la Granja La esperanza

—Qué vulgaridad. Rita era la única del programa que me caía bien. Una lástima.

En directo desde la Granja Old Creek

—Por favor. Como si la amish nunca se hubiera tirado un cuesco. Cuéntaselo a otro, bonita, que yo no me lo trago.

—JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA.

—Voy a resetearla. Lucy, no cuelgues. Tenemos que hablar. *Sé* lo que hiciste anoche.

En directo desde la Granja McGregor

—Opsie... Creo que lo saben todos.

En directo desde la Granja Old Creek

—Jajajajajajajajajajajajaja.

—Estás dos me van a arrastrar a la tumba. ¡Deja ya de reírte! ¡Reiniciar sistema!

—Jajajajajajajajajajajajaja.

—Ya no sé qué hacer. Dar palmaditas no funciona. ¿Y si la exorcizo?

—Jajajajajajajajajajajaja.

—¡Por la sangre de Cristo…! Un momento, que necesito albahaca. No tenemos agua bendita, pero confío en que funcione con la ginebra. Por lo general, suele gustarle.

El encanto de la granja



Lucy

Después del infame acto, Daniel y yo nos pusimos raros. Creo que ninguno de los dos sabía qué esperar a partir de ahora. ¿Acostarse con el enemigo era una tregua? ¿El fin de la guerra? Incógnita total.

Así las cosas, ambos empleamos nuestras energías en convertir la vieja y destartalada granja en un rincón mágico. Terminamos de levantar la valla, pintamos el columpio de blanco nupcial, le añadimos cojines de telas suaves y tonos pastel para que dejara de parecer tan espeluznante...

Daniel se encargó de conseguir las luces más baratas de Amazon y, juntos, las entrelazamos entre las ramas de los árboles, de tal forma que, por la noche, gracias a los pequeños leds dorados que titilaban como luciérnagas entre hojas de un rojizo casi irreal, el patio se transformaba en un lugar idílico en el que querías estar.

No podíamos usar recursos económicos ajenos a nuestra actividad en la granja y, como el dinero de las manzanas se había terminado, tocaba tirar de creatividad.

A Daniel le encantó mi idea de crear un rincón otoñal bajo un árbol, sin gastar un centavo, solo con calabazas robadas de un campo de por ahí y mazorcas secas, atadas en racimos con hilo de yute.

En la vida no siempre se trata de tener más, sino de ver el potencial de lo que ya tienes. La materia ni se crea ni se destruye, solo se transforma, ¿no?

Pues en la granja había un montón de cosas que podían transformarse.

Como, por ejemplo, la vieja escalera del granero, que, en vez de seguir cogiendo polvo y telarañas, sirvió para colgar macetas improvisadas en latas viejas que, pintadas de blanco, parecían sacadas de una tienda de antigüedades. Trigo seco, flores silvestres que se habían marchitado de forma natural en el campo, crisantemos de color purpura que crecían en la parte trasera de la casa, ramas de pino o abeto, todo servía para crear un jardín vertical.

En el peldaño de abajo colocamos calabazas pequeñas y mazorcas secas para reforzar el tema otoñal que dominaba la granja, y también añadimos hojas cuidadosamente seleccionadas, pintadas a mano por la misma naturaleza en tonos rojizos o ámbar.

Estábamos haciendo un gran trabajo de decoración.

El verde de los muros, fresco y vibrante, resaltaba cada detalle pintado de blanco que añadíamos. La vieja bicicleta que Daniel había rescatado del sótano, con su reciente capa de

pintura impecable y un buen ramo de flores silvestres desbordándose en el cesto delantero, parecía sacada de una imagen de Instagram.

—Es increíble lo que se puede conseguir con algo que, por lo general, se ignora o se deshecha —le dije a Daniel, que estaba terminando de pintar una mesa metálica que, un par de horas antes, estaba devorada por el óxido en la parte de atrás—. La pondremos debajo de ese árbol y será mi nuevo sitio favorito para tomar café. Una lástima que no me guste la limonada. Esta mesa sería perfecta para servir limonada.

Daniel se echó a reír y levantó la mirada hacia la mía, dejando de lado su tarea por unos momentos.

—Anda. ¿Y eso qué es?

—Un farolillo improvisado con un viejo tarro de mermelada. Podemos colgarlo o ponerlo encima de la mesa.

—Encima de la mesa quedaría bien. ¡Cuando esté seca! —me gritó cuando vio que me disponía a plantarlo ahí y fastidiar su perfecto trabajo de restauración. Era un poco perfeccionista, por no llamarlo quisquilloso.

—Ya lo sé. Solo te estaba tomando el pelo. Vamos, te has ganado una cerveza.

Cogió la mano que le ofrecí y yo tiré de él hacia arriba.

—¿Solo eso? —me dijo con la voz de pronto más ronca.

—¿Qué otra cosa quieres?

Me miró de tal forma que mi mundo ardió en llamas.

—Ya sabes lo que quiero, Lucinda.

Sus palabras encendieron mi sangre.

Salté a sus brazos. Daniel me agarró por las caderas y, sin dar más vueltas, le besé porque, en el fondo, llevaba todo el día deseando estar cerca de él.

Justo en aquel momento se encendió la bóveda de luces solares por encima de nosotros. Interrumpimos el beso para mirar hacia arriba, y los dos nos reímos como dos idiotas.

—Lo logramos —susurró Daniel, cuya mirada bajó antes que la mía. Me observaba como si no pudiera creerse que todo aquello estuviera sucediendo de verdad.

—Sí. Lo logramos —murmuré, acariciándole el rostro, consciente del latido acelerado de su corazón y de su sonrisa tierna.

Volví a presionar la boca contra la suya y él, sujetándome sin demasiado esfuerzo, entró en el interior de la granja y subió, conmigo en brazos, hasta mi habitación.

—Vamos a profanar la cama con dosel —me dijo con un guiño.

—Georgia, las cámaras. Estamos a punto de mancillar la cama de formas inenarrables.

*****

Después del segundo acto infame en veinticuatro horas, Daniel se quedó dormido. Yo me sentía incapaz.

Lo miré —era guapo—. Miré el techo —estaba oscuro—. Volví a mirar a Daniel —su brazo me sujetaba por el abdomen—. Solté un suspiro hastiado. No quería repetir su pregunta de la noche anterior, pero… y ahora, ¿qué?

Él estaba colgado por mí —evidentemente— y quería que mantuviéramos una especie de relación —seguro, porque tenía más años que Matusalén, estaba vivo cuando se inventó la imprenta, y el concepto follamigos no convence a la gente de su edad—. La cuestión era: ¿estaba yo lista para dejar de ser Connor Mead?

Porque, de acuerdo, él había vuelto y por lo tanto no era el capullo que yo había creado en mi

mente, pero ¿no existe siempre el riesgo de que te abandonen en una residencia cutre de Milwaukee?

Mierda. El ensayo reflexivo no se me daba bien. Yo era la descerebrada inconsciente que se centraba en el sexo y en la pasión incandescente.

Hasta ahora me había dejado llevar por el momento, por el fuego; me había dejado seducir por la forma en la que vibraba mi cuerpo cuando él lo tocaba, por la sencillez con la que todo parecía cobrar sentido cada vez que él me miraba.

Pero no podía dejarme arrastrar siempre por la corriente. Tenía que encontrar un equilibrio entre la pasión y la sabiduría.

Miré de nuevo a Daniel, tan atractivo en mi cama que algo se agitó en mi pecho. No quería escapar de él. Todavía no. Tenía ganas de más. El típico problema de mi generación: nos habían enseñado a no conformarnos, a buscar todo el rato algo que nos hiciera sentirnos vivos.

Y, maldita sea, nada me hacía sentirme tan viva como el jodido Daniel Finn.

Al comprenderlo, mi mente se aquietó y me dormí. Ya deliberaría otro día. No me gustaba el rumbo de esta reflexión.

*****

Me despertó el olor a café recién hecho. Abrí los ojos y crucé la mirada con los suyos. Me había traído el desayuno en la cama, y al ver que estaba despierta, su atractivo rostro se abrió en una sonrisa deslumbrante.

—Buenos días, dormilona.

A eso podría acostumbrarme.

—Buenos días.

—¿Café?

Miré la bandeja que había dejado encima de la mesilla y asentí. No le faltaba detalle. Café, huevos, tostada, fruta, una flor de crisantemo...

«No hagas que me enamore de ti, Dexter».

—¿Azúcar?

—Sí, por favor.

Me ofreció el café y yo me lo tomé sorbito a sorbito, sin apartar los ojos de los suyos.

—Ya tengo listas las moras y las grosellas para la feria.

—Espero que funcione y no nos penalicen por no haber hecho mermelada.

—Sacaremos más dinero así. Podremos reinvertirlo en nuestra granja. ¿Ya has preparado el cartel?

—Por supuesto.

Se me quedó mirando con esos ojos azules que incendiaban la sangre en el interior de mis venas.

—¿Qué? —murmuré, un poco nerviosa por su repentino silencio.

Daniel negó.

—Nada. Tómate el desayuno. Voy a ducharme.

Asentí, y él se despidió de mí con un beso suave.

Lo eché de menos en cuanto se marchó, y eso no podía ser bueno. Una cualidad que siempre me ha sorprendido de los seres humanos es que, aun conscientes del peligro, nos lanzamos de cabeza por el precipicio. Es como si la presencia del riesgo fuera más bien un combustible en lugar de una advertencia. Si no hay barreras, nadie desea cruzarlas. Romper las normas solo tiene sentido cuando sabes que podrías perderlo todo en el proceso. Son los límites lo que convierten

el riesgo en algo excitante, en algo tan jodidamente atrayente que no puedes resistirte, y yo los estaba dinamitando uno a uno.

*****

La idea se convirtió en certeza en la feria. Lo supe en cuanto vi a Rita y a Daniel juntos. El aire se cargó de una energía extraña. Era algo irracional, primitivo y visceral, que surgió sin previo aviso y me hizo comprender que la intensidad de mis sentimientos hacia él era bastante mayor de lo que me hubiera gustado.

Si no, ¿por qué iba a molestarme tanto verle charlar con su exmujer?

Richard y Rita habían ganado el concurso de mermeladas y Daniel les estaba dando la enhorabuena. Nosotros habíamos vendido las moras y las grosellas en recipientes de plástico, y habíamos sacado dinero, pero las cabras se las llevaban ellos.

No es que me importara no haber ganado ninguno de los desafíos importantes del programa.

Lo que me resultaba de verdad molesto era lo cómodo que parecía Daniel con ellos. Me sentí desplazada, supongo.

—¿Estás bien?

La repentina aparición de Elijah a mi derecha me pilló tan desprevenida que pegué un brinco.

—Sí. Solo…

—Al menos tienes las gallinas —me consoló, dando por hecho que mi problema era el haber perdido el reto de las mermeladas—. Ashley está que trina. No puede soportar que un hombre la haya vencido en un concurso de mermeladas.

Solté una carcajada.

—Los roles no están tan definidos como a ella le gustaría, ¿verdad?

—Parece que no. Bueno, nos vemos.

Elijah, al marcharse, se cruzó con Daniel, que ya venía hacia mí.

—¿Qué tramas con el amish?

—¿Aún sientes algo por ella?

Se quedó pasmado. Yo misma me quedé pasmada. No tenía intención de decir algo así en voz alta. Me estaba convirtiendo en una persona desconocida. Además de una bocazas.

—Oye—. Me alzó el rostro con la mano para obligarme a mirarlo—. Yo solo quiero estar contigo.

Lo cual no contestaba mi pregunta. Aun así, forcé una sonrisa y fingí que estaba todo aclarado.

—De acuerdo.

—Entonces ¿estamos bien? —susurró Daniel, todavía receloso.

—Claro. Solo era una pregunta. ¿Has contado el dinero?

—Sí. Y te alegrará saber que hay suficiente para poner en marcha nuestro plan secreto —me respondió, contento como un niño en la mañana de Navidad.

—¿Qué plan secreto estáis maquinando?

Los dos nos volvimos hacia Enzo. Tenía el don de aparecer de la nada, como Bitelchús.

—No puedo decírtelo. Es un secreto.

—¿Conspirando con tu novio? Esto sí que no me lo esperaba de ti, *zorri*.

Le saqué la lengua. Enzo se rio.

—Oye, la gente pregunta si hacemos algo en Halloween.

Con mi vida patas arriba, era lo último en lo que había pensado. Pero solo faltaban tres días y supongo que había que decidirlo ya.

—Pues ni idea. ¿Tú qué opinas?

Daniel se encogió de hombros.

—Me adapto.

—Sí, yo también —le respondí a Enzo.

—Bien, voy a sondear a los amish. Adriana dice que lo mejor sería hacer una misa negra en vuestro sótano.

Me reí histéricamente.

Halloween



Daniel

Al final, la fiesta de Halloween se celebró en el bar del pueblo. Cenamos, reímos, bebimos y bailamos, y ahora estábamos todos lo bastante cansados como para que a Richard se le ocurriera retarnos a una partida de póker.

Lucy, sentada en mi rodilla, se limitaba a observar mis cartas. No sabía jugar. Rita sí, y era buena. Además, se jactaba de serlo, lo cual parecía molestar a Lucy. Sus celos me divertían. Apoyé la mano en su cadera y sus ojos de color café se volvieron hacia los míos.

—¿Todo bien? —le susurré. Nos habíamos disfrazado. Ella, de Miércoles. Yo, de Dexter. Hacíamos buena pareja. Todo el mundo lo dijo. Bueno, casi todo el mundo.

—Sí.

—¿Pero…?

—¿Queda mucho? Es que… estoy cansada.

No se lo estaba pasando bien, y eso fue suficiente para que me plantara en mitad de la partida.

—Me retiro.

—¿Qué? ¡No puedes retirarte con esas cartas! —se escandalizó Rita, disfrazada de Sherlock Holmes.

Su indignación era justificada. Estaba teniendo una buena mano, nadie se planta con una buena mano. A no ser que la comodidad de la persona sentada en tu rodilla sea más importante para ti que ganar una estúpida partida de póker.

Y ese era mi caso.

—Puedo hacerlo, porque acabo de hacerlo.

—Daniel, venga ya. Te dejas arrastrar por tus hormonas como un adolescente salido.

Le dediqué a mi exmujer una sonrisa cínica, después de lo cual me volví hacia Lucy.

—¿Lista para irnos?

La forma en la que sus ojos se insertaron en los míos dejó claro que había tomado la decisión correcta.

—Lista.

Me despedí de todos con un gesto, la cogí de la mano y abandonamos la fiesta, a pesar de las protestas generalizadas y los *buuu, sois unos aguafiestas*.

En la calle, tiré de ella hacia mí y la besé.

—¿A qué ha venido eso? —murmuró, sorprendida, encima de mis labios.

—A nada. Solo… quería besarte.

La pequeña sonrisa que capté en las comisuras de su boca me hizo sonreír a mí también.

—Hace frío —murmuré de nuevo—. Volvamos a casa.

Le abrí la puerta de la camioneta, que había arreglado un par de días antes y todavía no estaba seguro de que no nos dejaría tirados de nuevo, y después me senté tras el volante.

—¿Y bien? —dije mientras arrancaba—. ¿Cómo quieres que celebremos Halloween?

—Desnudos.

Me reí.

—Buen plan.

Puede que nos estuviéramos aislando un poco del mundo, pero no me importó.

No en aquel momento, al menos. Di por hecho que es lo que suele pasar cuando empiezas a salir con alguien. Te dejas absorber, solo quieres estar con esa persona. Nunca tienes bastante.

*****

Sin embargo, después de Acción de Gracias, que celebramos en casa de Ashley, con una cena muy tradicional, que Lucy pasara de cualquier forma de compromiso empezó a suponer un problema para mí.

—Deberíamos tener una cita —propuse mientras nos comíamos la tarta que nuestra anfitriona se había empeñado en que nos llevásemos.

Su cuchara se detuvo justo antes de atravesar la cobertura de chocolate.

—¿Te refieres a…?

—¿Mantener la ropa puesta hasta el final de la velada? Sí.

—¿Por qué?

Odiaba la idea. Lo noté en su voz.

—Porque lo quiero todo de ti.

—Ya lo tienes todo, Daniel.

—No, qué va. Tengo sexo.

—Un sexo supercalifragilisticoespialidoso.

—Un sexo supercalifragilisticoespialidoso —le di la razón.

Frunció el ceño mientras me sopesaba pensativa.

—¿Y qué más quieres?

—Una cita. Cena. Vino. Tú y yo cara a cara. Algo que nunca hemos hecho.

—No me convence.

—¿Va en serio?

—Sí. Paso de las cenas.

—Creo que no me he expresado bien. Lo que pretendía decir es que deberíamos cerrar el grifo del sexo y concentrarnos en otras formas de conexión.

—¡¿Qué?! ¿De qué vas?

—Me preocupa que me estés usando a modo de objeto sexual.

—¿QUÉ? —su perplejidad había alcanzado el umbral más alto posible—. Esto es increíble. No te hagas el estrecho conmigo, Finn. Nuestra relación se basa en el sexo. Somos como Carrie y Mister Big.

—No me hago el estrecho. Me hago el digno. Es diferente.

—Es que no me lo creo. —Negó y soltó con una especie de risita que, sin embargo, sonó

vacía—. Pero ¿qué os pasa a los tíos de hoy en día?

—No sé qué pasa con los tíos, pero sé qué es lo que te pasa a ti.

—¿De verdad?

—Sí. Estás esperando a que te decepcione, por eso no quieres cruzar ciertos límites. Tu padre fue un capullo y, por lo tanto, crees que todos los hombres lo somos.

—No hables de mi padre.

—Sal conmigo, Lucy. Te demostraré que te equivocas.

—No.

—Una cena. Si no estás cómoda, nos vamos.

—No.

—Quiero que me hables de tu infancia.

—Joder, ¡no!

—Vale, eso era pedir demasiado. Contaba con ello. Puedes hablarme de tu época universitaria. Dejaremos lo de la infancia para más adelante.

—Me voy a mi cuarto. Me irritas.

Sonreí.

—Una cita. ¡No soy tu padre!

Me respondió con un portazo.

—Está chupado —tranquilicé a los fans—. Cenará conmigo.

Redes, arma del Diablo



@emma.rose: No sé si obligar a Lucy es buena idea. Tiene fobia al compromiso.
@natalie123: No la está obligando.
@kateandcoffee: Hombre, le ha cerrado el grifo del sexo…
@josh.taylor: Si es que tiene razón, joder. Nos estáis usando a modo de sementales.
@emma.rose: Más quisieras tú, Joshua, que alguien te usara a modo de semental.
@josh.taylor: Tú puedes usarme cuando quieras, nena.
@emma.rose: Puaj puaj.
@tigresa82: No entiendo el dilema de Lucy. Si él necesita una cena para empalmarse, ¿dónde está el problema?
@natalie123: No tiene que ver con eso, Tigresa. Él quiere ir en serio y nota que ella no está por la labor.
@tigresa82: Sigo sin pillarlo. Si hay que cenar, se cena. Ostras o algún otro afrodisiaco…

No subestimes el poder del lado oscuro



Lucy

—¡Ay, bruta! ¿Qué te pasa? ¡Me has roto dos uñas!

—*Opsie*. Lo siento.

Adriana me dedicó un gesto adusto.

Georgia había convocado un concurso de sogas, y yo había tirado con tanta fuerza que las uñas postizas de mi amiga eran historia ahora.

—Noto unas vibraciones muy negativas a tu alrededor —dijo, agitando los dedos como si fuera el vampiro Barnabas a punto de hipnotizarme—. ¿Qué te pasa?

Cogí aire y después lo exhalé con hastío.

—Daniel. Eso es lo que me pasa.

—¿Qué ha hecho ese granujilla ahora? —intervino Richard que, como siempre, merodeaba a mi despampanante amiga.

—Quiere una cita —les expliqué a los dos.

A lo lejos, Daniel se disponía a competir contra Enzo. Si ganaba, íbamos a conseguir un cerdo.

—¿Y qué tiene eso de malo? —repuso Richard, desconcertado.

—Uy, uy, uy, lo que acaba de preguntar este —se horrorizó Adriana—. Así se empieza, Richard. Una cita, langosta, y luego estás delante de trescientas personas farfullando los votos matrimoniales que copiaste de algún blog del extranjero.

Richard cruzó los brazos sobre el pecho al mismo tiempo que arqueaba las cejas con expresión guasona.

—¿De verdad? ¿Un blog del extranjero?

—A mí no me nacen esas cursiladas del tipo eres mi inspiración, mi fuerza, mi amor eterno… —se burló Adriana.

—Cuando te cases conmigo, te nacerán.

Di palmaditas porque se me estaba dispersando el rebaño (humor de granja).

—Dejad el ligoteo para cuando tú estés soltero y ella se sienta lo bastante sola y vulnerable como para querer mancillarte de formas inenarrables. Ahora necesito que os centréis en mi problema.

—No tienes un problema. Ve a cenar con él y ya está. ¿Qué es eso de formas inenarrables?

Le puse mala cara a Richard.

—¡No puedo ir a cenar con él! Odio la langosta, ¡y ni siquiera sabría de qué hablar! ¿Por qué estáis todos los tíos tan obsesionados con cenar langosta? ¡No sé comérmela! ¿Cómo la abro?

Mi momento histérico hizo reír a Richard.

—Te pides un filete. Y no hace falta que hables. Tú ponte escote y ya está.

—Bah, ni caso a este. El escote no servirá.

—Gracias a Dios. Por fin alguien razonable.

—Ponte una de esas faldas con apertura vertical que juegan con la imaginación.

Me desinflé como un globo.

—¿Y ya está? ¿Ese es vuestro consejo? ¡Tíos! —exclamé, indignada, al ver que se marchaban.

—Solo es una cena, Lucy. No es para tanto. Explícame lo de formas inenarrables —le pidió Richard a mi amiga mientras se alejaban por el prado.

Quizá en su mundo no fuera para tanto. En el mío, lo era. Nunca había ido a cenar con alguien que me gustara de verdad.

Mierda, ¡Daniel me gustaba de verdad y me daba miedo cagarla, que él me conociera tal y como era y que dejara de gustarle! Qué fuerte.

—Ya está. El cerdo es nuestro. Hemos ganado. ¿Por qué miras la soga con esa cara?

—Me gusta saber que tengo opciones.

La expresión de Daniel era un poema. Debió de pensar que yo estaba muy loca.

Así se empieza. Ven que no estás bien de la azotea, se van a comprar tabaco y no vuelven jamás.

—¿Has pensado en lo de la cena?

—Sí.

—¿Y?

—Me niego en rotundo.

Lo decepcioné.

Pues, mira, más decepcionada iba a quedarme yo cuando se largara. La primera vez ya fue bastante chungo. No, gracias, no iba a someterme a algo así de nuevo.

—De acuerdo. Así que queremos cosas distintas.

—Sip.

—¿Y qué hacemos? ¿Rompemos?

«Eh, alto ahí, vaquero. No hace falta ponerse tan drásticos».

Miré la expresión inquebrantable de Daniel y comprendí que él ya se había puesto drástico.

—¿Romper?

—Parece la única opción, llegados a este punto.

—Sí, eso parece.

—Bien. Estuvo bien mientras duró.

¿De qué iba ese capullo? Esperaba que se arrepintiera, se arrodillara y me dijera: que le den a la langosta.

No que me ofreciera la mano.

—Hum —farfullé mientras me despedía del mejor sexo de mi vida con un firme apretón de manos.

*****

—Te toca darle de comer al cerdo —me notificó mi ahora exligue unos dos días después de nuestra ruptura.

Cerré con parsimonia mi ejemplar de *Vogue* y lentamente levanté el rostro hacia el suyo.

—¿Disculpa?

—Llevo dos días alimentándolo. Por no decir que a las gallinas ni les has visto el pelo todavía. Sabes que tenemos gallinas, ¿verdad?

—¡Pues claro! Yo también las he cuidado. Les he dado de comer varias veces.

Cruzó los brazos sobre el pecho, sin tragárselo.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—Pues… ¿hierba?

—Hierba.

—Cosas… verdes.

—Cosas verdes —repitió, con más escepticismo si cabía.

—¡De acuerdo! Daré de comer al maldito cerdo.

—Estupendo.

Tiré la revista al sofá y salí al exterior. Estábamos en diciembre y hacía un frío de narices. A todo esto, ¿qué comía el cerdo?

—Te lo he preparado yo —me gritó Daniel desde la ventana—. Ahí lo tienes. Solo hay que dárselo.

Me volví para ponerle mala cara.

—Me hago cargo —espeté con sequedad.

No se movió. Se quedó en la ventana, sonriendo para sí, como si mi irritación lo divirtiera más que cualquier otra cosa.

—Cabronazo —farfullé por lo bajo mientras agarraba el cubo que él había dejado junto al corral y me dirigía, con la dignidad que solo alguien enfadado puede tener, hacia la cochiquera —. Hola, cerdito bonito. Tú no comes personas, ¿verdad?

El cerdo acercó su hocico a mi tobillo. Pegué un grito, di un paso atrás y entonces pasó lo inevitable, mi pie izquierdo se hundió en una mezcla infame de barro y algo que definitivamente no era barro, y vi casi a cámara lenta cómo me iba de espaldas, directa al suelo.

Intenté agarrarme a algo, pero solo encontré aire. Lo único que pude hacer fue gritar mientras aterrizaba con un *plof* en un amasijo de porquería húmedo y aún caliente. El olor confirmaba lo que ya sabía: mis Levi’s favoritos estaban llenos de heces de cerdo y la culpa era, para sorpresa de nadie, de un tío.

—Qué estilo —se carcajeó Daniel desde la ventana.

Gruñí, me levanté con toda la elegancia que pude reunir —después de resbalar dos veces más — y salí de la cochiquera. No le di de comer al cerdo porque en mi desastrosa maniobra el cubo se había volcado, el alimento ya estaba esparcido por el suelo y el cerdo ya se estaba dando su merecido festín, sin importarle demasiado que su comida estuviera mezclada con sus propias deposiciones. Ugh. Ya podía ir despidiéndome del bacón.

Daniel siguió riéndose de lo lindo. Le dediqué una mirada que prometía venganza.

*****

La ocasión de devolvérsela se me presentó a la mañana siguiente. Daniel y yo, muy civilizados, desayunábamos en la mesa de la cocina.

—¿Tostadas? —me ofreció, como si fuéramos amigos.

Primero rompía conmigo y luego me obligaba a tirar mis Levi’s favoritos.

Era la guerra.

—Estoy a dieta —respondí sin levantar el rostro de mi revista.

Daniel no podía ver mi sonrisa malvada.

—¡Arde, arde, arde! —gritó histérico unos segundos más tarde—. ¡¿Qué le has hecho a la mermelada, ser diabólico?!

Cerré el *Vogue* con absoluta tranquilidad.

—¿Te refieres a ese bote?

—¡Sí! —gritó con los ojos fuera de orbitas.

—Lamento informarte de que el contenido de este bote no es mermelada de fresa, querido e inocente amigo. Es salsa de tomate picante. *Extra fuerte* creo que ponía en la etiqueta.

Daniel me miró como si deseara asesinarme.

—Tengo una frase para ti, Lucy.

—Te escucho.

—*Nunca subestimes el poder del lado oscuro.*

—Muy apropiada. ¿Leche?

Me lanzó una de sus miradas fulminantes, y yo correspondí con la más dulce de mis sonrisas.

*****

Me la devolvió al día siguiente. Me estaba deleitando con una ducha súper caliente y relajante cuando el agua se enfrió de golpe. El calefactor podría haberse roto, pero mi sentido arácnido me decía que el señor oscuro había metido su pezuña.

—Por aquí sí que no paso. Este se va a enterrar.

Rabiosa a más no poder, me envolví en una toalla y, con la mascarilla de pelo sin aclarar, fui a enfrentarlo.

—Qué sexy —se burló, soltando un silbido cuando asomé, descalza y mojada, por el pasillo.

—¿Qué has hecho, Vader?

Cruzo los brazos sobre el pecho con sonrisa triunfante.

—Desenchufé el calefactor.

—¡Enchúfalo de inmediato!

—Puedes hacerlo tú misma. Está en el sótano. Solo tienes que bajar y… enchufarlo.

—Dejaré de bañarme como Isabel la Católica antes que poner un pie en ese sitio profano. ¿Te enteras?

—Muy bien. Tú misma. A lo mejor te sale caspa por no aclararte la mascarilla de pelo, pero… ¿qué sabré yo?

—Daniel —masqué entre dientes al ver que se disponía a encender la tele. Mi cuerpo tembló, no sé si porque me había dado un escalofrío ante la idea de la caspa o por la rabia que mi despreciable compañero de granja provocaba en mí.

—¿Lucy?

—Enchúfalo.

—No.

—¡QUE LO ENCHUFES!

—Va a ser que no. Creía que eras una mujer independiente. ¿Necesitas a un tío para todo?

¿Golpe bajo? Pues funcionaba.

—Muy bien, lo haré yo.

—Adelante.

Miré con horror la puerta que conducía al sótano. Emanaba una fuerza invisible y maligna que

me repelía. Aun así, empecé a acercarme a ella con pasos titubeantes. Iba a hacerlo para demostrarle que yo, Lucinda Carrigan, no necesitaba a un hombre. En absoluto. Me valía sola. Los de su especie solo servían para estorbar.

La respiración se me aceleró con cada centímetro de distancia que acortaba. El Infierno estaba a punto de engullirme. La idea hizo que el latido de mi corazón se descontrolara por completo.

Presa de un pánico irracional, extendí la mano hacia el pomo, consciente de cómo temblaban mis dedos. Estaba a punto de tocar el frío metal cuando sentí un tirón brusco en el hombro.

El alarido que se me escapó fue de puro terror.

—Para —me detuvo Daniel con voz suave—. No bajes ahí. Ya voy yo.

Me giré, con los ojos llenos de gratitud.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Mira, siento todo esto. Ha sido infantil.

—Lo empecé yo —admití, un poco avergonzada.

—No importa. Lo arreglaré.

Sentí ganas de besarlo, y creo que él también, a juzgar con la languidez con la que oscilaba la mirada entre mis ojos y mis labios.

Mierda, había estado tan ocupada con la guerra que no me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Me mordí el labio y me aparté para que pudiera cruzar la puerta de los horrores.

—Es mi héroe —les susurré a los fans con una sonrisa complacida—. Claro que acaba de sabotear el calefactor, así que es más bien un antihéroe…

*****

En la ducha decidí que había que mantener una charla adulta con él. No podíamos seguir así.

Yo no podía seguir así.

Lo encontré sentado en el sofá, absorto en uno de esos libros de temática perturbadora que tanto le gustaban a él.

En la chimenea, el fuego crepitaba silencioso, iluminando la habitación con su resplandor cálido y titilante. Con la oscuridad exterior, la bóveda de luces que habíamos colgado en el jardín estaba encendida. Parecía un cuento de hadas, y yo echaba horriblemente de menos al príncipe oscuro. Tanto que me daba igual que me abandonara en una residencia cutre de Milwaukee.

—Saldré contigo. Cenaré langosta si es lo que quieres, aunque no sepa cómo abrirla y odie la puta langosta. Me pondré escote, o una falda con apertura vertical. Te hablaré de mi traumática infancia y de cómo me abandonó mi padre. Finjo que no ha pasado, pero… abriré ese cajón por ti y me enfrentaré a todas las emociones que he intentado reprimir durante toda mi vida.

Daniel cerró el libro y se tomó unos segundos antes de echar la cabeza hacia atrás para permitir que nuestros ojos se encontraran.

—No quiero que hagas nada de eso.

—¿Ya no quieres salir conmigo? —murmuré, preguntándome si sería capaz de asimilar una respuesta negativa. Ahora que había comprendido mis sentimientos hacia él, no me entusiasmaba tener que reprimirlos. Ya estaba reprimiendo demasiadas cosas. Mi interior era un volcán.

Daniel depositó el libro sobre la mesa con un suspiro y se recostó en el sofá.

Sus ojos, de un azul ardiente, se mantuvieron clavados en los míos, midiéndome. Nunca me había parecido tan atractivo. Llevaba por lo menos dos días sin afeitarse y estaba súper sexy con aquel aire de granjero desaliñado.

Me di cuenta de pronto de lo mucho que me asustaba perderle. Era más que un lío.

Daniel me gustaba de verdad. Era listo, era guapo y era buen tío. Sí que lo era. Y a lo mejor ya se había dado cuenta de que yo no era tan buena como él.

—No es eso. No quiero que te conviertas en alguien que no eres para complacerme. Quiero que seas tú misma, Luce, porque eres genial y… me gustas. Me gustas un montón. Desde que te vi en esa boda estoy un poco obsesionado contigo. Eres divertida, creativa, inteligente, caótica… Me encanta esa parte de ti y no quiero cambiarte. Solo quería tener una relación de verdad contigo, pero acabo de comprender que ya la teníamos. Lo nuestro era de verdad. Sin citas, sin máscaras, sin pretender ser algo que no somos. No era convencional. Era mejor que convencional. Era auténtico y… siento haberlo fastidiado.

Sentí una calidez que no esperaba, un tipo de conexión que nunca antes había experimentado.

—Yo contribuí un poco —admití, avergonzada, mientras él se acercaba a mí con paso firme.

—Vamos a olvidarlo —murmuró, con los ojos fijos en los míos—. Dejemos la cuenta a cero. Hola. Me llamo Daniel. ¿Y tú quién eres?

—Lucy —musité con una pequeña sonrisa.

—Lucy, quizá te parezca un poco atrevido, pero voy a besarte.

De haber podido asentir con más rapidez, seguro que lo hubiera hecho.

Daniel pasó los dedos por mi pelo aún húmedo tras la ducha, acercó mis labios a los suyos y me besó. Primero fue delicado, para demostrarme que me había echado de menos. Después, deslizó la lengua en el interior de mi boca y el beso se volvió salvaje y carnal. Había echado de menos follarme. Sucedería de nuevo, lo sabía por la forma en la que nos besábamos, cada vez más descontrolados y famélicos.

Coló la mano por debajo de mi camiseta, jugando con el cierre de mi sujetador, y yo solté una especie de gemido en su boca.

—Joder, cómo te he echado de menos —murmuró.

Sus iris azules, llenos de hambre, planeaban sobre los míos, interrogantes. Asentí, y entonces liberó el cierre de mi sujetador y su mano cubrió uno de mis pechos. El deseo que me impactó de golpe asustaba y embriagaba a partes iguales.

Daniel, sin apartar la boca de la mía, me fue dirigiendo hacia atrás, hasta que aterricé de espaldas en el sofá. Separé los muslos y él se dejó caer, con su miembro duro, sobre mí.

Le pasé la mano por el pelo, lo cual hizo que dejara de besarme y sus ojos se insertaran en los míos.

Me sentí completa.

Sentí que estaba haciendo por fin lo correcto.

—Tengo una frase para ti, Dexter.

Con una media sonrisa apenas esbozada, Daniel deslizó la boca por mi cuello y me empujó con su cuerpo duro contra el colchón.

—Oigámosla.

—*¿Llevas una pistola o te alegras de verme?*

La forma en la que se sacudió de risa, sin apartar los labios de mi piel, me hizo estremecerme.

—Pequeña… Es bastante evidente que me alegro *un montón* de verte.

Me disponía a hablar, pero me cogió por la barbilla y me obligó a centrarme al cien por cien en nuestro beso, en el despiadado tango de nuestras lenguas.

Esperaba que Georgia apagara las cámaras de nuevo. Lo que estaba a punto de suceder no era apto para todos los públicos.

Redes, arma del Diablo



@emma.rose: ¡Lo sabía! Lucy y Daniel están hechos el uno para el otro. Ta-na-nana…
@tigresa82: Hay que sabotear esa relación como sea.
@natalie123: ¿Saborearla? Ni hablar, Tigresa. Por fin están juntos. Me encanta cuando se llevan bien.
@kateandcoffee: Es cierto que, si se odian, dan más juego al programa.
@josh.taylor: Yo creo que Daniel tiene algún problema. Pasa demasiado tiempo en el cobertizo.
@emma.rose: Eso es cierto. Se encierra ahí durante horas. ¿Qué estará haciendo?
@josh.taylor: Esnifar.
@emma.rose: No digas tonterías.
@tigresa82: A lo mejor se arrepiente de volver con Lucy.
@natalie123: No tiene pinta de arrepentirse.
@tigresa82: Pues debería.

Romance en la granja: parte 1



Daniel

Ahora que Lucy y yo nos habíamos convertido en pareja oficial y ya no perdíamos el tiempo con nuestras mutuas provocaciones, el objetivo era claro: había que ganar el programa como fuera.

De momento, no nos había ido tan bien en el reto de aquella mañana. Aunque me defendía bien en la cocina, la repostería era otra historia.

—La amish ha ganado el concurso de tartas —se quejó Lucy, desalentada.

—Eh, oye. Mírame, Luce. No tiene sentido desmoralizarse. Somos los primeros en el ranking. Hemos desbloqueado dos recursos importantes, las gallinas y el cerdo, y nos han dado varios puntos por creatividad, iniciativa y, según Georgia, por caraduras.

—Lo de vender las moras y grosellas como fruta y no como mermelada fue buena idea —admitió, complacida por nuestra astucia—. Incluso cuando perdemos encontramos la forma de ganar algo.

—Lo sé. Juntos somos diabólicos. Deja que la amish disfrute de la victoria. Le han dado semillas para el huerto, ¿y qué? Técnicamente, su granja no podrá sobrevivir con eso. No se pueden sembrar hasta primavera, y ya no estaremos aquí para entonces. Es la última en el ranking.

—¡Lo sé! Pero me irrita que se esté pavoneando por aquí como si hubiera descubierto la cura del cáncer.

—Pasa de ella. Vamos a centrarnos en nuestro proyecto súper secreto. Del cual, por cierto, tengo que hablarte. En privado.

—¿Vamos al bosque?

—Tengo otra idea mejor.

En directo desde la Granja Vernon

—¿La lleva en barca? Ya está. Va a asesinarla. Yo lo avisé. A *Princesa* y a mí intentó asesinarnos, pero nadie nos creyó. No es que me sorprenda. Es habitual que no crean a las mujeres.

—No te pongas dramática. No va a asesinarla. Lleva una cesta de picnic.

—Richard, no digas tonterías. Daniel es el tipo más antiromántico que he conocido en toda mi

vida. No le va a organizarle un picnic a esa en mitad del lago.

En directo desde la Granja Old Creek

—Oohh, ahí están los tortolitos, comiendo queso y fruta en mitad del lago. *Mamacita*, es lo más romántico que he visto nunca. Espero que, esta noche, Lucy lo mancille de formas inenarrables.

—Ay… Y cómo la mira Daniel… No sé quién mancillará a quien.

—Jajajajajajajaja.

—No empecemos, ¿eh? Que luego no sé pararte.

En directo desde la Granja La esperanza

—La verdad es que es un detalle romántico. Ojalá se le hubiera ocurrido a mi marido. Tengo la sensación de que este programa no le está sentando nada bien a nuestro matrimonio. Me gustaría saber de qué están hablando Lucy y Daniel. Ojalá el dron de Georgia trasmitiera el sonido...

Redes, arma del Diablo



@tigresa82: Mira, no me tiréis de la lengua, que he averiguado cosas muy suculentas gracias al dron.

@natalie123: ¡¡¡Queremos saberlo todo, Tigresa!!!!

@tigresa82: Todo a su debido momento, Natalie, querida. Todo A Su Debido Momento. Solo os diré que este programa debería llamarse *Todo El Mundo Miente.*

Romance en la granja: parte 2



Lucy

Daniel y yo estábamos en mitad del lago, en un bote que apenas se balanceaba. Hacía bastante frío, pero él ya contaba con eso porque en cuanto me abracé a mí misma para conservar todo el calor corporal posible, me echó una manta gruesa por encima de los hombros.

Yo no era nada romántica. Es más, estas cosas solían producirme arcadas antes, pero ahora, de alguna forma, me parecía perfecto. Estaba disfrutándolo, la comida, el vino, la compañía, el silencio…

Estábamos, literalmente, en mitad de la nada, rodeados solo de agua, en cuya inmensidad se reflejaban los tonos del atardecer. Todo era vértigo. Y, sin embargo, paz.

—Esto es lo más bonito que nadie ha hecho nunca por mí —murmuré, sin ser capaz de apartar los ojos de él.

—Me alegro de que pienses eso porque quería que fuera perfecto.

—¿En serio? ¿Por qué? —repuse, desconcertada.

—Es nuestra primera cita —me respondió con mirada risueña.

Sacudí la cabeza lentamente.

—Al final te has salido con la tuya.

—Sip.

—Por lo menos no hay langosta…

—Deberías saber que soy alérgico a los crustáceos.

Nos miramos y a los dos nos entró la risa. En el fondo, hacíamos un buen equipo.

Cerré los ojos y tuve una clara imagen de lo que podría ser nuestra vida. Una casa bonita, quizá hijos, un perro…

Abrí los ojos en par en par y me eché hacia atrás en la barca con tanta rapidez que era un milagro no haber volcado el chisme.

—¿En qué piensas? ¿Por qué pareces de repente tan horrorizada?

—Siento una angustia infinita —murmuré mientras me desabrochaba, veloz, el cuello del abrigo. Necesitaba aire. Mucho aire. Sentía que me asfixiaba con tantas ideas banales. Yo era Lucy la infame. ¡No podía querer casarme con Daniel el cabrón!

—¿Es por el lago? ¿Quieres que reme hacia la orilla?

—No, no. Tranquilo. Puedo controlarme. Solo tengo que… respirar muy hondo.

—Si no estás cómoda, nos vamos.

¿Por qué tenía que ser tan perfecto? Me lo ponía muy difícil. No quería enamorarme de Daniel Finn, pero ¿acaso iba a poder evitarlo?

Me asaltó la abrumadora certeza de que no estaba en mis pobres manos impedirlo.

*****

Para huir de la idea de unos niños con los ojos azules de Daniel y su sonrisa gamberra, me concentré en ganar el *reality*. Las pruebas eran cada vez más complicadas. Georgia quería mantener a la audiencia al borde de sus asientos.

Daniel y yo encabezábamos la competición, hasta que Elijah nos derrotó en dos retos seguidos.

En primer lugar, ganó el concurso de ordeño y se llevó veinte ovejas para su granja —sí, el poeta fue capaz de ordeñar a veinte ovejas, mientras que Daniel y yo solo conseguimos pillar a una. Las demás huyeron, poseídas.

Una semana después, Elijah ganó el rodeo que les proporcionó tres vacas. Fue el que más tiempo aguantó encima de un toro.

—Ashley estará orgullosa de su hombre —les dije a mis amigos.

—No te creas. Mira cómo se pelean.

Adriana tenía razón. La amish le estaba gritando a su marido a pleno pulmón sin el menor decoro.

—¿En serio, Elijah? —la oímos decir mientras nos acercábamos para cotillear.

—¡Tu cerebro está enfermo! —exclamó él, antes de marcharse a grandes y furiosas zancadas, imaginé que al bosque para poder desgañitarse a gusto.

—No entiendo nada. ¿Por qué se la estará montando? Si son los primeros…

Mis amigos intercambiaron una miradita.

—Ni idea —me dijo Adriana.

Pero yo ya había captado algo, una especie de mutua comprensión entre ellos.

—¡Vosotros dos sabéis algo! ¡Qué fuerte! Ya estáis tardando en decírmelo.

—¿Qué vamos a saber nosotros, mi amor? Si nunca salimos de nuestra granja.

—Pero Elijah va por ahí día sí y día también para acariciar a vuestro gato. Seguro que sois amigos. Tenéis cara de saber algo.

—Que te digo que no sabemos nada —insistió Adriana.

—No me trago una palabra. Me voy, pero os estoy vigilando.

*****

—Estamos en línea —me informó Daniel esa misma noche.

—Qué emocionante. Espero que funcione. Falta una semana para que termine el programa, y estamos perdiendo.

Mi novio —nunca pensé que diría esto, y mucho menos para dirigirme a Will Wheaton—, de pie en mitad del salón, descorchó una botella de vino y sirvió dos copas. Teníamos que celebrar que nuestro proyecto súper secreto había llegado a buen puerto.

—Funcionará. Brindemos por el éxito.

Lo hicimos, sus penetrantes ojos encajados en los míos. Me humedecí los labios con un sorbito de vino y seguí mirándolo. A veces me parecía mentira que él y yo estuviéramos juntos ahora.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué tenemos tanto vino?

Daniel frunció el ceño. Mi pregunta lo había sumido en una reflexión.

—No… Pero ahora mismo me estoy preguntando dónde podríamos venderlo.

—Una vez salí con un chef —se me ocurrió de repente—. Ahora tiene su propio restaurante.

—¿Te refieres al que no hacía el curry lo bastante picante? —me preguntó tras sorber un poco de vino.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Creo que lo sabe todo el país, Lucinda, gracias a tus amigos.

Negué para mí. Esos dos se iban de la lengua siempre.

—Bueno, da igual. El caso es que podría llamarlo.

—No es mala idea. Aunque mejor me pasas su contacto y ya lo llamo yo.

—Qué fuerte. ¿Crees que no soy capaz de negociar?

Sus ojos azules se insertaron en los míos de una forma tan penetrante que empezó a faltarme la respiración. Ni siquiera entendía cómo era posible que me sintiera tan atraída por él.

—No es eso. Es que…

—¿Qué?

—La idea de que llames a tu exnovio me…

No supo cómo acabar la frase, y noté que mis labios se curvaban en contra de mi voluntad.

—¿Estás celoso?

—No. Es solo que…

—Estás celoso.

Se rindió, a juzgar por cómo entornó los párpados.

—Venga, ríete.

—No voy a reírme. Es muy tierno.

—Tierno —repitió mientras asentía con fastidio—. No sabes cómo me irrita esa palabra.

Sin dejar de sonreír, me deshice de la copa, le eché los brazos al cuello y él me estrechó contra su pecho, permitiéndome sentir el calor y la firmeza de sus músculos. Olí su loción para después del afeitado y la cabeza empezó a darme vueltas como siempre.

—Me gustas mucho, Daniel —admití, pegando mi cuerpo al suyo de cintura para abajo—. No sé por qué, pero es así.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Con una sonrisa cálida, posó los labios sobre los míos. Se me cerraron los ojos. Era una buena noticia. A los demás los besaba con los ojos abiertos como una psicópata.

Su lengua jugó dulcemente con mi labio inferior hasta que la acogí en el interior de mi boca. Entonces, Daniel me besó con una delicadeza inesperada, como si temiera romper algo frágil.

Y la idea de unos bebés de ojos azules ya no me pareció tan aterradora.

Jo-der. Creo que me había pillado muy en serio por mi archienemigo.

Rompí el beso con brusquedad. Tenía que advertírselo.

—Como me rompas el corazón, Dexter…

—No lo haré —me interrumpió, sin esperar a que terminara de escupir mi amenaza.

—Como me lo rompas…

—No lo haré —insistió con firmeza.

—Hay cerdos que hacen desaparecer cadáveres.

—Lo has dejado claro. Ven aquí.

Con mirada risueña, acercó los labios a los míos de nuevo y volvió a besarme, esta vez con una firmeza que me dejó sin aliento.

Sabía que lo nuestro no se trasmitía en directo, pero me pregunté si alguien de la cadena nos estaría espiando.

Esperaba que no. Menudo *show* estábamos dando.

Tenemos veredicto



Georgia

Tensé los dedos alrededor de mi copa a la vez que espiaba a Daniel y a Lucy mientras los muy descarados se lo montaban en el salón. De acuerdo. Ella ganaba. Se había llevado el gran premio.

Me mosqueaba la idea.

Así que iba a destapar el pastel.

La información es poder, y yo poseía mucha. Tanta como para hacer volar por los aires más de un romance del programa.

Solo tenía que esperar una semana más. Lo haría en el acto final. Me debía al arte.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Buenas tardes, América, y bienvenidos a *Granjeros*, el *reality show* que lo está petando esta temporada. ¿Listos para el último reto del programa? Para aquellos que os habéis conectado tarde a la plataforma, hoy hemos decidido invertir los roles y pedir a cada uno de nuestros queridos y talentosos escritores que escriba un relato de un género distinto al suyo. Así pues, Lucy ha tenido que apañárselas con el *thriller*. Daniel, con la comedia. A Rita le ha tocado el romance, mientras que Adriana tiene que deleitarnos con un ensayo reflexivo. Richard, poesía. Ashley, erótica. Enzo, drama. Y Elijah, literatura respetuosa y familiar. Os presentaré a nuestro maravilloso jurado: Demeter Leeves, de la editorial *Velvet Noir Editiones*.

—Buenas tardes, Georgia, y gracias por permitirme formar parte del programa.

—De nada, Demeter. Es un placer tenerte aquí. También damos la bienvenida a Wendie Engel, la agente literaria más famosa de Hollywood.

—Georgia.

—Wendie. Y, por último, aunque no menos importante, Dave Malick, el dueño de la mayor librería de la costa oeste.

—Gracias, Georgia.

—Bien, queridos. ¿El jurado ha llegado a un veredicto unánime?

—Sí.

—Estupendo, Wendie. (Wendie es la portavoz). Estamos impacientes por oír las sentencias.

—Empecemos por Rita. Después de leernos tu relato, carente de alma y sensibilidad, lamento

decirte que todos estamos de acuerdo en puntuarlo con un cuatro sobre diez.

—Esto es absurdo. Soy una reputada escritora.

—Y tienes el romanticismo de un alacrán. Da las gracias por ese cuarto. Yo quería darte un dos.

—¡¿Cómo te atreves?!

—A ver si podemos silenciarla. No voy a pelearme con ella. Daniel, tu comedia nos ha hecho reír, así que, tras una pequeña deliberación, te damos un siete. Si te esfuerzas un poco más, podrías sacar un nueve fácilmente. Nos ha divertido tu anécdota sobre este tío que duerme en el armario de las escobas y se pasa la noche viendo copular a las ratas mientras suspira por una chica que adora torturarlo. Enhorabuena por el sarcasmo.

—Gracias.

—Adriana, querida, querida Adriana. Reflexionar no es lo tuyo, pero te has esforzado. Así que un cinco.

—¿De veras? Mi padre va a flipar. ¡Soy súper lista!

—Me encanta que se alegre tanto por un cinco. Richard, un tres. Que tenga rima no lo convierte en poesía.

—Sí, eso parece. Gracias, Wendie.

—¿Lo ves, Rita? Esa es la actitud. Ashley, *¿su cueva oscura?* Me ha dado grima. Un dos.

—¡Me habéis pedido que escribiera una guarrada!

—Decir que *su monte pecaminoso latía de lujuria* sí que es una guarrada. Dos. Un enorme dos. Enzo, a ti se te da bastante bien el drama.

—Soy gay.

—Un ocho.

—Soy súper gay.

—Me alegro por ti. Elijah, tú también te has esforzado. Un cinco.

—Gracias.

—De nada. Y, ahora, vayamos a lo bueno. Lucy. Pareces dulce e inocente.

—Lo soy.

—Entonces, ¿cómo es posible que alguien dulce e inocente escriba este relato tan perturbador? La forma en la que tu personaje asesina a su novio después de que él le rompiera el corazón, y sobre todo la parte en la que lo hace trocitos y se lo da de comer a los cerdos, dejando el pene para el final, es absolutamente escalofriante.

—Estoy acojonado…

—Deberías. ¿Habéis odiado mi relato?

—¿Odiado? Es un texto magistral, Lucy. Desgarrador. Has ahondado en las emociones de tu personaje, nos has hecho comprender la magnitud de su dolor y su rabia, y ha sido hermoso y triste a la vez. Puede que a él lo haya troceado encima de un celofán, pero la que está hecha pedazos es ella. Y jamás se recuperará. Un diez.

—Venga, por favor. Esto está amañado.

—¿No habíamos silenciado a Rita ya?

—Le ha quitado el micrófono a Richard porque le encanta expresarse. Bien, queridos granjeros. Hasta aquí nuestro programa de hoy. Gracias a todos por participar. Solo nos queda el acto final, y os prometo que dentro de una semana liberaré al Kraken.

Redes, arma del Diablo



@kateandcoffee: Madre mía. Georgia me da miedito. ¿Qué estará tramando?
@josh.taylor: Nada bueno.
@natalie123: ¡¡Una semana, chicos!!
@emma.rose: ¿Qué vamos a hacer con nuestras vidas después?
@josh.taylor: Yo tengo un par de sugerencias.
@emma.rose: Voy a sacarme los ojos para no tener que leerlas.
@josh.taylor: Bruja.
@emma.rose: Troll.

Confesiones finales



Georgia

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Buenas noches, América, y bienvenidos a *Granjeros*, el *reality show* que lo está petando esta temporada. Gracias a vosotros, hemos conseguido el horario *prime time* para nuestro último episodio, y os aseguro que no os vais a arrepentir porque hoy, queridas y queridos, os traigo varios bombazos. Nuestros concursantes guardan secretos, y ya es hora de exponer al mentiroso, ¿no os parece? Hagámoslo más divertido. ¿Qué tal si les damos la oportunidad de confesarlo todo ellos mismos? ¿Algún voluntario?

En directo desde Montana

Enzo: Soy gay.

Adriana: Llevo extensiones. Sé que parece mi pelo natural, pero no lo es. Las tetas son mías. Es obvio.

Lucy: De acuerdo, lo admito, he pensado en cómo serían nuestros bebés. Aunque no sé cómo lo habrá averiguado Georgia. Es como mi móvil. Te enseña publicidad de una cosa que ni siquiera has llegado a decir en voz alta, solo lo has pensado. Es escalofriante.

Daniel: ¿En serio has pensado en nuestros bebés?

Lucy: Sí. ¿Tú no?

Daniel: No. Pero me gusta la idea. ¿Cómo serían?

Lucy: Tendrían tus ojos azules.

Daniel: Hum. ¿Yo? Lo siento, no, no tengo nada que confesar. Soy muy transparente.

Ashley: No sé qué esperáis que digamos, pero no se me ocurre ninguna confesión. A Elijah tampoco.

Elijah: Bueno, a mí…

Ashley: Elijah, cielo.

Elijah: No, no se me ocurre nada.

Rita: Esto es absurdo. Llamaré a mi abogado.

Richard: Georgia, si sabes algo, suéltalo ya. Es evidente que nadie va a confesar nada.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Tus deseos son órdenes para mí, querido. Bien, empecemos. Rita, antes de que llames a tu abogado, deberías ver esta grabación. A ver si los técnicos pueden echarnos una mano.

En directo desde Montana

Voz off: *Hola, mi nombre es Elisabeth.*

Rita: Georgia, ¡para esto o te enterraré en demandas!

Richard: ¿Quién es esa Elisabeth y por qué te altera tanto verla?

Rita: GEORGIA, TE JURO POR DIOS QUE TE HUNDO, PEDAZO DE ZORRA PLURIOPERADA.

Voz off: *Antes escribía los libros de Rita.*

Richard: ¿Qué? ¿Va en serio?

Rita: ¡Cállate, Richard! GEORGIA.

Voz off: *El único que escribió ella fue el último, el que no se vendió nada.*

Rita: Esto no está pasando.

Voz off: *Fuimos juntas a la universidad y Rita era mi mejor amiga. O, en fin, eso creía yo por aquel entonces. El caso es que averiguó algo sobre mí y lo usó para chantajearme durante años. Escribí todos sus libros para que no me delatara. Pero, ¿sabes qué, Rita? Confesé por fin lo que hice. Me perdonaron. Y sienta muy bien. Es hora de que tú también confieses.*

Rita: NO ES CIERTO. ¡VOY A DEMANDAROS A TODOS! YO ESCRIBO MIS PROPIOS LIBROS. ESA INTENTA HUNDIRME PORQUE ES UNA PUTA FRACASADA.

Voz off: *Puedo demostrarlo. Conservo todos los mails. Puedo enseñaros los ingresos que me hacía…*

Rita: Voy a llamar al abogado.

Richard: Bien, vale, lo confieso. Estoy enamorado de Adriana. La besé y pienso volver a hacerlo en un futuro muy cercano.

Rita: ¿¿Qué??

Richard: Rita, lo siento. Lo nuestro acaba aquí. No te dejo porque seas una farsante. Te dejo porque no me gustas nada como persona. Lo nuestro solo era sexo. Ella me gusta de verdad.

Rita: Eres un puto cliché, Richard. ¿Me dejas por una más joven? Increíble, joder. Es alucinante.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Pareja número uno, dinamitada. Pasemos a la pareja número dos. Ashley, esto te interesa mucho. Y sí, mi dron tiene sonido.

En directo desde Montana

Voz off: *Oh, joder. Me pones muy cachondo.*

Voz off: *Y tú a mí. Mira cómo tengo la polla.*

Voz off: *Joder, Enzo. Voy a besarte.*

Ashley: De acuerdo, mi marido es gay y me la pega con el granjero italiano. ¿Y qué? Yo estoy embarazada y todavía no sé quién es el padre porque me lo monté con varios granjeros de la zona. ¿Es lo que querías, Georgia? ¿Estás contenta? Lo siento, madre, pero es que tenía que hacer algo. Mi fertilidad no iba a durar para siempre y, por Dios, los hijos no se hacen en un laboratorio. La culpa es de Elijah. Pearl, ¡tu hijo es un desviado! ¡Nunca se le pone dura conmigo! Así no había manera de darte nietos. Hice lo que tenía que hacer. Una y otra y otra vez… No fue por lujuria, sino para asegurarme de que concebía. Lo siento, Cody, te dije que eras

el único, pero mentí. Aunque es posible que seas el padre de mi hijo, después de todo. Contigo me acosté en mis días más fértiles. Ay, Dios. Sí que sienta bien confesarlo. Ah, y antes de que se me olvide: abandoné al gato en la puerta de los granjeros poseídos y *yo* recogí firmas para que censuraran su anuncio guarro. No me arrepiento de nada.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Vaya con Ashley. Se le ha desatado la lengua. Admito que no sabía lo del embarazo. Ni lo de los granjeros. Mi dron no puede estar en todas partes. Para la próxima temporada me compraré dos.

En directo desde Montana

Enzo: Nuestros secretos han quedado expuestos y me temo que no tenemos otros. Yo me acosté con Elijah. Varias veces, sí. No me avergüenzo. Está muy bueno, y es un chico estupendo. Ashley no sabía apreciarlo.

Adriana: Yo me enrollé con Richard en su coche. Por cierto, Richard, ha sido muy tierno decir que estás enamorado de mí.

Richard: ¿Tierno? No jodas.

Daniel: Te acompaño en el sentimiento, tío.

Adriana: ¿Se puede saber que os pasa a los dos? Tierno es bueno.

Richard y Daniel: ¡Nadie quiere follarse a un tío tierno!

Lucy: No puedes vencerlos. Únete a ellos. Es lo más sensato.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Ahora que hemos dinamitado dos parejas del programa y la tercera no se avergüenza de nada, vayamos a mi parte favorita. Lucy, ¿algo que confesar?

En directo desde Montana

Lucy: Mierda. Está bien. Lo haré. Oye, Daniel, la verdad es que me dolió mucho lo del motel porque me estaba enamorando de ti. Y luego, cuando volví a verte, estaba muy cabreada contigo porque creo que aún sentía algo por ti.

Daniel: ¿Lo dices en serio?

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—¡Eh! ¡Alto ahí, *madeimoselle*! No me refería a eso. Me refería a tus antecedentes penales. Apuesto a que nunca le has hablado a Daniel de eso.

En directo desde Montana

Lucy: Oh. *Eso.*

Daniel: Jajaja. ¿Eres una delincuente?

Lucy: Pues… sí.

Daniel: ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Lucy: A los dieciséis le robé el coche a mi tía y lo empotré contra el escaparate de la tienda de motos de mi padre, una y otra vez. Él interpuso una denuncia y… pasé varios meses en un correccional.

Daniel: ¿Tu padre te denunció?
Lucy: Sip.
Daniel: Menudo capullo. Ven aquí, pequeña delincuente. Estoy orgulloso de ti.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Vale, no esperaba que esto acabara así. Creí que Daniel estaría molesto y que no querría salir con una criminal. Tu madre es una señora de la alta sociedad, Daniel. ¿Vas a presentarle a tu novia con antecedentes penales?

En directo desde Montana

Daniel: Oh, por favor. No es una criminal. Solo era una adolescente con un padre capullo. Y, de todos modos, mi madre no aprueba nada de lo que yo haga. Sabes, ¿Georgia? Yo también tengo una confesión.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Otro dato inesperado. Te escuchamos, Daniel.

En directo desde Montana

Daniel: Tengo una frase para Lucy.
Lucy: Ah, ¿sí? ¿Para mí?
Daniel: Mm-hm. Es la más repetida de todas. Trasciende culturas, idiomas, épocas... Desde canciones y poemas, hasta el cine y las conversaciones cotidianas, está en todas partes, en boca de todos. Que sea tan simple la hace aún más poderosa. Por mucho que la repitas, no vas a restarle valor. Es la frase que mueve el mundo. Te quiero, Lucy. Me da igual que seas una delincuente juvenil.
Lucy: Jo-der.
Daniel: Se está agobiando. Contaba con ello. Es normal. Cuando tu *crush* te dice por fin que te quiere, lo lógico es que te alteres. No pasa nada. Te quiero. Respira, cielo. Te quiero. En serio. Respira. Te quiero.
Lucy: ¡Cállate, Dexter!
Daniel: Te quiero. La quiero. No puedo dejar de decírselo.
Adriana: Ay, *mamacita*. A nuestra Lucinda se le ha jodido el disco duro con tantos te quiero.
Enzo: Mira que es boba. Si Daniel el buenorro me dijera a mí que me quiere, yo ya estaría en su regazo, metiéndole la lengua hasta la garganta. No te enfades, Elijah. Seguro que tú harías lo mismo, bribón.
Elijah: La verdad es que Daniel está buenísimo.
Ashley: Me están dando arcadas.
Elijah: Será del embarazo. Por cierto, hay que hablar del divorcio, ¿no?

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—No es así cómo esperaba que acabara esto. Daniel, ¡deja ya de decir que la quieres!

En directo desde Montana

Daniel: Pero es que la quiero.
Ashley: ¿¿Divorcio?? ¡Que seas un desviado y yo una adultera no quiere decir que tengamos

que romper los votos que hicimos antes Dios! Díselo, Pearl. Dile que arderá en los fuegos eternos como me deje.

Adriana: Ay, *mamacita*. Qué pesadilla con los fuegos eternos.

Richard: Yo también te quiero.

Adriana: Cállate, Richard. Tú no me quieres. Quieres follarme.

Richard: Eso también, no lo discuto.

Enzo: *Na-na-na, come on, come on…*

Todos los concursantes: ¡¡¡Enzo!!!

Enzo: Pensé que me respaldaríais. Qué sosos.

En directo desde los estudios de *Granjeros*

—Solo nos queda una incógnita. ¿Quién ha ganado el programa? Para poder responderos, os enseñaré el proyecto súper secreto de Lucy y Daniel. Y es que nuestros espabilados granjeros, aparte de montárselo en todas las habitaciones de su granja, han trabajado duro para convertir el viejo y destartalado granero en un precioso y coqueto apartamento que acaban de alquilar en AirBnb. Veamos. Iniciativa, creatividad, trabajo en equipo, visión empresarial… Eso les da un total de quinientos puntos. Lo cual… ¡los coloca los primeros! ¡Enhorabuena, Lucy y Daniel! Sois los ganadores de la primera temporada de *Granjeros*. ¿Cómo os sentís?

En directo desde Montana

Daniel: Te quiero.

Lucy: ¡Deja ya de repetirlo, pirado! ¡No lo aguanto!

Daniel: Pero es que te quiero.

Lucy: ¡Me estás poniendo de los nervios a propósito!

Daniel: Lo sé. Te quiero.

Lucy: Tengo una frase para ti, Daniel. *Avada Kedrava!*

Daniel: Y yo, otra. Te quiero.

Lucy: ¡Deberías estar muerto!

Daniel: No. Qué va. A Harry le salvó el amor, ¿recuerdas?

Lucy: Ay, Dios. No puedo combatirle. Será mejor que me una a él. Está bien, Daniel, tú ganas.

Daniel: ¿Me quieres?

Lucy: No. Pero es posible que te tenga cierto afecto.

Daniel: Me vale. De momento. Oye, ¿quién ha ganado el programa?

Lucy: Es verdad. ¿Quién ha ganado?

Daniel: Ahí pone que nosotros. Hemos ganado. Te quiero.

Lucy: Cierra el pico. ¿En serio? ¿Hemos ganado?

Daniel: Sí. Te quiero.

Lucy: Qué pesadilla. ¡Vas a desgastar la frase de tanto usarla!

Daniel: No lo creo. Pienso decírtelo durante los próximos cincuenta años. A diario.

Lucy: ¿Este tío va en serio? Sí, va en serio. *Ay, mamacita.*

Daniel: ¿Por qué hablas con acento puertorriqueño?

Lucy: Es colombiano.

Daniel: Es puertorriqueño.

Lucy: Jamás estaremos de acuerdo en nada.

Daniel: Es puertorriqueño.

Lucy: *Ay, mamacita.*

Redes, arma del Diablo



@kateandcoffee: Jajaja. ¡¡A Lucy se le han fundido los plomos!! Jajajaja.

@josh.taylor: A ti sí que te fundiría yo los plomos.

@natalie123: Ugh.

@josh.taylor: No te pongas celosa, Natalie. A ti también te los fundiría a base de polvos.

@emma.rose: Cuando se me quiten las arcadas, haré un directo en mi Instagram para dar mi opinión sobre el último capítulo.

@josh.taylor: Nena, Emma Rose, a nadie le importa tu opinión.

@emma.rose: A ti no te hablo, Joshua.

@josh.taylor: Acabas de hacerlo.

@ben_the_fox: Chicos, ¿es cierto lo que se rumorea? ¿Que Georgia está fichando a cirujanos para la segunda temporada?

@kateandcoffee: Oh, Dios mío. ¿El elenco de *Anatomía de Grey* en las granjas de Montana? Cirujanos sexys, descamisados y sudorosos. ¿Cuándo empieza la segunda temporada?

@emma.rose: ¡Eso digo yo! ¿Cuándo?

@josh.taylor: Estáis muy salidas. Yo puedo arreglarlo.

@kateandcoffee: Cállate, Josh.

@ellie.lee: Yo me rendí a mitad del programa. Me pareció un tostón. Al principio estaba bien, pero luego la acción decae un montón. He pasado directamente al último episodio, para saber cómo termina. Aunque, si traen a cirujanos, puede que le dé otra oportunidad…

@emma.rose: Queremos al doctor Amor.

@kateandcoffee: ¡Y al doctor Sexy!

@natalie123: ¡¡Y al doctor Lujuria!!

@tigresa82: Chicas, chicas, chicas, que no cunda el pánico. Todas queremos a esos doctores. Haré lo que esté en mi mano para conseguirlo. De momento, solo puedo adelantar que estamos negociando con cierto hospital de Chicago... Por si acaso, también estamos negociando con unos obreros de construcción.

@emma.rose: ¿¿Albañiles descamisados?? ¿CUÁNDO empieza el programa, Tigresa?

@josh.taylor: Tú no le haces ascos a nada, ¿eh, nena?

@emma.rose: Menos a ti…

@josh.taylor: ¡Amargaaaadaaaaaa!

@emma.rose: ¡¡Troooooll!!

Vuelta a la realidad



Lucy

—Bueno, señorita.

—Bueno, señor.

Daniel y yo, bastante incómodos los dos, estábamos despidiéndoos en la puerta de nuestra granja. Yo volvería a Nueva York con mis amigos, en el coche de Enzo. Él se iría en el autocar.

—Nos vemos en la Gran Manzana —me dijo, con una especie de sonrisa.

—Sí.

Sentí un pequeño cosquilleo en el estómago cuando se me acercó.

—Te llamo. —Su voz, apenas un susurro ronco, me hizo tensar los músculos.

—Vale. Sí. Llámame.

Me cogió por la cintura con una mano y me besó en los labios. No fue un beso de cine. Aun así, me costó despegar la boca de la suya. Tenía la sensación de que lo bueno acababa aquí. En Montana, las cosas eran fáciles. Vivíamos juntos, estábamos todo el rato cerca el uno del otro.

En Nueva York, en cuando entrara por la puerta de mi *loft*, empezaría a agobiarme. Seguro.

Me despedí con la mano y subí por fin al coche de Enzo. Daniel hundió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones y permaneció ahí, esperando que nos marcháramos.

—Como un caballero —me susurró Enzo al mismo tiempo que me lanzaba un guiño socarrón a través del espejo.

Adriana le dio un golpecito en el hombro.

—Arranca de una vez. Se nos va a congelar el chaval. ¿Por qué no lleva abrigo? Está empezando a nevar.

—¿Cómo si no iba a poder lucir su impresionante musculatura? —le respondí yo desde el asiento trasero del coche—. Los abrigos tapan la tableta.

—Sabéis que puedo oíros, ¿verdad? —se materializó la voz de Daniel en medio de nuestras gilipolleces—. Tenéis la ventana bajada.

—¡Arranca, arranca, arranca! —le grité a Enzo.

Daniel se echó a reír y cabeceó con lentitud. La verdad es que estaba guapísimo. Llevaba un jersey de color antracita con cuello de pico, que se ajustaba a su torso como si lo hubieran tejido exclusivamente para él, y pequeños copos de nieve se le asentaban sobre el pelo. ¿Esta sería la

imagen que me llevaría? Me sentía un poco como Ilsa cuando abandona Casablanca. Al menos ella sabía que era el final. Aquí todo era ambiguo.

Lo miré a través de mi ventana, me empapé de él, y noté una aplastante oleada de tristeza apoderándose de mí.

Costaba no quedarse atrapada en los profundos iris azules, chispeantes de diversión, o en las pequeñas arrugas que se formaban alrededor de sus ojos y con cada sonrisa contenida le añadían una calidez reconfortante. Una parte de mí quería ver esa sonrisa el resto de mi vida. La otra parte estaba ejecutando el ritual del *harakiri*.

—Ay, *mamacita* —suspiró fogosamente Adriana cuando nos alejamos despacio bajo la nevada, cada vez más intensa—. Qué hombros tan anchos. Porque tú te lo has pedido primero que, si no…

Le di un golpecito en la coronilla para que dejara de babear. Ese hombre era mío. De momento.

—¿No os sentís como si hubierais sobrevivido a un desastre natural? —nos planteó Enzo al cabo de un rato.

A Adriana se le escapó una carcajada.

—Pobrecito. Lo debiste de pasar muy mal mientras te lo montabas en el granero con el *macizorro* de la supremacía blanca.

—Mira quién fue a hablar —soltó Enzo, indignado—. La que se morreó con el intelectual en un Porche de alquiler.

Solté una carcajada, de la cual me arrepentí de inmediato, en cuanto la atención de los dos cayó sobre mí.

—En cuanto a vuestra majestad —empezó Enzo, y yo encogí en mi asiento—. ¡Serás *zorri!* Montártelo una y otra vez con aquel cuyo nombre no pudimos pronunciar durante años…

Adriana dejó de pintarse los labios y me miró a través del espejo.

—Hablando del tema. ¿En qué punto estáis? ¿Sois novios o…?

—Algo así —les respondí, sin ganas de explicarles lo confusa que me sentía.

Creo que ya se me estaba acabando el efecto de la granja. A lo mejor me había colocado con heno. ¿Por qué si no iba a plantearme mantener una relación seria con un tío?

—¿O sea que…? ¿Qué? ¿Dejarás de ser Lucy la infame? —insistió mi indiscreta amiga.

—¿Pondrás todos los huevos en una sola cesta? —la respaldó Enzo.

—¿Cenarás para siempre en el mismo restaurante?

—¿Pintarás tu mundo de un solo color?

—¿Leerás el mismo libro para siempre, aunque ya conozcas el final?

—¿Cerrarás todas las…?

—¡Callaros ya! ¡Me estáis agobiando! ¡No.lo.sé! ¡Joder! ¡No sé nada! Dios, qué pesados estáis hoy.

Los dos guardaron silencio, aunque sentía que sus miradas me atravesaban todavía.

Suspiré, tratando de dejar atrás la avalancha de preguntas, y me ensimismé con la nevada.

El mundo desaparecía bajo el velo blanco que poco a poco se apoderaba de las laderas. Era precioso y abrumador a partes iguales. Más o menos como mi relación con Daniel. ¿O acaso una parte de mí no estaba desapareciendo desde que salía con él?

—Tendíamos que habernos quedado hasta enero. Las navidades deben de ser mágicas aquí, con las montañas cubiertas de nieve y las chimeneas encendidas.

—¿Estás imaginándote a Elijah desnudo debajo de la chimenea? —preguntó Adriana con una risita.

—Por favor, no seas cochina. ¿Cómo que desnudo? Le pondría un gorro de Papá Noel.

Adriana y yo estallamos en carcajadas, y Enzo dejó de hacerse el indignado y se nos unió.

Sin embargo, creo que los tres estábamos algo decaídos. Íbamos a echar de menos la vida en la granja.

Enzo subió el volumen de la radio y, de repente, las primeras notas de *Have Yourself a Merry Little Christmas* inundaron el coche. La voz suave y melancólica de Frank Sinatra nos envolvió como un abrazo.

Adriana y yo nos quedamos en silencio, perdidas en la melodía.

Enzo, con una sonrisa sutil, accionó el limpiaparabrisas.

Los tres debíamos de pensar en lo mismo, que la canción era la banda sonora perfecta para el adiós que no queríamos pronunciar.

—¿Qué vais a hacer en Navidad? —se interesó Enzo unos minutos más tarde.

—Volaré a Florida para estar con la familia si no cierran el JFK por las nevadas. ¿Y tú?

—Mi madre quiere que vayamos a esquiar a Aspen. ¿Lucy?

—Me quedaré en casa.

—¿Por qué? ¿Quieres venir a Florida?

—¿O a Aspen?

Los tranquilice con una pequeña sonrisa.

—No. Quedarme en casa me parece perfecto. Pondré el árbol, haré ponche, veré *Casablanca*… Y luego el *Grinch*, y luego *Solo en casa*, parte uno y parte dos… Me pondré tostada de porquerías… ¡Serán las mejores navidades de mi vida! Las pasaré con la persona que más quiero en el mundo: yo misma.

«Y no echaré de menos a Daniel ni un poquito», resolví con firmeza.

Navidades alrededor del país



Lucy

No podía ser cierto. Yo era la chica que lo tenía todo, el trabajo de mis sueños, la casa perfecta, un pez encantador…

Entonces, ¿por qué me sentía como si me faltara algo?

Era ridículo. Había puesto el árbol, las luces de hadas adornaban la estantería de los libros, pequeñas estrellas, plateadas como copos de nieve, colgaban en las ventanas del *loft*, y el Polar Express hacía *chuf chuf* cada vez que llegaba a la altura de los regalos falsos que había colocado en una esquina a modo de decoración.

Incluso tenía ponche y me había puesto morada de gusanitos y otras porquerías. Se suponía que iban a ser las mejores navidades de mi vida, pero… había un vacío. La ausencia de algo.

Y el ponche, por muy cargadito que estuviera, no lo llenaba.

En la víspera de la Navidad, me quedé viendo *Casablanca* hasta las tantas de la noche y no fue hasta que llegué a la última escena cuando por fin lo comprendí. Me faltaba un puñetero final feliz.

Siempre he sabido que las personas pueden herirte. Es inconsciente prendarse de alguien, porque todo podría torcerse en un segundo, la gente se marcha, incluso sin previo aviso. Aun cuando no quieran. Mi madre no quería marcharse, pero… lo hizo.

El riesgo es inevitable. Cuando te permites sentir algo por alguien, acabas herido. El amor no es un puerto seguro, es una tempestad en mitad del océano que hunde barcos del tamaño del *Titanic*. Es un salto al vacío. Una prueba de fe. Un sentimiento ciego e impredecible, que te arrastra, sin preguntarte si estás listo, o si tienes fuerzas para afrontarlo. Es algo que quema por dentro. Duele. Te desafía. Puede romperte en mil pedazos.

Y te preguntarás: ¿por qué arriesgarse? ¿Vale la pena?

Creo que a esta pregunta ya nos contestó Martin Luther King Jr en su momento. *Solo cuando está lo suficientemente oscuro puedes ver las estrellas.*

Yo era como Kevin McCallistair. De repente, quería que mi insufrible familia volviera.

O a lo mejor era el típico episodio de psicosis navideña.

Como fuera, no tenía tiempo que perder analizando las motivaciones de mi personaje. Agarré el primer abrigo que encontré, las llaves de casa y salí pitando por la puerta.

Tardé solo dos segundos en volver.

—¡Este abrigo, no, tarada! —me grité a mí misma—. ¡No te pega con el pijama!

Me puse el abrigo verde y ahora sí, fui a por mi final feliz.

Me avergüenza decir que no llegué demasiado lejos.

En cuanto puse un pie en la calle, en mi prisa desenfrenada, choqué con un hombre en la acera y los dos caímos estrepitosamente al suelo. Ayyyyy. ¿Nunca iba a salirme nada bien?

—¿Qué demonios…? ¿Lucy?

Me quedé atónita.

—¿Daniel?

—¿Adónde cojones ibas con tantas prisas? ¿Estás loca? Podría atropellarte un coche. ¡Esto es Nueva York!

—Iba a… ¡iba a tu casa! —exclamé mientras él, ya incorporado, tiraba de mí hacia arriba—. ¿Adónde ibas tú?

—A la tuya. Obviamente. Llevo una semana entera llamándote. Me preocupaba que estuvieras muerta. Ahora veo que mis motivos no eran del todo infundados. ¿Ibas a verme en pijama? ¿Un pijama de renos?

—Es Navidad. Y también es evidente que no sopesé bien el atuendo.

Él iba de lo más elegante porque, en fin, era Nochevieja y seguro que había estado en alguna fiesta glamurosa.

—¿Por qué me estás haciendo *ghosting*?

—Me alucina que alguien de tu edad sepa lo que es el *ghosting*.

Me puso mala cara.

—No soy tan viejo.

—Por favor. Estabas vivo cuando inventaron la imprenta.

—Ja. En serio. Ja. ¿Por qué no contestas mis llamadas? ¿Has roto conmigo y se te ha olvidado notificármelo?

Parte de razón tenía. Cuando tienes novio, no está bien pasar de él toda una semana.

En mi defensa, hasta hace cinco minutos yo no sabía que necesitara —o tuviera— novio.

—No, no hemos roto. Es que he estado muy liada.

—Liada —repitió, de lo más escéptico—. ¿Con qué?

Pensé lo más deprisa que me era posible.

—Con la operación *hohoho*.

Daniel frunció el ceño.

—¿Qué demonios es la operación *hohoho*?

—Entra y te lo enseño.

—Bien. Ilústrame.

Me siguió y admito que me sentí aliviada. Por un segundo creí que iba a darme calabazas.

—*Esto* es la operación *hohoho* —informé nada más abrir la puerta de mi *loft*.

Daniel se quedó boquiabierto.

—Te gusta la Navidad, por lo que veo.

—¿Lo has deducido por el Polar Express que se pasea por todo el salón?

—No. Por el Cascanueces.

Como cualquier niño con una infancia desgraciada, yo adoraba la Navidad. Mi casa era el sueño de un crío de cinco años.

—Ah.

Me echó una mirada risueña.

—Y ahora, ¿qué? —me preguntó, poniéndose serio.

Cinco segundos.

No necesitas más para saltar al vacío.

Simplemente te dejas caer y rezas para que funcione el paracaídas.

—Ahora —dije, acorralándolo contra el respaldo del sofá—, haré honor a la Navidad en mi corazón y procuraré mantener su espíritu a lo largo de todo el año.

—Esa frase es de Scrooge —remarcó, divertido, mientras yo me entretenía desabrochándole la camisa que llevaba por debajo del abrigo.

—Lo sé. Siéntate.

—Uh. Esto empieza a ponerse intenso.

—Antes de empezar…

—¿Vas a decirme que me quieres? —me propuso, con los labios casi encima de los míos.

—Voy a preguntarte por tu palabra de seguridad. Porque, verás, Daniel, desde que me abandonaste en ese motel cutre como a un perro…

—Eso no es del todo verídico.

—…siempre he tenido esta fantasía —proseguí, haciendo caso omiso de su interrupción—. Yo llevo látex.

—Uff. Me gusta.

—Y un látigo —ronroneé sobre sus labios. A esas alturas, Daniel ya se alegraba de verme. O eso, o planeaba liquidarme con una pistola de contrabando.

—Mm-hm.

—Al principio, soy suave. Juguetona. —Agarré sus partes y le hice una demostración práctica. A él se le entrecerraron los ojos—. Y, luego…

Separé los labios como si me dispusiera a besarlo. Daniel me imitó. Cabe mencionar que yo ya me estaba frotando contra él y la tensión sexual era inaguantable.

—¿Luego? —susurró, apremiante.

Una pequeña sonrisa se insinuó en las comisuras de mis labios.

—Luego ¡zas!

Daniel tragó saliva.

—Tu relato empieza a inquietarme.

—Me suplicas que pare. Gritas tu palabra de seguridad. Pero yo sigo y sigo y sigo, te azoto hasta quedarme sin fuerzas porque has sido un cabronazo de mucho cuidado y te lo mereces.

Me sopesó con mirada risueña.

—Tengo una frase para ti, Lucy.

—¿Cuál?

—*Di hola a mi pequeño amigo*. Es de *El precio del poder*.

—No la he visto. Pero estoy segura de que no se refiere a lo mismo que tú, pervertido. Y tampoco llamaría a esto *pequeño*.

Soltó una risa ronca, me cogió por las caderas con las dos manos y su boca cubrió la mía. Esta vez fue un beso de cine.

Y yo me dejé llevar. Fuera no nevaba, y dentro no había ninguna chimenea encendida. A pesar de todo, fue perfecto. Las mejores navidades de toda mi vida.

Pude mancillar a Daniel de formas inenarrable delante de Rudolf y el Cascanueces.

¿Qué otra cosa hubiera podido pedirle a Papá Noel?

Mientras tanto…

*****

Florida

—Hay que joderse.

—¿Richard?

—Bonito bikini.

—¿Qué haces tú aquí?

—Quería tomar el sol. Estoy un poco pálido, ¿no te parece?

—¿Has volado a Florida para estar conmigo en Navidad?

—Tal vez…

—Eso es muy tierno.

—Retíralo ahora mismo.

—No pienso retirarlo.

—No soy tierno.

—Sí que lo eres.

—Tú eres el castigo por todo lo que he hecho mal en mi vida, ¿a que sí?

—Sip.

—Ven aquí. Te he echado de menos.

—Richard, contente un poquito. Me estás tocando el culo delante de toda mi familia.

—Perdón. Hola a todos. Soy Richard. Encantado de conoceros. Señor, le prometo que le estaba metiendo mano a su hija respetuosamente.

—¡Ese no es mi padre! Es nuestro contable.

—Ah. ¿Tenéis un contable?

—Mi padre es ese.

—*¿Ese?* ¿El que parece tener mi edad, es puro músculo y me mira como si quisiera comerse mis higadillos?

—Mm-hm.

—Será mejor que te apartes, señorita. Voy a pedirle tu mano a ese hombre.

—¡¿Qué?! ¿Estás de broma? ¡Levamos una semana saliendo!

—Lo sé, es un poco precipitado, pero tengo que hacerlo antes de que me linche.

—¡No va a lincharte!

—Su mirada no dice lo mismo.

Aspen

—Familia, os presento a Elijah, mi novio.

—Vaya, cariño, pero qué guapo es. Ven aquí, cielo, te gusta la carne, ¿verdad?

—Madre, es evidente que a este le gusta la carne.

—Lorenzo, por favor, no seas vulgar. Siéntate aquí, cielo. Antonia, pon otro cubierto para el novio de mi hijo. Elijah, ¿qué opinas de los niños? Que no tengáis útero no implica que no podáis darme nietos, ¿sabes?

—Mamá, para de una vez. Me estás avergonzando.

—Igual que tú a mí cuando te bajaste los pantalones en mitad de tu audición de violín, señorito.

—¡Tenía cinco años y se me había olvidado la pieza que iba a tocar!

—Siempre ha sido muy dramático. Es mejor que el niño no tenga su ADN, confía en mí.

Los Ángeles

—¿Gigi?

—Que me aspen si no es Jerry Monahan, el fantasma de las navidades pasadas.

—Veo que odias estas fechas tanto como yo. Me alegro de verte. Estás guapísima. ¿Y cómo te va? Camarero. Un whisky doble.

—Perdona, ¿te importaría dejar que me tomara mi cóctel en paz?

—Vamos, Gigi, no me guardes rencor. No te llamé porque ando muy ocupado, pero no he dejado de pensar en ti ni por un segundo.

—Por favor. No me creo una palabra de tu discursito de ligón. Guárdatelo para las pizpiretas veinteañeras con las que sales por ahí.

—De acuerdo. Me lo merezco. Escucha, Georgia, la verdad es que no te llamé porque me intimidas un poco. Tengo la sensación de que podrías comerme vivo.

—¿De verdad?

—Sí.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca. Habitación 502.

—¿Va en serio?

—Mm-hm. Pero, si subes, que sepas que voy a comerte vivo, *Jerry*.

—Santa madre de Dios. ¡Que sea triple el whisky!

Colorado

—Madre mía, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Dios, no estoy acostumbrada a patinar sobre hielo. Sin patines. Delante del súper.

—Espera, te ayudo. Hostia. Ay. Se ve que yo tampoco estoy acostumbrado al hielo. Perdona, ¿te estás riendo?

—Es gracioso. Lo siento. ¡Lo siento! Soy Emma Rose.

—Josh.

—Espera. ¿No serás Joshua, el troll?

—¿Emma Rose, la amargada?

—¡Qué fuerte!

—Joder, ¡sí que estás buena, tía!

—Y tú pareces normal. ¿Una chica resbala delante del súper y te ofreces a ayudarla? No me esperaba esto de ti, Joshua.

—Ya sabes que en internet la gente es diferente. Ese chisme saca lo peor de nosotros. Venga, arriba.

—Ay, gracias. Creo que ya me he estabilizado. Si no te importa que te lo pregunte, ¿cómo eres en la vida real?

—Si te tomas un chocolate caliente conmigo, te lo cuento.

—Mmmm, vale, pero que no se enteren Kate ni Natalie. No lo aprobarían.

—Espera, ¿qué? Estaba tuiteando lo nuestro.

—¡Josh!

—Es broma. Venga, sujétate a mí, no vaya ser que te caigas otra vez.

Missouri

—Por enésima vez, Ashley, no puedes hacer de Virgen María en el belén de la iglesia.

—Pues no entiendo por qué. Yo también estoy embarazada.

—¡Ni siquiera sabes quién es el padre!

—Al menos yo no voy por ahí diciendo que fue una paloma…

—Como sigas blasfemando, te veto para la Misa del Gallo de este año y la del próximo.

—¡Jo! Es totalmente injusto. ¡Quiero hacer de Virgen María!

—NO.PUEDES. Fin del asunto.

—Ashley, ¿qué es esa locura de que mi hijo es ahora homosexual?

—Ah, Pearl, gracias a Dios. ¿Puedes decirle al pastor Bryant que yo sería una Virgen María estupenda?

—¿Qué le has hecho a mi Elijah?

—¿Quién? ¡¿Yo?!

—Querida, te recuerdo que, el día que yo lo llevé al altar, a mi hijo todavía le gustaban las mujeres.

—Claro, por eso le guiñó un ojo al pastor Bryant.

—No admito, ni desmiento, nada. Y, si me disculpáis, tengo que organizar un belén. José, no te pongas ahí. ¿Y quién se ha traído un patinete? ¡No había patinetes eléctricos en Belén! ¡Vais a acabar con mi cordura!

—La culpa es tuya, Ashley. Tendrías que haber sido más cariñosa con él.

—Perdona que te lo diga, Pearl, pero a tu hijo no le hacía falta cariño, sino una…

—*Deck the halls with boughs of Holly. Fa la la la la, la la la la.*

—¡No te he oído, Ashley, con el ruido de la carroza!

—¡…así de grande!

—Señoras, por favor, que hay niños delante.

—Perdone usted, padre, estoy buscando a la señorita Ashley.

—¿Cody?

—Ashley, ¡por fin te encuentro!

—¡Madre mía! ¿Qué haces tú aquí?

—Me he enterado de que vamos a tener un bebé y vengo a hacer lo correcto. Oh, Ashley, ¿te casarás conmigo?

—Pearl, dile al desviado de tu hijo que quiero el divorcio. Este chico hará de mí una mujer decente.

—Me niego en rotundo. Seguirás casada con mi hijo hasta que la muerte os separe. ¿Debo recordarte tus votos ante Dios?

—No hace falta. Me los sé de memoria. En la salud y en la enfermedad, riqueza y pobreza… Pero, verás, Pearl, querida, en ningún momento mencioné la homosexualidad.

—La homosexualidad *es* una enfermedad, Ashley. Mi hijo ha sido afectado por el virus de la lascivia. ¡A mi pobre Elijah le han reclutado en la *Gaystapo* y le han arrastrado a una pecaminosidad depravada de la que solo el matrimonio con una mujer podría salvarle! Incluso una mujer como tú. Le han lavado el cerebro. ¡¿Adónde vas?! ¡No he terminado!

—Ay, Pearl. Este discurso me empieza a aburrir incluso a mí.

—Si Dios hubiera querido homosexuales, habría creado a Adam y Freddy. *No te acostarás con un hombre como con una mujer; es una abominación. Fornicarios, idólatras, adúlteros, afeminados, sodomitas, ladrones, los avaros, borrachos, maldicientes, ladrones, ninguno de estos heredará el reino de Dios.* ¡Lo dice la Biblia, Ashley!

—Tú no pensarás lo mismo que ella, ¿verdad? No me gustaría que nuestro hijo tuviera esos valores. Mi hermano está casado con un hombre, ¿sabes?, así que, si tú piensas igual, Ashley,

mejor que me lo digas ahora.

—¿Yo? Por favor, ¡soy la persona más abierta de todo el estado de Missouri! Siempre le decía a Elijah que fuera él mismo. ¡Fui yo la que le abrió los ojos sobre su homosexualidad! El pobre se estaba reprimiendo. No era capaz de aceptarlo. Con esa madre, ¿qué puedes esperar? ¿Cuándo nos casamos? La palabra *divorciada* es tan fea… Me siento como si fuera un producto defectuoso.

—Creo que me he precipitado. Necesito algo de tiempo. Ya te llamaré.

—¡Vuelve aquí ahora mismo, Cody! ¡No seas cobarde! Se ha ido... Bien, pasemos al plan B. Pearl, espera, no te vayas. A lo mejor podemos llevar a Elijah al psicólogo para que curen su trastorno homosexual.

—Claro que sí, querida. Los genitales han sido creados para procrear, no para sentir placer lascivo.

—¡¡Cody!! ¡Vuelve! ¡No me dejes aquí con ella!

—La Virgen María está en un atasco. Enhorabuena, Ashley, harás tú el papel.

—Aleluya. Por fin una buena noticia. No se arrepentirá, pastor. Se lo prometo.

—Lo dudo. Ya me estoy arrepintiendo…

Los Hamptons

—Oye, ¿tú no serás…?

—No lo soy. ¿Me permite pasar?

—Yo te he visto en la tele. ¡Tú eres la que no escribe sus propios libros!

—Dios, ni en los Hamptons está una a salvo de la chusma. Escuche, señora, o se aparta o tendrá que hablar con mi abogado.

—Oiga, no se ponga usted así. Mi madre solo quería saludarla. Es usted famosa, ¿sabe? La gente dice que tiene mucha jeta y que por eso la han dejado dos hombres, pero…

—Se acabó. Ya estoy llamando al abogado.

—Bah, si esta ni siquiera me caía bien. Vamos, hija, que no necesitamos el autógrafo de una farsante para nada.

Nueva York

—Me gustan tus deditos.

—¿En serio?

—Son tan largos y finos… Perfectos para mordisquearlos.

—¡Ay, Daniel! ¡Estate quieto!

—¿Por qué no me has cogido el teléfono? Dime la verdad.

—Vale, nos estamos poniendo serios. ¿La verdad? Estaba acojonada.

—¿Por qué?

—¿Por dónde empiezo?

—¿El principio?

—Creí que me abandonarías en una residencia cutre de Milwaukee.

—Luce, yo jamás te abandonaría en una residencia cutre de Milwaukee.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro. Ah, antes de que se me olvide. Te he traído un regalo de Navidad.

—Hay que ser ególatra para regalarte a alguien un libro tuyo...

—Te lo he firmado.

—Por supuesto. *Para Luce, la mayor cabrona a este lado del Mississippi. Siempre serás mi*

chica del motel. Te quiero. Daniel Finn. Vaya…

—¿Estás llorando?

—Cállate. No lo estropees. Ha sido un detalle muy dulce.

—No ha sido dulce.

—Oh, claro que ha sido dulce.

—Jamás estaremos de acuerdo en nada, Lucy.

—En eso sí que estamos de acuerdo, Dexter.

Por si te has quedado con ganas de más…

A ti, que has decidido darle una oportunidad a esta historia: ¡Mil gracias! Espero que la hayas disfrutado tanto como yo al escribirla. ❤ Si te gustan este tipo de novelas, quizá te llame la atención *Alguien mejor que tú*. Te dejo un pequeño adelanto para que puedas echarle un vistazo y ver si te engancha.

¡Ojalá te guste! 😊

Isabella M.


Isabella Marin
ALGUIEN MEJOR
QUE TÚ

ALGUIEN MEJOR QUE TÚ

ISABELLA MARÍN


Alguien
mejor
que tú

Capítulo 1



Izzie

Lo mejor de trabajar en Hotchner & Abrams es el café.

Hubo una cata para escogerlo —se sometió a votación y todo— porque en este lugar tomar café trasciende el mero acto de beber.

Se trata de un ritual y, por lo tanto, todo ha de ser exquisito.

Es en la sala de café dónde se forjan las amistades, los acuerdos, las simpatías y las animadversiones del bufete. Somos abogados corporativos con jornadas semanales superiores a las cien horas y casi todo nuestro tiempo de ocio trascurre en estos escasos noventa metros cuadrados.

Y, por lo que he oído, en los ascensores en los que no dejamos de enrollarnos con compañeros de trabajo.

Pero volvamos donde estábamos. Es demasiado pronto para enrollarse con nadie.

La cafetería, un perfecto cruce entre lo elegante y lo industrial, con muebles de líneas rectas, paredes de vidrio y decenas de plantas estratégicamente colocadas para crear un ambiente moderno y acogedor, es mi lugar favorito de todo el edificio.

Me encanta cómo huele, a granos recién molidos y a chismorreo malicioso; me encantan las vistas de hoy, sobre un Central Park lluvioso y otoñal, avistado desde la planta veinticuatro del rascacielos que acoge a uno de los más prestigiosos bufetes de abogados de Manhattan.

Un cliente me dijo una vez que este sitio le recordaba a las cafeterías escandinavas en las que solía cobijarse de la lluvia durante la luna de miel que su mujer y él pasaron en Estocolmo.

Ese tío no ha estado nunca aquí un lunes por la mañana.

El bullicio es impresionante. Debates acalorados, risotadas y exclamaciones, sillas chirriantes, provocaciones, flirteos, la pobre cafetera, que no goza ni de un segundo de descanso hoy…

Y ahí están las joyas de la corona: mis poco *escandinavos* amigos, que me hacen señas desesperadas para que me acerque de una vez a nuestra mesa.

Apenas tengo vida personal fuera de la oficina, y como treintañera adicta al trabajo que soy —y, lo admito, un poco obsesionada con el éxito profesional—, no cambiaría nada.

Nací en el seno de una familia de agricultores cuyo porvenir siempre ha dependido de los vaivenes de la naturaleza, y desde que era muy pequeña he sabido que yo no quería esa clase de

vida para mí. Surcar el cielo con la mirada, maldecir cada granizada y cada ola de calor que se abate sobre los cultivos de maíz…

Qué va, no me motiva.

Ser la mejor en mi trabajo, la más ambiciosa, la que más se deja los cuernos por el bufete; *eso* es lo que me define.

Sin falsa modestia, soy la reina de este lugar, la asociada con más papeletas para convertirse en socia a finales de este año.

Por desgracia, mi corona peligra desde que mis jefes, los buenos señores Hotchner y Abrams, han tomado la nefasta decisión de fichar el abogado más infame de la Costa Oeste.

Maldita sea, ¿esto por qué no se sometió a votación?

Me indigno solo de pensarlo.

—Buenos días, Izzie.

—No sé qué tendrán de buenos —le suelto malhumorada a uno de los pasantes, un chico pelirrojo de gafas, que gira sobre sí mismo y se esfuma, agobiado por mis malas vibraciones.

Me sirvo la primera taza de café del día, me bebo más de la mitad y vuelvo a llenarla.

Me hará falta un buen chute de energía para dar lo mejor de mí durante las próximas catorce —o dieciséis…— horas que tengo por delante.

Y, por supuesto, para vencer al capullo que viene a destronarme.

No es que los abogados corporativos seamos competitivos.

Dios, no.

Nosotros INVENTAMOS la competitividad.

—¡Izzie! ¡Venga ya, que te estamos esperando! No remolonees más.

Le hago un gesto con la mano a mi amiga Molly para que frene el carro y me acerco por fin a nuestro grupito, compuesto por cinco de los grandes.

Señoras y señores, he aquí a la mismísima realeza del bufete.

Addison McAllister, rubia, guapa, mimada y con un fondo fiduciario que parece inagotable.

Molly Reed, intelectual neoyorquina de palabras siempre afiladas y con un ingenio que brilla todavía más que su desmedida ambición —su padre, Nathan Reed, fue premio Nobel de Literatura el año pasado y el ingenio, al igual que el dinero, pasa de generación en generación—.

Peter Aston, guaperas filántropo cuyo fondo fiduciario algún día se fusionará con el de Addison porque los ricos son como una sociedad secreta y no interactúan con miembros fuera de su círculo.

Oliver Belmont, a quien conozco desde el primer año de facultad, si bien en esa época él no me hacía ni caso porque yo era la becaria que llevaba vaqueros demasiado gastados como para ser guay y sudaderas XXL heredadas de su hermano mayor.

Y, por supuesto, una servidora: Isobel Simmons, sin fondo fiduciario ni apellido celebre.

Eso debería ponerlo en mis tarjetas de visita.

—Buenos días.

—Eso mismo digo yo. *Buenos* días, amiga despampanante. —Addison me somete a un descarado repaso de la cabeza a los pies, después de lo cual sus luminosos labios rojos se expanden en una sonrisita traviesa. Lo sé. Estoy impecable. He tenido un mes por delante para preparar el enfrentamiento—. Dime la verdad, Isobel, ¿te has gastado la prima de este año para impresionar al nuevo?

¿Impresionar? Eso está muy lejos de mi intención. Hoy empieza la guerra y me he vestido para matar, de rojo. Pretendo lanzar un mensaje muy claro: *no voy a permitir que me pisotees, capullo.*

El rojo es un color que vinculamos a la fuerza y a la pasión, a la ambición, al liderazgo; lo usan los políticos, los grandes empresarios, Donald Trump en sus corbatas y, ahora, *moi*.

—Mira, no me lo recuerdes —protesto, recién instalada en la única silla libre de la mesa. Solo hay cinco sillas porque no queremos que nadie se siente con nosotros. Esto es peor que el instituto. Aunque por una vez estoy en el grupo de los populares. Todo un logro para la empollona de Izzie. *Bieeen*—. Hotchner me ha liado para que le haga de niñera, y no me apetece nada pasarme toda la semana guiando al capullo que viene a arrebatarme mi próximo ascenso.

—Estás adelantando acontecimientos, Izzie. De momento, lo único que sabemos es que han contratado a un nuevo abogado.

Les indico con una mueca que yo sé más que eso. Sé *a quién* han contratado.

—Estoy con Addison. A lo mejor es un tío decente —conjetura Peter, desdeñoso.

Él casi siempre pasa de las controversias. Tiene un fondo fiduciario. No necesita competir. Puede comprarse el bufete entero si así lo desea.

Y seguro que lo hará el día que Hotchner y Abrams se jubilen.

—No lo es. Es un cretino —aseguro, tajante.

—No lo conocemos todavía —me recuerda Molly, que suele mostrarse circunspecta hasta formarse su propio criterio. No confía en el de los demás. Es hija de un Nobel.

—Izzie y yo coincidimos con él en Stanford —les explica Oliver el porqué del asunto—. A mí me caía bien. Era un tío muy enrollado. Gran deportista. Estaba en el equipo de remo y creo que nunca perdió una competición. Y, ojo, montaba las mejores fiestas del campus.

Imposible saberlo. Jamás me invitaron porque yo era *una friki*.

Y si eso es todo lo bueno que se puede argumentar en su favor...

¡Venga ya!

Enrollado, deportista y un fiestero. Disculpadme si no los considero grandes atributos para un picapleitos.

—Pues a mí me caía fatal. Para que os hagáis una idea, Mark St. Clair es el típico cabronazo arrogante y prepotente que se cree superior a los demás.

—Izzie…

—En serio —insisto, por encima de la voz paciente de Addison—, es que no le veo ninguna cualidad que lo avale para trabajar aquí. Ni siquiera era el duodécimo más brillante de nuestra promoción. Lo cual no es de extrañar porque estaba tan ocupado en crearse un harem de animadoras que evidentemente no tenía tiempo para destacar en nada más.

—Izzie…

—Es mediocre —ignoro, exaltada, la segunda advertencia de Addison—, además de un depravado. ¡Se tiró a medio Stanford! ¿No fue él quien empezó la epidemia de sífilis?

—Esto… Izzie…

—No —me contesta Oliver por encima de la intervención de Peter—. Fue su compañero de cuarto.

Oliver y yo siempre nos sentamos a este lado de la mesa. Somos el equipo Stanford. En el extremo opuesto está el despiadado equipo Harvard.

El mundo se divide en bandos, y hay que escoger uno lo antes posible. Más vale que mis amigos hagan lo mismo y no se pongan del lado del infame.

Si algo tengo claro en la vida es que St. Clair y yo no estamos en el mismo bando por mucho que nos hayamos licenciado los dos en Stanford.

—Bueno, como sea. No pinta nada en este bufete. Aquí somos todos ases de las leyes, los mejores de nuestras promociones, somos…

—¡Izzie! —me acallan Peter, Addison y Molly. *A la vez.* Han perdido la paciencia.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué?! —me sulfuro, dedicando tres interrogantes seguidos de una mirada de atención a cada uno de ellos.

Molly arquea las cejas en un gesto elocuente. Addison se cubre la boca con la mano y ahoga una especie de risita. Peter niega exasperado.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—A ver si lo adivino. Lleva un buen rato a mis espaldas, ¿a que sí? ¿Lo ha oído todo?

Las muecas divertidas de mis amigos confirman mis temores.

Me vuelvo en la silla y ahí está, tan guapo como lo recordaba, camisa blanca arremangada, iris de un azul electrizante y un rostro compacto que parece obra de algún artista de renombre.

Mi acalorado discurso no ha conseguido contrariarle. Ni mandíbula tensa ni ceño fruncido. Al contrario. Una pequeña sonrisa socarrona lucha por asomar en las comisuras de sus labios.

—Este cálido recibimiento me ha dejado sin palabras —se burla, con la mirada puesta en Addison. Por supuesto. Es la más guapa del bufete. Su próxima presa—. Mark St. Clair. El depravado.

Hay que admitir que tiene clase. Y también jeta…

Addie, soltando una risita de lo más tonta —todas reaccionan igual. En serio, ¿qué tendrá este tío? Es como si les derritiera las neuronas— estrecha la mano que él le alarga por encima de la mesa.

Tengo que echarme a un lado para que puedan toquetearse a gusto. Para que conste en acta, lo hago muy a disgusto.

—Addison McAllister.

—¿McAllister? ¿De los McAllister de…?

—¡Sí! ¿Y tú no serás de los St. Clair de…?

—Los mismos.

—Una conversación fascinante —declaro con tanta sequedad que Molly me lanza una miradita de advertencia desde el otro lado de la mesa, como si estuviera diciéndome: *ya te vale, Izzie, reina del maíz.*

Que lo fui, en las fiestas de mi pueblo del año 2010.

Pero será mejor que cierre el pico si no quiero que me destierren a la mesa de los impopulares.

—Un placer conocerte, Addison.

—Lo mismo digo, Mark.

Santo Dios. Se ha escrito un crimen.

Aunque no debería sorprenderme. Addison y Mark tienen mucho en común. Ambos conocen a los McAllister de… y a los St. Clair de…, sus familias están emparentadas con la nobleza escocesa y, por supuesto, está el fondo fiduciario.

¿No oís las campanas de boda?

Yo, sí.

Ding, ding, ding.

También oigo el sello que plantarán sus respectivos abogados en el millonario acuerdo de divorcio porque, si a alguien no le ha quedado claro todavía, Mark St. Clair es UN DEPRAVADO.

Pobre Addie. Tan tranquila, sonriendo sin intuir el desastre inminente e inevitable hacia el cual se está encaminando.

Tendré que consolarla después de la ruptura, como hice hace doce años con Hannah, mi mejor amiga de la universidad.

Para que os hagáis una idea de la magnitud de la situación en la que nos hallamos ahora, os contaré la anécdota. Agarrad las palomitas.

En episodios anteriores de *Cómo Sally conoció al depravado Harry*: volví a la residencia un sábado en lugar de un domingo porque mi novio acababa de cortar conmigo y era el peor día de mi vida.

—¡No te vas a creer *qué* acaba de pasarme! —exclamé mientras forcejeaba con la puerta. Tendía a atascarse muy a menudo—. El capullo de Alex acaba de romper conmigo porque… ¡Santa madre de Dios! —clamé conmocionada, porque ahí estaba Hannah, con sus larguísimas piernas abiertas en un ángulo imposible y aquel tipo odioso que las volvía locas a todas en el campus encajado entre ellas—. ¡Tíos! ¡Estáis en mi cama!

—Si quieres unirte, adelante —me dijo el muy depravado, divirtiéndose de lo lindo al verme ahí parada, indignadísima ante la escenita pornográfica que me encontré en el peor día de mi vida —. Pero primero cierra la puerta. Nos está viendo toda la residencia.

—Qué barbaridad. ¿Podrás volver a juntar las piernas después de eso?

Mi franca preocupación le arrancó a Mark una carcajada incrédula.

—Es una pregunta razonable —se justificó cuando su novia le atizó un golpecito en el pecho para que dejara de descojonarse.

—¡Izzie! —Los ojos verdes de Hannah me asesinaron con deleite—. ¡Largo!

—No te sulfures. Ya me iba. De hecho, nunca he estado aquí. No he visto nada. *Nada de nada*. Tranquilos, que no necesito ir a terapia para superarlo. Solo permitidme un momentito que coja mi ejemplar de *El señor de los anillos.* Tengo la sensación de que vais a estar aquí un buen rato dale que te pego.

Mark se giró hacia la mesilla, donde estaba el libro en cuestión, y lo vi reprimir una sonrisa.

—Toma, anda —me dijo, en plan simpático.

Cuando me arriesgue a cruzar otra mirada con él, sujetaba el ejemplar por una esquina y no se le había borrado todavía esa sonrisa apenas esbozada que acentuaba aún más su atractivo físico.

—Vale, está bien, voy a acercarme. Tú tranquilo, que no miro.

—Puedes mirar si quieres.

—Va a ser que no.

Volvió a reírse. Tenía una risa profunda, un poco ronca. No me disgustaba el sonido, era agradable, aunque a esas alturas del curso yo ya me había enterado de que él no lo era.

Agarré el libro por la otra esquina e intenté arrancárselo de la mano, pero el muy cabrón hizo fuerza para retenerme.

Confundida, levanté la mirada hacia la suya y entonces sus iris azules me atraparon de tal forma que por unos segundos no hubo nada. Solo él. Y yo. Atrapados en una especie de dimensión privada.

Me observaba con tanta curiosidad que acabé conteniendo la respiración. Creo que nunca logré comprender por qué motivo absorbía cada detalle de mi fisionomía con esa intensidad tan perturbadora. ¿Qué veía en mí que le resultaba tan interesante?

Yo no me parecía en nada a las chicas con las que él solía desfilar por las cafeterías de la zona…

Calibré sin prisas sus pupilas, el fuego lento que crepitaba en ellas, y me quedé un poco descolocada, incapaz de reaccionar.

Noté que se me incendiaban las mejillas, reacción sin duda provocada por la potente oleada de

calor que se acababa de disparar en el interior de mi pecho y recorría veloz mi cuerpo, hasta alcanzar incluso el más insignificante de mis vasos sanguíneos. El mundo de pronto me parecía abrasador, eléctrico, en llamas.

—¿Ya tienes el libro? —se materializó la voz de Hannah en medio del repentino silencio que reinaba en mi cabeza—. Pues lárgate.

Me subí las gafas por la nariz con evidente turbación.

A Mark se le crispó la mandíbula y una arruga pronunciada le asomó entre las cejas. Se había quedado tan aturdido como yo. Y ahora parecía experimentar alguna especie de conflicto. A lo mejor una pizca de culpabilidad.

Aproveché la ocasión para arrancarle el libro de la mano y salir del cuarto como alma que lleva el Diablo.

—¿Es una friki? No recuerdo haberla visto en ninguna fiesta, ¿y quién lee un libro tan tocho? —le dijo el muy cabronazo a mi amiga mientras yo cerraba la puerta a mis espaldas y rezaba tres aves marías hacia mis adentros.

De locos. No le saqué un crucifijo porque no llevaba ninguno en el bolsillo de mi sudadera XXL.

Y aquí lo tenemos ahora, tan ancho y campante, con su pelo despeinado, la mandíbula firme y bien delineada que otorga una apariencia decidida y viril a su rostro y el mismo encanto estúpido que derrocha con todo el mundo menos conmigo. Porque yo soy *una friki*.

La gente evoluciona, pero Mark St. Clair no parece haber cambiado demasiado desde la última vez que lo vi. Sigue siendo el mismo capullo pagado de sí mismo y tan injustamente atractivo que las vuelve locas a todas. ¡¿Incluida Molly, que define el amor romántico como *proceso químico de corta duración*?! Santa Madre de Dios.

No sé a quién voy a consolar primero cuando este empiece a destrozar corazones neoyorquinos.

¡Hasta Peter ha quedado encandilado!

—Encantado de conoceros —oigo decir al depravado cuando regreso de mi pequeña abstracción—. A ver si podéis echarme un cable. Busco a una tal señorita… eh… Simmons. Ross dice que debo trabajar bajo su supervisión esta primera semana, para familiarizarme con el entorno.

¿Ross? ¿Perdona? Llevo cinco años trabajando como un robot en este bufete y sigo llamándolo *señor Hotchner*. Ross. ¿Os lo podéis creer? No quepo en mí de indignación.

—¡¡Izzie!!

Con total tranquilidad, me vuelvo hacia Addison.

—Perdona, ¿decías? —repongo, como si el asunto no fuera conmigo.

—¿Es que no lo has oído? Mark busca a la *señorita Simmons*.

—Ya—. Me vuelvo de nuevo en la silla y compongo mi sonrisa más cáustica—. Enhorabuena, *Mark*. La has encontrado. *YO* soy la señorita Simmons.

Los ojos del infame dan una vuelta completa sobre sus órbitas.

—Esto será muy divertido.

Lamento disentir. Esto será de todo menos divertido. Una semana entera aguantando a este fichaje. Tengo ganas de estrangular a *Ross*.

Lo que más me mosquea es que él ni siquiera me recuerde. ¿No es escandaloso? Porque no solo coincidimos esa tarde en mi habitación. Oh, no. Hay más.

Resulta que, recién licenciados, al bueno de St. Clair y a mí nos tocó hacer las prácticas en el mismo bufete. ¡Durante diez largos meses! Compitiendo a diario por el mismo puesto de trabajo.

Que, por cierto, ganó él. Pese a su más que evidente mediocridad, tenía algo de lo que yo, la friki, carecía por completo: don de gentes. Es un hecho científicamente demostrado que Mark St. Clair cae bien a todo el mundo salvo a mí.

Así que no importó mi matrícula de honor ni las horas que invertí para ganarme el puesto. En última instancia, lo único relevante fue que él supiera meterse a los jefes en el bolsillo con su relajada forma de ser.

No me cabe duda de que piensa seguir la misma estrategia, solo que esta vez no voy a permitírselo. A ver cómo lo explico.

¿Por encima de mi puñetero cadáver?

Llevo cinco años aquí, matándome a trabajar para que me hagan socia, y no voy a quedarme de brazos cruzados mientras un cretino cuyos únicos méritos en la vida son ser guapo hasta la obscenidad, encantador y asquerosamente rico me arrebate la oportunidad.

¡Me da igual de dónde sean los dichosos St. Clair! Si esto es la guerra, aquí estoy yo, Isobel Simmons, limpiando las escopetas.

Porque los Simmons de Iowa usamos rifles para todo. Para las zarigüeyas que se comen nuestro maíz, para asustar a los mapaches del cobertizo y para los St. Clair de todas partes.

Capítulo 2



Izzie

—¿Y bien? ¿Por dónde empezamos?

—¿Qué tal por la parte en la que tú bajas los pies de mi mesa?

Tenerlo en mi despacho me crispa los nervios. ¡Una semana entera! ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—¿Siempre eres así, Simmons?

Pese a mi más que evidente exasperación, muestro la deferencia de mirarlo por un segundo mientras organizo mis papeles.

Tiene narices que yo esté aquí de pie, subida a unos tacones súper incómodos, y él se haya instalado en *mi* sitio y se esté balanceando con *mi* silla de un lado al otro como si no tuviera nada mejor que hacer en todo el santo día.

—Así, ¿cómo?

—Rígida… Inflexible… Malhumorada… —enumera, torciendo los labios, desdeñoso.

—No. Solo me pasa cuando estamos juntos —aclaro en tono dulzón—. Sacas lo peor de mí.

Me dedica una de esas sonrisas suyas mojabragas que me impulsa a seguir ordenando el papeleo de los tres casos en los que estoy trabajando ahora mismo.

—Ross dice que eres la mejor de por aquí.

Estar calladito no es uno de sus atributos.

—Si Ross lo dice… —mascullo, abstraída en el párrafo que estoy revisando.

—Me muero de ganas por verte en acción. Será inspirador. ¿Qué hacemos hoy?

Irritada por sus constantes interrupciones, levanto la mirada hacia la suya y lo someto a un desafiante análisis visual. Quiero que le quede bien claro que lo considero un incordio con patas y que, si por mí fuera, ahora mismo estaría en el archivo. ¡Criando telarañas!

Creo que funciona porque su cincelado rostro empieza a adoptar una mezcla de curiosidad y cautela, como aquella tarde en mi habitación, cuando me retuvo a su lado, sin permitirme coger mi libro hasta veinte interminables segundos más tarde.

—Yo haré cosas de mayores, mientras que tú te encargarás de fotocopiar todo esto.

Haciendo gala de mi legendario dramatismo, agarro ocho carpetas voluminosas y las dejo caer con regodeo delante de sus *nobles* narices.

De acuerdo, me divierte torturarlo. No es personal. Hago esto en nombre de todas las Hannahs del mundo. Tengo un deber con mis hermanas.

—Perdona, ¿has dicho *fotocopiar*?

Me deleito en la tensión que contrae todavía más su rígida mandíbula.

—Eso he dicho, sí. ¿La sífilis te ha afectado el canal auditivo?

Sus párpados se estrechan hacia las esquinas, gesto que, sin embargo, no frena los chispazos azules que desprenden sus ojos y que se clavan en mis retinas como pequeñas gotas de metal fundido por una soldadora.

—¿Eres consciente de que no soy un jodido becario? Ross me nombrará socio. Me contrató con esa intención.

Ya lo veremos, amigos.

YA lo veremos.

—¿Lo hará esta semana?

—No…

Está monísimo cuando le asaltan las dudas. La arruga que tiembla entre sus cejas le concede un aire tremendamente sexy y masculino. Una lástima que yo sea inmune a sus encantos.

—¿Te dijo que esta semana debías trabajar conmigo y cerrar el pico?

—No con esas palabras.

—A ver cómo te lo explico, St. Clair. —Con mi sonrisa más engatusadora, apoyo las dos manos sobre la mesa que nos separa, me inclino hacia adelante y mis ojos, azules, fieros y de lo más provocativos, se insertan en los suyos—. Esta semana eres mío, pequeño. Mi esclavo personal. Y, si te pido que hagas fotocopias, harás las puñeteras fotocopias que a mí me dé la gana. ¿Te ha quedado claro?

—Me pones mucho ahora mismo. ¿Sales con alguien? Porque yo estoy soltero y totalmente disponible.

—¡Fuera de mi vista! —rujo con tanta rabia que un mechón rubio se libera de mi recogido informal y me golpea de lleno en un ojo.

Sin que la sonrisa engreída se borre de sus facciones, levanta las palmas para apaciguarme.

—Lo pillo. Tú mandas.

Se levanta de mi silla —¡por fin!—, se cierra los botones de la pretenciosa chaqueta que se ha debido de poner en algún momento después de nuestro encontronazo en la cafetería y, recuperada su irritante compostura, se dispone a salir.

—St. Clair —lo detengo, gruñendo su apellido entre dientes para demostrarle mi irritación.

—¿Sí, ama?

No me digno a mirarlo. Me mantengo en la misma postura, inclinada sobre la mesa, enfocando el respaldo del sillón. No me cabe duda de que está a mis espaldas mirándome el culo como el pervertido que es.

—Te dejas las carpetas —informo con un rastro de dulzura en la voz.

—Vaya por Dios. ¿Qué iba a fotocopiar si no?

Aparece de nuevo dentro de mi campo visual, agarra el montonazo de papeles con sonrisa provocativa y me lanza un guiño socarrón antes de volver a desaparecer.

*****

—¿Y ahora qué? —exige saber nada más plantar el montón de fotocopias sobre la esquina de mi mesa.

Ha tardado casi dos horas en hacer lo que le he pedido. Estaría montándoselo con alguien en

el cuarto de la fotocopiadora.

Me saco el chupachups de la boca para poder responderle, con dulzura, porque yo soy dulce y adorable cuando quiero:

—Ahora me traes un cappuccino.

Su perfecta máscara de calma e indiferencia se resquebraja otra vez. Es como si sus rasgos se desmoronaran uno a uno. Es el mejor día de mi vida. Fastidiarle resulta muy satisfactorio.

—¿Estás de coña?

—¿Necesitas que te lo explique de nuevo?

—No, ha quedado muy claro que soy tu esclavo.

—Guarradas a las diez de la mañana. Isobel, eres insaciable.

Molly, luciendo su clásica elegancia con la naturalidad de siempre, adelanta a Mark, que parece ocupar todo el hueco de la puerta, y entra en mi despacho.

Le pongo mala cara, me cuelgo el chupachups en la esquina de la boca y sigo tecleando el acuerdo de confidencialidad que estoy redactando.

Mi cliente piensa despedir a toda la cúpula directiva de su empresa, pero no sin antes hacerlos firmar un documento legal y vinculante para que cierren el pico y no cuenten sus secretos a la competencia cuando vayan a pedirles trabajo.

—¿Qué tal con el nuevo? ¿Te diviertes?

—Mírame. Sonrío y todo. ¿Cuándo me has visto tú a mí sonreír de esta forma sin haber ganado antes un caso de los que salen en los periódicos? Mi vida acaba de adquirir un propósito, Molls.

—¿Consiste en hacerle la vida imposible a tu acólito?

—Y el premio es para la señorita… ¡Molly Reed!

—Eres muy cruel. ¡Y él está monísimo! No mencionaste su pelo. ¿Tú has visto el pelazo que tiene ese tío? ¿Y sus ojos? ¿No te quedas paralizada cuando te apunta de lleno con esos ojazos tan intimidantes?

—Ni por un segundo.

—Qué temple. A mí me parece que está súper bueno. Y huele de cine. Te juro por Dios que desprende feromonas por cada poro de su macizo cuerpo. Addison y yo hemos subido con él en el ascensor y casi nos desmayamos las dos.

—Cuidado con el ascensor erótico —advierto, sin dejar de aporrear el teclado—. Es peligroso quedarse encerrada dentro de ese chisme con Mark St. Clair.

—Ya. Lo mismo te digo.

—A mí no me afecta. Yo soy inmune a sus encantos. Soy la Resistencia.

—Si tú lo dices... —Sonríe para sí, como si supiera algo que yo ignoro, y la veo sacudir la cabeza, sin que se le mueva ni un solo mechón de su asimétrico *bob*. Molly lleva el pelo de color chocolate tan perfectamente alisado que debe de dejarse medio sueldo en peluquerías. Es tan perfeccionista que un mechón fuera de lugar sería catastrófico—. ¿En qué estáis trabajando?

—Yo, en un acuerdo de confidencialidad. Él, en prepararme un cappuccino y, dados sus antecedentes penales, en llevarse al huerto a alguna becaria.

Oigo un suspiro de exasperación.

—Tengo que preguntártelo. ¿Qué te pasa con ese tío? ¿Tuvisteis algún lío en Stanford? ¿Por eso no lo soportas? ¿No estarás enamorada de él…?

Fíjate, he dejado de redactar el acuerdo y todo. Incluso me he arrancado el chupachups de la boca y lo he soltado sobre el envoltorio que dejé antes encima de la mesa. Casi nunca me lo puedo acabar de una sentada.

Y no puedes presentarte a una reunión con un chupachups en la boca porque no eres el detective Kojak. Hay que ser serios y profesionales en el trabajo. Es un bufete de alto nivel.

—¡¿Enamorada?! *Pooor favoooor*. Si Mark St. Clair fuera el único hombre vivo de la ciudad… Qué digo de la ciudad ¡del mundo entero!, preferiría que me atropellara un autobús antes que acostarme con él. Me merezco a alguien mejor. Y no quiero pillar la sífilis.

—Y dale con la sífilis —masculla Mark desde la puerta.

—Por tu propio bien, deberías anunciar tu presencia la próxima vez —le aconseja Molly, compasiva—. Izzie suele dejarse arrastrar por la pasión.

—Ya lo veo. Su cappuccino, ama.

—¿Qué es eso de ama?

—Soy su esclavo —le contesta con la más sexy de sus sonrisas. Santo Dios, ¡se las quiere llevar al huerto a todas!

—¡Izzie!

—¿Qué? ¿Es que ahora me vas a decir que tampoco puedo tener esclavos?

—¡Claro que no puedes tener esclavos!

—Dame un motivo razonable.

—Va en contra de la política del bufete.

Demonios. Tiene razón.

Le pongo mala cara. Ella me sonríe, adorable.

—Está bien. Mark, te libero de la esclavitud.

—Me ha llamado Mark. Estoy emocionado.

Dejo de sostener la mirada burlona de Molly para censurarlo a él con una mueca de lo más seca.

—Siéntate ya y revisa el acuerdo que te acabo de mandar. Asegúrate de que no tenga erratas.

—Estupendo. He pasado de esclavo a secretario.

—Te has ganado el ascenso. Mmmm. Este cappuccino está exquisito. ¿Qué le has echado? Sabe diferente.

—Nunca lo sabrás.

—Me inquieta eso.

—Me voy. —Molly se dirige a los dos al hablar; sus ojos, marrones y astutos, saltan de un rostro al otro—. Tengo que estar en el juzgado en un cuarto de hora. Mi cliente ha rechazado el acuerdo.

—¡Bien! —la felicito, entusiasmada. A las dos nos gustan las peleas legales. Los acuerdos les encantan a los jefes, es la vía más rápida para ganar dinero, pero nosotras somos más de bajar a las trincheras. No puedes ganar si no hay competición, y adoramos ganar. Somos tal para cual—. Al menos tú tienes algo de acción. Yo estoy nadando en papeleo esta semana.

—Pero tienes a *Mark* para que te rescate con sus fuertes bíceps.

El aludido le lanza un guiño socarrón.

—Oh, por favor, St. Clair, no babees encima de mi chupachups.

Ríe entre dientes y niega para sí.

—Sed buenos. No os matéis el uno al otro. Al menos, no el primer día. Tened la decencia de esperar hasta el jueves. A lo mejor hacemos puente después del minuto de silencio que guardaremos en vuestra memoria —se burla Molly antes de desaparecer tras la puerta.

Mi forma de arrugar la nariz deja bien claro que no pienso suscribirlo.

Mark se limita a contener una sonrisa.

—¿Vas a decirme ya por qué te caigo tan mal, Simmons?

Como intenta atrapar mi atención, me concentro con todas mis fuerzas en la pantalla del portátil.

—No me caes ni bien ni mal. Me resultas *totalmente* indiferente.

—Hum. ¿Totalmente?

—Total-mente.

—De acuerdo. ¿Quieres que lea todo esto?

—*Sip*. Párrafo a párrafo. Y usa el control de cambios. Así sabré lo que has estado toqueteando.

—No te fías de mí, ¿eh?

—Ni una pizca.

Tras recuperar mi chupachups, agarro uno de los expedientes que hay sobre la mesa, lo abro y me pongo a revisarlo.

—¿Puedes pasarme unos post-it, por favor? —me veo obligada a pedirle al cabo de un rato—. Están a tu derecha.

Sonriendo para sí al darse cuenta de que tengo siete tipos distintos de notas adhesivas sobre la mesa —menos mal que no sabe las monerías que guardo en el cajón; soy una fanática de los artículos de papelería—, se emplea del bolígrafo para empujar hacia mí las notitas de color rosa oscuro, justo las que tienen forma de corazón. Podría haber escogido las que parecen marcapáginas, pero no, tenían que ser los corazoncitos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Míranos. Tan civilizados, trabajando codo con codo…

Nos doy cinco minutos como mucho.

A ver quién es el primero en echar a perder la armonía. Sospecho que Mark. Tiene un historial.

—Esto está muy bien redactado. Queda todo muy claro —me dice, sin perder la concentración en la lectura.

—Te parecerá mentira, pero no es mi primer acuerdo de confidencialidad. Llevo cinco años trabajando en este bufete. He redactado un porrón de acuerdos.

—Y en cinco años no has aprendido a aceptar un cumplido cuando te lo hacen.

Ja.

En serio. Ja.

—A diferencia de la gente presumida, yo no me nutro de cumplidos.

Sus labios se despliegan en una sonrisa lenta que pinta un hoyuelo de lo más sexy en su mejilla izquierda.

Mejor me concentro en mi expediente.

Empiezo a marcar con corazoncitos los párrafos que inducen a error. Habrá que redactarlos mejor antes de enviarle el contrato al cliente.

—¿Te gustan las chicas? Físicamente hablando. ¿Te atraen las mujeres, como a mí?

Me detengo, con el post-it en la mano y cara de absoluto desconcierto.

—¿Qué? ¿A qué viene esa pregunta?

—¿*Total*-mente indiferente?

—Aaaahhhh. Ya veo, amigo —me deleito, echándome hacia atrás en la silla con aire guasón —. No aguantas que la gente no esté enamorada de ti, ¿a que no?

—Totalmente indiferente. ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿No te atraigo nada de nada? ¿Ni una pizca?

Me lo quedo mirando.

Largo rato.

Como una psicópata.

Ni un solo parpadeo.

Azul contra azul.

—Sí, lo dices en serio —comprende Mark, mortificado.

*****

A primera hora de la tarde me toca ir a la oficina de otro cliente, un pez gordo de Wall Street, para entregarle un acuerdo urgente que, en teoría, se niega a firmar.

Tendré que desplegar mis dotes de persuasión para hacerle ver que, dada su más que evidente culpabilidad, o paga el dinero que exige la empleada a la que acosó en la sala de conferencias o celebrará sus próximas vacaciones en el patio de una cárcel.

Para mi disgusto, Hotchner me obliga a llevarme a Mark.

Me sorprende un poco que el protegido del jefe no haya ido todavía a presentar una queja formal ante Recursos Humanos, dados mis crueles métodos de explotación laboral.

Llevo todo el día obligándolo a hacer las cosas más absurdas que se me han cruzado por la mente. Y no ha dicho ni mu. De no ser porque me acabo de cruzar con Hotchner en el pasillo justo cuando estaba a punto de marcharme con los contratos bajo el brazo…

—¿Y Mark?

—¿Mark?

—Si vas a ver a un cliente, tienes que llevarte a Mark, ¿recuerdas?

—Ah, sí, Mark. Ya viene. Es que le ha sentado mal el cappuccino. —Me inclino hacia el jefe y con gran discreción le susurro—: Tiene retortijones.

La cara de Hotchner es para enmarcarla.

—*¿Retortijones?*

—Mmm. Me temo que sí. La suenan las tripas de una forma muy preocupante y va corriendo al baño cada cinco minutos. Mire, por ahí llega. Vamos, Mark, que el tiempo apremia.

La criatura viene hacia mí con una mueca de confusión que, afortunadamente, Hotchner achaca a problemas gastrointestinales.

—Mark, escucha. Si necesitas aflojar el ritmo hoy, lo entenderemos. Sé que Simmons tiende a ser un poco exigente.

—*Exigente* no es la palabra que yo usaría —masculla entre dientes, sin dejar de retarme con la mirada, como si yo fuera un pobre cervatillo que se encuentra en el punto de mira de su rifle. Casi veo temblar su dedo encima del gatillo—. Pero gracias, Ross.

—¿Listo para irnos?

—¿Irnos?

—Espera, Simmons —interviene Hotchner, que debe de interpretar la sorpresa de Mark como una muestra de angustia—. Quizá no sea mala idea que se quede en la oficina de momento. ¿Qué opinas?

Pongo mi expresión más inocente, para que no parezca que he estado manipulando la situación. Soy diabólica, lo sé.

—Por mí no hay problema, señor.

—Ah, no, de eso nada. Te acompaño, compi. Esta semana seremos inseparables. No vas a poder librarte de mí hasta el viernes por la noche.

—Eso empiezo a sospechar —mascullo, con una sonrisa tan forzada que me acabaré haciendo

un esquince en la mandíbula.

El jefe no parece percatarse de los dardos que le estoy lanzado a mi *compi* con la mirada, ni de la socarronería que resplandece en la suya.

—Mark, ¿estás seguro? —insiste, preocupado por la salud de su abogado estrella.

—Por supuesto. —Desvía su atención hacia él unos segundos y después sus ojos vuelven a retarme. La mirada engreída que tanto detestaba cuando hacíamos las prácticas juntos chispea en sus pupilas y yo me permito a mí misma fantasear con una imagen en la que estoy en su regazo y lo estoy estrangulando con su pretenciosa corbata. Qué deleite—. A lo que vosotros llamáis mucho trabajo, yo llamo un martes cualquiera en Hollywood. Estoy más que acostumbrado a la presión. Creedme, las estrellas del cine son de lo más exasperante. ¿Adónde vamos, letrada?

—A Wall Street —respondo con fastidio.

Sus ojos bajan hacia mis labios y se mantienen ahí unos cinco largos segundos, antes de emprender un lento ascenso por todo mi rostro. Oh, qué irritante es.

—Genial. Me encanta Wall Street. Tú primero.

Tenso la mandíbula y echo a andar por el pasillo, consciente de que acaba de ganarme la partida. Él también lo sabe, a juzgar por la sonrisa presumida que intenta contener.

—Que sepas que a mí no me engañas con tu falsa caballerosidad. Sé que me has cedido el paso solo para poder mirarme el culo —le susurro en cuanto nos alejamos un poco del jefe.

—Hum. Buena idea.

—Capullo…

—Disimula. Ross nos está observando. No querrás que piense que nos odiamos, ¿verdad?

Clavo, insistente, el dedo en el botón del ascensor. Ojalá pudiera clavándoselo a Mark en un ojo sin que los de Recursos Humanos lo consideraran *agresión*.

*****

En el ascensor en el que la gente se enrolla con compañeros de trabajo, me mantengo rígida, aferrada a mis papeles.

St. Clair, apoyado con aire desenfadado contra la barra metálica, me escanea con la mirada.

Me llega una energía muy intensa por la derecha. A saber lo que pasará por su cerebro de cavernícola. Este sitio tiene algo. Una energía sexual muy fuerte. Algo habrá para que todos se enrollen aquí dentro.

¡Alto ahí! ¿Quién ha dicho *enrollar*? ¡Nosotros no vamos a enrollarnos! Ni aquí ni en ningún otro sitio. Es Mark St. Clair, por el amor de Dios, el Mark St. Clair que le pidió a la compañera de cuarto de su novia que se apuntara a un trío. ¡Estando en el interior de su novia todavía!

Cuando no aguanto más el eléctrico silencio que nos envuelve, giro el rostro hacia el suyo y lo sorprendo mirándome el culo con absoluto descaro.

El ceño, un poco fruncido, revela una mezcla de concentración y curiosidad que dispara peligrosamente mis niveles de cólera. ¡Ni que estuviera admirando la puñetera Monna Lisa!

—¿*Qué* haces?

—Intento adivinar si llevas ropa interior debajo de ese vestido. No veo costuras.

—Increíble.

—¿La llevas? Responde, por favor. Me empieza a obsesionar la pregunta.

—¿Tú realmente eres un cretino o tienes más cualidades de las que deba estar al tanto?

Finge pensárselo unos segundos.

—¿Por qué no lo averiguas tú solita… —se acerca a mí y yo, atrapada en su mirada, retrocedo hasta pegarme al espejo, sin comprender muy bien qué ha cambiado de repente, ni por qué mi

corazón ha empezado a bombear sangre tan deprisa—… *Isobel?*

Casi me oigo a mí misma tragar saliva.

Mi nombre en sus labios suena distinto. Erótico. Se ha inclinado sobre mí para poder susurrármelo al oído. Su nariz se encuentra a escasos milímetros del lóbulo de mi oreja. Su cálida respiración me acaricia la piel.

Y juro que no me he estremecido al tenerle invadiendo mi espacio personal ni al inhalar por error el masculino aroma que desprende el cuello de su camisa almidonada. ¡Lo juro por la mazorca más grande de Iowa! Es que a veces me baja la temperatura corporal de golpe. Creo que tengo mala circulación. El otro día llovió y yo iba sin paraguas. Debe de ser por eso.

Sí. Exacto. Ese es el motivo. No es que él cause un *efecto* en mí. Por favor. ¡Es ridículo! Dejémoslo ya.

Capítulo 3



Izzie

A las cinco, de vuelta a la oficina, con el acuerdo firmado en el bolso, le encargo a Mark otra tarea estúpida y salgo a fumar.

Para que conste, yo no fumo. Solo busco estar un rato en la calle, unos pocos momentos de desconexión de vez en cuando.

Al ver que no hay nadie merodeando por la entrada, decido llamar a Hannah. Habrá que contarle el último chismorreo.

—Isobel Simmons, ¡así que sigues viva!

El reproche está más que merecido. No he sido muy buena amiga que digamos.

—Perdona, Han. Tenía que haberte llamado hace al menos tres meses, pero he estado súper liada.

—Siempre estás súper liada, Izzie.

—No es culpa mía. Las grandes ciudades te acaban absorbiendo. El tiempo trascurre de otra manera para los urbanitas.

—Me alegro de vivir en una ciudad pequeña entonces. Aquí el tiempo pasa despacio.

Me siento reconfortada al visualizar su casa, con porche y jardín, a orillas de un río de montaña. La verdad es que no me imagino a Hannah de ningún otro modo. Ella es feliz ahí. Trabaja en la biblioteca —horario reducido, nada de atascos—, pasa las tardes en casa con sus hijos y su encantador marido; tiene todo lo que siempre ha deseado.

—¿Y qué te cuentas, señoría? ¿Qué es de tu vida? ¿Alguna novedad?

El apodo se debe a que, cuando nos conocimos, yo quería ser jueza. Luego cambié de idea, acabé fichando por el sector privado.

—Pues no te lo vas a creer. Agárrate, amiga, porque resulta que el depravado de tu ex novio de la universidad, el mismísimo Mark St. Clair…

—¿Hablando de mí otra vez? En serio, estás obsesionada, Simmons.

—Que siempre aparece a mis espaldas como si fuera Satán y no me ha concedido ni un segundo de paz hoy, ha fichado por mi bufete y ahora tengo que hacerle de niñera —continúo, ignorando a propósito la sonrisa insufrible de Mark—. Con todos los bufetes que hay en el mundo. ¿Te lo puedes creer? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—Oh, Dios mío. ¡Mark St. Clair! ¡Qué fuerte! Me había olvidado por completo de su existencia.

—Pues no le hará ninguna gracia cuando se entere. Es muy egocéntrico. Necesita que todas las mujeres del planeta estén enamoradas de él. Rubias, morenas, pelirrojas… Para mí que no tiene un tipo. Le gustan todas.

Veo de reojo que Mark entorna los párpados y sacude la cabeza, exasperado.

—¿Está contigo ahora mismo?

—*Sip*. Escuchándolo todo con esa sonrisa suya arrogante que dan ganas de borrarle de un bofetón. ¿Qué le veías?

—Míralo y sabrás la respuesta.

Le echo a Mark una mirada clínica.

—Sigo sin verlo.

—No digas tonterías. A no ser que se haya quedado calvo o haya ganado veinte kilos desde la *uni*, lo sabes perfectamente. Pásamelo, anda. Quiero saludarle.

—Hannah. De Stanford —le explico a un confundido Mark. ¿He dicho ya que está monísimo cuando frunce el ceño?— No creo que te acuerdes. Quiere saludarte.

Primero me pone mala cara. Después, coge el teléfono que le ofrezco y se lo acerca al oído, sin despegar los ojos de los míos. Ahí está otra vez el brillo engreído. Ugh.

—Han, ¡mi chica favorita! ¿Cómo estás, pelirroja? ¿Cómo te va?

Vaya por Dios. Sí que se acuerda. ¿Llevará algún registro? ¿Catalogará a sus ex novias por altura, color de pelo, talla de sujetador…?

Mira, prefiero no saberlo.

Me sacudo, horrorizada solo de pensarlo, y decido irme a por un perrito caliente. Acabo de darme cuenta de que no he comido hoy en todo el día. La presencia de St. Clair ha puesto mi jornada laboral patas arriba. Acabaré con una ulcera sangrante por su culpa.

Otra infamia más que añadir a su lista de infamias.

*****

Cuando regreso, Mark ya ha terminado de charlar con mi amiga y ex novia suya de la *uni*.

Aunque no sé si llamarla *ex novia* sea lo más acertado. La relación fue en realidad un idilio muy breve que acabó en lágrimas y canciones de Brian Adams —la pobre Hannah— y fiestas salvajes —el capullo de Mark—. Previsible, ¿verdad?

—¿Qué tal Hannah? —pregunto dulcemente mientras me acerco a él con dos perritos calientes en la mano.

De pie junto a la entrada, con la camisa blanca agitándose en el viento, las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones y las piernas separadas en una postura autoritaria que contrasta con el aire guasón que resplandece en sus eléctricas pupilas, St. Clair me dedica una amplia sonrisa de ligón, ante la cual yo entorno los párpados, aburrida.

«Tranquilo, amiguete. Conmigo no funciona».

—Casada, con hijos. Ha superado por completo lo nuestro.

—Eso ya lo sé. Hablo con ella a diario.

—¿En serio? ¿Y cómo es que no le dijiste nada de mí hasta hoy? Hace un mes que lo sabes.

—Igual a diario no. Pero sí muy a menudo.

Su rostro —en el que no encuentras defectos ni tan siquiera bajo la luz diurna— mantiene una expresión graciosa que deja claro que no se ha tragado la mentira.

Me fastidiaría, si no estuviera tan abstraída siguiendo la firme línea de su mandíbula de actor

de cine.

—¿El perrito caliente que no has mordisqueado es para mí?

Parpadeo para recomponerme. Madre mía. ¿Qué estoy haciendo? ¡No puedo mirar a St. Clair como lo miran las demás! Yo no soy como las demás. Soy Isobel Simmons, la friki inmune a sus encantos. ¡Soy la Resistencia! La fe de la humanidad entera reside en mí. Tengo un deber con mi pueblo.

Así que nada de toquetearle el pelo para comprobar si estará tan suave al tacto como parece desde aquí. Está claro que Molly me ha metido ideas raras en la cabeza. He sido sugestionada sin darme cuenta. Qué fuerte.

—Así es —me obligo a responderle—. Creo que tampoco has comido hoy.

—Ya. No me has dado tregua.

—Ten. No quiero que te desmayes en tu primer día.

Le alargo el perrito, toda educada, lo cual parece sorprenderle mucho, a juzgar por cómo frunce las cejas. El azul de sus iris irradia tanto desconcierto como cautela. Todavía no sabe si fiarse de mí o no y está claro que se resiste a bajar la guardia.

—Gracias, Isobel —se rinde al final, esbozando una pequeña sonrisa, nada irónica esta vez—. Eres muy amable.

—De nada —murmuro, confundida por lo cercano que lo encuentro en este momento.

Nos callamos los dos, un poco cortados.

Su mirada me mantiene quieta y sin aliento.

Y a mí se me dispara el pulso en las muñecas cuando me doy cuenta de que no consigo despegar los ojos de los suyos por mucho empeño que le ponga. Me aparto solo para sumergirme de nuevo en la calidez de ese azul.

No sé qué está pasando ni por qué el aire a nuestro alrededor se ha electrificado de esta forma.

No se me ocurre ninguna explicación razonable que justifique la sacudida de atracción que acabo de experimentar, y al final me rindo y me limito a saborearla. Hacía mucho que no sentía una descarga de adrenalina tan fuerte en compañía de un hombre.

—Espera. No lo habrás envenenado, ¿verdad? —Analiza el perrito con la cara torcida en un gesto de sospecha y yo dejo escapar una risita aliviada.

Menos mal. Vuelve a su ser odioso y yo vuelvo al mío antes de hacer alguna estupidez.

—Por muy tentador que me resulte, no. Solo lleva mostaza picante.

—Estupendo. Es mi favorita.

—Demonios.

Ríe entre dientes.

—Siento haberte fastidiado el plan. Entremos. Ross te estaba buscando.

—Siempre me busca. ¿Me devuelves el móvil?

—Claro. Perdona. Me lo he guardado como si fuera mío. Ten.

—Gracias. Esto… Mark, espera un segundo. Tenemos que… Deberíamos hablar.

Se vuelve desde la puerta para evaluarme con el ceño fruncido, confundido por mi repentina sobriedad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan seria? ¿Qué he hecho ahora?

Vacilo unos segundos.

No me apetece en absoluto hacerlo, y no daría este paso si no fuera necesario.

Pero creo que es lo más maduro y sensato.

Aunque odie ser madura y sensata ahora mismo.

—Verás, es que… Me gustaría disculparme contigo.

—¿Por lo de la mostaza? Tranquila. En serio, me gusta la picante.

Hago un gesto de exasperación con los párpados.

—No, por la mostaza, no. Por lo que dije de ti esta mañana.

Me sopesa con aire pensativo.

Y conforme pasa el tiempo sin que él rompa el silencio, más nerviosa me pongo.

—Dime una cosa. ¿Te estás disculpando porque lamentas haberlo dicho o el verdadero problema es que yo lo haya oído?

Me mordisqueo el labio inferior por dentro, un poco mortificada porque está claro que la respuesta no me deja en muy buen lugar.

Mark asiente para sí, comprendiéndolo. Si no lo conociera, diría que está un poco decepcionado, pero deben de ser imaginaciones mías. ¿Por qué iba a importarle mi opinión?

Por lo que me han contado las chicas que han salido con él —salir es un eufemismo de *mantener relaciones sexuales en posturas perturbadoras*—, tiene la frialdad clínica de un neurocirujano y, lo más probable, un disco duro en la cavidad donde debería latir un corazón. Un disco duro *dañado*.

—¿Sabes qué? —resuelve, acercándose hasta que nuestros rostros acaban a pocos centímetros de distancia el uno del otro y el aire vuelve a agitarse, lleno de carga eléctrica—. No te disculpes ahora. Hazlo cuando sientas de verdad haberlo dicho.

Levanto el mentón para poder sostenerle la mirada, aunque me cuesta porque el azul que me inunda comienza a abrasarme.

—¿Y si nunca llego a sentirlo?

Una leve sonrisa se materializa en la comisura derecha de su boca.

—Me encanta tu optimismo, Izz.

—Estoy siendo realista. No quiero crearte falsas expectativas. No soy como tú.

Mi dulzura le resulta exasperante, lo sé.

—Bien, si nunca llegas a sentirlo de verdad, entonces correremos un tupido velo y fingiremos que nunca ha pasado.

—Empecemos desde ahora, solo por si acaso.

—No te rindas, Isobel —me anima, risueño, dando un paso atrás, sin despegar los ojos de los míos—. Al final te caeré bien. Ya lo verás.

—Sigue soñando.

*****

Son casi las once de la noche cuando apago por fin el ordenador. Es hora de irse.

A la siete le dije a Mark que podía marcharse, pero desobedecerme debe de ser su hobby favorito porque se arrellanó en la silla al otro lado de mi escritorio y, a pesar de que yo no le haya mandado ninguna otra tarea desde entonces, ha aguantado con estoicismo hasta ahora.

Solo se movió una vez.

A las ocho, sin decirme nada, desapareció unos cinco minutos, al cabo de los cuales regresó y colocó una taza de café delante de mí.

Después, volvió a sentarse en la misma silla y desde entonces me ha estado observando de una forma tan perturbadora que he tenido que repasar cada párrafo al menos tres veces, incapaz de asimilar lo que leía.

—¿Nos vamos? —abre el pico después de todas estas horas de silencio, y admito que su voz, ronca y con una clara nota de cansancio en ella, es un sonido agradable en el silencio de la oficina.

—Sí. Me estoy quedando dormida a pesar del café.

—Si hubieras dejado que te ayudara, habríamos acabado antes. Podrías haberme contado en qué estás trabajando.

—Podrías haber hojeado los papeles mientras los fotocopiabas.

Sonríe para sí, coge mi abrigo beige y me lo sostiene para que me lo ponga. Menudo caballero está hecho.

—Ya veo. Eres de esas.

—¿De cuáles? —pregunto mientras introduzco los brazos a través de las mangas. Llevo un vestido lápiz tan ajustado que no me viene mal la ayuda. Apenas puedo moverme.

Mark apoya las palmas en mis hombros y me retiene a su lado para susurrarme al oído, con esa voz ronca que podría enloquecer a cualquiera menos a mí:

—De las que quieren que la gente se lo gane.

Me aparto como si me estuviera merodeando un mosquito. Quién tuviera insecticida a mano.

—La vida es una competición, querido Mark —le recuerdo, antes de apagar la lámpara.

—Lo es, Izzie —admite, con una sonrisa guasona impresa en sus apuestas facciones angulares.

—Isobel —lo corrijo mientras caminamos por el pasillo casi a oscuras—. No somos íntimos.

—*Aún.*

—Nunca lo seremos.

—¿Porque soy un depravado? —me plantea con curiosidad nada más presionar el botón del ascensor. Las puertas se abren. Entramos a la vez—. ¿Es cierto que la gente se enrolla aquí dentro?

—No sé nada del tema.

—Ya.

Con las manos en los bolsillos de los pantalones, indiferente y casi desdeñoso, enfoca el panel que indica las plantas que estamos bajando.

Yo, por mi parte, me mantengo tensa y rígida a su lado, con la espalda muy recta. Noto que me falta el aliento, como si el aire aquí dentro empezara a espesarse.

No me lo invento, hay algo muy extraño en el interior de esta cabina. Quizá se trate de las vibraciones eróticas producidas tras años y años de coqueteo indecente entre compañeros de trabajo.

—¿Quieres que nos enrollemos? —me propone en una especie de impulso abrupto.

Una sonrisa irónica se dispara por todo mi semblante.

—Jamás de los jamases —respondo con tranquilidad, dulzura y sin mirarlo—. Preferiría que me atropellara un autobús.

—Entiéndelo. Tenía que intentarlo. No quiero perder mi reputación de depravado.

Corrijo la postura, convencida de que la explosión de calor que acabo de sentir en el bajo vientre se debe a una mala digestión, y cuento mentalmente los segundos que faltan para que se detenga este trasto.

—Hasta mañana, St. Clair —me despido, antes de salir disparada, sin esperar a que la puerta termine de abrirse.

—Hasta mañana, Izzie Simmons —responde, divertido, a mis espaldas.

—Para ti, Isobel —le recuerdo por encima el hombro.

—Lo que tú digas, Izz —me contesta, risueño.

Cabronazo…

Capítulo 4



Izzie

—Uno, dos, tres, cuatro… ¿Por qué hay seis sillas? Debería haber cinco.

—Bonita mañana, ¿verdad? Hay que ver cómo brilla el sol hoy.

La voz ronca y ligeramente divertida de Mark me hace separar los brazos con perplejidad.

—Venga ya. ¿En serio, tíos? ¿Por qué me odiáis?

—Compi, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan cabreada?

Me niego a mirarlo. Seguro que hay una insufrible sonrisa de triunfo en las comisuras de sus labios y paso de verla.

—Tú ni me hables. Es más, no me mires. NO respires cerca de mí.

—Yo creo que le caigo bien, en el fondo —les dice a mis amigos. MIS amigos, no los suyos. ¿No tenía bastante con quitarme el trabajo? ¿También piensa arrebatarme a mis amigos?

—Mark, siéntate ahí —le indica Addison con una inaceptable amabilidad—. Estás en el equipo de Izzie.

—Izzie debería cambiarse de equipo —refunfuño entre dientes.

El infame, adoptando una expresión neutral como si no me hubiera oído, tira del respaldo de una de las sillas y se instala en la mesa de los cinco. *Los cinco*, no los seis. ¿O es que nadie lo ve?

Oliver también se sienta. Fantástico. Me han dejado libre la silla del medio.

Al final la ocupo, brusca y de malos modos. Protestar no sirve de nada.

—¿Qué tal te estás adaptando, tío? ¿Cómo ha ido tu primer día?

—Genial, Peter, gracias por preguntar. Izzie es un encanto. Hacemos un gran equipo.

Addie, Peter y Molly me observan divertidos. Puede que también lo haga Oliver por encima de su crucigrama. No giro la cabeza para comprobarlo.

—No me digas que la has conquistado al final con tu impresionante *sex appeal*.

Molly se gana una mirada arisca por mi parte.

—La tengo loquita. No nos enrollamos en el ascensor anoche de milagro. Pero había una energía sexual tremenda entre nosotros. Se moría por arrancarme la camisa.

Me vuelvo en la silla para ponerle mi expresión más avinagrada. El muy sinvergüenza me guiña el ojo.

—Más quisieras, fantasma —bufo. Luego me trago una risotada—. La verdad es que estuve a punto de agredirlo en el ascensor, teniendo en cuenta que no dejaba de mirarme *el culo.*

—La culpa es suya por mencionar esa parte de su anatomía. Ni siquiera me había fijado, hasta que me acusó de cederle el paso solo para poder mirarle el culo. Después de eso, como comprenderéis, ya no fui capaz de dejar de hacerlo.

—Supongo que el vestido rojo tampoco ayudaba.

—El vestido. Addison, no me recuerdes el vestido.

Mark, desbordado, se afloja el nudo de la corbata y finge secarse el sudor de la frente. Mis amigos se echan a reír de lo payaso que es a veces. Cría cuervos.

—Me ponéis de los nervios. *Todos* vosotros. Os odio. Esta es la mesa de los cinco, ¿os enteráis? ¡Los cinco!, no los seis.

—¿Ya tienes piso en la ciudad? —Peter ignora mi perorata y se centra en el componente más reciente del grupo.

—Todavía no. Me alojo en un hotel, pero esta tarde tengo concertadas dos visitas con un agente inmobiliario. Espero poder mudarme hoy. Detesto los hoteles. Me parecen sitios fríos e impersonales. Quizá porque me crie en ellos.

¿Qué clase de niño se cría en hoteles?

Abro los ojos de par en par cuando comprendo que eso no es lo importante.

—¿Te vas? ¿Una tarde entera sin ti? Mi día acaba de mejorar.

—No desesperes, Isobel. —Me da unos golpecitos tranquilizadores en la mano y sonríe para sí cuando me zafo con brusquedad—. Lo recuperaré mañana.

—De eso nada. No te necesito.

—Claro que sí. Toma. He encontrado un precedente legal que solucionará tu problema de ayer.

Me pone delante un papelito, que desdoblo y examino con el ceño fruncido. A cualquiera le haría ilusión intercambiar notitas con Mark St. Clair. Lo veo en los ojos de mis amigas. Está claro que yo no formo parte del club de fans. Soy Sarah Connor. El futuro de la raza humana depende de mí.

—Espera. ¿Cómo sabes cuál es mi problema?

—Leí el expediente esta mañana.

Compruebo el reloj. Son las siete cincuenta. ¿A qué hora habrá llegado? Es un expediente tocho.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde las cuatro y media. Quería ganármelo.

Me acerco la taza de café a los labios para que nadie se percate de que intento reprimir una sonrisa.

—¡Sí que hacéis un buen equipo!

—No te entusiasmes, Addison —la frena Oliver, que deja por fin de lado su crucigrama para dedicarnos toda su atención. Asumo que lo ha acabado. Es muy inteligente—. Somos abogados. Nosotros no sabemos trabajar en equipo. Lo digo sobre todo por ti, Izz. Mark era el capitán del equipo de remo de Stanford. Algo aprendería.

El aludido se echa a reír.

—Cierto. Ahí trabajábamos todos codo con codo por la victoria.

—Toma nota, Izzie.

—Por encima de mi gélido cadáver —le gruño a Molly.

Además, es imposible aliarse con el enemigo. Estamos compitiendo por el mismo ascenso.

Con lo cual, inevitablemente, uno de los dos acabará debajo del otro.

Y no de la forma que al depravado de Mark St. Clair le encantaría.

Así que la solución al problema es clara. Tengo que cargármelo.

Vale, no en el sentido más literal de la palabra —soy demasiado blandengue como para ir a la cárcel—, pero, desde un punto de vista profesional, St. Clair es hombre muerto.

—¿Alguien quiere otro café? ¿Izz?

Me vuelvo en la silla con mi sonrisa más encantadora.

—Claro, Mark. Traerme el café se incluye en tus tareas de hoy.

Mantiene el contacto visual conmigo y poco a poco su boca se mueve en una mueca sexy.

—Tus deseos son órdenes para mí, señorita Simmons.

—Buah. ¿Cómo se las arregla para que todo lo que dice suene sucio? —les planteo a mis amigos.

—Es el tono de voz.

—Es la mirada —corrige Molly a Addison, tras unos segundos de profunda reflexión—. Te mira como si estuviera imaginándote desnuda.

—Estás equivocada —rebate Mark, sin perder la concentración en mí—. No pienso en Izzie desnuda.

—Pues menos mal —declaro, aliviada.

—Por favor. ¿Me estás diciendo que tú ahora mismo no la visualizas desnuda? —insiste Molly al ver que él no me quita los ojos de encima y que, según pasan los segundos, su sonrisa se vuelve más y más procaz.

—Claro que no. En mi mente llevas lencería, Izz.

Me guiña el ojo, disfrutando como el cabrón que es de mi expresión asesina, coge mi taza casi vacía y se levanta de la silla para ir a rellenármela.

La gente —mujeres, sobre todo— se vuelve para observarlo, aunque él no les presta demasiada atención. Molly me señala discretamente su pelo. Yo, las arcadas que me van a entrar como alguien más me señale su pelo.

—¿Qué os pasa? —Addison, con expresión suspicaz, nos evalúa a las dos, sin dejar de fruncirnos el ceño.

—Nada. Es ese tío. Lo odio. Miradle cómo camina con esa dignidad de la nobleza escocesa. ¿No os recuerda a María Estuardo de camino a la decapitación?

Todo el mundo se echa a reír.

—¿Hasta cuándo tienes pensado torturarlo? —La ceja enarcada de Molly indica que no termina de aprobar mi actitud despótica.

—Toda la semana.

—Izzie… —interviene Peter, conciliador.

—Tú no te metas. Tú tienes un fondo fiduciario.

El pobre Peter niega para sí. Les sonrío a todos. Estoy teniendo un gran día. Una tarde entera sin Mark. Prepararé la decapitación. Es cuanto Ross vea que yo soy mejor abogada…

Tengo que idear una estrategia para que Ross me pida que lo llame *Ross*.

—El café.

—Gracias, Mark. Hmm. Está delicioso. En serio, ¿qué le echas? Eres el mejor preparando cappuccinos. Deberías ser mi ayudante para siempre. Le diré a Ross que no puede ascenderte porque eres demasiado bueno en lo que haces.

—Ja. ¿Y qué hacéis por aquí para pasároslo bien?

¿Lo veis? YO me merezco ese ascenso. Mark solo quiere irse de fiesta con los colegas.

—El sábado hay un evento en el Plaza —nos pone en antecedentes Addison. Admito que se me había olvidado por completo. El arte de la guerra ocupa todo mi tiempo—. Un *remake* del famoso *Baile Blanco y Negro* de Capote. Todo aquel que es alguien en esta ciudad asistirá. Nosotros estamos invitados porque los organizadores son clientes del bufete. ¿No os encantan los bailes de máscaras? Siempre acabas besando a algún desconocido.

—O a algún compañero de trabajo especialmente apuesto —apuntilla Molly, la malvada. Sé que se refiere a nosotros dos, y por eso le propino un golpecito por debajo de la mesa.

—Ay. Bruta.

—Arpía —le contesto en el mismo tono.

—¿Hay que llevar pareja? —se interesa Mark, aunque no es a Addison a quien mira al hablar, sino a mí, con lo cual me siento obligada a dejar de lado mi duelo visual con Molly para dedicarle unos míseros segundos de mi precioso tiempo.

—¿Por qué? ¿La tienes?

—No. Pero solo es martes. Queda toda la semana por delante.

—Os lo dije. Es un depravado. Solo le interesa el ligoteo.

Le oigo reírse entre dientes, pero ya no me digno a mirarlo. Maldita sea. Este café está divino.

*****

—Esto… ¿Ross?

—Para ti soy el señor Hotchner, Simmons —masculla mi jefe, sin molestarse en levantar la mirada del contrato que está leyendo.

Casi que mejor. Estoy en mitad de su despacho, tan nerviosa que no hago otra cosa que secarme las palmas encima del pantalón.

Hoy llevo un traje pantalón para que nadie se moleste en adivinar si me he puesto ropa interior o no.

—Sí, perdón, señor Hotchner. Quería decirle que ya hemos solucionado el *problemilla* de su amigo Adam.

—Estupendo. Gracias por mantenerme informado. Cierra cuando salgas.

Mierda. Necesito encontrar la forma de ganarme al jefe. ¿Por qué no le caigo bien? Soy dulce y adorable.

Bueno, a veces.

Salgo, dejo caer la puerta a mis espaldas y me apoyo contra la pared con aire malhumorado.

—Buenos días, Izzie. ¿Está Hotchner en su despacho?

Levanto los párpados y una sonrisa instantánea aparece en mi rostro.

—Sí, señor Abrams. Ahí está.

—Por favor, llámame Dan.

¿Lo veis? Tampoco es tan difícil.

—Dan. Genial.

Miremos el lado bueno de las cosas. Al menos me he ganado al cincuenta por ciento del bufete.

—Supongo que te veré en la fiesta del sábado.

—Eh… —La verdad es que iba a escaquearme—. Claro. Por supuesto. Ahí estaré. No me la perdería por nada en el mundo. Una fiesta al estilo de Truman Capote. Yupi, ¡qué ilusión!

Estupendo. Necesito un vestido negro y, a ser posible, una petaca. Sobria no me siento nada *ilusionada*.

—Resérvame un baile.

—El primero será para ti.

Me guiña el ojo y entra en el despacho de su socio.

Un momento. ¿Estoy coqueteando con el jefe? No, no puedo estar coqueteando con el jefe, ¿no? Seguro que no estoy coqueteando con el jefe.

Mierda, ¡creo que acabo de coquetear con el jefe!

Mientras yo permanezco ahí parada con cara de estar llevando a cabo una operación muy complicada, mi peor pesadilla asoma por el pasillo, tan despreocupado él, sonriendo a todas las mujeres con las que se cruza —al menos tres se abanican acaloradas al verle pasar por delante de sus mesas con su traje de corte impecable, su sonrisa a medio esbozar y sus andares sexys de *playboy*, dos lo devoran con la mirada y una le suelta un piropo que debería inquietar a los de Recursos Humanos.

Mi expresión de conflicto mental del tipo *¿el mundo en el que vivimos es real o un mero producto de mi imaginación?* muta a un gesto menos filosófico.

Para mayor exactitud: *ya está el fantasma este pavoneándose por los pasillos.*

Hoy lleva un traje tres piezas de color azul marino, corbata negra y una camisa de un blanco marfil, que matiza su rostro sin afeitar, concediéndole un aire áspero, casi salvaje.

—Jefa. —Se detiene delante de mí, con arruguitas de risa alrededor de sus burlones ojos. Las manos guardadas en los bolsillos. Está tranquilo, relajado. Cree que yo no soy rival para él. Ya lo veremos.

—No seas pelota. No te pega nada.

—¿Está el gran hombre?

—No soy el oráculo de Delfos, *Mark*. No tengo la respuesta a todas tus inquietudes.

Entornando los párpados en un gesto de exasperación, golpea la puerta de Hotchner —*señor Hotchner* para mí— con los nudillos. Me fijo en el Rolex que brilla en su muñeca y me pregunto por qué alguien se gastaría tanto en un reloj. Nunca lo he comprendido. ¿Será porque soy de baja alcurnia?

—Adelante.

—Ross, perdona —dice, metiendo la cabeza por la puerta entreabierta.

—Ah, Mark. ¿Qué pasa, colega?

¿Colega? Es porque no tengo pene, ¿a que sí? *¿Qué pasa, Izzie, colega?* Jamás de los jamases me diría algo así a mí.

—Lo siento, tío, pero tenemos que cancelar lo del tenis de esta tarde.

¡¿Tío?! ¿¿Y yo tengo que llamarlo *señor Hotchner*??

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? ¿Simmons te ha mandado alguna tarea imposible?

Hago una mueca de acritud, aprovechando que Hotchner no puede verme desde su sofá. Mark sí, y juraría que acaba de reprimir una sonrisa.

—No. Izzie es un encanto. Esto es por la mudanza.

—¿Ya tienes piso?

—Sí.

—Bien. No te preocupes, dejamos lo del tenis para mañana.

—Genial. Gracias, Ross.

—Faltaría más. Quiero que mi fichaje estrella esté cómodo.

Fichaje estrella. ¡Yo me licencié *cum laude* mientras este propagaba la clamidia y la sífilis por el campus de Stanford! Tengo que ganarme al jefe como sea. Le demostraré que el fichaje estrella aquí soy yo.

Oh, Dios mío. ¡Es evidente! Lo que tengo que hacer es aprender a jugar bien al tenis. Es un

mundo de hombres, pero no sería nada sin una mujer que sepa manejar la raqueta y devolver los golpes con efecto.

*****

—Vas a darme clases de tenis a diario hasta Acción de Gracias.

Oliver me observa ceñudo por encima de la pantalla de su portátil.

Está sentado en el sofá, con una copa de whisky al lado y un montón de papeleo esparcido por la mesita de café. Son más de las diez de la noche.

A partir de estas horas todos nos ponemos cómodos. Apagamos los fluorescentes y encendemos las lámparas, mucho más cálidas, nada de luz azul, creamos un ambiente íntimo para que parezca que estamos en casa y no trabajando a las tantas de la noche, nos quitamos los zapatos, tomamos una copa…

Todo esto mientras estudiamos leyes y precedentes legales.

—¿Por qué necesitas clases de tenis, y por qué me lo pides a mí?

—Respuesta número uno: necesito impresionar al jefe. Dos: tú eres rico y los ricos os pasáis los veranos jugando al tenis en el sur de Francia. Y tres: eres mi amigo, formas parte de *mi* equipo y vas a hacerme este favor.

—¿Esto es por lo de Mark?

—TODO es por lo de Mark. Por su culpa tengo que esforzarme para caerle bien al jefe. Antes bastaba con sacar adelante los acuerdos. Ahora ha dejado de ser suficiente. Quiero que me diga *¿qué pasa, Izzie, colega?* cuando nos crucemos por los pasillos. Quiero llamarlo *tío*. Quiero que choquemos esos cinco.

—Nadie choca los cinco con Hotchner.

—Yo, sí. En cuanto sea su colega.

—¿Y crees que lo conseguirás dándole una paliza en un partido de tenis?

—Los hombres tenéis una vena masoquista.

Oliver niega para sí.

Al final se rinde, a juzgar por cómo entorna los párpados.

—De acuerdo. Pero me lo apuntaré y algún día, cuando te pida algo, tendrás que hacerlo. Sin rechistar.

—Aquí nadie es amigo de nadie —constado disgustada.

—Somos abogados, Isobel —me responde con una sonrisa guasona, a la que correspondo con un gesto de fastidio que lo hace reírse—. En nuestro mundo, los favores se devuelven.

—Mientras no me pidas un favor sexual…

—Maldita sea. Era justo lo que iba a pedirte.

Le saco la lengua y los dos nos echamos a reír a carcajadas.

[1] Ref. película *Los fantasmas de mis ex novias.*

[2] En la frase anterior, Enzo está parafraseando al personaje Marcellus de *Hamlet*. La frase original es: *Something is rotten in the state of Denmark (acto I, Hamlet*, William Shakespeare*)*

[3] Rosa Louise McCauley Parks (Tuskegee, Alabama, 4 de febrero de 1913-Detroit, Míchigan, 24 de octubre de 2005) fue una activista afroamericana, figura importante del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos.

[4] En la Europa precristiana, la pata de conejo se consideraba un poderoso talismán que daba suerte y protegía. Es una de las supersticiones más antiguas que aún perduran en la actualidad.